Soy diferente

NURIA VIDAL

Soy diferente

Playlist

Lasso – “Diferente”
TLC – “Unpretty”
Christina Aguilera – “Beautiful”
Beyoncé – “Pretty Hurts”
Lizzo – “Soulmate”
Meghan Trainor – “All about that bass”
Alessia Cara – “Scars to your beautiful”
Lady Gaga – “Born this way”
Hailee Steinfeld – “Love myself”
Lizzo – “Juice”
Meghan Trainor – “Me too”
Rigoberta Bandini – “Perra”
Rozalén – “La puerta violeta”
Britney Spears – “Baby one more time”
Bobby Mcferrin – “Don’t worry be harry”
Nathy Peluso – “BZRP music session #36”

Escanea nuestros Código QR para escuchar la playlist.

Para todas aquellas personas que luchan contra los demonios más gigantes y despiadados, aquellos que conviven con nosotros en nuestro interior. Disfrutad del camino y quedaos con aquello del libro que os aporte y os ayude a superar barreras y obstáculos.

Soy diferente

Prólogo

Con el cabello alborotado, pareciendo más un nido de pájaros abandonado en lo alto de un compresor de aire acondicionado que otra cosa, observé a la persona que dormía plácidamente a mi lado hasta hacía unos segundos y a mi silueta en el espejo. No tenía un cuerpo típico de revista y mis medidas se alejaban bastante del típico 90-60-90 que nos hacen creer que toda mujer quiere conseguir. Tampoco era muy alta... A ver, ni muy alta ni alta a secas, voy a ser realista; mi metro sesenta de altura no es que me hiciese destacar demasiado, más bien todo lo contrario.

Y así podría continuar sacándome "defectos", y lo pongo entre comillas porque eso de los defectos es algo tan personal y subjetivo, que aún sigo sin entender que exista un estándar de belleza que debemos seguir, ya sea en los programas y series de televisión o incluso hasta en las redes sociales. Los filtros, otra cosa que merece ser hablada y debatida, pero que no será en esta ocasión.

Lo importante es que ahora, cuando me miro, ya no veo a esa mujer extraña que me observaba desde el otro lado del espejo no hace tanto tiempo. Esa que parecía juzgarme por absolutamente todo lo que hacía, decía o pensaba. La mano acusadora y de mirada sentenciosa que me perseguía en cada reunión de trabajo o con amigas, aquella que me hacía sentir tan pequeñita que incluso a veces esa pequeñez se transformaba en inexistencia. Ella ya no me acompañaba, o al menos no en cada momento del día.

He cambiado, soy diferente. Pero no diferente a otras u otros, ¡por favor, no penséis que sois especiales por esto! ¡No os creáis esos malos comentarios que intentan subirse el ego a base de bajarlo a los demás asegurando ser especiales porque no son como todas las mujeres o como todos los hombres! Todo el mundo es diferente y especial, no os quepa la menor duda.

Cuando afirmo tal cosa me refiero a que ya no soy como antes, a que he cambiado... y para bien, os lo puedo asegurar. Me da igual que mi peso sea superior al de los demás, que tenga que cortar cada pernera del pantalón cuando me da por comprar ropa nueva o que los demás se me queden mirando cuando salgo por ahí sin ocultar mis curvas bajo una blusa que tiene más pinta de saco de patatas que de prenda de ropa. El camino no ha sido sencillo y mucho menos corto,

pero ha merecido la pena. ¿Me acompañas y te lo cuento?

Primer Cambio:

La mudanza

I

“El envejecimiento no es «la juventud perdida», sino una nueva etapa de oportunidad y fuerza”

Betty Friedan

—No, me niego. Tú sola allí no te puedes quedar te pongas como te pongas. —La voz de Estefanía, Tefi para los amigos más cercanos, sonaba preocupada y triste a partes iguales. Y si había captado eso era, sencillamente, porque la conocía demasiado bien. Solo ella sabía de todos mis problemas y solo ella estaba para mí fuera la hora que fuese y pasara lo que pasase a mi alrededor. Era la mejor amiga que podría haberme acompañado a lo largo de mi vida.

Estefanía nació en mí mismo pueblo con tan solo doce horas de diferencia conmigo. Nuestras madres compartieron habitación en el hospital durante la recuperación antes de partir a casa tras dar a luz, y quizá por ese motivo o porque el destino sabe perfectamente lo que hace, desde entonces hemos estado unidas.

Las fiestas de cumpleaños las hemos pasado juntas año tras año, y menos mal, porque ella siempre ha sido más sociable que yo, además de tener una familia enorme; gracias a ser como es, nuestras celebraciones siempre han estado abarrotadas de gente entre conocidos y familiares.

—Pero ¿cómo me voy a ir de aquí? No tengo dónde irme y no quiero dejar la casa vacía, ni las cosas de ellos aquí, ni…

—¡Anda calla! Sí, claro, fijo que te entra un *okupa* de esos en la casa… —Y en su voz se percibía perfectamente la ironía—. Alejandra, sabes que tengo razón. Ahora no es buen momento para que estés sola y yo aquí tengo una habitación libre.

—Pero no tengo con qué pagarte y tú necesitas el dinero. Si me dijiste la semana pasada que habías puesto un anuncio para buscar compañero de piso.

—Pues ya la he encontrado; es hora de retirarlo. Y no protestes más que la lío, ¿eh? Que pillo el primer tren al pueblo y te hago yo misma la maleta.

Hacía tres años que Tefi había tomado un rumbo diferente al mío. Ese día fue uno de los más difíciles de mi vida porque no solo tuve que despedir a mi mejor amiga, sino también a mi hermana. Soy hija única, así que Tefi era lo más cercano a un hermana que había podido tener jamás.

Tras estudiar económicas encontró trabajo en la capital. Le costó horrores, porque eso de encontrar trabajo no era nada fácil, pero ella tenía una fuerza descomunal. Por muchas negativas que recibió, siguió intentando buscar su puesto soñado mientras lo compatibilizaba con un trabajo de cajera en el supermercado del pueblo.

—Pero...

—Ni pero ni pera, te vienes para acá y si quieres, cuando estés mejor dentro de unos meses, te vuelves para el pueblo. Pero ahora no, y menos tan reciente.

—No quiero molestar, Tefi. Yo aquí estoy bien. Carmina ha sido muy atenta y dice que me ayudará la semana que viene a guardar todas sus cosas y...

—Sí, claro, la Carmina; la mujer más cotilla de todo el pueblo. Esa lo único que quiere es meter las narices donde no le llaman y ver lo que tienen en los cajones y guardado en los armarios.

—Tenían —susurré con la voz rasgada.

—Que no. Que tú allí no te quedas. —El silencio se hace en la conversación durante unos segundos—. Mira, Alex, ellos hubiesen querido que estuvieras feliz y continuases con tu vida. No se perdonarían jamás que acabases como Carmina, triste y sola en un pueblo casi sin gente. Sé que esa es tu casa y que estando allí los sientes más cerca, pero eso lo único que hará será que te hagas más daño. Tus padres te quisieron y te quieren con toda el alma estén donde estén, y siempre te cuidarán. ¿Qué te decía tu madre cuando eras pequeña y salías a jugar conmigo a la rambla?

—*Sal a volar*. —Sonreí, aunque mis ojos decían lo contrario.

—Pues eso, Alex, sal a volar y no te encierres en tu jaula. La casa seguirá estando allí para cuando vuelvas; y la cotilla de la Carmina también. Te lo digo yo, que vuelvo dos veces al año y el pueblo no ha cambiado en nada desde que me fui. Hazme caso, sal ahora mismo con lo que tengas puesto a la estación y pilla el billete. —Escuché cómo se sentaba; y el asiento del sofá rechinó.

—¿Con lo que tenga puesto? —me miré a mí misma sin borrar la sonrisa.

—Sí, con lo que tengas puesto. Bueno, menos si es el pijama ese cochambroso que te empeñas en no tirar.

—¿El de las ovejitas?

—Sí, ese. Si lo llevas, cámbiate. Ponte un pantalón y una camiseta y pilla el billete. Cuando lo tengas me llamas y me avisas de la hora que llegas. Y pilla lo esencial, que cuando estés aquí ya compraremos lo que te haga falta. Con que traigas un par de mudas y las cosas de baño, tienes de sobra.

—¿Eso solo?

—Sí, Alex. Existen las lavadoras y yo tengo una, ¿sabes? —añadió

jocosa.

—Venga, vale.

—¿Sí? ¿En serio? No me engañes, ¿eh? No me digas ahora que sí para que no te dé más la chapa, y luego me mandes un mensaje dentro de una hora diciendo que al final no vienes porque soy capaz de ir allí como te dije antes, ¿me has oído?

—Que no, que te voy a hacer caso. Te lo prometo.

Segundos después, y tras las despedidas, ambas colgamos el teléfono y yo me quedé unos segundos escuchando el silencio de la cocina y observando cada rincón de la habitación. Ellos ya no estaban, se habían marchado para no volver; sus risas ya no sonaban mientras veían la tele y tampoco sus conversaciones con los actores dándoles la razón o avisándoles de dónde estaba el malo de la película. Ya no volverían a bromear entre sí ni a decirse sordo el uno al otro por no escuchar lo que se pedían desde la otra punta de la casa. No volvería a escucharlos caminar a las tantas de la mañana de camino al frigorífico y tampoco el sonido de la olla mientras cocinaban. Ya no los oiría. Jamás; ni seguramente en mis sueños.

Me levanté de la silla y me dirigí hasta la habitación para buscar algo que ponerme y, tras quitarme el pijama de ovejitas, me vestí con un pantalón de deporte y una camiseta ancha. Pillé mi monedero, las llaves de casa y salí de ella cerrando la puerta de camino a la estación de tren. La decisión estaba tomada, y aunque dolía como cien puñaladas en el alma, sabía que era lo mejor que podía hacer.

II

“Resiento que exista una imagen de la perfección que cada vez se está volviendo más y más delgada”

Kate Winslet

Ya lo tenía todo listo, aunque aún continuaba esa sensación extraña en mi interior que me decía que se me olvidaba algo. No sabía exactamente el qué, pero me iba a arrepentir de no haber buscado hasta encontrarlo.

Supongo que esto era algo conocido para aquellos que viajan... bueno, iba a decir que viajan mucho, pero hasta para mí que salvo por las excursiones del colegio no había salido del pueblo, también lo era. Ese nerviosismo, sentir que la boca de tu estómago se cierra; y lo más gracioso era que muchas de las veces que no paramos de pensar que algo se nos olvida, nos equivocamos.

La alarma del móvil saltó y me llevé el susto del siglo. Había llegado la hora por mucho que hubiese retrasado el momento y fue entonces cuando esa dichosa sensación de la que hablaba se agudizó.

Repasé de memoria cada cosa que había metido en la maleta, que aunque Tefi se había empeñado por teléfono en que apenas incluyese dos mudas, me era imposible imaginarme solo con eso en la ciudad. Dos pantalones de chándal, las cuatro camisetas anchas de publicidad que más me gustaban, varios cambios de ropa interior, unas deportivas, un camisón para dormir y, por supuesto, el pijama de ovejitas que había lavado especialmente para la ocasión. A todo ello había que sumarle el vestido hasta los pies y las sandalias, que ya llevaba puestas.

Obviamente, la maleta no se quedaba ahí ni por asomo. Productos de aseo como el cepillo de dientes, mi cepillo para el cabello, desodorante... hasta un botecito rellenable de colonia de bebé. Sí, a mis 29 años seguía usando ese tipo de perfume, pero es que era algo que me encantaba y me hacía sentir más cercana a mi pueblo. A mi casa. A mis padres.

La alarma volvió a sonar, signo de que ya habían pasado cinco minutos más y también de que, o salía en ese momento o iba a perder el tren. Otro repaso rápido más a las cosas que llevaba encima y... ¡sorpresa! Me iba a ir sin llevarme nada de dinero. Parecía ser que en

esa ocasión el presentimiento de dejarme algo iba a tener toda la razón del mundo.

Tras el último vistazo a mi casa; apagar las luces, cerrar la llave del agua y desconectar el gas, salí y cerré la puerta a cal y canto.

No tardé en llegar a la entrada de la estación, o eso me pareció; de hecho, me sentía como si no fuese yo la persona que se estuviera marchando y simplemente lo viese cual espectadora de un programa de televisión. Por el camino incluso había saludado a Carmina que me miraba tras el visillo de la ventana, pero hasta entonces no me había percatado de su gesto compungido ni de su mirada triste al verme partir. ¡Quién lo iba a decir! La señora Carmina, cotilla por excelencia del pueblo, apenada al verme marchar aunque fuera uno de los chismes del momento.

Crucé el umbral de la estación y mostré el billete al empleado; en cuanto revisó que estaba correcto, me abrió la puerta y accedí a la zona de pasajeros.

No había pasado por el cementerio y si no lo hice fue precisamente porque sabía que si me pasaba a verlos, a despedirme de ellos momentáneamente, iba a derrumbarme y nadie sería capaz de sacarme de allí jamás. Preferí no hacerlo porque despedirme de ellos hacía que todo lo que estaba sucediendo fuese en serio y no un plan alocado entre amigas que nunca llegaría a realizarse.

Cuando el tren llegó, arrastré la maleta hasta la puerta del vagón correspondiente y me subí. Primera hostia de realidad en toda la cara. Podría salir de allí y gritar que no quería irme y que me había equivocado; el tren aún estaba en la estación y seguía en mi amado pueblo. Podría caminar de vuelta a mi casa, abrir todas las llaves de nuevo y seguir viviendo sola como durante las últimas tres semanas. Podría hacer tantas y tantas cosas que me dejarían completamente estancada, que sabía a la perfección que no debía hacerlas.

Busqué mi asiento y me alegré; la vendedora de billetes me había dado uno individual en el vagón preferente. Lo había comprado con tan poco tiempo de previsión que los asientos en turista estaban completos. Pero, aunque me había costado un poco más caro, lo prefería. Para mí, chica con una cincuenta de pantalón, era muy incómodo pedirle a alguien que se moviera para sentarme junto a la ventana o hacerlo en el pasillo y notar cómo les molestaba que me sentara al lado. Porque sí, se les notaba en la cara; al menos yo lo percibía siempre. Yendo en un asiento individual me ahorraba que alguien, mientras me miraba de soslayo, cruzase pensamientos por su cabeza del estilo: "*joder, está muy pegada a mí*"; "*suda como una cerda*"; "*ya me ha tocado la gorda que huele mal*"; "*fijo que me da con el culo en la cara cuando quiera ir al baño porque no cabe*". Era de agradecer que eso no fuese a ocurrirme en ese viaje, aunque de lo que no me iba a

librar era de sentirme encajonada en el asiento y de que los reposabrazos se me clavasen en los muslos como si no hubiera un mañana.

Nada más colocar la maleta en el portaequipajes y sentarme, el tren se puso en marcha. Ya no había vuelta atrás. Miré por la ventana el paisaje despidiéndome mentalmente de sus calles y su gente. En apenas un minuto el tren alcanzó una velocidad alta y las siluetas de los edificios y de la iglesia de la plaza central desaparecieron de mi vista.

Durante el trayecto intenté no moverme de mi sitio; tampoco es que fuese muy complicado. Mis opciones eran ir a la cafetería o al baño, y tanto una como otra me hacían sentir una verdadera foca rodeada de flamencos observadores.

Pedir comida para alguien como yo no es tarea simple. ¿Habéis visto los anuncios de comida rápida en los que la imagen es una chica o un chico que tienen pinta de todo menos de que las hamburguesas sean su alimento principal? Estoy segura de que, cuando el director grita corten, escupen el mordisco que llevan en la boca. A lo que iba; la gente veía en esa imagen algo sexy y erótico, sin embargo si la imagen fuese una persona entrada en carnes, como siempre se ha dicho en mi pueblo, el anuncio pasaría de ser algo sexy y erótico a algo completamente diferente. Más o menos de esa forma pasa en la realidad.

Sentía cómo la gente me observaba cuando pedía comida, y si era comida rápida porque ese día me sentía en la mierda y necesitaba desahogarme con algo, ya estaban los juicios detrás de esas miradas del tipo *normal que esté así con lo que come*. Por otro lado, si intentaba comer más sano o si simplemente el menú dejaba de ser algo exprés y con mucha grasa, los juicios de miradas se transformaban en *¿a quién trata de engañar comiendo una ensalada? ¿De verdad piensa que nos hará creer que está así por comer lechuga y tomate?*. Por este motivo siempre había huido de las comidas fuera de casa y de las cenas con Tefi en cualquier local o restaurante.

La segunda opción, como decía, era ir al baño. Sé que el espacio en el tren era reducido y que era muy difícil que pudiesen hacer un baño enorme donde bailar bulerías y fandangos en pareja, pero eso no quitaba que los aseos fueran extremadamente enanos y me hicieran sentir como un gigante dentro de una caja de cerillas. No, los odiaba, no me gustaban; prefería esperarme e ir a la estación cuando el tren se detuviese.

Unas horas después, concretamente cuatro horas y treinta y cinco minutos más tarde, la megafonía del vagón anunció que la siguiente parada era la mía; bueno, la mía y la de medio tren, porque fue decirlo por los altavoces y la gente comenzar a levantarse de sus

asientos y ocupar pasillos. Y sí, me di cuenta de ello cuando estuve de pie y no, no seguí haciendo lo que iba a hacer y decidí sentarme de nuevo en el asiento hasta que tuviese el espacio suficiente para coger mi pequeña maleta de pertenencias.

Los pasajeros comenzaron a bajar del vagón en cuanto el tren detuvo su camino. Finalmente, me volví a levantar con algo de miedo. No por haber llegado, sino por lo que todo aquello suponía para mí. Bajé mi maleta del portaequipajes y me aseguré de no dejarme nada en el asiento, ya sabéis mi manía de pensar que siempre me dejaba algo olvidado.

Nada más bajar sentí otro golpe de realidad. Ya no se olía a vegetación ni a tierra mojada, tampoco a riachuelo ni a leña quemada de las estufas. Ya no estaba en el pueblo, y vaya si se notaba la diferencia; el nudo en la boca de mi estómago se intensificó. Respiré hondo y miré a ambos lados decidiendo en última instancia seguir al grupo de viajeros que ya estaban abandonando la estación. Un momento, ¿había dicho que ya la estaban abandonando? ¡Ya quisiera yo!

Al ser una estación de una gran ciudad, todos los pasajeros que llegaban y los que partían tenían que pasar por varios controles de seguridad antes de pisar suelo fuera de ella. Ahí estaba yo como pollo sin cabeza sin saber dónde ir exactamente y convirtiéndome por primera vez en una de las ovejas del rebaño siguiendo los pasos de quienes tenía delante. Tras al menos quince minutos, pude llegar a la zona de espera y ver a lo lejos una silueta más que conocida.

Ella, con su cabello negro y sus ojos risueños que siempre miraban a todo con demasiado optimismo. Ella, que me había acompañado desde pequeña y se había convertido en mi hermana. Ella, que me había convencido para emprender esta nueva parte de mi vida de una manera diferente. Tefi se dio la vuelta y me miró sin poder contener la sonrisa, y a decir verdad yo tampoco. Ambas apretamos el paso y nos fundimos en un abrazo que hizo detenerse el tiempo. Ya no existían pasajeros con prisas ni agentes de seguridad o empleados de la estación. Solo estábamos ella y yo, como cuando de pequeñas me abrazaba después de que algunos compañeros creyeran que era divertido insultarme y llamarme vaca o reírse de la discapacidad de movimiento de mi madre como si fuese el mejor chiste del mundo. No recordaba lo mucho que ella me calmaba hasta ese preciso instante y tampoco me había dado cuenta de todo lo que le había echado de menos. Ella no pudo ir al entierro de mis padres por culpa de un viaje de trabajo que le hizo recibir la noticia fuera de la península, por lo que esa era la primera vez que nos veíamos en más de diez meses.

—Hola pequeña. —Saludó tras lo que a mí me parecieron horas—. Lo siento mucho. Mucho, mucho, mucho —añadió en un suave

susurro sin soltar el abrazo.

No contesté, no pude. Mi voz estaba completamente quebrada. Apreté más el abrazo como respuesta y dejé que pasaran los minutos hasta que mi llanto se calmó y me permitió soltarla. Me sonrío tierna y apartó las lágrimas de mi cara con los dedos.

—Te diría que dejases de llorar porque se te corre la máscara de pestañas pero...

Nos reímos permitiéndonos dejar de llorar por unos instantes. Yo no era de maquillarme, de hecho, lo único de maquillaje que tenía era un hidratante de labios con color. Cada vez que ella me había intentado maquillar había acabado con los ojos enrojecidos y lagrimones como puños por pintarme la raya interna del ojo con el lápiz más duro del planeta. Claro, que todo eso pasó cuando teníamos trece o catorce años y a saber dónde encontró ella ese maquillaje, que lo mismo era de su madre y estaba caducadísimo. Supongo que ahora sería diferente a juzgar por el maquillaje suave que llevaba ese día.

—Anda, vamos, que en una de estas nos echan por inundar la estación a base de lágrimas. —Agarró mi brazo y yo la maleta y salimos de la estación de trenes sin mediar media palabra más hasta que pisamos la acera exterior—. Bienvenida a tu casa; y ahora cuéntame qué tal te ha ido el viaje, pequeñaja.

III

“Las arrugas de la piel son ese algo indescriptible que procede del alma”
Simone de Beauvoir

Tefi había llamado un UBER para ir desde la estación a su casa. Para mí era toda una experiencia porque no había subido en uno de esos en mi vida. Si bien es cierto, no me sentí muy cómoda cuando los taxistas que estaban esperando para llevar pasajeros nos miraron mal al subirnos a un vehículo del estilo, pero por lo que pude comprobar con otros viajeros era bastante normal que la gente utilizara ese nuevo servicio más barato para moverse por la ciudad. Y aunque era de agradecer que el bolsillo no saliera tan lastimado cuando te movías por la urbe de esa forma, entendía perfectamente que los taxistas reaccionasen así ante esa situación en la que veían mermar su clientela y, con ello, el sueldo que llegaba todos los meses a sus hogares y familias.

El viaje fue corto pero ella aprovechó para ponerme al día. Me habló de todo lo que tenía planeado, de las cosas que íbamos a hacer y de todo lo que íbamos a estar ocupadas, no ese día o al siguiente, sino en las próximas tres semanas. Supe el porqué de esa actitud durante el viaje porque la conocía como la palma de mi mano. No quería preguntar nada, mucho menos frente a un desconocido, en este caso el conductor, y hacer que me derrumbase aún más de lo que ya me había derrumbado al encontrarnos en la estación. Me había prometido que este viaje era para desconectar para que centrase mis pensamientos en otra cosa y se lo había propuesto al 100%.

Cuando abrió la puerta de su casa, un suave olor a vainilla llenó mis fosas nasales. Era delicado y segundos después tornaba a una fragancia de pureza y limpieza, no sabría muy bien cómo explicarlo. A mí me sacas de la colonia infantil y me pierdo. El piso era pequeño, pero cabía esperar algo así; los precios del alquiler, y más en la ciudad, estaban por las nubes. Alquilaban cuchitriles de 40m2 por más de setecientos cincuenta euros y pensaban los caseros que estaban haciendo un favor y todo, como si eso fuese un chollo que no puedes dejar pasar. A ver, voy a ser sincera: un piso por ese precio tendría que ser, mínimo, de 100m2 y tener las mayores calidades y lujos que te pudieses imaginar, porque no es para menos. Era increíble que hubiera gente a la que le pareciera normal que un mes de alquiler

fuera casi el mismo importe que un mes completo, con jornadas diarias de ocho horas, en un trabajo. En serio, ¿se nos había ido la cabeza?

Nada más entrar había una zona pequeña donde te encontrabas un salón con cocina americana que tenía lo justo: un frigorífico de metro sesenta que, a juzgar por el aspecto de fuera, no bajaba de quince años; una vitrocerámica de dos fuegos, un fregador y cinco muebles de almacenaje contando los de abajo y los de arriba.

La zona del salón, a pesar de ser pequeña, tenía de todo. Un sofá de tres plazas, una televisión y una pequeña estantería repleta de libros en los que la mayoría eran de estudios económicos y biografías de gente importante. Tefi era una chica muy curiosa y le gustaba saber de todo. En una ocasión me había confesado que leer las superaciones de personalidades interesantes le ayudaba a tener confianza en sí misma y a ponerse las pilas con lo que quería hacer en la vida. Las tres puertas que se veían y que daban a aquella zona mixta eran las dos habitaciones y el baño. Nada más.

El baño tenía ducha, lavabo e inodoro, tampoco es que fuese de otro mundo ni hubiese mucho más sitio en el que poner muebles y estanterías donde guardar cremas y enseres salvo una pequeña repisa sobre el retrete en la que Tefi tenía varias toallas. Su habitación era menuda pero con muy buen gusto; tenía una zona de escritorio, la cama y una cómoda donde guardaba su ropa junto a un perchero móvil donde colgaba sus vestidos y la ropa del trabajo. La mía, sin embargo, se notaba que no estaba habitada. Una cómoda igual que la que ella tenía en su habitación y una cama de un metro de ancho eran los únicos muebles que había en esas cuatro paredes.

—¡Y esta es tu habitación! —Anunció entrando y sentándose de golpe en el colchón—. Lo sé, sé que no es la gran cosa, pero mírala como un lienzo en blanco que puedes decorar y poner a tu gusto. Podemos ir al *IKEA* y pillar alguna planta, velas, juegos de sábanas, cortinas... —Al ver mi cara de desconcierto, hizo un ademán con la mano y se levantó de la cama—. No me mires así, tenía que darle un toque a la habitación porque es la única que no he podido decorar aún desde que me mudé hace seis meses de la casa compartida, así que me viene genial que te vengas conmigo y me ayudes a elegir, pero ya que vas a quedarte aquí por un tiempo... ¡pues lo haremos a tu gusto!

—¿Estás segura?

—Anda, ¡pues claro!

—Pero sabes que esto es por un tiempo corto, ¿verdad? Que yo me volveré al pueblo y que no me mudo para siempre.

—Sí, claro que lo sé; pero también sé que quiero que te sientas como en casa mientras estés aquí, así que nada como poner cuatro cositas a tu gusto en tu propia habitación, ¿o no? —dicho eso, me dio

un codazo.

—¡*Auch*! Pero ¿tú que has hecho durante estos meses? ¿Te has apuntado a un gimnasio a pegar golpes a los sacos?

—No tía, me he apuntado a una clase de boxeo pero sin boxear contra nada. Vamos, pegas hostias al aire pero sales de allí que parece que a la que han pegado una paliza es a ti. Tienes que probarlo.

—Anda calla.

—¿Por qué? Estoy segura de que te lo pasarías genial. Mira, quitas todo el estrés del día en media hora; lo mandas todo a tomar por culo. Cuando sales no te acuerdas ni del mandón de tu jefe ni de tus compañeros trepas. Mano de santo, te lo digo yo.

Dejó mi maleta en un rincón de la habitación y tiró de mí hacia la cocina. Se puso a rebuscar en el armario y el frigorífico y sacó un bol, cereales de chocolate y leche. Cuando vi aquello me puse a reír.

—Pero ¿aún sigues comiendo eso? Pensaba que ahora comerías tostadas de tomate rallado, huevo duro, aguacate y ese tipo de comidas *fit* y urbanitas que la gente presume en sus redes sociales.

—¿Qué? Ni de coña, todo eso sabe asqueroso. Este es el desayuno de toda la vida, el de los campeones —me miró y acompañó mi risa con la suya—, por eso tú vas a comer una merienda de los campeones, para que cojas fuerzas, que no has comido nada durante el viaje.

Llenó el bol de cereales y añadió leche fría para ponerlo frente a mí con una cuchara. Sin embargo, para ella sacó una manzana de la nevera y, tras lavarla, dio un mordisco enorme que casi se lleva la mitad por delante.

—A ver si la que va a necesitar una merienda de campeones eres tú y no yo. —Dejé caer sonriendo de medio lado mientras probaba aquel manjar de los dioses que me había preparado mi nueva compañera de piso.

—Es que este medio día me he metido un pedazo de plato de arroz blanco con tomate y huevo, que un poco más y me hace estallar. Pero qué bueno estaba y qué bien me he quedado. Eso sí, pensaba que me tendrían que empujar para ir rodando a la estación. —Volvió a pegarle otro mordisco a la manzana.

Durante la tarde intenté amoldarme a ese nuevo cuarto, que sería mi habitación durante al menos un mes y medio, que era lo que Tefi había logrado que aceptase como mínimo. En realidad ella quería que me mudase seis meses, pero a mí me parecía demasiado tiempo alejada de lo que era mi mundo. Un mes y medio estaba bien; después de eso, volvería al pueblo.

Lo primero que hice fue guardar la ropa en los cajones. Bueno, en realidad no. Lo primero que hice fue limpiar de polvo la cajonera para

poder guardar mi ropa en los cajones. Tenía tan poca cosa que todo quedó casi vacío; ¿por qué le hice caso cuando me dijo que me llevase lo justo? Aunque estuviese solo un mes iba a necesitar sí o sí pillar algo más si no quería desgastar las tres prendas a base de lavados y de ponerlas a diario. Desgastarlas más, quiero decir.

—¡Aquí tienes! —Dejó caer sobre la cama unas sábanas en color crema bien dobladas—. No es que estén amarillas, es que son de ese color; lo prometo. ¿Has terminado ya? ¡Te invito a cenar fuera!

Mi cara ante su invitación repentina fue un poema. ¿Qué se suponía que iba a ponerme? ¿La camiseta de publicidad del año 99 con el logo del supermercado del pueblo?

—No. No, no, no. —Negué con la cabeza yendo hacia las sábanas y haciendo la cama.

—¿Cómo qué no? Tú y yo vamos ahora mismo a tomar algo y a cenar. Voy a enseñarte un poco de la ciudad y volveremos sin prisa, cuando nos apetezca, sean las dos de la mañana, las tres o las cuatro.

—O no volvemos, ya de paso. Nos quedamos por ahí durmiendo en una parada de bus.

—¡Eso!

—Era ironía, Tefi.

—Corta rollos, que eres una corta rollos —bufó quitando sus manos de la cintura y ayudándome a poner las sábanas limpias.

—Pero, a ver, ¿tú has visto lo que traigo?

—Pues no, te dije que te trajeses pocas cosas pero yo qué sé lo que tienes. ¿No te has traído un vaquero y, no sé, una camiseta básica blanca o algo así?

—Sí, claro, un vaquero; fijo que en la tienda de la plaza tienen vaqueros y no ropa de mi talla para mujeres de más de 60 años.

—Alex, una palabra: internet. ¿Por qué no pillas ropa en las tiendas *online*? Hay cada cosa tan mona... El otro día me pillé un vestido sueltecito con estampados florales muy estilo años sesenta, que es precioso.

—Qué suerte…

—¡Y había de todas las tallas, borde, que eres una borde! Tienes que actualizarte un poquito, ¿eh, Alex?

—Yo estoy cómoda con mis cosas. No me aprietan, son ligeras, elásticas...

—Desgastadas, descoloridas ya de los años que tienen, con agujeros...

—Mira que eres exagerada.

—¿Exagerada? —Tefi soltó la almohada después de poner la funda y caminó hasta la cómoda—. Lo sabía, sabía que te lo ibas a traer, —Soltó riendo nada más abrir el cajón. Segundos después tenía la parte de arriba de mi pijama de ovejitas en la mano.

—No me mires así, es el mejor pijama que he tenido en la vida —contesté, aunque al ver su cara insistí—. ¡Es muy calentito!

—Y viejo Alex, calentito, viejo y con agujeros —añadió metiendo el dedo en uno de ellos.

—No hagas eso que los haces más grandes. Solo tengo que coserlo.

—No, lo que tienes que hacer es tirarlo. Este pijama hace años que pasó a mejor vida. —Se quedó pensativa unos segundos e hizo un ademán con la mano dejándolo sobre la cómoda y cerrando el cajón —. Mira, cambio de planes. Tú y yo nos vamos ahora mismo de tiendas a comprar algo de ropa, así cuando te diga de salir a cenar o a dar una vuelta no me podrás poner excusas.

—¿A comprar ropa ahora? —Miré mi reloj—. Pero si es tardísimo.

—Aquí las tiendas cierran a las tantas. Venga, deja eso y pilla tu bolso que nos vamos a comprar un par de cosas y un pijama nuevo. Y tira ese, haz el favor, que con la solera que tiene dentro de poco fijo que sale andando él solito.

Pude decirle que no y acabar con ella empujándome fuera de su casa y llevándome a rastras hasta la tienda, o decirle que sí y ponerla contenta. Obviamente tomé la segunda opción.

Segundo Cambio:

Los vaqueros son tus aliados

I

“Si las mujeres de la talla XL no están representadas en el mundo de la moda o en la televisión, ¿qué demonios estamos haciendo?”

Ashley Graham

Las calles centrales de la ciudad donde se encontraban las tiendas y comercios más visitados estaban a rebosar. No cabía ni un alma; bueno, casi. A través de los escaparates podía ver el interior de cada local y tenía pinta de ser toda una locura, y no hay nada que me gustase menos que los agobios y los sitios donde tenías que ir sorteando a los demás para llegar hasta donde querías. Me ponía de mala leche. De hecho, a Tefi siempre le había gustado ir a comprar y yo lo odiaba con todas mis fuerzas. Hacía el ánimo por acompañarla y ayudarla a elegir, porque indecisa era un rato, pero no era el modo de pasar la tarde más deseado para mí. Sobre todo si se trataba de ropa...

En el pueblo no había mucho donde elegir. Era un sitio pequeño, con gente trabajadora que se dedicaba mayoritariamente a tareas de campo, y con una media de edad bastante alta; ¿qué supone eso? Muy fácil. Las tiendas de textiles se resumían en una mercería y una tienda de ropa que presumía sus diseños en el escaparate, pero que el público al que iban dirigidos me doblaba la edad. Debido a eso me era más fácil encontrar ropa de mi talla… bueno, fácil por así decirlo. Lo cierto era que lo que encontraba no era ropa juvenil. Supongo que por eso no me gustaba mucho ir de compras y posiblemente también por este motivo mi esperanza de encontrar algo que realmente me gustase, por mucho que fuera en la ciudad, se reducía a menos cien.

La música de los comercios era bastante estridente en muchas ocasiones y me pareció curioso descubrir los diferentes ambientes de cada una. Había escaparates con prendas de neón y música de discoteca, también otros con prendas más bohemias y melodías que bien podrían estar reservadas a sesiones de meditación guiada. Vamos, que por gustos y estilos no iba a ser desde luego, pero por talla... aún estaba por verse.

—¡Mira! ¡Allí! —La voz de mi amiga me sacó de mis pensamientos. Tras levantar la mirada observé dónde apuntaba con el dedo.

Entramos en la tienda y, para mi sorpresa, la ropa me gustaba. No es que fuese exactamente de mi estilo, si es que yo tenía estilo

concreto, pero parecía muy juvenil y me veía con ella puesta. Había muchos pantalones de deporte y ropa de diario, nada demasiado arreglado. Me sorprendí esbozando una media sonrisa que Tefi no tardó en captar.

—Vamos a ver en ese perchero que creo que tienes que probarte una cosa del escaparate, fijo que te encanta. ¡Venga Alex! ¡Que hay mucha gente y se llevan todo!

Ella se puso entusiasmada a buscar entre la ropa pero yo lo único que podía hacer era mirar de un lado a otro observando a la multitud y todas las prendas que había allí. Era abrumador. Por un momento sentí que me faltaba el aire y casi estuve a punto de salirme fuera para poder respirar, pero en ese preciso instante me encontré con unos pantalones delante de mis narices.

—Este. Es perfecto. Venga, vente que te lo vas a probar. Y esto. —Empezó a coger cosas del mismo perchero—. Y esta camiseta también. ¡Y el vestido!

—Tranquila, no te vuelvas loca que te conozco. A ver si voy a tener que pedir al chófer que cargue con todo.

—Tú siempre tan alegre y optimista —me miró con una mueca en la que estuvo a punto de sacarme la lengua.

Fuimos hasta la zona de probadores y tras esperar a que uno quedase libre y fuese nuestro turno, entré con las prendas en la mano. Menos mal que lo hice yo sola porque siempre me he sentido muy incómoda mostrándome sin ropa que cubra mi cuerpo ante los demás. Incluso en las clases de natación era un problema para mí salir en bañador frente a mis compañeros de clase. Odiaba ir.

Cerré la cortina y observé lo que ella me había cogido, ni siquiera me había preguntado qué talla llevaba. A lo mejor ella me conocía mucho mejor de lo que yo creía.

Nada más coger los pantalones se encendieron las alarmas y los avisos de peligro. Aquello no me iba a entrar de ninguna manera. La cintura no era lo suficientemente grande y la tela no tenía nada de elástico que pudiese ensanchar para que mis muslos cupieran mejor. Esa sensación de incomodidad se afianzó en la boca de mi estómago.

Observé la etiqueta del pantalón y vi que Tefi me había cogido la talla más grande; eso solo podía significar una cosa: no me valía nada de lo que hubiese allí porque todo me iba a quedar pequeño. No quise hacer ni el esfuerzo de ponérmelos porque pasar ese momento en el que los pantalones no te suben y te sientes el ser más enorme del planeta, no era plato de buen gusto para nadie. Y yo ya lo había vivido demasiadas veces.

Me senté en el pequeño taburete del interior del probador mirando mi figura en el espejo y las prendas colgadas del perchero. Esperaría unos minutos más para que Tefi creyese que me los había probado y

saldría con alguna excusa o con algún motivo por el cuál no me los compraba. Sí, seguro que si le decía eso ella me creía. Decirle que no me valían y que necesitaba más talla me daba vergüenza, me hacía sentir horrible conmigo misma.

A los diez minutos salí con todo en la mano y lo dejé a la dependienta para que lo volviese a colocar en la tienda.

—¿Qué tal? —preguntó mirándome con una sonrisa hasta que se dio cuenta de que en mis manos no llevaba nada—. ¿Has dejado todo?

—Sí, es que no me veía bien. No era mi estilo —añadí sonriendo para hacerlo más creíble.

—¿Seguro? Pero si he visto tu cara cuando has mirado ese pantalón. Era como aquellos que vimos una vez por catálogo que tanto te gustaron.

—Sí, bueno, no del todo. Se quedaba algo bajo de la cintura y...

—Entonces a lo mejor necesitas otra talla más. ¡Cada tienda cambia los patrones a lo que le da la real gana! ¡Qué cansinos!

—No. Me venía bien pero bajo.

—Si te viene bajo es porque no te da el tiro del pantalón, pero eso con buscar una talla más se soluciona. Si te gusta, te gusta.

—Es que no me termina de gustar. Quizá podríamos volver a casa y venir otro día, a otra tienda o algo.

Tefi se detuvo, me miró a la cara entrecerrando los ojos y se acercó un poco más a mí.

—¿Qué te pasa? No me estarás poniendo excusas...

Pues sí, ella me conocía mucho mejor de lo que creía, sin duda. Resoplé y negué con la cabeza.

—Es que es pequeño, pero he mirado la etiqueta y no hay más tallas. —Nada más decirlo, Tefi hizo un ademán con la mano quitándole importancia.

—Pues nos vamos a otra tienda, ¡ya ves tú! Será por tiendas aquí. Si donde miras hay una y con ropa muy distinta. Anda, vente, que en la siguiente seguro que hay algo que te encanta.

Mientras caminábamos, Tefi estuvo hablándome. Me contó que eso de que no le valiera la ropa en algunos comercios y que tuviese que comprar tallas más grandes o pequeñas era algo que vivía normalmente. Cada marca tenía su patrón lo que hacía que cada persona tuviese en su armario varias tallas diferentes siendo todas del mismo tamaño. Admito que eso me tranquilizó ligeramente. Solo ligeramente.

De repente, me quedé parada delante de un escaparate. Conocía demasiado bien el logotipo que había sobre la puerta, ya que durante varios años había estado siguiendo sus cuentas en redes sociales y soñando con ponerme alguna vez algo de ellos. Era una marca inglesa

que me encantaba y que había abierto una sucursal nueva en la ciudad hacía tan solo unos meses. Se dedicaba a la ropa juvenil de todas las tallas, desde la 32 hasta la 60. Y lo mejor era que absolutamente todas las prendas estaban en todas las tallas, sin distinción alguna; pero lo que verdaderamente llamó mi atención fue el vestido blanco y negro de corte asimétrico por encima de las rodillas y escote en pico, era precioso. No tenía palabras para describirlo. Era demasiado atrevido para mí, jamás me lo pondría, pero no había visto un vestido tan bonito en mi vida, ¡y de mi talla! Solo saber que si quería podía probármelo me hacía sentir mejor conmigo misma, y mira que era una tontería que muchos ni se pararían a pensar porque era lo común para ellos, pero únicamente teniendo la opción de probarlo, que me sirviese y poder comprarlo, me ponía feliz.

—Vamos para dentro. De aquí vas a salir con las manos llenas —añadió antes de tirar de mí. Si no fuese porque me estaba agarrando estoy segura de que se frotaría las manos.

Aunque también estaba a tope de clientes el ambiente era distinto. Mirase donde mirase podía encontrarme con compradores más altos, más bajos, de más talla, de menos, más jóvenes o adultos... Era una maravilla. También me gustó comprobar que los trabajadores y trabajadoras que se ocupaban de la tienda, al menos ese turno, no estaban cortados por el mismo patrón. Tuve la sensación de entrar al cielo con solo cruzar el umbral de la puerta.

El tema de los empleados para mí era muy importante porque en la tienda anterior había tenido la sensación de que observaban demasiado mi cuerpo, como si viéndome buscar prendas de ropa entre sus percheros estuviesen a punto de decirme *"lo siento, aquí no hay ropa para ti; no tenemos tallas tan grandes"*. Y a lo mejor diréis que soy una exagerada por pensar algo así, pero no sería la primera vez que había leído en foros y blogs de internet ese tipo de experiencias a otras chicas. Además, la manera que tenían de observarme no invitaba a pensar lo contrario.

—¿Sabes lo primero, primerísimo, que vamos a buscarte?

—¿Eh? —pregunté saliendo de mis pensamientos. No tardé ni dos segundos en entender la pregunta y mirar a Tefi con gesto sospechoso. Ella era tan especial y particular que podía soltarme cualquier cosa después de esa pregunta. Me esperaba hasta que dijese novio, o algo así—. ¿El qué?

—Unos vaqueros, de esos que van rotos y que son tan actuales. Te van a quedar de lujo y van a resaltar ese culazo que me traes.

—¿Mi qué? —contesté en modo dramático y miré a ambos lados de manera automática buscando que nadie se hubiese percatado de ello y me estuviese mirando el trasero para comprobarlo en ese preciso instante.

—Tu culo. C-u-l-o; culo. Pompis, trasero... —Y siguió con sus sinónimos mientras movía prendas de un lado a otro de los percheros y buscaba lo que tenía en mente. Yo me limité a ir unos pasos detrás de ella— ...retaguardia, pandero... —De repente se detuvo y se giró para verme—. Alex, cuando te mires al espejo vas a verte espectacular.

—Anda, calla.

—Recuerda mis palabras y las tuyas, porque las que acabas de soltar te las vas a tragar.

—La radical ha hablado —me permití a mí misma sonreír ladinamente. Últimamente la sonrisa no solía dibujarse mucho en mi rostro.

—Y ha sentenciado, que me gusta mucho sentenciar —añadió divertida—. Vamos a hacer una cosa, porque la tienda es tan enorme que nos podemos tirar aquí horas. ¿Por qué no vas tú por esa zona y pillas algunas cosas, yo pillo otras por aquí y luego te las pruebas todas?

—Sí, vale. ¿Te busco cuando termine?

Tras ponernos de acuerdo nos separamos y fui caminando hasta la otra parte de la tienda.

Observé dudosa cada maniquí vestido sorprendiéndome de los looks que les habían puesto. Eran arriesgados y nada tenían que envidiar a los de los escaparates de otras tiendas. Lo más curioso era que también contaban con venta de calzado especial para personas de talla grande, con una horma más ancha y cómoda que no hiciese parecer nuestros gemelos unos chorizos manchegos.

Pero si algo hubo que captase mi atención fue la ropa que llevaban puesta las chicas que estaban comprando como yo. No tenían pinta de ser sacos de patatas sin forma, ni tenían colores oscuros o apagados. Tampoco parecían anticuados o para gente con más edad y mucho menos eran recatados. Una de las chicas me miró y sonrió; supo que la estaba observando pero estaba segura de que reconoció la forma en la que lo hacía. Mi mirada no era para nada juzgadora, más bien era de completa y absoluta admiración. Ella se había saltado todas las reglas no escritas de lo que una gorda puede y no puede llevar, y lo hacía con orgullo y con poderío. Porque, por si no lo sabíais, en algún punto del universo hay leyes no escritas que dictaban que una gorda no podía llevar ropa ajustada porque la ancha le disimula los michelines. Tampoco de color blanco porque le hacía parecer más gorda aún. Por supuesto, nada de líneas horizontales, ni de pantalones de talle alto que marcaban la barriga o pantalones y faldas cortas que enseñaban la celulitis de los muslos. Y ni qué decir de las camisetas sin mangas, con tirantes o con escote de palabra de honor; ¿mostrar los brazos colganderos y las estrías? ¡Sacrilegio!

Las gordas teníamos que ir tapadas, y mucho. Cuanta más tela cubriese nuestra figura mejor y si era oscura y ancha entonces ya lo bordábamos. ¿Mostrar nuestros michelines, barriga o muslos grandes al mundo con desparpajo? No. Eso solo podían hacerlo las delgadas porque solo a ellas les quedaban bien el resto de las prendas que nada tienen que ver con carpas de circo.

Después de eso bajé la mirada y le devolví la sonrisa algo avergonzada para ponerme a buscar entre las perchas y coger alguna que otra prenda antes de que Tefi atravesase mi cuerpo con los rayos láser de sus ojos.

Al rato me encontré con mi amiga frente a los probadores, ella ya estaba guardando mi puesto en la fila. Me detuve justo delante y observé su montón de ropa y el mío: no tenían nada que ver. El suyo destacaba por ser llamativo, con colores vivos y prendas rompedoras. El mío... el mío digamos que era más parecido a la ropa que llevaba normalmente pero más nueva. Vamos, que me había tirado por las prendas más discretas de todo lo que se vendía, y mira que la palabra discreto no es que pegase demasiado en el lenguaje de la marca.

—Guau, no veas. Ágata Ruiz de la Prada te va a contratar como asesora de imagen —ironizó mirando lo que llevaba entre manos.

—Pero si no las has visto. Son bonitas y elegantes. —Mi intento por defender mi elección estaba cayendo en saco roto.

—Sí, claro. Para ir a ver un partido de fútbol después de haber corrido una maratón de tres kilómetros corriendo, están cojonudas —puso los ojos en blanco—. Venga, que voy a entrar contigo cuando te las pruebes. —Mi cara debió de ser un poema porque no tardó en explicarse mejor—. No voy a entrar contigo al probador, sobre todo porque fijo que no cabemos las dos y todo lo que llevamos, pero me quedaré fuera y así cuando te pongas algo puedes abrir la cortina y hacerme un pase de modelos para que te vea.

—¿Estás de coña? No pienso salir por el pasillo andando, moviendo la cintura para que me vea la gente.

—No, mujer, no. Me refiero a poner posturas como si fuese yo tu fotógrafa y tú mi modelo. —Volvió a darme un codazo, esta vez más suave, y me guiñó el ojo—. Estoy segura de que vamos a tener que pillar un UBER de vuelta porque vamos a ir tan cargadas que no cabremos en el metro. —Su risa resonó durante unos segundos.

Cuando llegó nuestro turno entramos al probador que, para mi sorpresa, era algo más amplio que el de la otra tienda.

Tefi me obligó a enseñarle absolutamente todo lo que me probase y a que, tanto si necesitaba una talla más como una menos, se lo hiciese saber para que ella pudiese ir a buscarla. En realidad era todo un encanto y se notaba a leguas que aquello lo estaba haciendo por y para mí, por mucho que disfrutase como una niña pequeña.

Los conjuntos fueron pasando uno detrás de otro. Primero me probé las prendas de mi montón que se resumían en un mono de tela fina y marrón que, según sus palabras, me hacía parecer un mojón, así que estaba completamente descartado. Tras ese, unos pantalones de deporte grises y una camiseta ancha negra con el logotipo de la marca en blanco justo en el centro.

—Pero a ver, alma cándida, ¿has cogido ropa para salir o para quedarte en casa? Porque madre mía... —Soltó tras verme con esas pintas—. Anda, pasa de tu montón y ve al mío, que he cogido cada cosa que... ¡Ay! ¡Venga, venga!

Le hice caso. Por la cuenta que me traía, también debo añadir.

Nada más apartar mis prendas de arriba lo primero que vi fueron los vaqueros estrella, esos que había estado buscando desde que había pisado la tienda. No es que me negase a probarlos, lo haría, claro que sí, pero en mi mente tenía demasiados prejuicios. Aquello tenía pinta de ser ajustado, mucho, y seguro que me haría sentir embutida, pero la voz de Tefi me apremió desde detrás de la cortina porque se moría de ganas por verme.

Aún en un mar de dudas me los puse dando la espalda al espejo para evitar ver mis enormes piernas desnudas y la celulitis que bañaba mi piel, pero cuando me giré... Cuando me giré, me quedé sin palabras. Debieron de pasar más segundos de los que me imagino completamente en silencio porque pude escuchar su voz desde fuera preguntándome si todo iba bien. Como no obtuvo respuesta, ella misma corrió la cortina.

—¡La madre que me parió, Alejandra! ¡Pero si estás tremenda! —Giré la vista y observé su mirada clavada en mi trasero.

—¡Ey, señorita! —le llamé la atención girando mi cuerpo y juntas nos pusimos a reír.

—Ese pantalón sale con nosotras de esta tienda como me llamo Estefanía. ¡Ya te lo digo yo! —Echó una mirada más a las formas que hacía sobre mi cuerpo y se metió al probador para rebuscar entre las prendas de ropa y darme una camiseta—. Venga, ponte esto y me avisas. ¡Vamos, vamos!

Cerró de nuevo la cortina y rápidamente me quité la camiseta, esta vez de frente al espejo, para ponerme la que ella me había dado.

Tiré del borde de la camiseta hacia abajo para tapar mi barriga y el trasero como siempre hacía, porque aquello me hacía sentir mejor y más oculta a los ojos de los demás, pero en esta ocasión era imposible porque la camiseta en color granate tirando a rosado quedaba justo en medio del vientre, algo holgada, pero con el cuello abierto estratégicamente para que el escote se pudiese intuir, y más que intuir, a la perfección.

Para ser sincera, aquello no tenía ningún parecido a lo que había

desde hacía años en mi armario. Tampoco hubiese creído dos meses antes que llegaría a probarlo y, sin embargo, allí estaba plantada delante de espejo admirando cómo me quedaba y lo bien y diferente que me hacía sentir. En aquella imagen no me veía a mí sino a la chica que me había sonreído en la tienda.

Abrí la cortina y Tefi soltó un grito que reprimió tapándose la boca.

—¡No se hable más! ¡Sabía que te quedaría cojonudo! —me miró el escote—. ¡Pero qué escotazo te gastas! Jo, si no fuera porque te siento como mi hermana, te tiraría ficha y todo.

—Anda, anda, no digas tonterías. —Sonreí ante sus ocurrencias.

—¿Qué no? Ya te digo yo a ti que sí.

—Por cierto, aún no me has hablado de cómo te está yendo con esa chica del bar aquel que...

—*Buf*, nada, no me está yendo de ninguna forma. La verdad es que estaba cómoda con ella pero no me sentía del todo bien, ¿sabes? No me emocionaba quedar con ella o que me escribiese para quedar. Era como *bueno, pues vale, quedamos*, pero sin más. —Hizo de nuevo un ademán para detener la conversación—. Pero no me líes, cacho penca. Anda, sigue probándote el resto que esta noche lo vamos a petar.

—¿Esta noche? ¿Por qué no lo dejamos para otro día?

—No juegues la carta de poner la excusa de que andas muy cansada del viaje que te planto un litro de café delante y hago que te lo bebas antes de salir.

—Es que es verdad.

—Lo sé. Y como lo sé, vamos a salir esta noche para que así mañana puedas descansar y recuperar lo del viaje y lo de la salida. Hay que economizar el tiempo, Alex, que se nos escapa de las manos —añadió sabionda y, aunque lo intentó, se le escapó la risa antes de volver a cerrar la cortina.

II

"¿Qué significa confiar en una misma? Significa dejar ir, ser auténtica y decidir que no nos importan las opiniones de los demás"

Demi Lovato

El conductor del UBER estuvo a punto de asesinarnos con la mirada cuando nos vio llegar con tal cantidad de bolsas, pude verlo en su rostro. Supongo que no estaba acostumbrado a cargar con ese equipaje de cambio de armario; yo tampoco, y mucho menos mi tarjeta bancaria que la pobre se quedó temblando.

No mentiría si dijese que había comprado ropa para llenar la cómoda hasta los topes y tener que comprar una mesita más para mi cuarto, bueno, para el segundo cuarto de la casa de Tefi. Vale, sí, lo admito, quizá haya exagerado un poco, pero para ponerme un atuendo diario durante dos semanas y no repetir ninguno de ellos sí que tenía, así que os podéis imaginar la cantidad de bártulos que tuvimos que subir por las escaleras del edificio.

Me había dejado convencer para comprar más de la mitad de lo que llevaba. La mayoría eran colores que jamás me pondría; llamativos, luminosos, claros... y con patrones más ajustados, desiguales, con escote y por encima de las rodillas. Supongo que estaba demasiado acostumbrada a vestir con tonalidades oscuras para ocultarme y camuflarme de la mirada de los demás. A veces incluso tenía la sensación de ser un poco invisible; algo que, personalmente, me gustaba. Siempre había tendido a ser más observadora que a llevar la voz cantante. Adivinad quién de las dos era la que siempre estaba en el centro de todo y no le importaba lo más mínimo nada de lo que dijeran los demás.

Desde bien pequeñitas Tefi fue una chica guerrera. No se callaba una, ni siquiera con los profesores. En alguna que otra ocasión esa actitud me hizo morir de vergüenza y pensar eso de *tierra trágame*, pero ella era así y no lo podía evitar. De todas formas, esa actitud le hizo pasar una adolescencia bastante diferente a la mía.

Desde temprana edad se dio cuenta de que le gustaban las chicas y, a pesar del sitio en el que vivíamos, nunca le preocupó que la gente lo supiese o que murmurase de ello a sus espaldas. Los pueblos eran los pueblos y en ellos cualquier mínimo cotilleo corría de casa en casa a

la velocidad de la luz. Era casi matemático, y su orientación sexual no iba a ser menos. Sus padres la apoyaron desde el primer momento y trataron el asunto con la normalidad y la naturalidad que algo así requiere, ya que cada uno debe elegir con quién compartir su cama y su vida; a su hermano mayor le costó un poco más aceptarlo.

Recuerdo que estuvo varios meses evitándola y apenas le dirigía la palabra en las comidas familiares, pero Tefi siguió como siempre; sonriendo y sin darle mayor importancia de la que tenía. Ella amaba a su hermano con toda el alma, pero más se quería a sí misma. Además, sabía que tarde o temprano él terminaría aceptando esa parte de su vida. Y no se equivocó.

Yo siempre lo supe porque entre nosotras nunca hubo secretos. Sin embargo, algunos de nuestros compañeros de clase no vieron con buenos ojos que alguien se saliese de la norma y la tomaron con ella durante años, incluso insultándola y escribiendo con botes de spray en los muros del colegio su nombre seguido de la palabra *marimacho*. Pero eso no fue todo, ya que tuvo que vivir alguna que otra experiencia de ataques físicos simplemente por amar a personas diferentes de las que en teoría debería de querer por ser mujer.

A pesar de todo, ella nunca perdió la sonrisa ante los demás y tampoco permitió que la pisaran. No cambiaría por contentar al resto y ser infeliz toda su vida. Echando la vista atrás comprendía un poco mejor el porqué de su toma de decisión sobre mudarse a la ciudad en cuanto tuvo la oportunidad, porque aunque Tefi siempre se había aceptado y los que habíamos estado a su lado también, necesitaba ese cambio de ambiente para terminar de dejarse llevar y vivir su vida plena sin ningún cartel sobre su cabeza que le recordase que era *diferente* a los demás.

Al llegar al último tramo de escaleras, justo antes de la puerta de su casa y después de subir cuatro pisos sin ascensor, mi lengua se encontraba por los suelos. No estaba acostumbrada a ello ni creo que llegase un momento en el que lo estuviera. Con lo bien que se estaba viviendo en planta baja... Claro, con razón en la ciudad había muchos pedidos de comida a domicilio, así se ahorraban tener que bajar y subir tantos escalones al cabo del día, que ya era suficiente con hacerlo para ir a trabajar. Ahora en serio, ¿para qué se apuntaba la gente al gimnasio si con bajar y subir las escaleras varias veces ya tenías para llenar tu cupo de sentadillas diarias?

Levanté la mirada y una chica con melena pelirroja un poco más allá de los hombros, totalmente llena de pequeños rizos en bucle, nos miró riendo con la espalda apoyada en la pared del descansillo. Vestía un pantalón de traje con pata ancha en color negro y una camisa de colorines llamativos anudada bajo el pecho con un profundo escote.

—¿Estaba al cinco por uno o cómo? ¿Hay un apocalipsis zombi y

habéis arrasado con todo? —Miró a Tefi despegando su espalda de la pared y guardando el móvil en el bolso—. Espero que me hayas traído unos buenos taconazos de regalo, que nunca viene mal un nuevo par de zapatos.

—No, en realidad no hemos pillado ni un dos por uno, pero hemos cogido buenas ofertas de fin de temporada, tía lista. —Tefi le devolvió la sonrisa, dejó las bolsas en el suelo y sacó la llave de casa—. ¿Y eso que has venido? Ay, no me digas que había quedado contigo y te he dejado tirada o algo.

—No, en realidad no. Es que me ha llamado Max para quedar y he pensado que lo mismo te apetecía salir —me miró directamente—. ¿Te apuntas?

—Espera, espera. Vamos a entrar a la casa que la pobre va a perder la sensibilidad de los dedos con lo que pesan las bolsas que lleva cargando. —Tefi me señaló y seguidamente abrió la puerta.

Entramos en su casa y, tras cerrar la puerta, dejó todas las bolsas en el suelo. Caminó hasta el frigorífico y sacó una botella de agua mineral fría y tres vasos.

—Tengo la boca que parece una suela de zapato, ¿queréis? —preguntó mirándonos. Yo acepté mientras que la otra chica negó con la cabeza. Tefi llenó dos vasos.

—Tú debes de ser Alejandra, su amiga del pueblo, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí.

La chica parecía muy simpática aunque aún no tenía ni idea de quién era y el hecho de que viniese a invitarnos a salir esa noche había roto los planes. Mis planes, para ser más exactos. Aún tenía la esperanza de convencer a Tefi de no salir con alguna excusa que pudiese inventarme.

—Alejandra, Miriam. Miriam, Alejandra. —Alzó la voz Tefi después de dejar de nuevo el vaso de agua, ahora vacío, sobre la encimera. Me acerqué a coger el mío tras murmurar un *gracias* a Tefi—. Las tuyas, hermosa. —Sonrió divertida.

Cuando estaba frente a desconocidos me tranquilizaba sujetar algo con las manos. Muchas veces solía ser un bolígrafo o una goma del cabello con la que jugar entre los dedos; en ese caso el vaso de cristal servía a la perfección.

—La pelirroja aquí presente, además de ligar como nadie, es mi compañera de trabajo. Pertenece al equipo de recursos humanos.

—No pienses nada espectacular porque mi trabajo se limita a hablar con la asesoría laboral para el tema de contrataciones de empleados, bajas, vacaciones… Muy aburrido todo —añadió riendo.

—Un placer —contesté a continuación esbozando una pequeña sonrisa.

—Ya me dijo Estefanía que vas a estar aquí unas semanas así que...

¡bienvenida a la ciudad de los locos! —Pude notar cómo se aguantaba la carcajada.

—No le digas eso, mujer, que me la asustas.

Llevé el vaso a mis labios y bebí un poco de agua. Un poco más y me atraganto bañando la encimera como si fuese un aspersor; sin duda el agua estaba a la temperatura que más le gustaba a mi mejor amiga: frío nivel: le quedaban cinco segundos para producirse la congelación.

—Bueno, eso que has dicho antes... —Tefi puso cara de interesante achicando sus ojos risueños—. Cuéntame más.

—Pues eso, que Max ha tenido un día, en tus palabras y para que me entiendas… —Miriam se aclaró la voz y soltó lo siguiente imitando el tono de Tefi— como el ojete.

—¡Anda mira! ¡Ojete! —me miró dándome un codazo—. Otro sinónimo más. Cómo no se me ocurrió antes... —Comentó haciendo alusión a nuestra conversación en la tienda. Miriam alternó la mirada de Tefi a mí sin borrar la sonrisa, seguramente estaría más que acostumbrada a sus ocurrencias porque siguió como si nada.

—Tú te lo has perdido, señora con suerte a la que miran mal en el trabajo por coger vacaciones antes que nadie; y de rebote me miran mal a mí por haberlas firmado sin protestar, pero no sabes lo que ha pasado en el curro, hoy ha sido infernal. Resulta que ha habido un problema con el sistema interno de seguridad de no sé qué cosa y Max ha tenido que solucionarlo él solito porque, para colmo, Luis no estaba hoy en su puesto de trabajo, así que se ha comido el estrés del jefe y su bronca previa.

—¡No jodas! —Tefi la miró con la boca abierta.

—Como te cuento. No ha podido salir del trabajo hasta ahora y lo primero que me ha dicho es que te avise y avise a los demás para tomar unas cervezas porque necesita desfogar.

—Desfogar. Ya, claro, ahora lo llaman así. Va a acabar con las existencias de cerveza, ya lo verás. —Rio entre dientes compartiendo mirada cómplice con Miriam.

—Bueno, ¿qué dices? Tengo sus notificaciones de *Whatsapp* que no paran para ver si hay plan o no. Luis dice que no se encuentra bien y que no tiene ganas de salir, que ha tenido que faltar porque tenía una cita médica; aunque entre vosotras y yo, creo que sabe que Max se la va a liar en cuanto lo vea porque, por lo visto, ha sido por un error suyo de no actualizar o algo así. La verdad es que de esas cosas no entiendo mucho. —Suelta una carcajada.

—Cuando vea a Luis se va a cagar. —A la risa de Miriam se suma la de Tefi—. Yo me apunto y Alex también. Nosotras ya habíamos dicho de salir así que...

Mi cara de circunstancia lo decía todo, aunque disimulé muy bien con una sonrisa. Estaba claro que esa noche se salía por mucho que

fuese lo que menos me apetecía.

Después de mirar y remirar la ropa que habíamos traído en las bolsas, Miriam y Tefi me seleccionaron un top sin mangas de color amarillo y una falda roja con rayas muy finas en vertical en el mismo tono que la parte superior del conjunto. Parecía el uniforme de España para los Juegos Olímpicos. Era ajustado y bastante atrevido. Demasiado atrevido para ser sincera. Tras dejar las prendas sobre la cama decidieron esperar en el salón, algo que agradecí porque me incomodaba muchísimo mostrar mi cuerpo.

Por mucho que ellas estuviesen imaginando mi entrada triunfal a lo Beyoncé, decidí cambiar y seleccionar algo que yo misma había elegido comprar. Sí, ¡sorpresa! Esas habían sido prendas escogidas por Tefi, aunque supongo que a estas alturas a nadie le sorprenderá la confesión.

Tras algo más de quince minutos abrí la puerta y me encontré con ellas que silenciaron su conversación al instante y me miraron. Pude ver en sus rostros la descolocación de verme vestida como iba, que aunque con ropa nueva y algo diferente a mi estilo normal, no se alejaba demasiado de lo que se podía esperar de mí. Unos segundos después mi mejor amiga se acercó sonriendo y me cogió del brazo acercándome a Miriam.

—¿Sabes qué? Estás tremenda igual, ya te dije que estos pantalones te quedaban como un guante. Y la camiseta negra de manga francesa es una elección perfecta, señorita.

—Sencillo, pero elegante. —Miriam asintió tras hablar, dando conformidad al comentario de Tefi.

—¿Seguro que no se ve demasiado? —Tiré del escote intentando cerrarlo un poco más.

—Si lo cierras un poco más pasará de una bonita camiseta con un ligero, ligerísimo escote, a un hábito de monja de clausura, así que ni se te ocurra. Muestra esos pechotes que tienes. Si por mí fuese te haría el escote más grande. —La seguridad de las palabras de mi mejor amiga era más que palpable.

Ella se ofreció a hacerme una coleta, una trenza, un recogido... lo que fuese para quitarme un poco el cabello de la cara y que me viese cambiada; yo opté por negarme. Me gustaba mi pelo suelto, aunque debía confesar que lo que en realidad me gustaba era no mostrar la cara de bollo que tenía y que podía ver cada vez que me observaba en el espejo. Mejillas anchas, mentón más bien redondeado, mofletes rechonchos... Sí, otro de mis complejos era la forma de mi rostro.

En las pocas imágenes de chicas de talla grande que veía en la televisión o en internet, la mayoría solían contar con un rostro de proporciones bonitas; labios gruesos, mandíbulas perfiladas y sin rastro alguno de papada. Básicamente lo contrario a lo que yo

observaba al mirar mi reflejo. Ni si quiera podían decirme aquello de «*estás gorda, pero de cara eres guapa*», porque ni eso.

El cabello suelto formaba parte, sin duda, de mi uniforme para hacerme invisible a ojos de los demás.

Después de cepillarme el cabello, Miriam se encargó de darme el toque de maquillaje suave que, según ella, iba con mi estilo de esa noche.

—Madre mía, Alex, guapa no, guapísima —soltó Tefi tras verme con el toque rosa palo del carmín en los labios y la máscara de pestañas. Las notificaciones del teléfono de Miriam volvieron a sonar.

—Max está metiendo prisa, que o vamos o pide un cubo de cervezas para él solo y perdemos la invitación. Ya está en modo dramático. —Anunció Miriam, y Tefi rompió a reír al escuchar a su compañera de trabajo.

—Pues no le hagamos esperar. Además, yo quiero mi buen chupito de tequila, nada de cerveza que para eso estoy de vacaciones.

(Aquí hay un salto de tiempo)

No tardamos en llegar.

Durante el trayecto preferí escuchar la conversación como solía hacer siempre. Me gustaba ser esa pieza que estaba ahí y que acompañaba, que contestaba a preguntas directas y que apoyaba con asentamientos de cabeza cuando estaba de acuerdo o emitía gestos de negación cuando opinaba diferente, pero lejos del centro de atención. Tampoco tenía confianza con la chica del cabello como *Brave* para soltarme un poco más, aunque a su favor podía decir que me pareció muy simpática. No me extrañaba que su relación con Tefi fuese tan buena, aunque a su lado Miriam parecía ser un poco más seria o tener un humor no tan absurdo como el que tenía ella en la mayoría de las ocasiones.

La conversación principal giró en torno al trabajo. Ambas eran empleadas de la misma empresa en donde Max, el chico que las había invitado a salir, también trabajaba. Lo hacían en departamentos e incluso en plantas del edificio diferentes; puede que ahí estuviese el secreto para que la relación laboral se transformase en amistad más allá de las paredes de la empresa. Entre ellos no se reprochaban nada ni se echaban nada en cara, además se servían mutuamente de desahogo cuando los mandos superiores se ponían algo más quisquillosos de lo normal, como era el caso de aquella noche y aquel día de trabajo bastante inusual.

Volaron las anécdotas de los últimos días, las broncas, las buenas noticias... y cuando quisimos darnos cuenta ya habíamos llegado al sitio en el que habían quedado.

No estaba para nada acostumbrada a ese mundo nocturno de la ciudad. En la televisión siempre había visto imágenes de jóvenes muy

borrachos en las calles, de basura por el suelo, botellas vacías, vasos de plástico aquí y allá, incluso comas etílicos. Sin embargo, lo que vi al llegar fue bastante distinto a esa idea preconcebida que tenía en mi cabeza.

Los clientes no eran niños jóvenes de 18 o 20 años, sino que se acercaban a nuestra edad, los temidos treinta; incluso pude ver alguno que tenía pinta de superarla. El local era amplio, la música estaba a un nivel en el que podías hablar con tus amigos sin necesidad de dejarte la garganta y se alejaba enormemente del típico pub de *chunda-chunda* que abre hasta las tantas y molesta a los vecinos que viven justo encima. Los clientes que allí había parecían ir a su rollo, riendo y charlando con quienes habían quedado sin prestar atención a los demás. A la izquierda, un chico amparado por la penumbra del local y apenas iluminado por la luz de una bombilla roja, alzó la mano sujetando un botellín para llamar nuestra atención.

—Allí está. —Miriam lo señaló y nos acercamos a la mesa sorteando al resto de clientes—. Sí que nos has visto pronto; anda, dame una de esas.

—Tu pelo es inconfundible. El día que te lo tintes me será más difícil reconocerte a veinte metros de distancia. —Sonrió de medio lado dándole uno de los botellines del cubo.

—¿Tintarme el cabello yo? Ni loca. Es mi seña de identidad.

—Habéis estado a puntito de quedaros sin cerveza, que lo sepáis.

—Pues mira, mejor. Yo quiero un chupito de tequila que vengo a celebrar mi inicio de vacaciones y que mi mejor amiga de toda la vida ha venido a hacerme una visita, pero de las largas. —Tefi tiró de mi mano e hizo que me sentase a su lado, frente a sus compañeros de trabajo—. Alex, el cansino; cansino ella es mi amiga Alex.

—Vaya fama tengo. Eso, o Tefi ya te ha dicho lo que ha pasado; más bien lo segundo ¿no? —preguntó a Tefi antes de centrar su atención en mí—. Encantado —me miró a los ojos y un cosquilleo subió por la boca de mi estómago.

—Igualmente —contesté con una sonrisa tímida apartando la mirada unos segundos después para centrarla en Tefi. En ese momento agradecí que el ambiente del local estuviese más bien oscuro porque de ese modo no podría ver con claridad la subida de color de mis mejillas.

Lo primero que captó mi atención fue su sonrisa. Tenía pinta de ser de las verdaderas, de esas que no se pueden fingir. No sentía que sonriese por compromiso ni obligación. Su naturalidad a la hora de hablar sin saber absolutamente nada de mí hizo que me sintiese cómoda, sobre todo porque durante el viaje no dejé de pensar en que pudiese sentarle mal encontrarse en la noche con sus amigos a alguien que no era de su círculo. Quizá no le gustase contar cosas de su vida a

gente que no conocía, quizá se sintiese incómodo, puede que le molestase bastante mi presencia. Pero no, no fue el caso.

Su cabello era de color castaño, no muy corto y con un estilo más bien despeinado. Durante la tarde de compras me había cruzado con chicos que llevaban cortes perfectos y perfilados, e incluso llegué a pensar que en aquella zona llevarlo así era casi como un complemento más del vestuario. Sus ojos eran de color marrón, aunque con la escasa luz del local no se podía apreciar del todo, y una barba con toque desarreglado bañaba desde su mentón hasta las mejillas. Era guapo, pero no como esos del famoso programa de citas de la televisión que estaban cortados por el mismo patrón: altos, musculosos, con más horas de gimnasio que de lectura y casi como copias de sí mismos. Él tenía un *no sé qué,* que le hacía atractivo. Y que me ponía un poco nerviosa para ser sincera.

—¿Quieres una? —preguntó mientras me acercaba una cerveza.

—No, yo no...

—Sí, tú sí bebes. Hoy sí. —Tefi agarró la botella por mí y la abrió colocándola delante. Ella sabía por qué lo decía, y es que de adolescentes nos habíamos cogido una buena cogorza a base de vino de tetrabrik que nos pasó factura con una resaca infernal. Desde ese momento evitaba cualquier posible borrachera—. Lo hago por ti, para que puedas aguantar la turra del cansino; y por él, para que pueda pedir otro cubo de quintos sin que se sienta culpable por bebérselos solo. —Le miró bromeando, exagerando demasiado el gesto de la sonrisa, algo que provocó en Max una pequeña risotada.

—Venga sí, que así todos brindamos. —Miriam me guiñó el ojo tras dejar el móvil en la mesa después de escribir algo en él.

—No sin mi chupito. Esperad un minuto.

Se levantó de la mesa y fue hasta la barra. Pasaron unos segundos de silencio en los que di un trago al botellín algo nerviosa hasta que Max volvió a tomar la palabra.

—¿Llegaste ayer a la ciudad?

—No, en realidad hace unas horas.

—Unas horas y Estefanía ya la ha llevado de compras y han acabado con las existencias. Me las he encontrado cargadas hasta arriba subiendo las escaleras de su piso. —Su móvil volvió a sonar y puso toda su atención en él—. Vengo ahora chicos, que tengo que hacer una llamada.

Miriam se levantó emocionada de la mesa y salió del bar mientras marcaba un número y se ponía el teléfono en la oreja.

—¿Te quedas en la casa de Estefanía o has pillado algún hotel para pasar tus vacaciones?

—No, ella me ha preparado la habitación libre de su apartamento —contesté algo tímida.

—¿Qué opinas de la ciudad? ¿Es la primera vez que vienes, Alex?

—Sí —asentí jugando con el botellín entre mis manos sin despegar el culo de este de la mesa—. Tefi me ha invitado muchas veces, pero supongo que no había encontrado el momento oportuno.

—Me alegra que lo hayas encontrado finalmente. —Levantó el botellín y dio un trago a su cerveza—. Yo llevo toda mi vida aquí, pero sé que puede ser un poco abrumador.

—Y que lo digas —puse los ojos en blanco por un segundo. A Max pareció hacerle gracia que fuese de repente tan espontánea, por mucho que tras ese gesto volviese a mi modo reservado y relativamente distante.

—Mucha gente en las calles y en las tiendas, ¿verdad? Yo me lo pienso demasiado antes de ir a comprar algo y únicamente lo hago cuando lo necesito.

—Igual que yo. —Mi sonrisa se amplió. Era genial encontrar a otra persona con ideas afines a las mías—. En eso no nos parecemos demasiado; Tefi adora ir de tiendas.

—Una vez le pedí que me ayudase a elegir una camisa para un evento de la empresa y al final, después de recorrer todas las tiendas más conocidas, terminé comprando más de una y en la primera tienda a la que habíamos ido a mirar.

—¿En serio? —Reí sintiéndome algo más relajada. Más yo, por decirlo de alguna manera—. Seguro que compraste varias porque ni ella pudo decidir cuál le gustaba más.

—La conoces mucho mejor de lo que yo la conocía antes de pedirle que me acompañase. —Su sonrisa se amplió.

Alguien tocó mi hombro y me giré; Tefi había llegado con dos chupitos, uno en cada mano.

—Ya estabais hablando de mí, fijo. —Se sentó a mi lado y dejó ambos chupitos en la mesa—. ¿Dónde se ha metido Miriam? —añadió mirando extrañada la silla vacía y buscándola por el local.

—Ha salido hace un rato diciendo que tenía que hacer una llamada —contestó Max.

Acto seguido, y casi como si ella hubiese sentido que estábamos nombrándola, apareció en la mesa para recoger sus cosas.

—Ay chicos, lo siento mucho de verdad, pero...

—Te vas, ¿no? —preguntó Tefi.

—Sí... —miró a Max—. Pero te prometo que haré algo para compensarte. No sé, te pondré en preferente para repartir las vacaciones de diciembre o algo así —puso su mano en la cadera con gesto retador—. Es una oferta que no vas a poder rechazar.

—¿Has quedado con uno de esos de la aplicación de ligoteo? —Tefi la miró con media sonrisa y después se metió el primer chupito entre pecho y espalda. Miriam pareció hacerse de rogar unos segundos pero

finalmente asintió con gesto de enamorada.

—Ay sí, es que me tiene loquita. Es tan guapo, y atento, y...

—Que sí, que lo hemos pillado. Anda tira, ve y disfruta. Pero lo de las vacaciones me lo apunto, no te creas que se me va a olvidar. —Max se aclaró la voz y se recostó en el respaldo poniéndose un poco más cómodo, como si de una negociación se tratase—. Estaba pensando en cogerme dos semanas y pasar las vacaciones fuera de la oficina y de los villancicos del hilo musical... —dejó caer como si tal cosa de manera divertida mientras me miraba, guiñándome un ojo cómplice, antes de beber de nuevo un trago del botellín de cerveza y finiquitarlo. Esa sensación en la boca de mi estómago se intensificó.

—Veré lo que puedo hacer.

Sin ocultar su emoción por la cita que tenía en unos minutos Miriam se despidió de todos y salió del local, no sin antes asegurar a Tefi que le mandaría la ubicación del sitio donde estuviese con su cita y la avisaría cuando llegase a casa. Cualquier precaución en estos casos era poca.

—Anda, pesado —ambos se miraron sonriendo, se notaba que entre ellos había mucha confianza—, cuéntanos qué ha pasado hoy en el trabajo y emborrachémonos juntos.

III

“En el momento en el que aprendas a amarte a ti, no querrás ser nadie más que tú”

Rihanna

Esa noche me lo pasé genial aunque no entendiese más de la mitad de lo que explicaba Max. Para que os hagáis una idea, mis conocimientos de informática se podrían resumir en mandar e-mails, revisar redes sociales y buscar información si lo necesitaba; pero más allá de eso soy completamente nula. Ni código binario, ni historia de la informática, ni html... Sé lo que son los periféricos del ordenador y porque he tenido que cambiar el ratón varias veces al estropearse, que si no ni eso. Lo de ser la nueva Bill Gates me queda muy lejos.

La conversación fluyó con naturalidad, algo que me sorprendió, y ese nerviosismo que sentí al principio se fue apagando poco a poco. Me resultaba complicado mostrarme como era con personas que no conocía, aún más si esas personas eran chicos; y a pesar de que creáis que era una reacción normal para alguien poco extrovertida como yo, mi caso era ligeramente diferente. Había convivido con ello casi desde la adolescencia y no podía evitar esa sensación de notar cómo se estrujaba la boca de mi estómago, las palmas de mis manos sudasen como manantiales y mi corazón se pusiera como la locomotora del AVE.

Que las personas que me acosaran durante mi niñez y primeros años de juventud fuesen chicos, sentó las bases para que reaccionase de esa manera ante determinadas situaciones. Nunca he tenido confirmación de eso por un profesional, pero me conozco lo suficiente a mí misma como para saberlo. Y mira que conocerme no es una de mis grandes virtudes. Pero os diré más, contar aquellos episodios a viva voz me hacía sentir demasiado pequeña y frágil. Blanco y en botella; aunque oculta, la herida seguía abierta.

Puede que otro de los factores de mi relajación durante la conversación tuviese que ver con las dos cervezas que me bebí mientras los escuchaba reír con anécdotas del trabajo que, por mucho que me hubiese contado ya Tefi en algún momento, ahora parecían más divertidas viendo a los dos hablar sobre ellas con la complicidad que tenían. Lubricante social lo llamaban. Junto a ambos me sentí

integrada e, incluso, por un momento conseguí olvidarme de todo lo malo que me acompañaba a diario en forma de sombra oscura sentada al hombro.

Los siguientes días fueron muy ajetreados. Tefi me llevó a las zonas verdes más famosas de la ciudad; caminamos y dimos paseos admirando esos pulmones de naturaleza que te aislaban del tráfico de los coches y de la contaminación. Para mí aquello era como darle *pause* al estrés de la vida y disfrutar de lo bonito que normalmente no veíamos. ¿Recordáis aquel videoclip de *The Cranberries* y la canción *Just my imagination*? Pues así me sentía yo cuando paseaba entre los árboles del parque central y observaba las mariposas que revoloteaban sobre las flores de cuando en cuando. A nadie sorprenderé si confieso que a veces me formaba mi propio vídeo musical en la cabeza... y no os hagáis los dignos porque estoy segurísima de que hacéis exactamente lo mismo cuando vais en coche. Había visto desde los pasos de cebra a cada conductor en pleno concierto en directo sobre su volante, que ni Lars Ulrich en su mejor momento podía hacerles sombra.

También visitamos varios museos donde pude admirar en directo las obras que tanto me gustaban y que hasta ese momento tan solo había visto en los libros. Acudimos a musicales y conciertos, me mostró los locales más bonitos y con mejor comida de toda la urbe, me descubrió lugares ocultos que los turistas no suelen conocer e incluso hicimos una ruta subidas en metro. Efectivamente, nos recorrimos varias líneas de metro de punta a punta solo por el hecho de ir subidas en él y no, no se nos había ido la cabeza por hacerlo... aunque no ponía la mano en el fuego por Tefi en ese aspecto. El motivo de aquella visita turística fue el hecho de que jamás me había montado en uno y me parecía maravilloso tener a mano algo que te ayudase a recorrer toda la ciudad por debajo del suelo evitando tener que parar cada tanto en un semáforo rojo. Así era yo, que me sorprendía y alucinaba con las cosas más pequeñas.

Añadiré que el hecho de que me fascinara tanto el metro no era porque en el pueblo fuéramos en mula o asno, que conste. No será la primera vez que alguien me lo había preguntado en tono jocoso o lo que era más preocupante, totalmente en serio; supongo que descubrir algo que no tenías al alcance en tu vida diaria te provocaba cierta curiosidad. Por mucho que ese algo fuera tan simple como la línea de metro.

Tras una semana y media ya me encontraba más cómoda en el apartamento de *Tefi*. Apenas me equivocaba al abrir los cajones y los armarios en busca del menaje de la cocina y hasta había comprado

varias plantas que ahora decoraban mi dormitorio. Creo que lo hice más por mí que por cualquier tema de decoración, sencillamente porque tener algo de naturaleza en aquellas cuatro paredes me hacía seguir unida en cierta forma a la vida rural que tanto me gustaba y a la que había pertenecido desde que nací. Y es que, por mucho que los días de desconexión y distancia me estuviesen viniendo bien, aún mojaba la almohada con mis lágrimas antes de quedarme durmiendo a las tantas de la madrugada.

La noticia del fallecimiento de mis padres me tomó por sorpresa. Fue algo repentino, desgarrador y que jamás me hubiese imaginado vivir tan pronto. Un conductor borracho se saltó un STOP a gran velocidad y se llevó por delante el coche donde viajaban mis padres. Ellos habían salido esa mañana muy temprano para hacerse unas pruebas médicas rudimentarias, algo a lo que estábamos más que acostumbrados.

Al vivir en un pueblo bastante alejado, el sistema de salud no era especialmente bueno. Contábamos con un médico de familia que venía apenas dos veces a la semana para pasar consulta, un pediatra que lo hacía cada siete o diez días, un enfermero que venía tres veces a la semana y, si necesitábamos la asistencia de cualquier médico especialista, éramos nosotros quienes teníamos que desplazarnos más de cincuenta kilómetros en coche hasta los más próximos.

Recibí la noticia por teléfono en cuanto llegaron al hospital y certificaron el fallecimiento de ambos. Desde ese día no volví a ser la misma. De un momento a otro me encontré sola, sin nadie que me amparase y que estuviese a mi lado. La casa se me hacía enorme y no podía pasar por delante de su cuarto sin derrumbarme en medio del pasillo y terminar llorando acurrucada en el suelo. Pasaba los días metida en mi habitación tirada en la cama o sentada en cualquier rincón, tan solo abría la puerta para ir al baño y por extrema necesidad, porque aquellos días lo que menos me importaba era que mi cabello luciese en malas condiciones o que mi higiene no fuese óptima.

Los primeros días fueron fatales, pero el *shock* hizo que lo viviese de un modo diferente; no podía terminar de creer lo que había pasado. Era imposible que mis padres ya no fuesen a estar más a mi lado, que no los escuchase reír y gastarse bromas o simplemente escuchar sus pasos. Me transformé en un fantasma de mí misma que no hablaba, no comía ni dormía, y que lo único que hacía era mirar al infinito sin fijar la mirada en un punto exacto. Podía tirarme en ese estado durante horas y no percibir el paso del tiempo. Los minutos comenzaron a pasar más lentos y pesados, el silencio se hizo más ensordecedor y mi corazón más solitario y mudo. Me encerré en mí misma.

Unas semanas después, cuando entendí que aquello no era un sueño y que jamás los volvería a sentir ni a abrazar, comencé a gritar de impotencia. ¿Por qué les tuvo que pasar a ellos y no a mí? ¿Por qué el hospital estaba tan lejos? Quizá si no viviésemos a tantos kilómetros podrían haberse salvado; si yo me hubiese despertado antes, ellos habrían salido antes de casa y no se habrían topado con el que les embistió; si esa persona no hubiese bebido estarían conmigo; si yo... si ellos...

Tomé la decisión de viajar con Tefi porque en mi interior, en medio de la pena y la desolación, me obligaba a mí misma a pensar y a agarrarme a la idea de verlos de nuevo y poder despedirme de ellos besándoles por última vez. Quizá saliendo a volar ellos llegarían a mí en sueños y de nuevo escucharía sus voces. Haría todo lo que ellos me dijeron que tenía que hacer: salir, reír, ver más a Tefi y no tener miedo de mostrarme como yo era. Estaba segura de que, estuviesen donde estuviesen, se alegrarían de verme así y terminarían volviendo a mí de alguna manera. Nunca había sido de las que se interesaban por temas místicos o de fuerzas superiores, pero todo aquello valía la pena si tenía la oportunidad de disfrutar de su compañía una vez más. Unos segundos más.

Pasaron más de dos meses hasta que me descubrí a mí misma volviendo a sonreír y desconectando de toda la tristeza por unos minutos; pero incluso sabiendo que aquello era ley de vida y que el luto, tardase meses o años, pasaría del todo y podría recordarles sin que las lágrimas brotasen de mis ojos, no podía evitar mortificarme por sonreír habiéndolos perdido hacía tan poco tiempo. Yo misma era mi propia enemiga, el monstruo gris que me ponía la zancadilla y juzgaba por cada rayo de luz que apareciese en mis días nublados.

Aquella mañana me había permitido quedarme en la cama más de lo habitual, en silencio; escuchando el tránsito de los coches por la avenida a la que daba mi ventana. Tenía la mirada fija en el techo observando cada centímetro de este y contando las pequeñas manchas en la pintura blanca. Una de ellas la había dejado yo misma del modo más tonto posible... Y no me preguntéis cómo porque ya habrá tiempo para contarlo en otra ocasión. Me concentré en mi respiración y en cómo mi pecho subía y bajaba lentamente dándome unos minutos para mí misma antes de sufrir la vorágine con la que convivía y que se llamaba Estefanía. De repente, su teléfono sonó y pude escuchar cómo descolgaba y su voz cantarina contestaba la llamada.

—¡Hombre! ¡Buenos días tengas tú también! —Su risa se oyó a continuación—. Pues claro que me acuerdo, vaya amiga sería si no lo hiciese. Tengo el regalo perfecto: una escapada para dos a un spa cinco estrellas en medio de la sierra, con *jacuzzi* en la habitación y pensión completa; ¿cómo lo ves? Fijo que le encanta —se mantuvo en

silencio durante unos segundos antes de continuar—. Perfecto. Haré una nota que ponga que va de parte de nosotros tres, bueno cuatro, que Alex fijo que entra.

Colgó el teléfono, percibí sus pasos acercándose a mi dormitorio y casi pude sentir su oreja pegada a la puerta para escuchar si había ruido dentro o no. Llené los pulmones y sonreí soltando el aire en un profundo suspiro; se acabó el silencio.

—Pasa, anda —me incorporé en la cama y me senté en el borde de la misma mientras me frotaba los ojos quitándome las legañas. No tenía espejo en mi habitación pero fijo que en esos momentos estaba para echarme una foto e incluirme en la saga de libros *Pesadillas*.

—¡Buenos días! —Saludó tras abrir la puerta—. ¿Te he despertado? —Negué con la cabeza—. Resulta que acabo de hablar con Max y estamos organizando la sorpresa de cumpleaños de Miriam. Te apuntas tú también, ¿no? No sé para qué pregunto si la respuesta es que sí, obviamente —respondió sin dejarme decir una palabra.

—¿Con Max? ¿Cuándo es? —Logré hablar con la boca aún pastosa intentando retener toda la información que me estaba dando tan temprano. La energía que tenía a esas horas no era normal, aunque después de saber que se metía entre pecho y espalda dos cafés mañaneros… podía entender todo.

—Pues... En realidad es el martes de la semana que viene, pero queremos celebrarlo el viernes por la noche cuando ella salga del trabajo y así puede aprovechar el fin de semana para su regalito *parejil* —me miró traviesa subiendo y bajando las cejas.

—¿Su qué? —Sonreí divertida ante su gesto.

—Su regalito *parejil*. Es un regalo para que pueda aprovechar un día en un spa junto a su chico. Aunque la verdad es que quizá hubiera venido mejor regalarle algo para que pasase tiempo con nosotros porque desde que le conoció no se le ve el pelo. Yo al menos, que como estoy de vacaciones, no me la cruzo ni en el trabajo.

—Es normal. Supongo que querrá pasar con él todo el tiempo que tenga libre. Conocerse... esas cosas. —No tenía experiencia en relaciones amorosas aunque pareciese que sí, pero había leído demasiadas revistas en mi preadolescencia como para saber que en los inicios de las relaciones las parejas se transformaban en lapas andantes.

—Sí, es normal, pero es que ya apenas habla por el grupo. Con decirte que me sorprendió que antes de ayer nos dijese de quedar el viernes por su cumple...

—Qué exagerada eres. ¿Ves como no pasa de vosotros? Seguro que tiene tantas ganas de veros como vosotros a ella.

Tefi cogió la almohada y me la estampó en la cara sin decir ni *mú*.

—Eh, tú, que aquí la que da consejos soy yo. No me quites el

puesto. —Rompió a reír a continuación viéndome la cara de recién levantada y el cabello enredado en las pestañas.

—¿Ah, sí? Pues ahora te vas a enterar. —Agarré el cojín y en esa ocasión fui yo quien propinó el golpe.

Fue curioso cómo el reloj se paró durante unos minutos en aquella pequeña habitación. Volvimos a ser pequeñas, a tener diez años y jugar en nuestros cuartos o en la rambla del pueblo donde solo pasaba agua cuando llovía a raudales. De un plumazo y por un momento nuestras preocupaciones y responsabilidades se habían esfumado de nuestras vidas y todo lo que tenía que ver con ser adultas había quedado en un segundo plano. O decimotercero, para ser más realistas.

La casa de Tefi durante los fines de semana era cuanto menos ajetreada. Que si salíamos a comer, a tomar algo, a dar una vuelta... O nos poníamos a jugar a cualquier juego de mesa que tocase ese día, porque sí, Tefi tenía un armario lleno de juegos de todo tipo. No me escondo si digo que no conocía ni la mitad; según me había dicho, algunos de ellos no eran suyos sino de Max que los traía en las noches de amigos para jugar y luego los dejaba para futuras ocasiones. Tenía tantos en su casa que no le venía mal dejar hueco para futuras compras.

Con ella no había una hora en la que no tuviese nada que hacer, menos en la siesta, eso no lo perdonaba por nada del mundo. Daba igual que fuese una cabezadita corta o larga porque lo importante era tener ese momento de desconexión tras llenar el estómago. Y ojo, cuando digo larga me refiero a larga de verdad; a veces la siesta le había durado tres horas. Con razón luego por la noche no tenía sueño y se hacía la remolona sin parar.

Ese fin de semana no iba a ser menos y más siendo el viernes que Miriam celebraba su cumpleaños. Tocaba salir a divertirse otra vez y volver a ver a Max y a la chica de *Brave* de nuevo, además de conocer a su novio y a Luis, el otro compañero de trabajo. Como era de esperar, el estómago me dio un vuelco y comenzó a retorcerse.

—Te voy a hacer una coleta alta que te caiga por los lados con esa *melenaza* que tienes.

La miré de soslayo.

—Sigue soñando. —Sonreí mientras me colocaba los vaqueros rotos que tanto le gustaban a ella. Y a mí. Me sentía más cómoda con ellos que la primera vez y debo admitir que la sensación de poder vestir como el resto de las chicas me gustaba cada vez más, por mucho que siguiese teniendo reticencias.

—¡Espera, espera! Ponte estos mejor. —Sacó de la cómoda unos ajustados hasta los tobillos en color gris claro—. ¡Estrénalos! Que celebrar un cumpleaños es una excusa maravillosa para hacerlo. Y ponte la blusa esa roja que...

—¿La que no lleva mangas y va anudada al cuello? —Esa había sido una de las prendas escogidas por Tefi y que había comprado a regañadientes con intención de esconderla en el fondo del cajón y no volver a verla hasta el momento de donarla a alguien que le diese mejor uso, aunque fuese en modo de trapos para quitar el polvo. No. Eso no. Jamás de los jamases iba a enseñar mis brazos.

Cuando me ponía delante del espejo del baño al salir de la ducha y los levantaba, venía cómo mi michelín colgante se agitaba con el movimiento. Mis brazos eran anchos, mucho, y la mayoría de las blusas que no estiraban las sentía como una camisa de fuerza. Los odiaba.

—Sí, esa, la del escote en pico —me miró y captó en apenas unas milésimas de segundo mi negación a ponerme tal cosa. Intentó pasar de puntillas para convencerme y llevarme a su terreno—. Luego encima te pones esa americana negra tan bonita con el cuello en negro perlado y así no pasas frío y te cubre un poco el pecho. ¡*Buah*! Es que vaya estilo vas a llevar. Estoy pensando seriamente en comprarme una americana igual.

—No digas tonterías —me negué nerviosa cogiendo entre mis manos los pantalones grises y valorando si ponerlos o no.

La idea de ponerme encima la americana podía ser mi salvación, así no enseñaría el escote ni los brazos ni... Y por si fuese poco, cumpliría con eso de "salir de la zona de confort" llevando algo que jamás llevaría aunque no se viese a simple vista. ¡Ah! No me juzguéis; quien hizo la ley, hizo la trampa.

—Venga, hazlo por mí. Y si no quieres una coleta así en plan matadora sexy, déjame al menos que te ondule un poco el pelo y te ponga unos labios rojos potentes.

—¿Qué soy ahora? ¿El payaso de IT? —pregunté soltando una risotada histérica. Hacía un par de días que habíamos visto juntas en el salón la película y esa noche apenas pude conciliar el sueño.

—No, tía lista, eres mi amiga guapa, bella, estupenda y maravillosa. No te pareces en nada a ese payaso horrible y tampoco te veo yo mucho en las alcantarillas en busca de niños. Qué turbulento —puso una mueca de situación y terminamos riendo. Se acercó a mí y me empujó hasta el espejo colgado en el salón—. Ponte aquí. ¿Ves esa que está ahí? ¿Lo guapa que es y el culo que tiene? —añadió divertida.

—Tú siempre con los culos. Creo que tienes un problema —me aguanté la risa.

—Es posible, no te lo voy a negar, pero no me despistes que sabes a

lo que voy. Eres preciosa y si hace falta decírtelo todos los días hasta que lo aceptes, te lo diré. Soy pesada y tengo todo el tiempo del mundo. Y ahora vete y vístete que aún nos queda mucho por hacer y falta nada para que nos metan prisa. Que los conozco como si los hubiese parido.

IV

“Querer ser otra persona es un desperdicio de la persona que eres”
Marilyn Monroe

Al final y como era de esperar, Tefi se salió con la suya; ¿alguien lo había puesto en duda en algún momento? Al menos la idea de incluir en el atuendo la americana negra era lo único a lo que podía agarrarme para no salir por patas de la habitación y esconderme bajo el sofá negándome a ir a ninguna fiesta. Con ella encima cubriendo la tela ajustada de la blusa que resaltaba las dobleces de mi barriga me encontraba un poco más segura de mí misma. Un poco solo.

Para ser sincera, la imagen del espejo no me convencía para nada y tenía la impresión de que ir vestida así era lo más parecido a llevar un enorme cartel sobre mi cabeza con una flecha apuntándome en neón rojo para que la gente me mirase. Si Tefi se lo pusiese estaba segura de que le quedaría genial y sabría llevarlo, pero ¿yo? Si aún me estaba terminando de acostumbrar a llevar vaqueros y no esos pantalones de deporte anchos y realmente cómodos que parecía que anduvieras flotando cuando los llevabas; que una cosa no quita la otra y cómodos son un rato.

—Al final tu reflejo te va a gritar para pedirte que pares de mirarla así. —Tefi entró riendo con las tenacillas del pelo y un neceser de maquillaje—. ¿A que está guapa esta que tengo aquí? —dijo nada más ponerse a mi lado cogiéndome de los hombros y mirando atentamente el reflejo de mis ojos en el espejo como si estuviese hablando con ella.

—Es que me siento muy ajustada, se me nota todo. Mira mi barriga, mis muslos, mis brazos... —Mis ojos repasaban mi cuerpo analizando cada parte.

—Claro que se te nota el trasero, los muslos y la barriga, Alex. Es más, me atrevería a decir que cualquiera que se ponga tela ajustada notará que su figura es más evidente. —Y el tono divertido con el que lo dijo me hizo esbozar una tímida sonrisa—. Cualquier cuerpo es válido para llevar lo que sea; no hay prendas de delgadas ni de gordas, tampoco de altas o bajas ni de hombre o mujer. La ropa es ropa, prendas con las que nos cubrimos el cuerpo y nada más. No existen normas ni leyes en ello, o es que no ves a las famosas que algunas parecen un cuadro de Picasso. —La risa de ambas sonó en la habitación—. El que escoge lo que se pone es la persona que lo lleva

puesto. Ponte una falda, pantalones ajustados, vestidos, tops... ¡si es que te queda genial y tus complejos no te dejan verlo, cabezota!

—Pero la gente me mira y estoy segura de que están pensando que a dónde voy con ello. Siento cómo lo hacen. Siento sus miradas descaradas en la calle. —El silencio entre nosotras duró unos segundos y justo después Tefi suspiró para tomar de nuevo la palabra.

—Alex, dime una cosa, ¿tú te encuentras bien contigo misma? ¿Quieres adelgazar y cambiar tu físico? Yo voy a estar ahí si eso es lo que quieres y te ayudaré con la dieta, con el ejercicio... Incluso cuando pienses que no puedes más y te zampes medio kilo de helado. El mío de vainilla, por cierto. —Ambas nos reímos mirándonos a través del espejo—. No te voy a dejar sola ¡faltaría más! Nunca lo hice y nunca lo haré, pero me gustaría saber que si decides dar ese paso el motivo seas tú misma y no lo que digan o piensen los demás, porque ellos no importan Alejandra, la única que importa eres tú.

—Sé que no me dejarías, tonta. Pero es que... no sé. Yo estoy bien, pero luego te veo a ti, veo a los demás y me siento enorme, que no encajo, que estoy sola y que voy a estar sola toda mi vida.

—Ay mi madre, ¿quién te hizo pensar así que me lo cargo? Que tu vida sentimental haya sido escasa no es porque tengas talla grande, pequeñaja, es porque siempre has estado en el pueblo y no has visto más allá, no has conocido gente nueva, no has salido por ahí de fiesta... ¿Piensas de verdad que las chicas o chicos de talla grande no encuentran pareja ni son felices junto a alguien que los quiera? —me miró incrédula frunciendo el entrecejo.

—Sí —contesté con en rotundo.

Durante mi niñez y adolescencia siempre escuché eso de otras bocas que no eran las de mi familia o amigos; que nadie me querría así, que si quería estar con alguien tenía que adelgazar porque de ese modo estaría más guapa. Después de años y años con la misma cantinela, era imposible no creerlo como cierto.

—Pues los que te lo han dicho y han hecho que te lo creas son gilipollas, así de claro. El amor no es un físico; sí, puede que al principio sea lo que llame la atención porque es lo primero que se ve cuando conoces a alguien pero la gente no se enamora de unas medidas, se enamora de la persona que hay detrás de la ropa y de la parafernalia de maquillaje y de complementos que llevamos encima. Se enamora de la persona que hay aquí —señaló mi corazón—, y aquí —hizo lo mismo con mi cabeza—. Ni se te ocurra pensar por un momento que la talla de tu pantalón te define a ti y a tu futuro sentimental o profesional. La única que puede hacer eso eres tú —me guiñó el ojo haciéndome sonreír—. Y ahora déjame que te peine y te ponga los labios rojo pasión para que vayas pisando fuerte, que al final llegamos tarde, petarda. —Y la risa se nos contagió a ambas.

Llegamos en UBER a la puerta del local. Miriam nos había enviado la ubicación al teléfono de Tefi y ella, al verla, se había sorprendido mucho. Por lo que me dijo mientras íbamos en el coche, Miriam adoraba un local muy famoso del centro que era especializado en comida vegetariana y vegana. La comida era deliciosa y, ya que ella era vegetariana, solían celebrar allí su cumpleaños para que pudiese pedir y escoger cualquier cosa de la carta sin tener que preguntar si algo llevaba carne o pescado. Voy a confesar ante todos vosotros que jamás en mi vida había probado lo que Tefi me soltó durante el viaje; que si hummus, tempeh, tofu, seitán... Para mí aquello era como si me estuviese hablando en chino mandarín, pero si ella decía que estaba bueno seguramente lo estaría.

Sin embargo, en esa ocasión el local al que nos había mandado se llamaba *A leña y brasa*, así que os podíais imaginar. La cara de Tefi era un poema, sobre todo cuando nada más abrir la puerta percibimos el fuerte olor a carne a la brasa, valga la redundancia.

Entramos al interior y preguntamos por la mesa reservada a nombre de Miriam Gutiérrez. El camarero nos llevó hasta ella en la que ya se encontraban el resto de los invitados a la cena de celebración. No éramos muchos, tan solo seis personas en total. Yo iba por detrás de Tefi, unos pasos para ser más exactos, y en cuanto la vieron todos se levantaron para saludarla. Entre los que estábamos reconocí a Max y, por supuesto, a Miriam, lo que me sorprendió fue verla con el cabello completamente liso y sin señales de esos bucles tan característicos. Me mantuve en un segundo plano hasta que mi mejor amiga me presentó.

—A este par ya los conoces —señaló divertida a Max y Miriam—, pero te falta el que se libró ese día de hacer horas extras. —Las risas entre los compañeros de trabajo se hicieron evidentes—. Este es Luis —señaló a uno de los dos chicos que no conocía.

Luis era un chico bajito, con gafas, barba de varios días y pelo castaño claro, rizoso y corto. Cuando lo pude ver mejor y se acercó a saludarme también comprobé que físicamente se parecía a mí, y es que era un chico de talla grande. Aunque pudiese parecer una tontería, aquello me hizo sentir más cómoda, como que conseguía encajar un poquito mejor en ese grupo de amigos al que había entrado de rebote y pura casualidad. Ya no era esa pieza divergente.

Llegó el turno de Miriam, que presentó a su novio, Víctor. Admito que cuando se puso de pie me cohibió bastante. Era alto, delgado y se notaba que hacía ejercicio. Estaba perfectamente afeitado y pelado, su

cabello era negro y sus ojos de un azul que más que tranquilidad causaban una leve inquietud. Era como si me hubiese puesto en guardia automáticamente, pero tampoco me extrañaba tratándose de mí. Esa sensación se confirmó cuando lo noté mucho más apartado que Luis; este se había acercado riendo y saludando como si me conociese de toda la vida, Víctor sin embargo no. Se notaba a leguas que su actitud era bastante distante, aunque en ese momento no entendí si se debía a su personalidad o a si había ocurrido algo antes de que Tefi y yo llegásemos al local. Cualquiera podía tener un mal día. Yo últimamente los tenía a raudales.

—Tía, hacía años que no te veía con el pelo así. Al principio ni te reconocí —dijo Tefi al saludar a Miriam con un abrazo familiar y un par de besos.

—Quería cambiar un poco, estaba cansada de verme con rizos todo el día. Necesitaba mucho tiempo para llevar el cabello bien, definido. Y así es más rápido, me paso la plancha y listo.

—¿De verdad es más rápido pasarte la plancha que darte con el difusor? —preguntó Tefi mirándola con media sonrisa—. Creo que tienes que darme clases porque yo tardo la vida en plancharme el pelo que tengo y eso que de cantidad no voy sobrada.

—Eh tú, tardona. —Max llamó la atención de Tefi—. Sentaos y vamos a pedir que no sé vosotros pero yo apenas he comido a medio día y mis tripas no paran de rugir. Qué guapas os habéis puesto —me miró y esbozó una sonrisa traviesa tras hablar. Ese gesto me hizo sonreír nerviosa. Juro que hasta sentí mi labio temblar.

—Corroboro lo que ha dicho. —Luis sonriente cogió un trozo de pan de aperitivo que había puesto el camarero al centro de la mesa.

—Ay mi Luis, cómo me quiere. —Tefi le miró divertida y le despeinó con cariño antes de sentarse.

—Puedes dejar la americana en el guardarropa. —Miriam se dirigió a mí.

—No, tranquila. Tengo un poco de frío. —Sonreí para nada dispuesta a quitarme esa prenda y mostrar más de mi cuerpo de lo que estaba mostrando hasta ese momento.

—La verdad es que es una americana preciosa y te queda genial con el color de labios que te has puesto. De esta sales con novio.

Me dio la tos. Un poco más y me atraganto con mi propia saliva al escucharla. En la mesa pareció hacerles gracia mi reacción porque todos me miraron divertidos mientras intentaba recomponerme.

La mesa era rectangular. Dos en cada lado largo y uno en cada lado más corto de la misma. Miriam y su novio se habían sentado juntos en uno de los extremos largos, Luis y Tefi en el otro y Max y yo presidíamos la mesa en los extremos opuestos, de manera que las tres chicas estábamos juntas en una mitad de la mesa y los chicos juntos en

la otra.

Abrimos el menú y apenas segundos después, tras pasar varias páginas de la carta, Tefi alzó la voz.

—¿Qué te vas a pedir Miri? Porque todo lo que veo es carne. —Su voz pareció preocupada.

—Lo que sea, no te preocupes. Me puedo pedir una ensalada sin atún y unas patatas asadas. Víctor me ha dicho que las de aquí están buenísimas. —La mirada de Tefi se desvió hacia su novio y luego la volvió a posar sobre Miriam.

—¿En tu cumpleaños? ¿Una ensalada? —La conversación continuaba mientras todos las mirábamos.

—Sí. Bueno, es que me siento hinchada. Ya sabes… —contestó en un tono dudoso. Finalmente pareció recomponerse en unos segundos y se apartó el cabello del rostro poniéndolo tras la oreja y sonriendo de manera amplia—. Es que llevo todo el día con un dolor de estómago increíble, me apetece algo ligerito y como a Víctor le encanta este sitio y estoy segura de que a vosotros también, pues así mejor, ¿no? Yo me adapto, si total, no voy a cenar mucho.

—Lo importante es juntarnos, que hacía mucho que no nos veíamos —añadió Luis amable. Se le notaba contento; Tefi por el contrario mantuvo su actitud con respecto al tema. Yo la conocía demasiado bien para saber que era algo que no iba a pasar por alto.

—Claro. El sitio da igual. —Terminó sentenciando Miriam mirándonos y sobre todo a su chico, al que cogió la mano delante de todos y la apretó en modo cariñoso encima de la mesa.

La cena continuó según lo previsto, todos pedimos nuestros platos y los sirvieron bastante rápido. No tuvimos que vivir ese momento típico de estar esperando durante mucho tiempo la cena y babear viendo cómo el resto de las mesas iban recibiendo sus pedidos antes que nosotros. Además tuvimos suerte con la camarera que nos tocó porque fue muy amable durante toda la cena, incluso hubo alguna que otra miradita entre ella y Tefi que me olía a que entre ellas había cierta atracción y tonteo. La charla se relajó un poco tras ese momento incómodo inicial. Si dijese que estuve participando de lo que se hablaba como una más, mentiría cual bellaca. Mis intervenciones eran básicamente monosílabas y sonrisas, pero era la primera vez que mis cenas de amigos eran tan multitudinarias así que no iba a quejarme de absolutamente nada.

Luis me pareció un chico genial, muy simpático y agradable. No paraba de hacer bromas junto a Max y fueron la alegría de la noche. Víctor sin embargo optó por un papel bastante alejado de los demás a medida que la cena avanzaba, pero ninguno le preguntó si le ocurría algo. En parte le entendía porque él estaba en una situación muy parecida a la mía: éramos los nuevos en un grupo de amigos que

llevaba formado años. Era muy difícil ser uno más a la primera de cambio.

—Pues a mí me encantaría pirarme a un pueblo y vivir alejado de todo —añadió Luis. La conversación trataba básicamente de los inconvenientes de vivir en la ciudad; atascos, multitudes, todo más caro...—. Con poco dinero podría alquilar algo decente y así irme ya de la casa de mis padres. Con lo que gano y los precios conforme están me veo viviendo con ellos hasta que me jubile. —Rio llevando el tenedor a su boca.

—Quizá no te has esforzado lo suficiente. —Víctor habló poco durante la noche, pero esta fue una de esas ocasiones. Dejó la copa sobre la mesa a la que había dado un sorbo tras tomar la palabra—. ¿Has estudiado más? ¿Te has seguido formando? Puede que tengas que hacerlo para ganar más y no ser una carga para tus padres. —El silencio se hizo en la mesa durante unos segundos. Todos nos miramos unos a otros con sonrisas incómodas en nuestros labios. Miriam, por su parte, se puso algo nerviosa y cogió el vaso de agua para dar un largo trago.

—Pues no será por la de cursos que llevo a cuestas y sigo sin ascender —refunfuñó por lo bajo Tefi. Dudo que alguien más que yo o el propio Luis que estaba a su otro lado, lograsen escucharla.

Él pasó completamente de lo que Víctor comentó y siguió comiendo. Después me miró y continuó hablando como si nada.

—Tú que vives en uno, ¿se está bien allí?

—Sí, es muy tranquilo. —Sentía los ojos de todos clavados en mí, sobre todo los de Max que los tenía en frente observándome sin perderse una palabra de lo que decía. Sentí mis mejillas encenderse pero gracias al colorete a tutiplén que me había puesto Tefi, estaba segura de que no se notaba nada—. Se vive bien y...

—Hay mucho cotilla —sentenció Tefi haciendo un ademán con las manos e hizo que todos riésemos, menos Víctor, que parecía no encontrarle gracia al asunto y apenas esbozó una pequeña sonrisa—. Mucho cotilla y miradas juzgadoras. Todo el mundo opina de tu vida.

—¿Alejandra, tú te has independizado, o vives con tus padres como yo? —Tefi se quedó en silencio y después cortó por lo sano. Max se dio cuenta de todo porque él, a diferencia de Luis, sí que sabía de mi situación.

—Bueno, vamos a lo que vamos y dejemos de hablar del pueblo que me lo recordáis y me bajáis el ánimo —rompimos a reír—. La importante hoy es Miri y tenemos que darle el regalo. ¡Tachán! —Buscó en su bolso y sacó un sobre en el que se podía leer "Para Miri de tus amigos", junto a los nombres de Max, *Tefi*, Luis y el mío. Alargó la mano emocionada y se lo entregó a Miriam.

Pude ver cómo sus ojos se encendieron de entusiasmo. Cuando

abrió el sobre dio un pequeño grito de júbilo.

—¡Me habéis leído la mente! Hace dos días le dije a Víctor que nos vendría genial tener una escapadita relajante en pareja. Jo, chicos, muchas gracias. ¡Sois los mejores! —alzó la voz enseñando a su chico el vale del regalo que le habíamos hecho.

—Disfrutad vosotros que podéis, cacho pencos. —Tefi bromeó alzando la copa de vino—. Por Miriam, que tengas un cumpleaños estupendo, un fin de semana genial y un año maravilloso. Y que lo podamos disfrutar a tu lado.

Cuando finalizó la cena todos nos levantamos y salimos del restaurante después de abonar la cuenta. Luis se montó en su SEAT IBIZA y marchó de camino a casa, Miriam y Víctor lo hicieron en el BMW de este. En teoría después íbamos a ir a tomar algo, pero la cumpleañera se disculpó diciendo que aún se encontraba mal y lo dejamos para otro momento cuando volviesen de la escapada, así nos podría contar lo bien que se lo iban a pasar en el spa.

—Ese tío es gilipollas. Si lo llego a saber le regalamos otra cosa que solo disfrute ella.

—A lo mejor tenía un mal día o se encontraba mal como Miriam —intenté quitarle hierro al asunto.

—Sí, mal se iba a encontrar si daba con una como yo. —Max se rio al escucharla y yo admito que también.

—Bueno, chicas, creo que es hora de terminar la noche. Os llevaría a casa, pero he venido en moto así que al menos esperaré hasta que llegue vuestro coche —apuntilló Max.

La puerta del restaurante se abrió y salió la camarera que nos había estado atendiendo. Nos saludó y tras un momento se acercó hasta Tefi para invitarla a una copa ya que había acabado su turno. Parecía buena chica. Vi cómo mi amiga le pedía unos segundos y se acercaba a nosotros. Había notado en la mesa lo mucho que esa chica le gustaba así que le animé a que se quedase con ella un poco más y disfrutase de la noche; a mí me iba a venir bien un poco de descanso después de la peculiar cena de cumpleaños y, después de todo lo que había estado haciendo por mí, era lo mínimo que yo podía hacer por ella.

—¿En serio? ¿Estás segura? Puedo quedar con ella otro día que no pasa nada, no hay prisa. Me ha dado su teléfono. —Tefi subió y bajó las cejas en signo de triunfo.

—Que no, que vayas con ella, de verdad. Yo te espero en tu casa; si me dejas las llaves, claro. —Sonreí tímida.

—Anda tonta, por supuesto. De mañana no pasa que tengas tu propia copia —me dio las llaves y seguidamente me abrazó dando un pequeño saltito—. Gracias, gracias, gracias.

—Voy a llamar a un UBER. Nos vemos luego en casa.

—¿Qué? No. —Tefi se giró a Max—. Él te va a llevar. Ha venido en moto y no cabemos tres, pero sí dos.

—¿Cómo? —dije riendo con cara de circunstancia. Mi voz había sonado más alta de lo normal. No mucho, un poquito solo.

—Sí, claro; yo te puedo llevar sin problema. Siempre voy con un casco de sobra por si acaso —añadió Max mientras subía la cremallera de su cazadora negra.

—¿Ves? ¡Arreglado! Así no vas sola a casa. Qué buen equipo formamos, ha salido todo a pedir de Estefanía López. —Tefi se rio, Max se unió y yo sonreí sin saber dónde meterme.

Tercer Cambio:

Comer delante de los demás

I

“En muchas ocasiones históricas, «Anónimo» fue una mujer”
Virginia Woolf

Cuando Tefi se marchó con la chica que nos había atendido durante la celebración, me quedé mirándolas mientras la distancia entre nosotras se hacía más y más grande. ¿Tenía miedo de girarme y tener la certeza de que me había quedado sola con Max? Sí. ¿Iba a intentar irme en UBER haciendo una pequeña triquiñuela? Pues también.

En realidad agradecía en el alma que no le importase llevarme a casa en su moto, pero es que estábamos hablando de una moto. De un vehículo de dos ruedas en el que no me había montado en mi vida y no tenía ni idea de si había que guardar el equilibrio. ¿Las motos eran como las bicicletas? Porque jamás logré quitar los patines a la mía y al final después de innumerables caídas desistí de seguir intentando aprender a montar en una. ¿Y si me caía para el lado y me pegaba el gran porrazo del universo? ¿Y si por mi peso él no podía controlar bien la moto y volcábamos? Que yo me pongo a pensar y a imaginarme situaciones inverosímiles y problemáticas y no paro, ya os lo digo yo.

—¿Has tenido una iluminación? —preguntó Max visiblemente divertido—. Porque te has quedado embobada viéndolas caminar.

—¿Qué? —contesté nerviosa moviendo la cabeza repetidamente en signo de negación—. No, qué va. Es que me gusta verla feliz.

—Estefanía es una tía cojonuda, se merece divertirse y conocer a alguien nuevo. —Sacó una pitillera de su bolsillo y golpeó el cigarro varias veces antes de ponerlo en su boca y encenderlo con el mechero —. Creo que llevo sin verla con alguien casi dos años. En relación más o menos seria, me refiero.

—Sí, desde Isa —asentí apartando el cabello ondulado de mi rostro —. ¿Tú la llegaste a conocer? Rompieron una semana antes de que viniesen al pueblo de visita y yo no pude conocerla.

—Era un chica maja, pero creo que querían cosas diferentes —dio una calada al cigarro—. Bueno, ¿me acompañas a la moto? Está aparcada al otro lado de la calle.

—Sí, sobre eso... —me aclaré la voz haciéndome la remolona e intenté parecer lo más sincera posible, aunque en realidad algo de

verdad había en mis palabras—. Verás, es que no me gustaría que por mi culpa tú te desviases y llegaras más tarde a casa...

—Es viernes, mañana no trabajo. —Entrecerró los ojos con media sonrisa en sus labios.

—Ya, por eso, que aún tienes fin de semana por delante y si empiezas ya el viernes acostándote a las tantas, mañana estarás muy cansado y no disfrutarás del sábado. —Max rompió a reír.

—Vuestra casa está a dos manzanas de la mía.

—¿En serio? —pregunté nerviosa. No tenía ni idea de que viviese tan cerca de nosotras, aunque tampoco había salido el tema de conversación. Me había quedado sin excusas momentáneamente, aunque no me iba a dar por vencida.

—Sí, de hecho suelo llevar a Estefanía al trabajo por las mañanas porque casi siempre se le hace tarde para coger el metro, o a casa al salir del trabajo porque va siempre con el tiempo justo —añadió con gesto socarrón—. Igual que voy a hacer contigo esta noche.

Sin esperar mi contestación me hizo una inclinación con la cabeza para que le acompañase hasta la moto. Mi intento de volver a casa en coche y no pasar por el trago de subirme a ese monstruo de dos ruedas había resultado fallido.

Caminamos sin hablar mucho, aunque de vez en cuando nuestras miradas se encontraban y podía verle sonreír y exhalar el humo del cigarro dejando una nube blanquecina tras nuestros pasos.

Al llegar a la moto, me detuve en seco. Era una DUCATI en color negro y rojo, de esas motos grandes que hacían mucho ruido cuando pasaban por tu lado mientras aceleraban. ¿Y él quería que me subiese ahí? ¿Yo? ¿Sola? Si donde más equilibrio había conseguido guardar en mi vida fue de pequeña cuando intentaba caminar por el bordillo de la acera sin caerme a la calzada... Max no pareció percatarse de mi parada en seco, simplemente tiró el cigarro a medio fumar, pisó la brasa y sacó los dos cascos de la moto que guardaba bajo el asiento.

—Estás loco. Yo no puedo subirme ahí.

—¿Y eso? —me miró levantando una ceja sin perder el gesto divertido en su rostro.

—Porque eso está muy alto y mis piernas son muy cortas.

—Yo te enseño y te ayudo, no te preocupes. No voy a dejar que te caigas y te hagas daño.

—Tú no, pero mis pies sí. Que soy muy torpe; que yo no me choco con las esquinas, que son ellas las que se mueven y se ponen todas delante. —Y aquello me salió tan natural, como si estuviese hablando con alguien a quien conocía de mucho tiempo y con el que me pudiese sentir yo misma, que arrancó a Max una carcajada.

—Habrá que hablar con ellas muy seriamente para que te dejen pasar y no se interpongan en tu camino —se acercó a mí tendiéndome

el casco.

—De verdad que creo que es mejor que me pille un UBER. —Sonreí nerviosa buscando algo con lo que justificar mi empeño—. Además, pronto Tefi va a incorporarse al trabajo después de las vacaciones y yo me quedaré sola en casa hasta que me vuelva al pueblo y... bueno, me viene bien aprender a moverme por la ciudad sin que ella me solucione las cosas. —¡Ahí iba mi segundo intento de esquivar la DUCATI!

—¿Antes de que te vuelvas al pueblo? —preguntó entrecerrando los ojos—. Entonces no te puedes negar a que te lleve en mi moto y te muestre algo. La ciudad es preciosa y con gente se descubre de fábula pero también hay que aprender a vivirla en solitario.

Pues ya estaría; segundo intento de no montarme en esa bestia de dos ruedas, fallido también.

Max se colocó a unos centímetros de mí y retiró mi cabello con cuidado hacia la espalda para ponerme después el casco y ajustarlo bajo mi barbilla. Por un momento la boca de mi estómago se estremeció y no sabría decir si fue porque él estuviese tan cerca de mí, por el miedo a que mi cabeza fuese tan grande que no cupiese en el casco, o a que mi papada fuera tan enorme que tuviese que dar más de sí a la tira del cierre.

Siempre tenía esa clase de miedos irracionales, aunque en ocasiones tan irracionales no fuesen. Por ejemplo odiaba las sillas de plástico que suelen poner en las terrazas y que la gente coloca en sus patios. Siempre que me sentaba lo hacía en el borde porque no soportaba que los reposabrazos se me clavasen en los costados de los muslos, además de que no había vez que no tuviese la sensación de que las patas cederían por mi peso y acabaría en el suelo con la silla rota y todo el mundo riéndose de la escena.

Por norma general, mis pensamientos siempre iban más allá aunque mi semblante no reflejase nada. Me causaba terror romper cosas o que la gente se diese cuenta de lo gorda que estaba por no caber en ciertos sitios... Como si no tuviesen ojos y no supieran que precisamente una 38 no llevaba con solo mirarme, pero la mente siempre nos juega malas pasadas.

Una vez tuve cerrado el ajuste y me sentí como una hormiga atómica y cabezona, Max se subió a la moto y la arrancó.

—¿Ves eso? —Levantó la visera de su casco y miró a los extremos, uno en cada lado, que sobresalían de la propia moto—. Tienes que colocar ahí los pies cuando subas.

—Pues... acércala más a la acera.

—¿Qué? —Rompió a reír sin creerse lo que le estaba pidiendo.

—Sí, que no llego. O la acercas a la acera o no subo. —Ahí estaba yo, dándomelas de digna con el casco gigante en mi cabeza.

—Vale, vale; me acerco. —Y aunque no le viese la cara sabía que seguía sonriendo.

Max acercó al máximo la moto al bordillo y después de colocar mi bolso cruzado en mi pecho a modo de banda para que no saliese todo volando por los aires, intenté subir. Primero levanté una pierna pero no lo suficiente para alzarla por encima, luego pensé en apoyarme en el asiento para poder impulsarme un poco pero temí volcarla con el movimiento, aplastar la pierna de Max y acabar la noche en el hospital en vez de en mi casa. Puse en práctica varias formas mientras él me miraba por el retrovisor sin perderse mis intentos sin éxito por subir a lomos de su moto.

—¿Y si te apoyas en mí?

—Sí, claro, para que te tire cuando suba la pierna.

—Pero ¿cómo me vas a tirar? —contestó divertido.

—Pues... de la fuerza al levantarla.

—Tranquila, no me vas a tirar. Venga, inténtalo.

—¿Y si vuelco la moto?

—Pues la vuelvo a levantar del suelo. —Pude ver sus ojos achinarse sonrientes a través del espejo—. Pero te prometo que no la vas a volcar. Prueba, yo te sujeto.

Y así lo hice, porque él no iba a dar su brazo a torcer y a mí ya no me quedaban excusas que buscar con las que evadir ese momento.

Coloqué mis manos sobre sus hombros y evité mirar a los retrovisores para no ponerme más nerviosa de lo que ya estaba. Levanté una pierna de manera bastante ortopédica, para ser sincera, porque primero intenté hacerlo por delante pero no había espacio suficiente y al final tuve que hacerlo alzándola hacia atrás pasándola por encima de la moto. Vamos, como se subía la gente normal a las motos, que yo a veces solía complicarme la vida más de lo necesario.

Una vez logré el primer paso, le miré con los ojos como platos a través del espejo. Vale, una parte la había conseguido.

—¿Has visto como no me has tirado ni a mí ni a la moto?

—Espera que aún no hemos terminado —añadí algo dudosa y lo único que conseguí fue que él se riese más.

Fue extraño porque en ese momento me sentía tan abrumada por estar haciendo algo que jamás había puesto en práctica que, inesperadamente, me estaba abriendo y comportándome de manera natural con alguien a quien conocía apenas desde hacía un par de semanas. Incluso había olvidado por un momento la carga sobre mis hombros con la que había viajado hasta la ciudad y de la que estaba intentando huir desde entonces.

—Ahora baja tus manos y ponlas en mi cintura.

—¿Aquí? —Bajé con ellas y las coloqué en sus costados—. ¿Así? —Mi agarre era más bien lánguido porque hacerlo con más fuerza me

daba vergüenza.

—No; así —soltó por unos segundos el manillar, me cogió las manos y las colocó un poco más adelante haciendo que me aferrase más a su cuerpo y tuviese que aproximar el mío a su espalda. Luego volvió a colocar las manos en el manillar—. ¿Preparada?

Asentí a través del espejo y Max emprendió la marcha a la vez que colocaba mis pies donde él había dicho. Mi cuerpo se tensó de golpe, no solo por la situación y por estar tan cerca de él sino porque estaba yendo por primera vez en moto, ¡en moto!

Los coches de la calzada y la gente que caminaba por la acera se perdían de mi vista en segundos y sentía mi cabello por fuera del casco mecerse en el aire. Era como estar volando, como si fuese un pájaro, aunque en mi caso lo que veía no era la ciudad a metros de altura sino la carretera junto a la mirada hacia delante y concentrada de Max a través del retrovisor. Y aquella sensación junto con ese *"sal a volar"* que siempre me decía mi madre antes de salir de casa, hizo que mi piel se erizase por completo y sonriese de emoción por estar viviendo aquello. Cómo le hubiese encantado escuchar mi versión de cómo era ir en moto; seguro que se habría partido de la risa contándole que había intentado subir alzando mi pierna por delante dispuesta de paso a darle una patada voladora a Max antes de alcanzar mi objetivo. Una carcajada salió de mis labios recordando el sonido de su voz y el modo en el que no podía parar de llorar cuando le daba un ataque de risa. De manera involuntaria agarré más fuerte el abdomen de Max sin percatarme que, tras aquel gesto, me había mirado por el espejo y se había dado cuenta de que mis ojos se encontraban llorosos y cristalinos.

Un rato más tarde llegamos a nuestro destino. No conocía el lugar para nada, de hecho, me daba la impresión de que no había pasado por allí nunca; era una calle cualquiera que bien podría haber sido la calle donde se encontraba la casa de Tefi. Acercó la moto a la acera, algo que agradecí, y bajé de ella notando mis piernas temblar como flanes. Casi parecía que acabase de correr una maratón.

Tras levantar la visera del casco reconocí el aroma que envolvía el lugar. ¡Cerca había un puesto de gofres, churros o crepes! ¡Estaba segura!

—Este es uno de mis lugares favoritos. —Apagó el motor y se bajó quitándose a la vez el casco. En ese momento me di cuenta de que yo lo seguía llevando e intenté quitármelo aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. A veces suelo hacer complicadas las cosas más fáciles.

—¿Este? —pregunté mientras me empeñaba en intentar soltar el broche. En cuanto dejó su casco bajo el asiento, se acercó a mí para desabrochar el mío y quitármelo también.

—Sí. —Sonrió al ver mi cabello ondulado chafado por el casco y alborotado por la parte que quedó fuera—. Mira allí.

Max apuntó con su mentón y la mano libre con la que no sujetaba mi casco a un enorme mural pintado en un costado del edificio que teníamos a nuestra izquierda. Era inmenso. Había montones de figuras y personas dibujadas como si fuese el frontal de un edificio de viviendas, con sus balcones, sus vecinos asomados mirando la calle, un gato escalando el enorme árbol que tapaba uno de los lados y hasta un cartero en el portal llamando al telefonillo. Había tantos detalles que resultaba abrumador.

Di un par de pasos hacia el mural sin bajar de la acera, solo para verlo de frente. Max guardó todo bajo el asiento y cerró con llave para seguir mis pasos. Frente al mural, al otro lado de la calle justo donde nos encontrábamos, había un banco vacío.

—Siéntate, este banco es casi como mi casa.

—¿Sueles venir por aquí mucho?

—Sí. —Él también se sentó, aunque lo hizo en el respaldo—. Esos que hay ahí son los vecinos de uno de los edificios más antiguos del barrio. Yo crecí aquí —se acercó un poco más hacia mí—. Esa señora de pelo blanco se llamaba Josefa, aunque de pequeño yo le llamaba Señora Josefita.

—¿En serio? —Rompí a reír divertida—. Suena muy cursi. —Max ladeó con la cabeza sopesando mi comentario sin perder la sonrisa.

—En realidad es un poco cursi, sí —se unió a mi risa—. Mis padres se separaron cuando yo era pequeño. Mi madre trabajaba mucho limpiando escaleras y casas de los vecinos por cuatro duros y ella se encargaba de cuidarme.

—Tiene cara de buena persona.

—Lo era; demasiado a veces. —Esbozó una sonrisa nostálgica—. No le contaba a mi madre cuando me portaba mal y tampoco que todos los días me daba dinero para ir a las recreativas a jugar al *Donkey Kong*.

—¿Al qué?

—Ni se te ocurra —dijo poniéndose serio de repente—. Ni se te pase por la cabeza decirme que no sabes qué juego es ese. —Mi cara de circunstancia lo dijo todo—. Vale, no puedes irte de aquí sin jugar unas partidas conmigo, no hay excusas que valgan. —Y su sonrisa volvió a dibujarse.

—¿Y quién es ese?

—Ese es Don Ramón, el cartero. Y el gato es Calcetines, que siempre rondaba el barrio y todo el mundo le daba las sobras.

—¿Era callejero?

—Sí, aunque en realidad era de todos y de nadie a la vez. Todo el mundo cuidaba de él y algunas veces se colaba en las casas de la gente

subiéndose a los árboles, como hace en el mural. Murió de viejo y a pesar de que vivía en la calle, tuvo una buena vida.

—¿Quién lo pintó?

—Un par de chavales del barrio. Aunque hubo gente que quiso repintarlo y quitarlo, la mayoría de los que vivíamos en aquel momento aquí nos opusimos. Al final logramos que lo dejaran y cada cierto tiempo esos mismos chavales vienen a retocarlo porque la pintura pierde color o hay partes que se caen.

—Es muy bonito. No había visto algo así nunca. Me parece una bonita manera de recordar a la gente que ha vivido toda su vida aquí.

Tras unos segundos en silencio admirando el mural, Max chasqueó la lengua. Levanté la vista hacia él y lo pillé mirándome con media sonrisa en los labios.

—¿Sabes lo que también hago cada vez que vuelvo al barrio? —Negué con la cabeza un poco confusa aunque sonreí curiosa—. Pedirme media docena de churros en la churrería de Juan. —La que rompió a reír en esa ocasión fui yo.

—¡Lo sabía! Sabía que había un puesto o una churrería por aquí cerca.

—Es uno de los locales con más solera de por aquí. Ha ido pasando de padres a hijos y hacen los mejores churros del mundo.

Le miré entrecerrando los ojos y sonriendo jocoso sin mirarme ni apartar la vista del mural mientras daba una calada a su cigarro.

—No creo. En mi pueblo sí que está el mejor churrero del mundo. Todos los domingos por la mañana desde que me acuerdo he desayunado churros, así que soy toda una experta en el tema.

—¿Me estás retando con los de tu pueblo? —me miró divertido y se puso de pie en el banco bajando de un salto—. Esto solo se puede solucionar de una manera; vas a probarlos y vas a darme la razón, lo sabes ¿verdad?

—Eso está por ver.

II

“No le debes a nadie el ser perfecta. No vales menos por no tener un abdomen plano”

Emily Bador

Nada más llegar al puesto callejero pude sentir el calor sofocante del aceite y el olor a churros recién hechos. No. No, no, no, no y no, ni se os ocurra decirme que no es uno de vuestros olores favoritos del mundo mundial, que nos conocemos; que el olor a chocolate caliente y churros dulces es algo que gusta a todo el mundo, de hecho, aún estoy por encontrarme con alguien que me diga que lo odia. Es algo así como una regla que todos cumplimos, como el amor al aroma de la tierra mojada o al de la lluvia a través de la ventana de nuestra habitación... Pero tapados con una mantita que abrigue, que hacerlo en la calle siendo sorprendidos por un chaparrón de verano no es muy idílico que se diga.

El señor churrero, envuelto en vapor de la freidora, se giró y sonrió ampliamente cuando vio a Max.

—Hombre, *Masimíco*, tú por aquí. ¡Ya pensaba yo que te habías *olvidao'* de los *amigo'*! —Seguidamente soltó una carcajada. Era un hombre romaní de mediana edad. Sonreí cuando lo reconoció y más cuando le llamó Masimico. Se notaba a leguas de distancia que había confianza entre ellos.

—Buenas noches Juan, ¿cómo estás? —Max sonrió con complicidad al dueño del puesto.

—*Po'* aquí andamos; *currelando*[1], como siempre. ¿Quieres unos churro' recién hechos? —Sacó una enorme rasera de la freidora con una espiral de churros gruesos bien doraditos.

—Efectivamente Juan, y dos vasos de chocolate caliente.

—¡Ole! Tú *ere'* de los *mío*'. Nada como un vaso de chocolate *pa' mojá* el churro.

Incliné la cabeza hacia la derecha como hacen los cachorros cuando sus dueños les dicen que iban a la calle y abrí los ojos como platos con esa última frase del churrero; aunque ellos parecieron no pillar el doble sentido de esta.

Voy a sincerarme con vosotros. Pienso muy mal. Siempre. Normalmente oculto muy bien los malos pensamientos o los dobles

sentidos que encuentro a palabras o frases de una conversación, pero aunque haga eso la verdad es que no puedo evitarlo. Es más, no soy la única que le busca siempre las cuatro patas al gato y ríe con tonterías, que en esta aventura del mal pensar me acompaña Tefi. Somos tal para cual; un roto para un descosido, como se suele decir.

El churrero preparó todo y Max me pasó a mí uno de los vasos de chocolate antes de pagar. Quemaba y mucho, así que fui pasándolo de mano a mano sujetándolo por el borde.

Mientras un chico joven, alto, de piel color terracota y cuerpo atlético entraba por el costado del puesto, Max rechazó las vueltas y le pidió que se las quedase. —Venga Isi, que tenemos que recogé' para tener las cosa' listas para mañana.

—El chico nos saludó y comenzó a limpiar y a guardar los cacharros que había por en medio—. ¿Has visto? La vida me va mu' bien, Masimico, si hasta me da para contratar a un chavea[2] pa' que me ayude. Mu' buen chaval el Isi. Me cuesta pronunsiar' su nombre y se ha cansado el probe de corregisme'. —El chico rompió a reír y palmeó cómplice la espalda de Juan. Por lo que nos contó el propio muchacho, su nombre era Isam y después de los años que llevaba en España, ya todos sus amigos y amigas le decían Isi como diminutivo—. Cuando me jubile se va a quedá' él con todo esto, así va a poder ganarse el parné[3] como yo. ¿A que sí, Isi?

El chico asintió sin borrar la sonrisa de los labios y continuó dejando todo listo para la siguiente apertura.

—Entonces la siguiente vez que venga lo mismo me atiende él. —Max llevó el vaso a sus labios y miró pillo a Juan. Sí, a esas alturas ya sabía reconocer su mirada pilla.

—¡Jesús María! Que aún me falta para *jubilaime Masimico*, que estoy hecho un *chavea* —exclamó con los ojos como platos—. Espero que vengas *ante',* que tienes que *probá'* unos *churro'* que hago ahora rellenos... que están de rechupete.

—Entonces la semana que viene tendrás aquí a tu cliente favorito para probarlos, Juan. —El churrero rio y se quitó el gorro mientras Isi seguía limpiando y recogiendo.

—Anda venga, iros ya que *sos'* enfría. Que aproveche pareja, y que *tengái'* una buena noche. Y a ti que no se te olvide hacerme una visita la semana que viene, que hay muchas *novedade'* en el barrio.

—Por supuesto; y te invito a una cerveza cuando cierres Juan, que no me acordaba ya de lo buenos que están tus churros. —Sonrió antes de llevarse uno a la boca.

—¡Claro! Es que los *mío'* tienen un sabor especial.

Volvimos caminando hasta el banco en el que momentos antes habíamos admirado el enorme mural del edificio. En ese momento entendí por qué Max me había llevado allí. El *glamour* de la ciudad, el cine, los museos y los lugares más turísticos del centro estaban muy bien, pero para conocer realmente aquel sitio era muy importante adentrarse en el mundo de los barrios y de la gente que había vivido allí toda su vida.

Un ejemplo muy cercano lo tenía en mi propio pueblo. Tefi siempre que hablaba de él lo hacía contando la cantidad de cotillas por metro cuadrado que vivían allí. Y tenía razón, pero se olvidaba de mencionar las cosas buenas como las noches de verano en las que los vecinos se juntaban en las puertas de sus hogares a tomar el fresco y a jugar al parchís o a las cartas. La mayoría de las veces eran los más pequeños quienes llevaban en una pequeña libreta la cuenta de los puntos mientras que algunos mayores hacían bebidas de viejos, como decía Tefi, con anís. Y así, entre risas y piques, las horas se pasaban volando.

Max me contó que Juan, el churrero, cuando llegó a la barriada, trabajaba llevando las compras del supermercado a las mujeres mayores que no podían cargar peso. Su mujer fue compañera de su madre. Ambas limpiaban casas y se cubrían una a otra si por algún motivo no podían ir a trabajar, pero eso no fue siempre así. Debido a su origen romaní mucha gente tenía prejuicios con ellos, incluso me contó que en una casa donde la mujer de Juan trabajó la despidieron acusándola de robo sin ser verdad. En esa casa desaparecía dinero, sí, pero no era ella la culpable sino el nieto de la dueña que desgraciadamente estaba metido en las drogas.

Con el tiempo, Juan y su mujer se hicieron con el puesto ambulante de churros al jubilarse su dueño y su descendencia no querer seguir con el negocio familiar y desde entonces no habían dejado de trabajar, día y noche, festivos y no festivos, para llevar un sueldo a su casa.

Los prejuicios son una de las cosas más horribles de la sociedad.

—Ahora te doy la mitad —dije al llegar al banco.

—¿La mitad del chocolate? —Sonrió divertido.

—No, que tú ya tienes el tuyo y está buenísimo. —Reí—. Me refiero a la mitad de lo que ha costado.

—Ah, no te preocupes; esta vez invito yo —me miró de reojo tras sentarse en el banco dejando durante cinco segundos que el silencio mediara entre nosotros—. A la siguiente me invitas tú y solucionado.

—De acuerdo. —Esbocé una pequeña sonrisa.

Agarré el primer churro y lo llevé a mi boca. Tras morderlo pude notar todo su sabor: el del aceite, la masa, el azúcar que lo cubría… y habría dicho que llevaba un pequeño toque a canela, pero no estaba segura del todo.

—¿Qué? ¿A que tenía razón?

Terminé de masticar y tragar lo que llevaba en mi boca. La voz de Max me había sacado completamente de la sensación de probar aquello y del placer de comer, así, en general. Pero ni en esa ocasión ni en ninguna iba a dar mi brazo a torcer, que una es muy cabezona y quisquillosa a veces, y porque oye, hacía tanto tiempo que no comía churros de mi pueblo que para valorar cuál de ellos era realmente el mejor tenía que probarlos a la vez. Que los recuerdos son muy puñeteros y a veces nos engañan.

—Ni de coña. —Reí con la boca aún llena. Después de tragar limpié mis labios humedeciéndolos con mi lengua y le miré alzando una de mis cejas—. Cuando pruebes tú los de mi pueblo sí que te van a dejar con la boca abierta; y me darás toda la razón, que conste.

Tras su sonrisa volví a morder, no sin antes mojarlo en el vaso. Relamí mis labios y degusté el sabor dulce pero también con un toque amargo del chocolate. Ahí sí que podría ganar la churrería del señor Juan porque personalmente me gustaba más el chocolate amargo que el dulce; *#teamchocolatenegro* presente.

Fue en ese instante cuando mi cerebro hizo *"clic"* y me di cuenta de algo. Estaba comiendo como si tal cosa delante de alguien sin que me importase lo más mínimo. Mi inseguridad no me había hecho viajar hacia malos pensamientos en los que sintiese miradas juzgadoras de los demás, pero no solo me había pasado con Max. Durante la cena tampoco había sentido la necesidad de evitar comer o vergüenza por hacerlo, y mucho menos me había tirado minutos y minutos debatiendo en mi interior qué era lo mejor para pedir de la carta que evitase tener miradas inquisidoras de los de la mesa o del resto de comensales de la sala.

En ningún momento de la cena estuve incómoda con ello y darme cuenta de algo así me sacó una enorme sonrisa de repente. Si no fuese por la oscuridad de la noche que nos envolvía o por la tenue luz de la farola que teníamos a unos metros, estoy segura de que Max se hubiese dado cuenta de mis ojos llorosos.

—¿Por qué sonríes? —escuché su voz y le miré ampliando mi sonrisa aún más.

—Por nada, cosas mías. —Nada más terminar de hablar metí el resto del churro para saborearlo sintiéndome por fin un poco más libre. Más yo.

Juntos nos comimos la docena completa y acabamos con hasta la última gota de los vasos de chocolate. No se le dice que no nunca a un postre, aunque sea un postre detrás del postre, porque esa noche no fue lo único dulce que me llevé al cuerpo ya que en el restaurante me comí mi buen helado de fresa y nata con barquillo de galleta.

Estuvimos hablando de muchísimas cosas. Me contó en qué

consistía su trabajo y que muchas veces se pasaba más tiempo en la zona de fotocopias para imprimir los informes semanales que en su propio puesto de trabajo de la cuarta planta. Pero eso no fue lo único.

Compartimos opiniones sobre música, videojuegos y cine, descubrimos que nos gustaba el mismo tipo de series y que ambos compartíamos nuestro amor por la familia y los amigos. Evitó en todo momento hablar sobre mis padres o lo que les ocurrió y, aunque no se lo dijese en voz alta, se lo agradecí con todo el alma. Aún me dolía demasiado como para hablar de aquello y no romper a llorar; y sabía que un día tendría la entereza suficiente para ello, pero todavía no era el momento.

Tras algo más de una hora, mis bostezos hicieron acto de presencia.

—Vaya señorita, así que le aburro con mis rollos de informática... —Sonrió de medio lado sin mirarme ni apartar la vista del mural mientras daba una calada a su cigarro.

—No, para nada. —Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Siempre me pasaba, era ponerme a bostezar y humedecerse mis ojos. La retiré con el revés de la mano justo cuando giró su rostro para verme.

—Ahora no solo te hago bostezar sino que también te hago llorar. ¡Vaya panorama! —dijo justo antes de soltar una risotada que se me contagió al instante.

—Te prometo que no, pero es que estoy cansada. No soy muy de trasnochar. En el pueblo me despertaba todos los días con el gallo de Doña Carmina, mi vecina, así que tenía que acostarme pronto si no quería parecer una *zombi* por la mañana. —Max miró su reloj y se puso en pie tirando el cartón y los vasos en la papelera. Después lanzó la colilla al suelo y se aseguró de apagarla con el pie.

—La verdad es que tienes razón, se me ha pasado el tiempo tan rápido que no me había fijado en la hora. Vamos Alex, te llevo a casa que como haya llegado ya Estefanía nos va a matar.

Puse los ojos como platos y tardé cero coma en recoger todo y seguir sus pasos hasta la moto. Sacó ambos cascos del asiento y me colocó el mío con cuidado asegurándose de que el cierre estaba correcto para después colocarse el suyo, subirse a lomos del monstruo de dos ruedas y arrancarla.

—Vamos, morena. —Su voz sonó algo distorsionada a través del casco. No me lo pensé dos veces y me acerqué un poco más confiada que la primera vez.

¿Tenía práctica subiendo en moto? Si subirme una sola vez era tener práctica, pues sí, pero como eso era a la práctica lo que yo a las modelos de ZARA... Por supuesto que no. Volví a encontrarme algo patosa y con dudas, pero me apoyé en sus hombros sin cargar todo mi peso en él y me impulsé para pasar mi pierna hacia el otro lado. En esa ocasión no tuvo que decirme que pusiese los pies en los estribos

pero a punto estuve de chocar mi casco con el suyo cuando la suela de mi zapato se resbaló al apoyar mi pie ahí. Menos mal que no se dio cuenta, o al menos eso quiero creer a día de hoy, porque vaya situación...

En cuanto emprendimos el camino a casa volvió a embargarme esa sensación de libertad extrema que había notado la primera vez. A puntito estuve de soltar su cintura y abrir los brazos imaginando que era un pájaro, pero con lo patosa que soy fijo que me hubiese caído hacia atrás por inercia. En lugar de soltarme tuve que agarrarme un poco más fuerte cruzando mis manos sobre su abdomen para no liarla, porque con cada acelerón mi corazón latía un poco más fuerte que antes. Quién me habría dicho a mí que me iba a gustar tanto eso de viajar sobre dos ruedas.

Cuando llegamos a la puerta del edificio de la casa de Tefi, Max detuvo la moto. Miré hacia la puerta por si estaba esperándome abajo, ya que me había llevado sus llaves, pero aún no había llegado. Tenía un sueño tremendo y sabía que caería redonda a la cama y ni mi mejor amiga al aporrear la puerta de casa me iba a despertar, pero lo había pasado tan bien que algo en mi interior me pedía a gritos continuar un poco más y no atravesar ese portal.

Bajé de la moto y me quité el casco a la primera sin ayuda de Max. Él también se quitó el suyo y se bajó de la moto para guardar el mío bajo su asiento.

—Muchas gracias por traerme. Y por los churros, claro —añadí apurada.

—No te preocupes, ha sido un placer. —Su sonrisa volvió a iluminarse bajo las luces de la calle.

—Bueno... ya... ya hablamos. —Sonreí tímida sin saber muy bien cómo despedirme o qué decirle. Max se acercó y me dio un beso en la mejilla a modo de despedida. *Mayday, mayday.*

—Que descanses, morena —me sonrió y volvió a colocarse el casco subiéndose a la moto. Yo alcé la mano diciéndole adiós y caminé hasta el portal—. ¡Ah, sí! —Su voz, de nuevo distorsionada por el casco, me hizo detenerme y girarme—. Que sepas que sé que los churros que más te han gustado son los de mi barrio.

Y sin decir nada más me guiñó el ojo, bajó la visera del casco y se incorporó al tráfico de la carretera.

III

“Una mujer debe ser dos cosas: quien ella quiera y lo que ella quiera”
Coco Chanel

Los siguientes días hasta la incorporación de Tefi a su puesto de trabajo pasaron demasiado rápido. Ella me dijo que siempre había tenido esa sensación en vacaciones, aunque en aquella ocasión se acrecentase aún más.

Al principio, cuando salía de la puerta de su trabajo, le embargaba el sentimiento de furor por todo lo que tenía por delante y los planes que había preparado para ello. Salidas, compras, citas médicas no importantes pero sí de revisiones rutinarias que no deberían de retrasarse demasiado, pequeños viajes y escapadas, largas horas frente al televisor totalmente picada a la serie que en ese momento se le cruzase por delante de los ojos y le hiciese *tilín*... Pero claro, el tiempo no era eterno y eso yo lo sabía muy bien, así que conforme llegaba el temido momento de la reincorporación a la empresa y el final de las vacaciones, las horas parecían esfumarse entre los dedos y los días pasar como pequeños pestañeos.

Afortunadamente pudimos aprovecharlo muy bien. Salimos y desconectamos, incluso me llevó a ese restaurante vegetariano que tanto le gustaba a Miriam y que no había podido probar aún. Por cierto, una mención aparte merece el hummus de remolacha que hacen en ese lugar porque no había comido algo tan rico en mi vida. Lo cierto era que nos movimos tanto por la ciudad que aún sentía mis pies doloridos de tanto andar, porque aunque el metro nos quitase caminata entre punto y punto del mapa, estar de pie cansa igual o más que patearse las calles del centro esquivando gente.

De mi boca no había salido nada del final de la noche del cumpleaños de Miriam con Max comiendo churros, y por lo que parecía tampoco él había dicho nada. Voy a ser sincera como siempre, o bueno, como la mayoría de las veces: no tenía ni idea de porqué lo había ocultado desde el primer momento. Estuve a punto de decirlo en varias ocasiones, que tampoco iba a omitir eso y convertirme en una mentirosa empedernida, pero no tuve el valor suficiente para hacerlo. Desde luego los líos que formaba yo solita en mi cabeza eran como una de esas películas enrevesadas que van hacia delante y hacia atrás en el tiempo y al final no sabes si quien estás viendo en la pantalla es

la madre, la hermana o la protagonista de pequeña.

Sabía que contar aquello iba a generar en mi mejor amiga la mirada traviesa y pícara que ponía cada vez que le hablaba de algo relacionado con los chicos. Esa situación siempre hacía subir el color de mis mejillas hasta el nivel *"farolillo de año nuevo chino"*, vamos, lo que viene siendo que me ponía como un buen y enorme tomate maduro. Si a eso le sumábamos que el chico en cuestión era su mejor amigo y compañero de trabajo... Es una tontería, lo sé, y yo ya era lo suficientemente adulta para tratar esos temas con total normalidad, pero esto del amor siempre me hizo sentir demasiado pequeñita.

Tuve mi primer novio a los diecisiete años. Era de un pueblo cercano y se portaba genial conmigo... pero en privado, sobre todo porque evitaba exponerse en público y que le viesen a mi lado. Desde el principio me hizo creer que aquello era como un secreto íntimo entre nosotros y que vernos a escondidas era lo más bonito, arriesgado y travieso que íbamos a vivir nunca. Un juego de dos. Supongo que mi juventud, inocencia y la magnífica y maravillosa idea de ser correspondida hicieron que aquella me pareciese la mejor de las ideas.

Muchas de mis compañeras de clase se reían cuando contaba que tenía novio, simplemente porque no me creían. Nunca me veían con él, no había fotos, cartas ni absolutamente nada que demostrase tal cosa. Por el contrario, Tefí sí que creía completamente en mi palabra y por ello desde el primer momento fue muy crítica con el asunto. Habló mucho conmigo intentando hacerme ver que aquello no tenía pinta de ser un juego, que no era normal, que si verdaderamente le importaba a alguien tenía que sentirse orgulloso de mí y caminar a mi lado con una enorme sonrisa que le iluminase la cara de pura felicidad, pero yo seguía creyéndome lo que mi novio, al que amaba con todo mi joven e inexperto corazón, me decía.

Perdí la virginidad con él y fue un momento muy especial para mí, casi mágico... Bah ¿a quién pretendo engañar? El dolor, la vergüenza y la incomodidad del momento estaban a buen recaudo en el cajón más profundo de mi memoria, pero siempre había preferido quedarme con la bonita sensación de compartir ese momento con alguien a quien amaba y que sentía lo mismo por mí antes que con cualquier mal recuerdo.

Las charlas de Tefi me hicieron ver algo de luz y tras ese paso importante que habíamos dado fui sincera con él. Le dije que quería más, que me apetecía salir con él y con mi mejor amiga, quedar de manera normal y no a escondidas... Pero por mucho que yo ansiaba escuchar cómo cedía a mis peticiones y lo que había entre nosotros pasaba a ser una relación normal y pública, él respondió con lo opuesto. Nuestra relación se acabó y lo peor de todo fue que, a partir de ese momento, cada vez que nos cruzábamos apartaba la mirada de

mis ojos.

Sé que él me quiso y lo sé porque eso es algo que no se puede disimular, que nace de lo más profundo del corazón y se percibe en cada mirada, pero también sé que había algo en él mucho mayor que su amor por mí: la vergüenza del qué dirán por estar conmigo, con la gorda. Él no soportaba la idea de que le juzgasen como lo hacían conmigo, de que se riesen por el hecho de que fuese mi novio o de que le dijesen cosas como "seguro que puedes encontrar algo mejor". No le culpo. No es fácil que no te afecten las opiniones de los demás; y lo sé de muy buena tinta porque, aunque lo intento a diario con todas mis fuerzas, a veces es imposible que no hagan daño.

La casa sin Tefi era muy silenciosa. Encendí la televisión cambiando de canal sin parar hasta dar con algo que no diese vergüenza ajena tener de fondo haciendo algo de ruido y me dediqué, sin prisa pero sin pausa, a recoger y limpiar todo. Puse un par de lavadoras, cambié sábanas, saqué las cosas de los armarios y las ordené haciendo lo mismo con el frigorífico... Quería mantenerme ocupada hasta que ella volviese y de nuevo mi mente se centrase en algo que no fuesen mis propios pensamientos.

Sabía que el momento de volver al pueblo estaba cada vez más cerca. Me apetecía recorrer sus calles y volver a abrir la puerta de mi casa para encontrarme de nuevo en mi hogar, pero a la vez... A la vez, ese momento se me hacía demasiado cuesta arriba. Era consciente de que me iba a derrumbar, que el ambiente de aquel sitio se sentiría pesado, que los aromas y los recuerdos inundarían mi cabeza hasta ahogarme en un mar de lágrimas.

Quería volver, sabía que en algún momento de mi vida tendría que hacerlo para enfrentarme a la situación que estaba esquivando desde que cogí el tren de camino a la ciudad, pero estar en casa de Tefi me había venido tan bien que una gran parte de mí se resistía a la idea.

Mientras terminaba de preparar la mesa y la cazuela comenzaba a hervir, la puerta de la casa se abrió y cerró dando paso a un gran suspiro por parte de mi mejor amiga.

—Odio a mi jefe. Odio a mi jefe, a Ricardo y a la leche que les dieron de pequeños.

—Ey, tranquila, tranquila. No te dieron el ascenso, ¿verdad? —me asomé acercándome a ella para tratar de calmarla.

—Es que... Mira, de verdad, qué ganas tengo de darles con mi renuncia en los morros e irme por la puerta grande, así, a lo diva. —Tefi dejó su bolso sobre el sofá y se quitó los zapatos sin preocuparse de colocarlos en ningún sitio diferente al que habían caído por azar.

—Sí que te ha venido bien la vuelta al trabajo, ¡yuju! —añadí irónica imitando a una animadora de película juvenil americana para quitar hierro al asunto, pero Tefi puso una pequeña mueca y se sentó

de golpe en el sofá echándose el cabello hacia atrás en signo de desesperación.

—Llevaba trabajando con la cuenta de ese cliente meses, ¡meses! Me había currado todo; que si las entrevistas, sus libros comerciales y financieros, los balances de gastos e ingresos anuales para ver el plan a seguir para sacar los máximos beneficios... Y va Enrique, invita a cenar a nuestro jefe una noche, y este le da la cuenta del cliente junto a todo mi trabajo sin avisarme siquiera, además del ascenso que me he estado ganando a pulso años —me miró abatida—. Años Alex.

Me senté a su lado y la abracé acercándola a mí.

—Qué gilipollas —solté con todas las ganas.

—Es un imbécil. Bueno, los dos lo son. —El silencio se adueñó de la conversación unos instantes—. Enrique llevaba con nosotros solo dos meses antes de que yo cogiese las vacaciones y ya le han ascendido, pero claro, se lleva bien con el jefe y siempre están de risas y de buen rollo. Y si fuese solo él... Pero es que antes también fue Sergio y Matías.

—¿Matías? ¿El que entró contigo de becario a la misma vez?

—Sí, ese; el mismo que viste y calza. Ahora tiene su propio equipo dentro del departamento y le pagan un plus que es casi igual que mi sueldo normal.

Mientras hablaba, su cuerpo iba relajándose muy lentamente. Tefi también me abrazó y subió sus piernas al sofá haciéndose una pequeña bola a mi lado.

—¿Qué hizo para conseguir ese puesto?

—Pues mira Alex, no tengo ni puta idea. Llevo desde que entré trabajando duro y dándolo todo por la empresa. Hice horas extra, trabajé desde casa aún sin tener que hacerlo y para qué, ¿eh? ¿Para ver cómo mis compañeros hombres ascienden y yo me quedo atrás? ¿Para seguir viviendo los momentos en los que mi jefe me infravalora y piensa que no entiendo de cosas que me sé al dedillo? Estoy cansada de todo esto, no puedo más.

—No es mi Tefi la que está hablando —chasqueé la lengua.

—No, es la vecina del quinto. O Carmina, la cotilla.

—*Ñeñeñeñe* —le hice burla sin poder aguantarme la risa. Afortunadamente también se la contagié a ella—. No es mi Tefi la que está hablando porque ella mandaría a todos a pastar. Daría un golpe en la mesa y diría: ¡aquí mandan mis ovarios!

—Por no decir algo más fuerte —añadió por lo bajo ladeando la cabeza sopesando la situación.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque estoy cansada de que me menosprecien, de que se me mire por encima del hombro. Estoy cansada de que compañeros que tienen la mitad de experiencia que yo se pongan a explicarme algo

que me sé de memoria como si no tuviese la menor idea, por supuesto, bajo la aprobación de mi querido y amado jefe. Es muy frustrante.

—Son gilipollas e imbéciles.

—Y puercos.

—Vaya —no pude evitar reírme—, a este paso vamos a crearles una lista de insultos que ni el Quijote.

—Se lo merecen, no creas.

El silencio de nuevo se apoderó de nosotras mientras mi mano frotaba con cariño su brazo. Tefi había tenido que luchar durante muchos años por ocupar el lugar que merecía y hacerlo en un entorno laboral masculino era doblemente difícil.

—¡¿Qué leches?! —Su voz me sorprendió. De repente la Tefi que yo conocía volvió en sí y se puso de pie, descalza, andando de un lado a otro de la habitación mientras hablaba—. Voy a volver allí.

—¡Eso! —Sonreí viendo en sus ojos la chispa de vida que siempre tenía en la mirada.

—Pero no hoy, que ya he terminado de trabajar y me merezco descansar; ¡mañana!

—Así se dice —le animé riendo mientras seguía con la mirada cada uno de sus pasos.

—Voy a demostrarles que me merezco ese ascenso más que nadie. Voy a coger el toro por los cuernos y los voy a dejar a todos con el culo torcido.

—No van a poder sentarse en días. —Fruncí ligeramente el ceño sin borrar la sonrisa cuando Tefi me señaló asintiendo con la cabeza y acelerando sus pasos de un lado a otro del salón. En realidad mi comentario no había tenido el menor sentido pero a ella parecía servirle para seguir emocionándose y llenándose de energía por momentos.

—Cogeré la cuenta del cliente con más pérdidas y presentaré un estudio y plan financiero con el mayor porcentaje de beneficios posible; y cuando lo tenga... ¡Ay, cuando lo tenga!

—¡Lo van a flipar!

—Cuando termine lo voy a presentar en la sala de juntas y no les va a quedar otra que reconocer mi valía y darme el puesto que merezco como jefa de equipo.

—¡Jefaza!

—Eso, jefaza, que jefa se me queda corto.

—¡Sí!

—Voy a petarlo.

—¡Por supuesto!

—A arrasar en el trabajo.

—¡Tú puedes!

—Y creo que se están quemando los garbanzos. —Tefi se paró en

seco con los brazos en jarras y arrugó la nariz.

—¡Yuju! ¡Se están quemando los garbanzos! —Repetí alzando la voz sin dejar de reír, aunque apenas milésimas de segundo después mi mente se dio cuenta de lo que acababa de decir y me puse en pie como un resorte—. ¡Los garbanzos! —Corrí preocupada hacia la zona de cocina y apagué la vitrocerámica. Efectivamente los garbanzos se habían pegado y aquello estaba incomible.

Me giré apoyando mi trasero en el mueble de la cocina. Tefi y yo nos miramos en silencio durante unos segundos y, de repente, ambas nos comenzamos a reír sin parar, tanto, que hasta lloramos de la risa.

Cuando conseguí calmarme limpié las lágrimas de mis mejillas con la manga de mi camiseta y suspiré. Por un momento el drama del trabajo de mi mejor amiga se había convertido en toda una comedia.

—Lo siento. —Y lo sentía de verdad aunque en ese momento no pudiese dejar de sonreír divertida. La culpa había sido mía por no apagar la cazuela cuando empezó a hervir.

—¿Qué sientes ni qué sientes? No pasa nada, además ¿para qué están los restaurantes de comida rápida? Nos pedimos algo a domicilio y listo.

—Cualquier motivo es bueno para pedir a domicilio, ¿no? —Tefi adoraba la pizza.

—Por supuesto; y después del día de mierda que he tenido hoy, me lo merezco.

—Bueno, vale... —añadí tras chasquear mi lengua con media sonrisa en mis labios.

Tefi cogió el teléfono y marcó el número que tenía guardado en la agenda mientras yo apartaba la cazuela de la vitro y la dejaba en el fregador.

—¿De qué dices que quieres la pizza? —me preguntó segundos después.

Efectivamente conocía a mi amiga como la palma de mi mano.

IV

"Me niego a actuar de la manera en que los hombres quieren que actúe"
Madonna

Podría decir que el sonido de mis tacones marcaba mis pasos sobre la acera, pero eso sería una mentira como un templo de grande. Era más que obvio que lo último que me había planteado ponerme ese día eran tacones; por delante tenía unas buenas horas de patearme la ciudad, eso sí, por decisión propia. Tras casi tres cuartos de hora estaba agradecida de haber tomado esa decisión e incluso valoraba el poner un altar a mi yo del pasado. Benditas deportivas, solo superadas en comodidad por las zapatillas de andar por casa.

Lo que de verdad acompañaba a mis pasos esa mañana era el sonido del tráfico, los gritos de conductores quejándose por los lentos que llevaban delante, el claxon de algunos que no soportaban la impaciencia que llevaban encima y las conversaciones de aquellos con los que me cruzaba y esquivaba en la acera. Me había prometido días atrás hacer caso a Max y a su consejo sobre conocer en solitario y desde otro punto de vista la ciudad, por lo que la noche anterior había buscado en internet lugares interesantes que aún no había visitado e incluso restaurantes donde pedir comida típica del lugar. Estaba hecha toda una turista de manual, me faltaba el mapa en la mano, el gorro para protegerme del sol y una cámara de fotos más grande que mi propia cara... Aunque hoy en día con los móviles, pocas cámaras de fotos se llevan a cuestas.

Mientras esperaba en un semáforo, el aviso de mi móvil sonó.

+***34712300309***
Ey ¿qué tal?

Alex
Emm ¡hola!
¿Quién eres? Es que cambié de teléfono hace poco
y se me han borrado algunos números.

Ay, por favor, no me digáis que soy la única que dice eso cuando alguien con un número que no conoce ni tiene guardado en la agenda, le escribe y parece que es conocido. Es mi truco para salir del paso.

+***34712300309***

Creo que el universo me ha dado una oportunidad muy interesante para decirte que soy un admirador secreto,

Entrecerré los ojos al leer esa contestación y miré a ambos lados. ¿Cuántas probabilidades había de que la persona que me estuviese mandando los mensajes se encontrase junto a mí? Ninguna. ¿Eso evitaba que yo mirase buscando al susodicho o susodicha? Pues no.

Alex
¿Quién eres? ¿Te conozco?

A borde no me gana nadie, que una, aunque oculta, siempre tiene la vena de guerrera dispuesta a salir a flote. Además, el hecho de que la conversación fuese a través de una aplicación de mensajería instantánea y no cara a cara, ayudaba bastante.

Siempre había preferido expresarme mediante texto. Es una forma de mantener las emociones a raya, de no dejar que las lágrimas o la mala leche del momento arruinasen una conversación o la relación con la otra persona. También era mi peculiar arma para ser valiente y decir lo que de verdad tenía en mi interior pero no me atrevía a verbalizar.

Sin ir más lejos, solo me había declarado a alguien en una ocasión y, adivinad mediante qué plataforma lo había hecho. Efectivamente, SMS; y no, en aquella ocasión como en casi el 100% de veces en las que me había gustado alguien, no había sido correspondido.

+34712300309
Sí, me conoces un poquito. Y que sepas que aún está pendiente la invitación para enseñarte a jugar al Donkey Kong.

Alex
¿Max? ¿Eres tú?

+34712300309
¡Diez puntos para la nueva en la ciudad!

Sonreí en cuanto su mensaje me lo confirmó. Levanté la mirada deseando que nadie me hubiese visto esa sonrisa de tonta que fijo que había puesto y me sorprendí al ver que el semáforo ya estaba en verde. Por tercera vez, para ser más exactos, aunque yo no me había dado cuenta y me había quedado de pie sin moverme ni un milímetro hacia delante mientras el resto de gente cruzaba la calle cada una de

las dos veces anteriores.

Crucé el paso de peatones con el móvil en la mano y entré a una cafetería para poder escribir más tranquila. Lo primero que hice fue pedir un café con leche mitad y mitad junto a dos sobres de azúcar. Tras pagar y recoger la taza me senté en una de las mesas y guardé su número de teléfono en la agenda.

Max
Me he quedado con las ganas
de seguir jugando un poco más...

Alex
Así que me querías hacer sufrir un poco.
Te ha salido el tiro por la culata.

Max
Claro, has sido tan directa que si
hubiese mareado más la perdiz,
me hubieses mandado a la mierda.

Alex
Cómo lo sabes...

Max
Bueno y qué ¿cómo lo llevas?
Tefi me ha dado tu teléfono para que
te pregunte porque la reunión en la que está
tiene pinta de alargarse demasiado.

Alex
Vaya... Y encima no se ha llevado nada
para comer. He visto que se ha dejado
el tupper sobre el mueble de la cocina.

Max
Tranquila, ya se ha ocupado de pedirse
algo en el local de abajo.

Alex
Estoy segura de que ha sido pizza
o uno de esos sándwiches de queso de cabra.

Max
Lo segundo.

Alex
Ya lo sabía yo...

A Tefi le encantaba la comida y probar cosas nuevas así que era muy complicado decidirse por su comida favorita; aunque si de algo podía estar segura era de que su comida favorita contendía, sí o sí, queso en alguna de sus variantes.

Di un sorbo a mi taza de café permitiéndome levantar la mirada de la pantalla del teléfono por un momento.

Alex
Con respecto a mí, estoy bien.
He salido a caminar un poco y a hacer algo de turismo en solitario. Fue un buen consejo.

Max
Me alegra que lo hayas aplicado
Estoy seguro de que será la primera de muchas salidas.

Alex
¿Algún sitio que no pueda saltarme por nada del mundo?

Max
Mi casa; para jugar al Donkey Kong. Pero si me preguntas por sitios turísticos creo que es completamente necesario ir al jardín botánico.

Allí estaba yo, sentada en una cafetería que pisaba por primera vez y sonriendo como una tonta porque Max me había invitado de manera más que directa a jugar a su casa. A jugar a videojuegos, me refiero. Estaba segurísima de que se me habían subido los colores a las mejillas y volvía a mi fase "*farolillo de año nuevo chino*".

Alex
Eso de tu casa suena bien.
¿Me harás una visita guiada?

Fue enviar el mensaje y arrepentirme en el mismo instante. ¿Eres tonta, Alex? ¿Te gusta ser tonta?

Ay, por favor, pero ¿qué estaba haciendo? ¿Acaso era yo una adolescente con eso del tonteo? Pero si era Max, ¡Max! Uno de los

mejores amigos de mi mejor amiga y que, para colmo, también era su compañero de trabajo. Además, fijo que lo único que intentaba era que me sintiese más cómoda en la ciudad por mandato expreso de Tefi, si hasta le había dado mi teléfono para que preguntase si todo iba bien...

Comencé a trastear el móvil de forma patosa intentando dar con la opción de borrar el mensaje sin que lo leyese ¡porque vaya vergüenza! Pero Max fue más rápido que yo y abrió el mensaje antes de que pudiese hacer nada. En cuanto vi el doble clic azul quise que el suelo se abriese bajo mis pies y me tragase.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda —susurré tapando mi cara con la mano que no sujetaba el móvil. Si es que eso de no decir las cosas a la cara y sí mediante texto a veces me envalentona demasiado. Para muestra, un botón.

El teléfono volvió a sonar.

Max
Por supuesto. Seré tu guía turístico
Te mostraré el congelador de la edad
de hielo y la cascada de la ducha que
a veces sale caliente y, cuando menos te lo esperas,
helada.

Alex
Ten cuidado, no te conviertas en
cubito,

¿"Ten cuidado no te conviertas en cubito"? ¡Pero qué tonterías! Fruncí el ceño y hasta hice una pedorreta incrédula releyendo una y otra vez lo que había puesto, que no era más que el modo de evadir la vergüenza eterna que estaba sintiendo.

Un momento, ¿me acababa de invitar a su ducha? Mi mente automáticamente me mandó una orden: ¡contrólate, Alejandra, hazme el favor!

Alex
He leído que el jardín botánico es
realmente espectacular.

¿Había leído eso realmente? *Meec*. No, ni en broma, pero tenía que salir del paso y lo mejor era cambiar la conversación de rumbo. ¿A alguien se le habría ocurrido algo mejor? ¡Ni se os ocurra decir que habríais seguido con el tira y afloja que os veo venir! ¡Si ya no sabía ni dónde meterme!

Max
Sí, es muy bonito. Se hacen
muy buenas fotografías allí.

Alex
Me lo apunto para futuras salidas.
Llevaré el móvil cargado para probar lo de las fotos.

Max
Si quieres echarte alguna foto
con las flores de fondo, avísame
Sé que el palo del selfie es muy bueno
para esas cosas pero al menos yo puedo
contarte algún chiste.

Reí tras leer su mensaje y noté de nuevo mis mejillas encendidas. Veintinueve años tenía en mi cuerpo serrano, ¡veintinueve! Y ni aun así podía evitar reaccionar de esa forma.

Max
Bueno guapa, luego seguimos la conversación.
Mi descanso ha terminado y tengo
que volver al trabajo.
Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy

Alex
¡Que te sea leve! Hablamos

A esas alturas mi café ya estaba tan frío como un témpano. Aun así me lo tomé hasta el fondo para intentar relajar la sensación de la boca de mi estómago, claro, que siendo café poca tranquilidad me iba a dar.

Me tomé unos minutos antes de levantarme de la mesa releyendo la conversación que acababa de tener con él y, cuanto más la leía, más vergüenza me daba. ¿Eso había sido flirteo? ¿Max había coqueteado conmigo o eran imaginaciones mías? No era de extrañar que tuviese dudas porque lo más cercano al coqueteo que había tenido en años había sido jugando a los *Sims*.

Al llegar a casa dejé las llaves en la mesa y me tiré sobre el sofá. Lo hecho, hecho estaba, y no valía la pena tampoco recrearse en ello.

Pasé el día ojeando la televisión y leyendo uno de los libros que había pillado días atrás cuando Tefi y yo salimos de compras. Poco a poco estaba consiguiendo darle algo de luz, color y vida a mi dormitorio. Ahora, además de la cama y la cómoda, también había

una estantería con varios libros, un marco de fotos con Tefi y yo en él y un par de plantas... de plástico, que las de verdad se me morían a la semana. ¡Hasta los cactus me abandonaban!

Mi maleta ya no estaba a la vista sino debajo de la cama y aquello me hacía sentir algo rara. Tenerla fuera, donde pudiese verla, me resultaba más fácil para todo. Era como un recordatorio continuo de que mi paso por allí era momentáneo y de que, por mucho que Tefi se empeñase en que lo sintiese como mi hogar, no podía crear lazos muy fuertes.

Todo eso se había ido al traste cuando tomé la decisión de hacerle caso y acomodarme algo mejor en el apartamento. En su apartamento.

No había día que no me obligase mentalmente a corregirme y repetir que aquella casa era suya y que yo estaba como invitada, nada más. Pero era imposible ocultar que conforme pasaba el tiempo me encontraba más feliz en la ciudad, más tranquila e incluso más animada a salir, reír y quedar con los demás.

La voz de Tefi saludándome irrumpió en el silencio del hogar y, tras ella, el sonido de la puerta principal al cerrarse. Dejé el libro sobre la cómoda y salí de mi dormitorio devolviéndole el saludo.

—Ay, Alex, ¡que me da algo! ¿A que no sabes quién me ha escrito mientras iba en el metro? —Tefi estaba completamente emocionada.

—Ni idea —contesté sentándome en el sofá sobre una de mis piernas.

—¡Alba! ¡La chica del restaurante aquel donde fuimos en el cumple de Miri!

—¡Ostras! ¡No me digas! —la animé haciendo un ademán con mi mano—. Venga, venga, cuéntame qué te ha dicho.

—Pues me ha pedido perdón por no hablarme antes. Que ya le vale, semanas sin decirme nada la tía. —Tefi abrió el *tupper* que se había dejado y lo metió al microondas dándole a la ruleta del temporizador varios minutos—. Pero bueno, da igual. El caso es que me ha invitado a desayunar el domingo, pero sin dobles sentidos, solo a desayunar.

—¿Dobles sentidos?

—Sí, ya sabes. Cuando te invitan a desayunar casi siempre es porque también te quieren invitar a cenar el día anterior y... bueno... —Movió sus cejas de arriba abajo rápidamente. Mi cara era un poema—. Pero no, me ha dicho que le encantaría invitarme a algo el sábado pero que hace turno de cenas en el trabajo y que no sabe cuándo saldrá, pero que tiene muchas ganas de volver a verme y que de este finde no pasa.

—¡Genial! Además la chica parecía muy simpática durante la cena.

—Ya te digo, si hasta pudo soportar al *cara seca* del novio de Miri. —Intenté no reírme de su ocurrencia. El sonido del microondas paró y ella sacó el *tupper*.

—¿No te habías pedido un sándwich de queso de cabra para comer?

—Sí —contestó con la boca llena—, pero esto es la recomida. —Y por supuesto, lo dijo con toda la normalidad del mundo—. Así que Max te cotilleó lo que había comido, ¿eh? —Tomó asiento junto a mí, tupper en mano—. A partir de ahora le voy a llamar el viejo del visillo.

—Pobre, no le digas eso. —Sonreí notando el calor subir por mis mejillas.

—Es broma, es un buen tío. Cuando supo lo de la reunión me pidió tu teléfono para preguntar si estabas bien o necesitabas algo. —En aquel momento mi cabeza hizo un pequeño cortocircuito.

—¿Te lo pidió él? —¿Realmente había sido Max el interesado en tener mi teléfono? Sonreí como una adolescente.

—Ajá. —Mientras, Tefi seguía dando buena cuenta de lo que se había preparado para comer en el trabajo: una tortilla francesa con todo lo que había pillado en el frigorífico y un salteado de setas con ajo y perejil. —Por cierto, como estaba tan contenta por lo de Alba he invitado a Miri, Max y Luis a casa para hacer un *karaoke party*.

—¿Qué? —Mi pregunta fue real, porque no entendía qué era eso del karaoke party; tan real como las ilusiones que me estaba montando en mi cabeza y que me estaban quedando preciosas.

—Un *karaoke party*. Vamos a darle uso a la PLAY que me regaló Max y que siempre me dice que ni enciendo. Vamos a reírnos un poco, pero yo no canto —negó con la cabeza llevando un par de trozos de seta salteada su boca. Continuó hablando con la boca llena—, yo de árbitro que si me pongo a cantar hoy, mañana nos cae una DANA de esas y se nos inunda el piso; y eso que estamos en un quinto.

—Pues yo tampoco canto, Tefi. Ni loca.

—Tú sí cantas, que lo haces bien. Y no me digas que es porque te da corte; ¡ni que fuese un casting para uno de esos programas de televisión!

Se levantó del sofá y fue al fregadero para enjuagar el *tupper* y meterlo al lavavajillas. Yo solo podía pensar en la vergüenza de cantar delante de los demás. En eso y en Max, que también iba a venir a la fiesta que había montado Tefi en un momento.

—Y no te he dicho todo, que la cosa no acaba ahí. —Pude ver cómo frotaba sus manos emocionada.

—¿Ah, no? —pregunté con cara de circunstancia.

—Después de lo del karaoke nos quedaremos Miriam, tú y yo solas en casa y pasaremos la noche viendo pelis y comiendo palomitas. No me digas que no es un planazo.

—Y que lo digas. —Sonreí con el clásico gesto en mi rostro de no saber en qué agujero meterme.

—Si es que tengo unas ideas cojonudas.

De falta de ideas y planes no se podía culpar a Tefi, eso era verdad, porque en menos de lo que cantaba un gallo ella podía armar la de San Quintín y quedarse tan contenta. Pero claro, eso del karaoke... Solo de imaginarme con el micrófono, ya me sudaban las manos.

V

“La belleza es cómo te sientes por dentro y luego se refleja en tus ojos. No es algo físico”

Sophia Loren

—¿Quieres que saque los ganchitos? —Alcé la voz a Tefi saliendo del baño y dirigiéndome hasta la cocina. Con las puertas de varios armarios abiertos y los brazos en jarras miré cada una de las baldas. Por más que busqué no vi ninguna de las bolsas que me sonaba tener guardadas—. ¿Dónde están?

—Ahí.

—Ahí, ¿dónde? —Moví algunos de los botes de tomate, kilos de legumbres y tarros de conservas.

—En el mueble ese... En ese que hay junto al frigorífico.

—Aquí no hay nada; bueno sí, frutos secos y avena —me reí—. ¿No decías que tú no comías cosas de esas *fit*?

—Una y no más. Está como una suela de zapato, parece comida de cabras. —Reí por su ocurrencia. Tras unos segundos y mientras aún movía cosas para buscar en las zonas posteriores, su voz volvió a sonar aunque esta vez en un tono más bajo—. Espera. Un momento...

Sus pasos se acercaron hasta la zona de la cocina y colocó sobre la encimera con el culo en pompa, los codos apoyados y las manos cruzadas bajo su barbilla para mirarme durante unos segundos con los labios fruncidos, ladeados y los ojos entrecerrados.

—Dime una cosa. ¿Qué ganchitos buscas exactamente? —asintió lentamente sin apartar la mirada de mis ojos. Aquello sonó con el mismo tono que utilizaría el poli bueno en un interrogatorio de película.

—Los que compramos hace unos días en el 24 horas. Los pelotazos, los fantasmas esos que sigo sin entender por qué les llaman *"pandilla"*, las galletas con perlitas de chocolate... —comenté despacio intentando descifrar su mirada—. ¿Sabes los que te digo?

—Vale, ya sé los que me dices. Hay un problema —chasqueó la lengua habiendo resuelto el crimen—. Todo eso que dices... me lo he comido yo. —Tefi me miró con cara de circunstancia —. Pero en mi defensa diré que no es mi culpa, que el estrés del trabajo me puede. Y la mala hostia que se me pone, eso puede conmigo aún más.

—La madre que te trajo... —Negué levantándome de las cuclillas en

las que estaba durante mi proceso infructuoso de búsqueda.

—La señora Perla, para servirle —añadió con media sonrisa. Me había tirado buscando las bolsas más de diez minutos y casi notaba la locura en la punta de la lengua; porque comprar lo habíamos comprado ¡vaya si lo habíamos comprado! Pero estar en el armario, lo que se dice estar, pues no.

Caminó hasta mi posición para sacar, en lugar de lo que queríamos en un principio, unas bolsas de gusanitos y patatas fritas, tostas para dipear y algunas roscas de pan.

—Pero no hay nada en esta vida que no tenga solución, Alejandra... —Mientras la observaba, ella abrió el frigorífico y rebuscó entre los botes y tarros varios que poblaban los departamentos de la puerta. Finalmente sacó uno de guacamole y otro de queso a las finas hierbas. Cerró el frigorífico y, tras darme un pequeño caderazo cómplice, también sacó unas bolsas de frutos secos del armario donde guardaba "la comida de cabras"—. ¿Has visto? —Sonrió.

—Ya veo, ya. Estás preparada para cualquier imprevisto. Miedo me da preguntarte si guardas por ahí alguna mochila de suministros para un apocalipsis zombi —me aguanté la risa aun pudiendo observar en su rostro un ligero semblante de culpabilidad por no haber recordado reponer la despensa de nuestra querida, amada y deseada comida basura para los días malos. Y ¿a quién voy a engañar? También para los buenos.

—¿Lo dudabas? —Volvió descalza hasta su dormitorio—. ¡Y saca también un bote de aceitunas! Pero de las de anchoa no y de las que llevan ajos enteros tampoco, de las otras, de las que tienen hueso; así Miriam puede comerlas también.

Estaba todo listo y preparado, hasta la PLAY se encontraba conectada al televisor y los vasos para la bebida fuera. A última hora había sacado uvas y fresas para el momento dulce, a falta de las galletas con pepitas de chocolate que se había comido la noche anterior mientras leía *Elysian* de *Sugary Pale*. Había encontrado ese libro en una de las plataformas digitales de escritores que seguía desde hacía meses y llevaba varios días que no despegaba el ojo de la tableta. En resumen, la tarde de picoteo parecía más una comida digna de todo César; por lo de las uvas digo. ¿A quién no le va a gustar un buen festín romano?

A Tefi se le notaba la felicidad a leguas de distancia, tanto que hasta se me contagiaba un poquito a mí también. Le pregunté por qué no había invitado a Alba a la fiesta de la música que había montado, pero con la actitud más normal del mundo me dijo que esa tarde era para ella y para nosotros, sus amigos; que a nosotros también tenía que darnos nuestro espacio y disfrutar de las risas y ratos de calidad juntos. Que ya habría momento de juntarnos con parejas; y tenía toda

la razón del mundo.

El momento de juntarse con novios, sobre todo las primeras veces, solía ser un poquito incómodo. Para más señas la cena del cumpleaños de Miriam no estuvo para tirar cohetes y cantar la Macarena. Nos lo pasamos bien, por supuesto, y celebramos el cumpleaños de la chica de *Brave* todo lo mejor que pudimos, pero había algo que faltaba en aquella mesa. Tefi y los demás hacía demasiado tiempo que no se veían con Miriam y la echaban mucho de menos, por lo que habrían deseado estar con ella a solas y poder soltar cualquier parida que se les ocurriese sin necesidad de estar pensando en todo momento que aquello pudiese incomodar a su chico o incluso generar cualquier conflicto entre ellos.

Por suerte esa racha de distanciamiento iba a acabar porque Miri, la chica del pelo rojo a tirabuzones, ojos verdes y pecas en las mejillas, también asistiría al karaoke, o dicho de otra forma, a la particular *suelta de gallos musical* que nos había preparado Estefanía. Porque eso de cantar tan bien como para ser los nuevos integrantes de cualquier grupo actual que lo estuviese petando en esos momentos, nos quedaba un poco lejos a todos.

El timbre de la casa sonó y la voz de Tefi lo hizo justo detrás.

—¡Abre, Alex!

—¡¿Yo?! —No quise sonar histérica. ¿Lo conseguí? Ni un poquito.

—¡Es que estoy haciendo pis!

Puse los ojos en blanco. Estiré mi camiseta color borgoña, retiré mi cabello detrás de la oreja, rasqué mi mejilla nerviosa, me volví a sacar el mechón de detrás de la oreja y lo eché hacia delante, me aclaré la voz… ¿Hace falta decir que estaba a puntito de sufrir un ataquito? Después de la conversación por teléfono con Max me daba algo de vergüenza mirarlo a la cara, y es que aún le estaba dando vueltas a la pregunta de si me iba a hacer una ruta guiada a su casa. ¡Ay, señor! ¡En qué estaría yo pensando! El timbre volvió a sonar.

—¡Voy! —Y tanto que iba. Literalmente estaba agarrando el picaporte de la puerta detrás de la misma buscando la fuerza interior para abrir y sonreír sin que me temblase el labio inferior o se me desencajase la mandíbula como si me hubiese tomado un *tripi*.

En cuanto el cerrojo hizo clic, la voz de Max y la risa de Luis irrumpieron en la entrada del apartamento. Les dejé pasar ocultándome un poco detrás de la puerta. ¡La ocultación! ¡Qué bien se nos da a los que tenemos talla grande y qué máquina era yo realizándola! La ninja del ocultismo, me llamaban.

Contaba con un máster en ese método. Por ejemplo, si había un grupo de gente y tocaba fotografía, nada como ponerse en la fila de atrás y entre dos personas, de ese modo puedes rodearles la cintura por la espalda con tus brazos para ocultarlos del objetivo y, de la

misma forma, tapar tu anchura con los cuerpos de aquellos que tengas al lado. Si es que ya lo digo yo, soy toda una experta.

—Buenas tardes. —Luis saludó alargando la última "e" en tono cantarín. Entró en la casa botella de vino en mano y su acompañante lo hizo un par de segundos más tarde.

—Este viene ya entonando y entrenando la voz. —Max me miró con media sonrisa y juraría que pude ver sus ojos centellear. Eso o me lo había inventado, que todo podía ser. Tampoco me imaginaba a Max a lo Edward Cullen en Crepúsculo, brillando como purpurina.

Me giré sin borrar la sonrisa de mis labios y cerré la puerta. En ese momento Tefi salió del baño y saludó de manera triunfal abriendo los brazos a modo de abrazo colectivo.

—Bienvenidos a nuestra humilde, humildísima, morada. —Justo en ese instante pareció buscar entre nosotros el rostro que faltaba, pero allí solo estaban Luis y Max. —¿Y Miriam? ¿Está aparcando?

En teoría iban a venir los tres juntos. Miriam recogería a Luis y juntos irían a por Max que era el que más cerca de nosotras vivía. Sin embargo, la cosa parecía no haber salido según lo planeado en el grupo de *Whatsapp*.

—Me mandó un mensaje hace media hora diciendo que no iba a poder venir. No he querido preguntarle más porque parecía algo apagada. —Luis era amigo de Miriam desde la universidad y la conocía bastante bien así que no dudé de su palabra ni un segundo, pero a Tefi le pareció sospechoso ya que había hablado con ella por teléfono justo después de acordar la quedada de esa tarde para que trajese un pijama y hacer una noche de chicas. Miriam había accedido a la primera e incluso la había escuchado yo a través del auricular reírse y decir que llevaría una botella de vodka para la ronda de chupitos.

—¿En serio? —Tefi bajó los brazos y caminó hasta su móvil—. Eso es porque he dicho que quedemos sin novios, estoy segura.

—¿Cuándo se lo has dicho? —Alcé la voz curiosa.

—Pues después de llamarla. Pero lo que me extraña es que me ha respondido que sin problema, que hoy no había quedado con Víctor.

—Entonces fijo que es por otra cosa. —Intenté quitarle importancia mientras Tefi desbloqueaba su teléfono.

Mi mirada pasó de uno a otro sin interrupción observando las reacciones y gestos de sus rostros. Después de unos segundos con el móvil en la oreja, Tefi habló.

—¿Dónde estás metida? ¡Que tengo guacamole, cacho penca! (...) Espera, espera, que te pongo en altavoz que están aquí todos estos.

—Hola chicos —se escuchó la voz de Miriam al otro lado del auricular. Todos devolvimos el saludo—. Perdonad, pero es que me encuentro un poco mal y no voy a poder ir.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tefi.

—Es que me duele bastante la cabeza.

—Tía, pues te tomas un analgésico y te vienes para acá que nos riamos un rato juntos. —Max y Luis intercambiaban miradas mientras nosotros tres permanecíamos como meros espectadores de la conversación de ambas.

—No va a poder ser, me hubiese encantado ir pero no quiero aguaros la fiesta.

—¿Qué aguar ni qué aguar? Venga, pilla las cosas y te vienes en un ratito que seguro que se te pasa en cuanto te tomes algo.

—Es que...

—No hay *es ques* que valgan, Miri. Te prometo que si te empieza a doler mucho y te encuentras peor, te llevo yo al hospital si hace falta. —La sonrisa de Miriam se escuchó al otro lado que, junto con lo sería que parecía durante la llamada, resultó un contraste muy curioso.

—Pero si tú no tienes coche.

—Pues te lleva el *"siempre voy despeinado"* en su moto. Anda que el problema... —soltó después de una pedorreta sin apartar la mirada de Max, aguantando la risa y casi haciéndole a él burla con su gesto.

—Creo que no tienes mucha escapatoria, pelirroja —apuntó él—. Estefanía no te va a dejar salida. Y a mí tampoco.

—Pues claro que no. —Y Max ahogó una carcajada ante la contestación de Tefi—. Vente, que hace tiempo que no quedamos juntos; y trae el pijama, que no se te olvide. Y la botella de vodka.

Unos segundos en silencio en los que solo se escuchaba la respiración de Miriam al otro lado del teléfono bastaron para que de nuevo tomase ella la palabra.

—Es...está bien. Voy a tomarme algo y voy para allá.

—¡Hasta ahora, moza! —Tefi se despidió antes de colgar.

Estefanía dejó el teléfono triunfal sobre la encimera de la cocina y fue directa a por el sacacorchos para abrir el vino.

—Pobre —soltó Luis dejando la botella sobre la mesa junto a los vasos.

—Todo esto es por el *cara seca* —añadió Tefi cerrando el cajón de los cubiertos con lo que buscaba en la mano.

—Qué manía le has cogido —contestó Max a Tefi con media sonrisa en sus labios mientras caminaba distraído hasta mi lado. ¡Alerta, alerta!

—Ahora no te cortes y digas que la que le ha cogido manía soy yo que cuando hablamos de él tú dices que es el del palo por el culo.

Yo ahogué una carcajada mirando a Max divertida pero Luis no se cortó para nada y palmeó su espalda, no sabría decir muy bien si animándole y felicitándole por el mote o llamándole la atención por el

apodo.

—Joder, pensaba que solo lo llamábamos así entre nosotros. —Definitivamente le estaba felicitando.

—A lo mejor es verdad que le duele la cabeza —añadí dudosa dándole un voto de confianza a Miriam, aunque después de ver el gesto de Tefi con los ojos en blanco me arrepentí un poco de hacerlo.

—Sí, claro. Le duele la cabeza de tener al *cara seca* al lado dándole por culo todo el día. Si no la deja vivir. El otro día en el trabajo me la crucé, no hablamos ni dos minutos y en ese tiempo escuché tres notificaciones de su teléfono y en la pantalla ponía que era él. Si es que es un cansino de la hostia.

Luis se quedó con las palabras y el comentario que dijo Estefanía. Pronto borró la sonrisa y comenzó a prestar atención al tema. Mucha más, a decir verdad.

Mientras esperábamos a la última integrante, Max abrió la botella de vino con el sacacorchos que le dio Tefi y llenó unas copas. Me senté junto a ella en el sofá y, a su otro lado en una silla, formando entre los tres un ángulo recto, él. Luis, aunque participaba en la conversación, parecía demasiado entretenido revisando los videojuegos que Max le había regalado a Tefi y que se encontraban amontonados junto a la consola.

—Y, dime, ¿cuánto hace que no la enciendes? —Max miró divertido a mi amiga que en ese momento se sentaba cruzando las piernas sobre el sofá, adoptando la postura del loto

—Pues... —alargó la palabra pensativa—, podríamos decir que unas semanas. —Llevó la copa a los labios para dar un trago de vino, ya llenada por segunda vez, y Max me miró sin perder la sonrisa burlona de sus labios.

—Ha sido por mi culpa, la he tenido muy entretenida durante las vacaciones enseñándome la ciudad y sacándome de casa.

En realidad habíamos tenido durante todo ese periodo una cantidad impresionante de horas muertas sin nada que hacer, sobre todo antes de ir a dormir, pero si hay que defender a una amiga se la defiende. Eso era sabiduría popular.

Tefi asintió con las cejas alzadas en un claro signo de evidencia antes de tragar el vino que acaba de beber.

—Sí. Y también la he llevado de tiendas, comprado muebles y libros...

—Y ropa —apuntillé. Max pasó su mirada de una a otra sin perder el gesto divertido de su rostro.

—¡Efectivamente! Y eso se lleva mucho tiempo. —A Tefi le había venido como anillo al dedo mis palabras.

—Contigo no tengo ninguna duda de eso —añadió Max escuchando

a Estefanía y mirándome cómplice. Aún recordaba la primera conversación que tuvimos en aquel bar donde me comentó su experiencia de compras con ella.

El timbre de la casa sonó ¡salvada por la campana! Tefi se levantó del sofá de un bote y abrió la puerta para encontrarse a Miriam, la chica de los bucles rojos, sin bucles en el pelo.

La recién llegada entró al apartamento y saludó a todos con un abrazo y un beso en la mejilla a modo cariñoso. Al principio pareció tener una actitud algo distante, sobre todo cuando Tefi le preguntó si se había tomado algo y le respondió que no y que ya se le había casi pasado el dolor de cabeza, pero pronto se soltó y volvió a ser ella misma.

Antes de la sesión de karaoke Tefi quiso que llenásemos el estómago. Según ella era mejor comer y beber antes de dar todo a los micrófonos. Durante más de una hora estuvimos probando y terminando cada uno de los platos junto a la botella de vino que trajo Luis y que acabamos como si nada. Sacamos unos botellines de cerveza y una botella de vino más para dar buena cuenta de ella entre tosta de guacamole y tosta de queso.

Miriam nos contó que el día en el trabajo había sido horrible; puede que eso ayudase en parte a su dolor de cabeza. La oficina de reprografía se había quedado sin empleados. Allí solían trabajar dos personas pero una de ellas estaba de baja por maternidad y la otra había pedido una excedencia urgente porque le había surgido un viaje al extranjero por temas familiares que no podía saltarse. Vamos, que de buenas a primeras se habían quedado por unos meses sin quien se ocupase de las fotocopias y suministro de material de oficina a los diferentes departamentos. Yo no entendí muy bien el impedimento que aquello podía acarrear a la empresa pero todos se apresuraron a contarme que sin duda les iba a complicar tenerlo todo listo y que habría colas de personal para utilizar las fotocopiadoras, ya que tendrían que hacerlo ellos mismos.

—Vaya caos —aseguré con el ceño fruncido y gesto de preocupación. El silencio se hizo en la reunión mientras cada uno de ellos ponía cara de circunstancia y de "a la porra mi tiempo de descanso en el trabajo", porque si querían presentar los informes tendrían que utilizar hasta el último minuto disponible para ello.

—He intentado contactar con varios posibles candidatos pero han rechazado el puesto por ser de una categoría inferior, así que a partir de la semana que viene tendremos que abrir un proceso de selección exprés para al menos contratar a una persona más. Y ese proceso está claro que me toca a mí —bufó Miriam antes de beber hasta la última gota de su botellín de cerveza.

—Un momento... —El poli bueno de interrogatorio volvió a apoderarse de Tefi—. Nosotros necesitamos a alguien que se ocupe de las fotocopias, ¿no? —Todos asintieron conformes entre comentarios que hablaban sobre lo esencial y lo poco valorado que estaba ese puesto. Yo mientras tanto seguía la conversación con el botellín de cerveza en la mano y una tosta con guacamole en la otra—. Y entre nosotros hay alguien que no tiene trabajo, que necesita algo para no estar encerrada todo el día en casa y a la que le vendría de perlas el dinerito.

Metí la tosta en mi boca cuando todos parecieron centrar su atención de repente en mí. Mastiqué cada vez más lento observando sus miradas para tragar después de manera casi forzada.

—Espera ¿os referís a mí? —añadí incrédula con la boca más seca que una alpargata.

—¡Pues claro, Alex! Piénsalo, a nosotros nos haces un favor… y a la empresa en general, vamos a ser sinceros. —Todos parecieron apoyar ese comentario de Tefi—. Y a ti te vendría genial. ¡Trabajaríamos juntas de nuevo! ¡Como en los viejos tiempos en el supermercado del pueblo! Y estarían Miriam, Max y Luis también. ¡Si es que mi mente no se cansa de tener buenas ideas! —añadió riendo—. Soy una máquina.

—Pero si yo no sé utilizar la fotocopiadora ni nada. —Mis nervios crecían por momentos aunque el hecho de haber estado bebiendo durante dos horas ayudaba bastante a sentir menos ese hormigueo en la boca del estómago; a eso y a hablar con algo más de dificultad.

—Yo te enseño. —La voz rauda y veloz de Max se interpuso antes de que pudiese seguir diciendo nada.

—Es verdad, él entró a la empresa como becario y se pasaba la mañana casi en ese departamento —apuntilló Luis—. Otra que se une a la secta de la empresa. —Terminó soltando una carcajada.

—La verdad es que si aceptas... —Miriam me cogió la mano libre— me ayudarías a agilizar el proceso de selección y te lo agradecería con todo el alma. Necesitamos a alguien que se ocupe de eso.

Pasé la mirada de uno a otro y ellos parecían estar emocionadísimos con aquello, yo no tanto; aunque saber que me iba a cruzar con determinado chico a diario hacía que la idea me pareciese un poquito mejor. Mi silencio animó más a Tefi que, dejando el botellín vacío sobre la mesa, alzó la voz.

—¡Que diga que sí! ¡Que diga que sí! ¡Que diga que sí! —Luis y Max le ayudaron con los coros entre risas, lo que me hizo reír a mí también.

—Bueno, vale. —Terminé cediendo a regañadientes.

—¡Adjudicado! —Tefi se lanzó a abrazarme, Max me miró con media sonrisa, Miriam apretó mi mano, Luis respiro aliviado sabiendo

que no tendría que hacer las colas del infierno y yo... Yo no sabía dónde meterme.

Cuarto Cambio:

(Re)despertar sexual

I

“Amarnos a nosotros mismos hace milagros en nuestras vidas”
Louise L. Hay

Conforme el reloj avanzaba, la decisión que había tomado respecto al ofrecimiento del puesto de trabajo me fue pareciendo un poquito mejor. No del todo, aviso, porque aún quedaban muchas dudas internas y miedos a los que ni yo misma podía poner cara.

Mi único empleo había sido en el supermercado del pueblo, como le había ocurrido a Tefi antes de venir a la ciudad. Pasé unos meses en el puesto de cajera, pero he de confesar que me agobiaba muchísimo atender a depende de qué personas que no se cortaban a la hora de lanzarme comentarios hirientes y que no les había pedido; frases del *estilo "tengo una conocida que va a una dietista estupenda, si quieres te paso el teléfono"* o *"uy, parece que estás más gorda"*. Cada vez que alguien soltaba una de esas y se metía donde no le llamaban, me limitaba a sonreír y a pasar el trago aunque por dentro me apeteciese mandarles donde mi vecino del octavo inexistente había perdido los calzones. Vamos, a la mierda.

Durante el resto del día recreaba la escena una y otra vez en mi cabeza imaginando la contestación que les habría dado si tuviera el valor y la decisión suficiente como para no hacerme del tamaño de una hormiga al oírlos. Y esas disputas me quedaban preciosas, divinas, maravillosas, estupendas; les metía unos cortes de espanto y salía triunfal, porque claro, como para no hacerlo con cada una de las contestaciones bordes e irónicas que se me ocurrían refunfuñando para mis adentros.

Voy a ser directa, ¿qué esperaba la gente que les contestáramos a eso? ¿Pensaban que los demás no teníamos espejos en nuestras casas? ¿Que no nos veíamos cuando nos mirábamos en ellos? ¿Que no percibíamos si engordábamos o no aunque fuera por la talla de ropa que gastábamos? Y todavía pensarían que nos estaban haciendo un favor o que eran los enviados de la realidad para abrirnos los ojos a los que, además de gordos, parecía ser que estábamos también *ciegos*.

Después de esos primeros meses en la caja y por petición mía, me cambiaron a reposición y allí pude encontrarme mucho mejor y alejarme de ese pesar que se instalaba en mi vientre cada mañana de

camino al supermercado. Apenas hablaba con nadie salvo si me cruzaba justo en ese momento con clientes por el pasillo y la mayor carga de trabajo era antes de abrir el comercio, cuando aún nadie había pisado el suelo de la tienda. ¿Conclusión? Me venía de perlas el nuevo horario y modo de trabajar, y a Tefi también, que sustituirme en la caja le encantaba. Ella, a diferencia de mí, no se cortaba si tenía que contestar a los clientes y lo mejor era que las contestaciones se le ocurrían en el momento, no como a mí, que lo hacía mientras me duchaba antes de ir a la cama. A los clientes no les respondía borderías, pero a la alcachofa de la ducha ya la tenía frita.

—A ver cómo se pone esto... —Tefi se levantó y comenzó a trastear durante unos segundos mientras el resto seguíamos comiendo y dando buena cuenta de la bebida a excepción del vodka de Miriam. Ese estaba reservado para unas horas después—. ¡Tachán!

En la pantalla se pudo ver el inicio del juego de karaoke con la lista de canciones para cantar, pero pude darme cuenta de cuáles había. En apenas unos segundos ella ya me había colocado uno de los dos micros en la mano y sujetado el otro con la suya; los primeros acordes de *"Baby one more time"* de *Britney Spears* comenzaron a sonar y la cara pícara de Tefi hizo su aparición repitiendo el *"oh baby, baby"* del inicio. Ella había clavado su mirada en mí y yo literalmente no sabía dónde meterme. ¿Había alardeado hace poco de mis poderes de ninja y ocultación? ¡Error! Porque en ese momento no había jardinera ni armario en el que meterme para escabullirme alejada de las miradas del resto y de la vergüenza que me estaba entrando.

Tefi no se contentó con mirarme de la forma en la que lo hizo que pareciese que me iba a comer con patatas fritas, sino que comenzó a mover lentamente y de manera sugerente la cadera animándome a que le acompañase en aquella *performance* que estaba aumentándome la borrachera de cero a cien, como si fuese un Ferrari. Sentía más calor en las mejillas y en la cabeza que en pleno día de verano a las tres y media de la tarde.

Sabía por qué hacía aquello. Britney Spears había sido durante nuestra niñez un icono musical. Había llevado coletas por ella durante varios años cada mañana al colegio e incluso había empapelado la habitación con sus posters y aprendido sus coreografías, como la de *"Oops!...I Did It Again"*, que me sabía hasta los coros y el diálogo de voces del videoclip. Un número, vaya. Pero en aquel fanatismo de los noventa no era la única adolescente de imaginación por las nubes y sueños de convertirse en estrella, porque Tefi me acompañaba como fiel compañera en mis gritos de emoción y bailes en mi cuarto o en el suyo a puerta cerrada; claro, que para ella Britney no solo era su ídolo pop sino también aquella famosa que había despertado su enamoramiento platónico y hormonas durmientes.

No quise mirar a nadie ni apartar los ojos de mi mejor amiga porque estaba al pelo de un calvo de que me diese un síncope allí mismo y caerme redonda del sofá. Por si fuesen poco sus bailes sugerentes imitando pasos de la coreografía original, y para dejar más clara su invitación a que saliese *al escenario* para cantar con ella, cada pocos segundos hacía una inclinación con la cabeza pidiéndome acercarme a ella. Justo antes del estribillo lo hizo tantas veces seguidas que a poco estuve de pensar que le estaban dando espasmos. Pero aunque pudiese hacerme la ciega de manera momentánea mientras contaba los segundos hasta que la canción llegase al final, no podía hacerme la sorda, sobre todo porque sí o sí los ánimos y gritos de júbilo del resto invitándome a cantar con ella se escuchaban hasta en el apartamento vacío que lindaba con el nuestro.

—*My loneliness, is killing me*... —Tefi me agarró la mano libre y tiró de mí varias veces mientras yo contestaba negando con la cabeza sin parar hasta que, a la quinta o sexta vez, me puse en pie a su lado más parada que una estatua. Parecía una señal de lo recta que estaba. Ella con la mirada clavada en mis ojos siguió insistiendo y yo finalmente...

—*And I!* —Mi voz salió más aguda de lo normal después de pegar literalmente el micrófono a los labios. Tefi comenzó a bailar arrimándose al televisor como si fuese alguien a quien seducir contoneando su cadera y haciendo pasos de diva que ya quisieran muchas que se las dan de ello.

—*I must confess I still believe* —se le veía disfrutar a más no poder de la regresión a nuestros tiernos quince años.

—*Still believe!* —En esa ocasión alejé ligeramente el micro de mi boca y me permití sonreír un poco recordando aquellas tardes en su casa donde montábamos nuestras fiestas a base de agua, música de la época, baile y millones de risas.

—*When I'm not with you I lose my mind... Give me a sign.* —Tefi preparó el terreno para la parte conjunta. Segundos después pegó su espalda contra la mía como si fuésemos las chicas malas del barrio y alzamos la voz a la vez—. *¡Hit me baby one more time!*

Ambas miramos a Luis, Miri y Max que estaban disfrutando como niños de nuestra actuación ridícula, bebida en mano, jaleándonos como si fuésemos las mejores artistas del universo. Fue en ese momento cuando me di cuenta de algo muy importante: estaba tan terriblemente acostumbrada a ser juzgada por los demás por ser como era que había pensado que ellos harían lo mismo que el resto de gente con la que me había cruzado a lo largo de mi vida. Sin embargo, junto al grupo era diferente, al igual que lo había sido con Tefi durante mi niñez y adolescencia; ellos se habían convertido en mi lugar seguro.

Después de nuestra canción, Max y Luis se levantaron del sofá y pidieron su turno como cantantes *amateurs* y futuras estrellas del *rock*.

Mi mejor amiga entregó su micro a Luis y yo a Max. En ese intercambio de posiciones no se me escapó la forma en la que me miró ni tampoco el modo en el que la boca de mi estómago se contrajo de manera instantánea como respuesta.

Tras trastear un poco con la lista de canciones terminaron escogiendo una de *Bobby McFerrin*, *"Don't worry, be happy"*. La emoción del pop de los noventa se rebajó con una mucho más tranquila pero llena de un mensaje claro y optimista. Miriam, Tefi y yo nos agarramos las manos y, meciéndolas en el aire, cantamos los coros y los *"uuuuh"* del estribillo junto a ellos. Después de algunos temas más en los que las risas se añadieron como instrumento base, los micrófonos pasaron a un segundo plano y todas las canciones fueron cantadas por todos y cada uno de nosotros entre trago y trago de cerveza.

Llegó el momento de terminar esa parte de la celebración cuando la noche estuvo más que avanzada. Luis, visiblemente borracho y sin dejar de sonreír, se despidió de nosotras.

—Qué guapa —soltó tras el abrazo con Miriam.

—Ella *ssiempre* está guapa, *Luiss,* que no te *enterass, contrerass*. Aunque se empeñe en *alissarse* el pelo. —Tefi le sacó la lengua a Miri.

Luis salió de casa y se quedó en el portal buscando algo muy afanado en su cartera. Max le observó unos segundos y luego volvió a centrar su atención en nosotras. Besó la mejilla de Miriam para hacerlo después conmigo; y a mí, que soy así de pava, me dio la risa tonta por el tacto de su barba algo descuidada en la suave piel de mi rostro. Tras cruzar la mirada conmigo al separarse, salió de la casa y se colocó junto a Luis pidiéndole que guardase la cartera.

—Tranquila, hoy se queda en mi casa a dormir. Ya pillará mañana su coche para volver a casa —soltó antes de despedirse de Tefi de la misma forma que lo había hecho con nosotras. Los carrillos de ella estaban colorados al igual que los de Miriam y los míos, signo inequívoco de que el único con altas dosis de alcohol en las venas esa noche no era Luis.

Desde hacía bastante rato, Tefi alargaba las palabras de un modo gracioso entrecerrando tanto los ojos que a esas alturas de la fiesta le costaba mantener abiertos. El resto de las chicas de la casa no nos quedábamos atrás.

—Eres un *cachiito* de *pann*. *Perro* no de pan *ssolo*, que eso es *muuuy sosso*. *Eress* un cachito de *pann* con un buen *embutiido*. —Mi mejor amiga sonrió apoyada a la puerta. Miriam y yo cruzamos nuestras miradas rompiendo a reír justo a continuación.

Apoyadas la una en la otra, justo detrás de Tefi en el umbral de la puerta, apenas podíamos mantenernos de pie. Levanté la mirada para observar cómo Max paseaba la mirada de una a otra de nosotras con

esa media sonrisa que tan característica era en él, y llevaba su mano al cabello algo alborotado que tenía, pensando con cautela cómo responder a aquello.

—Ya te recordaré mañana lo del cachito de pan con un buen embutido, señorita —pude ver cómo a él también se le escapó una pequeña risa de los labios mientras Tefi, aún apoyada en el marco del portal, seguía en su mundo y sin darse cuenta de nada. Probablemente al día siguiente ni recordase lo que había dicho.

Cuando los chicos se marcharon, Tefi cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Joder, creo que he *bebbido demassiado*.

—No me *digass* Estefanía —contestó Miriam mirándola—. Qué calor. Hace calor, ¿verdad? Tengo *musho* calor... —La chica de Brave se abanicó con la mano.

—*Esso ess* por la bebida —aseguré cual juez lanzando una sentencia.

—¿Qué *bebbida* ni qué *bebbida*? —Tefi se despegó de la puerta y caminó hasta el mueble de la cocina sacando tres vasos de chupito—. Eso *ess* porque no se ha *quitaddo* la chaqueta en toda la noche.

—Umm, pues puede *sser* —contesté poniendo una mueca con los labios mientras sopesaba más tiempo del normal el mensaje de mi mejor amiga.

—No *ess* por *esso* —soltó Miriam alargándose las mangas.

—¡Que no, dice! Quítate la *shaqueta* que te *vass* a cocinar en tu jugo como los pollos *assados*, *pedazzo* de penca. Te van a salir *ssaballones*.

—Tefi. —Negué con la cabeza tras unos segundos pensando—, *esso* sale con el frío no con el calor.

—Bueno, da igual. Le van a *ssalir cossas*. *Cossas* que duelen. Por el calor. —Un pequeño "hip" le cortó la frase. Nuestra invitada de aquella noche pasaba la mirada de una a otra mientras hablábamos al estilo árbitro de un partido de tenis.

—Quítatela y pongo el radiador *ssi* te da frío ¿vale? —Miré a Miriam mientras le hablaba de una forma tierna, casi maternal.

—(Hip) *Ssí*, tía, que aún nos queda el (hip) *voddka*.

Tefi y yo nos sentamos en el sofá dejando los vasos de chupito sobre la mesa llena de platos vacíos mientras ella nos seguía unos pasos por detrás quitándose la chaqueta y quedándose en una blusa fina de cuello redondo sin escote y manga tres cuartos. Mi mejor amiga la miró extrañada pero no dijo nada, no al menos hasta que percibió algo por encima de sus muñecas.

La piel blanca de Miriam tenía un ligero toque amoratado que rodeaba el contorno de su brazo.

—¿Qué *ess esso*? —Miré donde Tefi señalaba desde el sofá y vi a lo que se refería.

—Es por la *shaqueta*. La manga me *aprrieta* un poco —se excusó

Miriam frotándose allí donde esas sutiles marcas se dibujaban.

—*Perro* si la *shaqueta* te viene *grande*. —Estefanía frunció su entrecejo. Miriam se puso un poco nerviosa y, segundos después, sonrió como si nada y se acercó a nosotras.

—Ya me acuerdo, ess que me pusse una pulserra que me vennía pequeña y me pellizzqué. Entonces se me hizo morratón. Pero ya se me está quitando —se encogió de hombros con aparente naturalidad —. He tirado la pulssera que era de esas de las baratass. No comprreiss en la tienda que hay frente a mi casa.

Tefi tardó unos segundos en bajar la guardia que había levantado de manera automática al ver su brazo, y si lo hizo fue porque Miriam le quitó importancia y explicó de dónde venía aquello. Mi mejor amiga terminó esbozando una pequeña sonrisa cuando vio a su compañera de trabajo más relajada compartiendo gestos cómplices con ella. Para mi sorpresa, porque nunca me lo había contado, confesó que ella había comprado un collar en esa misma tienda y que se le había enganchado un mechón de cabello en el cierre; no hubo manera humana de quitar el nudo. Al final tuvo que cortar ese mechón de cabello en la parte de la nuca y tirar por la ventana la gargantilla. Tirar de manera literal.

Después de aquello, intentamos relajarnos al menos media hora sin tomar nada, solo comiendo y viendo vídeos graciosos de gatos en televisión. Creo que no he llorado tanto de la risa jamás.

La borrachera nos bajó de manera considerable y conseguimos volver a comunicarnos como personas no ebrias, que ya era bastante después de lo que habíamos ingerido esa noche. Eso sí, el sueño acechaba de manera incipiente a nuestros cuerpos y aún quedaban unas horas hasta las seis de la mañana, momento que Tefi había marcado para irnos a la cama.

—¿Y si jugamos a preguntas por chupitos? —preguntó Miriam.

—¡Me encanta la idea!

—¿Lo qué? —Miré a Tefi. ¿Acaso querían beber más estas locas? Sí, querían.

—Pues vamos haciendo preguntas por turnos y tenemos que contestarlas. Si no las contestas bebes un chupito. —La pelirroja se encogió de hombros de manera divertida.

—¡Venga, venga! Empiezo yo. —Tefi tardó entre un segundo y menos veinte en llenar los tres vasos de chupito, aclararse la garganta y lanzar la primera pregunta—. ¿A qué edad perdiste la virginidad?

—A los 19 con un chico que conocí en la universidad. Era guapísimo. —La primera en contestar fue Miriam.

—A los 16, con una chavala del pueblo de al lado. —La siguiente, Tefi.

Yo había conocido a aquella chica y guardaba un buen recuerdo de ella. Era una muchacha encantadora y dulce aunque temerosa de mostrar sus sentimientos. Quizá por ello la relación con Estefanía duró poco, o quizá por ese mismo motivo jamás había sido capaz de reconocer su identidad sexual abiertamente.

—Yo a los 17. —Aquello me daba un poco de vergüenza, para qué negarlo, así que me alegré cuando ninguna preguntó nada más allá de eso y la ronda de preguntas continuó.

—Venga, sigo... ¿secreto inconfesable? —preguntó Miriam. Yo bebí el chupito. Ni de coña iba a decir que creía que me empezaba a gustar Max.

—¡Alex la primera en beber del chupito! —Rompió a reír Tefi—. Pues mi secreto inconfesable es que, el vino ese que bebimos en la rambla y que nos hizo vomitar —desvió su mirada hacia mí—, lo robé del súper.

Abrí la boca totalmente sorprendida pero rompí a reír justo después. Ella siempre me había dicho que se lo había quitado a su madre, ya que era el típico vino que se utilizaba para cocinar, y yo jamás pude volver a mirar a su madre a los ojos sin avergonzarme pensando que nos pillaría y nos diría que se había dado cuenta de que habíamos quitado parte de su arsenal secreto de cocinera.

—¡Serás capulla! —Negué con la cabeza aguantando la risa. Ella chasqueó la lengua divertida y juntas miramos a Miriam, la última en responder.

—Pues este secreto lo sabe una de vosotras pero no la otra, y es un secreto que nadie más lo sabe, así que cuenta como secreto inconfesable... —Mordió su labio inferior y continuó. Si una de nosotras lo sabía, tenía que ser Tefi de cajón—. He probado lo que es acostarse con una mujer. Soy bisexual.

—¡Wooohooo! —Aplaudió Tefi.

—¿Le pediste consejo a esta sobre relaciones con chicas? No sé yo ¿eh?... —añadí bromeando.

—¡Ey! Que yo doy muy buenos consejos, tía lista. Pero no, no me pidió consejo; yo fui esa chica con la que se acostó.

—¿En serio? —contesté flipando en colores sin poder cerrar la boca.

—Sí. Fue una bonita experiencia y de ahí nació nuestra amistad. —continuó Miriam.

—Vaya... pues sí que era un secreto.

Sin borrar la sonrisa de mis labios observé a ambas cómo compartían gestos cómplices y me di cuenta de la bonita amistad que había entre ellas y de las vivencias que habían pasado juntas. Hoy en

día ya no quedaba nada de ese amor fugaz, a la vista estaba por la relación que mantenía Miriam con Víctor y la que estaba fraguándose entre Alba y Tefi, pero sí una amistad que superaba cualquier obstáculo. Una amistad en la que la preocupación por la otra era uno de los pilares fundamentales.

Tefi rellenó mi chupito y ambas me miraron. La siguiente en preguntar era yo.

—No sé... —Dudé sobre lo que preguntar. No era demasiado buena en ese tipo de juegos—. ¿Alguien que os caiga mal?

—El jefe. Es un estirado —La primera en tomar la palabra fue Miriam.

—Lorena —contesté yo.

—Hostia, qué hija de puta la Lore. —Tefi me miró asintiendo lentamente con los ojos entrecerrados.

—¿Quién es esa?

—Pues una compañera de clase que estuvo haciéndome *bullying* durante años en el colegio —respondí a Miriam.

—Sí, y a mí me llamaba marimacho, aunque a mí me entraba por un oído y me salía por el otro, pero no aguantaba lo que le hacía a Alex. Ojalá la vida la haya tratado con su misma medicina.

Cuando llegó el turno de Tefi, quedó en silencio durante unos segundos. En lugar de decir nada simplemente bebió el chupito y lo volvió a rellenar. Miriam y yo intercambiamos una mirada extrañadas, pero no quisimos preguntarle.

—Ostras, está fuerte, ¿eh? —soltó haciendo los mismos guiños que si hubiese mordido un limón—. A ver ¿cuál fue vuestro primer juguete sexual?

—Ay, es que quiero responderlas todas y así no voy a probar el vodka. —Rio Miriam.

—Pues bébete el chupito y responde, si total, nos vamos a bajar la botella antes de ir a dormir. —Tefi respondió encogiendo sus hombros y vaciando de nuevo su chupito para volverlo a llenar cuando Miriam vació también el suyo.

—Sí que está fuerte, sí. —La voz de Miriam, normalmente dulce, sonó a la de un camionero a las cinco de la mañana—. Pues mi primer juguete fue un pintalabios vibrador pequeñito. Era muy mono —añadió riendo.

—El mío fue un vibrador con forma de conejo. Ojalá haber tenido los juguetes que hay ahora hace años ¡madre mía!

Yo, mientras tanto, las miraba como mera espectadora.

—Y que lo digas. Qué buenos que son los succionadores de clítoris... —Miriam cerró los ojos como si estuviese degustando comida *gourm*et y Tefi se partió de la risa—. Bueno, Alex, faltas tú —me animó.

Alargué la mano, muerta de la vergüenza, para pillar el chupito y Tefi me la paró en seco.

—Ay, no, no, no, de esta no te salvas. Venga Alex, que estamos en confianza. —Tefi me guiñó el ojo.

Lo que ella no sabía era que jamás había probado ningún juguete sexual por mucho que ella me hubiese recomendado varios desde que cumplió los dieciocho y pudo entrar en comercios especializados en ellos. Tampoco es que a mí me gustase mucho hablar de mi vida sexual, al menos no con la naturalidad que lo hacía ella.

—Es que... es que yo no... —Negué con la cabeza.

—Me cago en todo. —Mi mejor amiga me miró sorprendida—. Te estás perdiendo una de las mejores cosas del mundo Alex. Mañana mismo voy a comprarte un *Satisfayer* de esos.

—¿El qué? —La miré dudosa.

—Algo maravilloso. —Rio Miriam.

—Sí. ¡Lo vas a flipar!

La ronda de preguntas continuó entre confesiones, risas, bromas y miradas que decían más que las propias palabras. Cuando el último chupito de la botella calló, pusimos una película en la televisión para quedarnos despiertas hasta las seis de la mañana... pero dudo mucho que llegásemos a ver más allá de los primeros veinte minutos antes de que las tres nos entregásemos a los brazos de Morfeo en el sofá.

II

“Preocúpate por amarte a ti mismo, no amar la idea de que otras personas te amen”

Karen Salmansohn

La luz del sol se colaba por las rendijas de la persiana. Abrí los ojos lentamente para darme cuenta de que había abandonado mi cama para entregarme con los brazos abiertos al suelo del salón, encima de una manta bastante acolchada. Solo de pensar lo que me iba a doler la espalda ese día hizo que me subiese hasta fiebre.

Los restos de la noche anterior estaban por todos lados del salón. Vasos por el suelo, platos medio vacíos sobre la mesita pequeña que teníamos frente al sofá... Y la botella de vodka sin una gota en su interior que nos habíamos bajado las tres hacía tan solo unas horas. La misma que acabaría en el contenedor verde, por supuesto, que reciclar es responsabilidad de todos y Tefi llevaba ese tema a rajatabla.

El juego de las preguntas se alargó bastante y, conforme el alcohol iba creciendo en nuestra sangre, también lo hacía la desvergüenza en nuestras palabras. Nos reímos de todo, hablamos sin tapujos, compartimos nuestras experiencias sexuales, confesamos nuestros secretos... o bueno, casi todos, y contamos historias y vivencias de nuestra tierna juventud. ¿Qué? ¿Sueno a mujer mayor narrando batallitas? Pues esperad a que os cuente cómo fue la primera vez que llevé un cigarrillo a mis labios, porque un poco más y del asco casi eché el hígado tosiendo. Sí, delante de un grupo de gente y sí, Tefi me echó la bronca después por probar el tabaco dejándome llevar por lo que pudieran pensar los demás en vez de por lo que yo quería hacer en ese momento. Ella siempre había tenido las cosas claras y en cierto modo yo siempre había querido ser un poco más Estefanía y un poco menos Alejandra en ese sentido.

Gracias a las confesiones y al tonto juego de los chupitos, pude conocer un poco más a Miriam. Ella provenía de una familia pudiente. Sus padres siempre habían tenido dinero, no es que fuesen millonarios ni nada de eso, pero sus trabajos habían permitido que viviesen sin preocupaciones y pudiendo pagar la universidad de sus hijos sin tener que empeñarse con bancos para ello.

Le encantaban los animales en general y los perros en particular. Llevaba tiempo queriendo adoptar a uno que estuviese buscando familia después de haber perdido, de anciano, a su pequeño Chiqui

hacía un par de años, pero por culpa del trabajo y del tiempo que le quitaba lo había estado aplazando sin fecha fija.

Adoraba las magdalenas, tanto hacerlas como comerlas, y según ella no había sabor o receta en internet que no hubiese probado a hacer en su casa. En ese mismo momento pactamos una futura merienda de las tres degustando, a ojos cerrados, diferentes creaciones suyas para ver si acertábamos el sabor. Que a nosotras lo que viene siendo quedar para comer nos encanta. ¿A quién no?

Tenía dos hermanos mayores que ella, gemelos para más señas. Ella había sido toda la vida la *princesita* de papá, pero eso no siempre es bueno precisamente. En cierto modo agradezco que los efectos de la desinhibición del alcohol hiciesen mella en Miriam porque así pude saber, entre otras cosas, que ella se había sentido con la responsabilidad toda su vida de cumplir las expectativas de su padre.

Y no sabría decir muy bien si fue el hecho de escucharle hablar de su familia, los chupitos que llevaba encima o la herida de mi corazón que comenzaba a sanar, pero me sentí cómoda para abrirme y hablar de mi infancia y de mis padres sin derramar lágrimas de tristeza, sino dibujando en mis labios una pura y perpetua sonrisa de agradecimiento por la vida que me habían dado y por todo lo que habían hecho por mí hasta su repentina partida.

Me levanté como pude del suelo y me giré para ver a Miriam tumbada bocabajo en el sofá y aun durmiendo como un lirón. Tefi, sin embargo, ya estaba sentada en uno de los taburetes de la cocina con un café en la mano y los ojos aún casi pegados del sueño. Tras bostezar y ahogar el ruido con mi mano, caminé hasta el taburete libre que había junto a ella y desde el cuál se podía ver perfectamente a la pelirroja de cabello planchado.

—No hagas ruido —murmuró Tefi en susurros—, que duerma todo lo que necesite que ayer nos bebimos hasta el agua de los jarrones. ¿Quieres comer algo?

—¿Comer ahora? —Tenía el estómago demasiado revuelto como para pensar en comida.

—Ahá —dio un sorbo al café—, que son casi las cuatro, ya va siendo hora de llenar el buche —añadió dándose unas palmaditas en la barriga.

—¿Casi las cuatro? —Alcé la voz un poco más del susurro, a lo que Tefi me miró con ojos de asesina y automáticamente volví a repetirlo pero en voz baja—. ¿Casi las cuatro?

—Con un seis y un cuatro hago la cara de tu retrato. —Tefi, con el café entre sus manos, comenzó a reírse tanto que hasta su cuerpo botó ligeramente sobre la silla. Eso sí, en completo silencio.

Y es que aquello era una pequeña broma interna que habíamos tenido durante años. Algo así como el famoso “cinco, por el culo te la

hinco" pero mucho más *family friendly*, para ser sinceros. Así éramos nosotras, que nos reíamos de cualquier tontería; ni la edad que teníamos ahora podía impedirlo.

—Ja, ja, ja —le hice burla, aunque sonriendo con cierta nostalgia y ella, como respuesta, me dio un golpecito con su hombro en el mío.

—Quejica, que eres una quejica. ¿Qué tal te lo pasaste ayer?

—Bien. —Sonreí perdiendo mis pensamientos por un momento en Max y en lo mal que cantaba, porque mira que cantaba mal el muchacho. Ahogué una risa y apoyé mi codo sobre la mesa y mi rostro en el revés de la mano—. Fue muy divertido.

—Los mejores planes son los improvisados —secundó mi mejor amiga antes de darle otro sorbo a su humeante taza.

Hubo un momento de silencio en el que ambas miramos fijamente a Miriam que, sin enterarse de nada, seguía dormida plácidamente sobre el sofá.

—Estoy preparada. —Lancé haciendo que Tefi se girase para mirarme con cierto gesto extraño en el rostro—. Estoy preparada para hablar de lo que pasó.

No tuve que decir nada más porque ella supo perfectamente a lo que me refería.

No había hablado con ella de lo que les había ocurrido a mis padres ni de cómo me sentía por una sencilla razón: en cuanto intentaba hacerlo, rompía a llorar desconsoladamente y se me quebraba la voz.

—Los echo mucho de menos —susurré desviando mi mirada hacia la encimera de la cocina donde estaba apoyada—. Aún hay veces que despierto y creo que voy a escuchar los pasos de mi padre trasteando en la cocina u oler el guiso de mi madre mientras lo cocina. —Sonreí apenada.

—Tu madre hacía unas comidas espectaculares. —Y con sus palabras, solté una corta y silenciosa carcajada. Tenía más razón que un Santo.

Dejó la taza sobre la encimera y se giró en el taburete para quedar frente a frente conmigo. Después, me cogió de las manos.

—Cariño, siento no haber estado allí. Sabes que habría dado todo por haberte acompañado en esos momentos y yo...

—Tranquila, lo sé. —Acaricié sus manos calmando su disculpa—. No te mortifiques por ello. Aunque no estuviste presente, sentí tu calor con cada mensaje y llamada. Te sentí presente cada noche aunque no estuvieses abrazándome en la cama como cuando éramos niñas y hacíamos nuestras fiestas de pijama.

—Que nada tenían que ver con la de anoche...

—Para nada. —Ambas reímos divertidas. Miré a Tefi a los ojos, a esa amiga que más que amiga era mi hermana, y continué hablando —. Gracias por todo. Gracias por haber estado ahí por mucho que tu

cuerpo estuviese a kilómetros de distancia por culpa del trabajo. Gracias por sacarme de allí en el momento que lo necesitaba. Gracias por traerme a esta ciudad de locos y mostrarme que hay lugares más allá del pueblo.

—Y más sitios que te voy a enseñar. A ver si piensas que todo se resume en el pueblo o la ciudad... —me guiñó el ojo—. Un día te voy a invitar a Disneyland, como decíamos cuando éramos niñas — escuchándola volví a sonreír.

—No me cortes, pesada, que he cogido carrerilla. —Mis palabras arrancaron la risa de Tefi—. Gracias por presentarme a esta panda de cabezas locas —hice un gesto señalando a la dormilona del sofá—, y gracias también por ayudar a que me sienta como en casa aunque no sea así.

—¿Y me dices a mí pesada, pedazo de penca? —Tefi negó con la cabeza—. ¿Cómo que esta no es tu casa? Es tu casa y punto pelota. Y esa tu habitación. Y ese nuestro baño. Y esta nuestra cocina, aunque la usemos poco porque las pizzas y la comida para llevar están buenísimas y es un verdadero sacrilegio no pedir algo por la noche — asentí repetidas veces a sus palabras.

—Está bien, está bien...

Miriam se removió en el sofá. Por mucho que quisiésemos susurrar para no molestarla y ahogásemos las risas, parecía que su tiempo en el mundo del subconsciente había finalizado por ese día.

Se dio la vuelta en el sofá y se incorporó para mirarnos.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro —contestó Tefi mirando el reloj de su teléfono móvil. Nada más decirlo, ambas nos miramos y sonreímos sin decir en voz alta lo que estábamos pensando que era, efectivamente, con un seis y un cuatro hago la cara de tu retrato.

Miriam abrió los ojos como si aquello fuese una noticia horrible y pegó un bote en el sofá asustada buscando su teléfono móvil. Tras trastear con él, se levantó de un salto y se apresuró a coger la chaqueta y su bolso.

—Es sábado tía, que no tenemos que ir a trabajar. —Mi mejor amiga le miró riendo y degustando aún su café que, a razón del tiempo que debía llevar hecho, seguro que estaba algo frío.

—Ya, ya, pero... tengo que irme. Es muy tarde.

—¿Seguro que no quieres desayunar antes, Miriam? —pregunté sacando algunos cereales para picar y zumo de naranja.

—No, no. De verdad —se acercó a nosotras colocándose la chaqueta de manera apresurada—. Ya hablamos ¿vale? El lunes en el trabajo nos ponemos al día. —Sonrió como pudo y salió disparada de la casa.

Tefi dio el último trago a la taza y se levantó hacia el fregador para dejarla allí. Se giró, apoyando el trasero en el mueble de la cocina y

cruzó los brazos mirándome con gesto sospechoso en su rostro.

—Lleva sonando el teléfono desde las nueve. Venga a vibrar y venga a vibrar.

—¿En serio? No me he enterado de nada... —eché zumo en un vaso y le di un trago. Sabía algo amargo.

—Ha sido lo que me ha despertado. No sé quién es pero apuesto un brazo y no lo pierdo si digo que es el *cara seca*.

—A lo mejor es un grupo de esos de *Whatsapp* que dan mucho el follón. La gente se pone muy pesada a veces con los vídeos esos de los buenos días con florecitas y no sé qué.

—¿Qué grupos tienes tú con personas mayores? —me miró divertida frunciendo el ceño—. Es lo mismo; no, no pueden ser grupos porque ella los tiene todos siempre silenciados. Es él, estoy segura. Un día le voy a meter un corte que se va a cagar...

—Tranquila y no pienses mal, que siempre piensas mal.

—Bueno, yo lo estoy avisando. —Tras unos segundos suspiró y cambió de tema mirándome—. Por cierto, hablando de otra cosa muy, muy, muy importante; no te creas que no me di cuenta anoche...

—¿De qué? —Mi cuerpo se puso en guardia.

—Sí, señorita, ¿De qué va a ser? De las miraditas que echabas a Max y de la sonrisita de tonta que se te ponía hablando con él —se acercó a mí mirándome de manera traviesa—. A ver si me voy a estar perdiendo algo y luego me estalla en la cara ¿eh? Cuenta, cuenta, no me hagas sacártelo con un sacacorchos.

—No te estás perdiendo nada. —Negué nerviosa repetidas veces con las mejillas encendidas—. Max es un buen chico, nada más para mí. Un buen amigo. —Eso no me lo creía ni harta de vino, pero ahí seguía manteniendo mi compostura con el temblequeo de piernas correspondiente.

—Sí, ya... un buen amigo... Un buen amigo al que le pegarías tal morreo que lo empotrarías contra la puerta de tu habitación, ahí —realizó un movimiento de pecho que hizo los suyos temblar—, en plan intensito.

—¡Tefi! —fingí indignación.

—Ya, ya... —Ella seguía mirándome sin perder la sonrisa mientras disfrutaba como una niña pequeña de mis reacciones y tics nerviosos que, a todas luces, contestaban más y mejor a sus preguntas y comentarios que mis propias palabras.

—Anda, calla ¿cómo puedes pensar eso? —Tefi me miró asintiendo lentamente varias veces sin abrir la boca—. Además, si me gustase... que no me gusta... —Lancé la aclaración despacio mirándola con las cejas alzadas y con el dedo índice levantado—, ¿qué? ¿Eh? Pues nada, porque yo a Max no le gusto. Me ve como una amiga.

—Por ese motivo me pidió tu teléfono con la triquiñuela de saber si

todo iba bien cuando empecé a trabajar y tú te quedaste sola.

—Sí.

—Por eso le faltó tiempo para ofrecerse a ayudarte anoche con la fotocopiadora de reprografía.

—Pues claro, porque los amigos se ayudan.

—Ahá, y también por eso te miraba de la forma en que lo hacía mientras cantábamos la canción de la Spears.

—Buf... por supuesto. —Seguí tratando de autoconvencerme. Porque todo eso que decía ella era porque era mi amigo ¿verdad? ¿Cómo le iba a gustar yo a Max? Es que era de locos—. Espera, ¿cómo dices que me miraba? —Aunque no obtuve respuesta.

—¿Sabes? —Alzó las manos a modo de disculpa torciendo los labios —. Tienes razón, por eso esta noche vamos a quedar todos juntos y te voy a poner tan cañón que si no puede apartar los ojos de tu escotazo y ese culo precioso que te gastas, será porque es un gran amigo y nada más, no porque le atraigas como un oso a la miel. —De disculpa tenía lo que yo de modelo de *Victoria Secret*.

—Me mirará normal, lista, como me miras tú.

—Yo no te voy a mirar normal, que conste, que a mí me va a parecer que vas toda tía buena mostrando los encantos que siempre escondes y demostrando lo buena que estás, tengas la talla que tengas —contestó Tefi y yo puse los ojos en blanco—. ¿Qué?

—Nada, nada, que estás ciega.

—¿Ciega yo? —Y sí, aquello sonó retador—. Anda, pégate una ducha que yo voy a salir a comprar unas cosas y vuelvo en un rato. Ya me encargo de avisar a estos.

En cuanto terminó de hablar se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y cogió su bolso para salir justo después por la puerta de casa. Esa noche volvíamos a quedar todos juntos y yo solo podía pensar en lo mucho que me apetecía dormir a pierna suelta en mi cama. En eso, y también en volver a ver a Max.

III

"No le debes a nadie el ser perfecta. No vales menos porque no tienes un abdomen plano. Tu valor no es menor porque no te depiles las axilas. No eres menos hermosa porque tienes cicatrices, estrías, eczema, acné"

Emily Bador

Dicho y hecho. En cuanto Tefi salió del apartamento me dirigí hacia el baño para darme esa ducha que prometía recargar mis pilas hasta el nivel conejito de *Duracell*. Oh, por favor, qué vieja me siento haciendo esa comparación. Decidme que no soy la única que recuerda ese anuncio como si lo hubiese visto hoy mismo. Vaya carreras se pegaba el conejito y vaya paliza que le daba al resto de competidores.

Sin darme realmente cuenta de lo que estaba haciendo y como era normal en mí, activando el modo automático de mis movimientos, comencé a desvestirme dando la espalda al espejo que había en la pared del lavamanos. Eché el pijama a un lado y me deshice de la ropa interior para luego abrir el grifo de la ducha y dejarme llevar por la sensación cálida y estimulante del agua templada sobre mi piel.

Y es que esa sensación siempre me había encantado. Era como apagar el interruptor de lo que sentíamos, como si durante esos minutos que dura dejásemos de ser nosotros mismos. Bajo la ducha me convertía en la Alex que contestaba y metía cortes como si fuese un cartero repartiendo cartas en buzones ajenos. También me transformaba en la respiración que exhalaban mis pulmones, suave y liviana, que puede flotar en el aire. O en esa chica que todo lo podía, que nada la detenía, que reunía el valor que le faltaba para comerse el mundo y convertirse en la reina que era. Porque todos y cada uno de nosotros éramos reyes y reinas, que nadie nos dijese lo contrario. Claro, que esto es algo que ahora sé, pero en aquel momento... A lo que iba. Bajo el agua de la ducha tenía mi peculiar respiro personal, mi pausa mental.

Cuando terminé, cerré el grifo. Salí de la ducha y me envolví rápidamente en mi toalla, esa de tamaño extragrande con la que siempre me he sentido más protegida. Y no, lo del tamaño no tenía que ver tanto porque me cubriese realmente el cuerpo y poder secarme mejor sino que se acercaba mucho más al hecho de que, de ese modo, ocultaba mis complejos a la vista de mis propios ojos. Sin

embargo ese día era diferente, algo había en mi interior que me lo estaba diciendo a gritos.

Giré mi rostro sin moverme del sitio y observé mi espalda en el espejo lleno de vaho. Mi cabello castaño y mojado se pegaba a mi cara y mis brazos, completamente descubiertos, sujetaban la toalla para evitar que esta cayese al suelo.

Parpadeé varias veces antes de girarme por completo. Primero me fijé en mi rostro y en el modo en el que yo misma me miraba. Me resultó muy curiosa la forma en la que lo hacía, casi como si fuese la primera vez que realmente me estaba viendo. Di un paso hacia el espejo apretando con mis puños la tela de la toalla antes de deslizarlas hasta el borde de la misma y soltarla. Tras ese movimiento la toalla cayó al suelo rodeando mis pies y mi mirada descendió hasta el grifo del lavabo.

Respiré hondo varias veces antes de levantar de nuevo la vista hacia el espejo. El vaho se había transformado en pequeñas gotas de condensación que se deslizaban hasta abajo y en el centro estaba yo, desnuda, completamente expuesta. Allá donde mis ojos se clavaban, mis manos se deslizaban tomando conciencia real de mi cuerpo, ese templo que albergaba todo lo bueno y lo malo de mí misma. Mis dudas, mis vivencias, mis miedos, arrepentimientos, decisiones...

Observé cada estría de mi pecho, su forma ligeramente caída por el peso que nada tenía que ver con la que nos venden en televisión y revistas como la forma perfecta. Cada arruga de mi piel, marca de la ropa, michelín, vello... incluso las zonas de mi cuerpo que, por el roce, tenían un tono más pigmentado que el resto. Acaricié mis muslos, mis brazos y vientre en completo silencio arropada por aquellas cuatro paredes. Allí no había nadie salvo yo y mis propios complejos. Después de unos minutos y tras agacharme para recoger la toalla, volví a liar mi cuerpo, aunque esta vez sin apartar la vista del espejo, y volví a mi habitación.

Cuando escuché la puerta de casa, miré extrañada el reloj. Había pasado demasiados minutos bajo el agua de la ducha y mirando mi reflejo, tanto que a Tefi le había dado tiempo a irse, hacer lo que tuviese que hacer y volver a casa.

—¡Alejandra, sal que tengo que darte una cosa... bueno dos...! Ya he quedado con estos; he hablado con Max por teléfono, Luis sigue con él en casa y los dos me han dicho que sí, a Miriam le he mandado un mensaje porque no me lo ha cogido. ¡Sal, tardona!

Me levanté de la cama en donde me había sentado sin muchas ganas de hacer nada más, y abrí la puerta de mi dormitorio. Allí estaba ella, con una bolsa pequeña y otra más grande encima de la mesa y mirándome con la sonrisa juguetona que ponía siempre que tenía un as guardado en la manga. Aunque a estas alturas no hace

falta que diga que ella siempre tiene algo bajo la manga ¿verdad?

—¿Es el día de Navidad? —pregunté al darme cuenta de que ambas cosas estaban liadas en papel de regalo, el grande en color negro y con textura de papel continuo y el pequeño en color rojo pasión con destellos tan brillantes que casi me deja ciega al verlo.

—Para ti hoy es el día de Navidad, el de tu cumpleaños y el de tu Santo. No por lo que vale esto, económicamente me refiero, sino porque te va a proporcionar unas alegrías... ¡Ay, amiga!

Solté una pequeña carcajada al ver su cara de placer fingida y su gesto impaciente tras sentarse en una de las sillas del salón y soltar un profundo suspiro.

—Venga, Alex, que ya estás tardando. ¿No tienes ganas de saber lo que es?

Si había algo que le gustase a Tefi de regalar, no era comprar el regalo en sí, sino ver la cara de la persona que lo recibía al descubrir lo que era.

Primero abrí el paquete de la bolsa más grande porque tenía la sensación de que era lo contrario a lo que Tefi andaba esperando. Me gusta hacerle rabiar un poquito, debo reconocerlo, aunque dicen que lo bueno se hace esperar, ¿no? Al desenvolver aquello me quedé a cuadros, de hecho, si no llega a ser porque la toalla estaba atada con una pinza que había puesto a modo de sujeción, estoy segura de que me habría quedado en cueros delante de ella de la impresión.

En mis manos tenía, nada más y nada menos, que el vestido blanco y negro asimétrico que había visto el primer día que fuimos de compras. Ese que tantas ganas me dieron de probar y que nunca tuve la ocasión, no por falta de tiempo sino porque solo de pensar en ponerme una prenda así, mi cuerpo daba automáticamente un paso atrás reacio a verme en el espejo. El mismo vestido que, habiendo pasado más de un mes y medio desde que lo vimos, ni se me pasaba por la cabeza que aún tuviese existencias en la tienda.

—He entrado por entrar, ya sabes, por dar un paseo, porque pensaba que no iba a ver nada interesante y... ¡Adivina! —Anunció con gesto divertido—. Ahí estaba esperándome para que te lo comprara, encima era el último que quedaba y de tu talla ¿no es una suerte? Mira, si me tiemblan hasta las manos. Vaya potra tengo.

—Tú siempre tienes suerte —a mí, sin embargo, no me tocaba nada ni en los sorteos de camisetas.

Sin poder decir nada más de la sorpresa, Tefi se levantó para ponerse a mi lado.

—Sé que te encantó desde el primer momento en el que lo viste en el escaparate y tuve que tirar de ti para entrar dentro y que apartases los ojos de él; y también sé las ganas que se te quedaron pendientes de probarlo. Pero aquel día no era *el día*; hoy sí lo es. —Tefi sacó el

paquete pequeño y me lo entregó. Cuando lo abrí y leí el nombre *Satisfayer*, automáticamente me puse roja como un tomate—. Y hoy también es el día para esto. —¿Se había plantado la tía en un *sex shop* para pillarme el juguete a las seis y media de la tarde de un sábado cuando más gente había por la calle y más personas podían ver que entraba en uno? Evidentemente.

—Ay calla, qué vergüenza. ¿Cómo se te ocurre? —Observé la caja por arriba y por abajo sin decir nada durante unos segundos... Y no porque quisiera enterarme de cada texto que había en ella, sino porque estaba al grosor de un alfiler de trabarme hablando si continuaba haciéndolo.

—Sí, vamos, no me vengas con niñerías que tenemos ya casi los treinta y sabemos más de estas cosas de lo que parece.

—Pff, ¿te has dado cuenta de que me has regalado un juguete sexual? —La miré con un tic en la ceja y la sonrisa temblorosa.

—¡No me digas! Pensaba que era un limpiador facial de esos que te vacían los poros —añadió sarcástica. Y en realidad razón no le faltaba, porque la forma era bastante parecida al que tenía ella... Y sí, me refiero al limpiador facial que guardaba en el baño, porque no tenía ni idea de si guardaba un aparato como ese en su dormitorio, aunque a juzgar por lo bien que parecía conocerlo...

Terminó riendo divertida y me hizo sentarme en una de las sillas junto a ella.

—Para que alguien pueda querernos y querernos bien, y para que nosotras también podamos querer y quererlos bien, primero tenemos que amarnos a nosotras mismas con todas nuestras fuerzas. Valorar lo que tenemos, disfrutar de nuestro cuerpo y de las sensaciones tan hermosas que nos proporciona. Disfrútate Alex, descubre lo que puedes sentir, lo que te gusta, lo que no... ¡Quiérete mucho! ¡Todos los días! —soltó una carcajada—. Ámate con todas tus ganas y solo así, cuando te quieras, estarás preparada para lo que te depare la vida.

La escuché atenta grabando sus palabras en mi cabeza a fuego tan fuerte como el aliento de un dragón. Tefi estaba un poco loca y la mayoría de las veces tenía caídas que te arrancaban una carcajada, porque ella era así, natural como la vida misma, pero independientemente de eso jamás he conocido a una persona tan madura y sabia, con tantas enseñanzas que compartir y tanto que aportar a los demás como tenía ella. Suspiré dejando la caja sobre la mesa y observando ambos regalos.

—Esta noche te vas a poner ese vestido, Alex, y lo vas a dar todo. No por Max sino por ti, porque te mereces disfrutar, bailar y reír como si fueses la única en la pista de baile. Y estoy segura de que a Max le haces tilín porque conozco a ese cacho de pan. —De repente recordé su comentario la noche anterior sobre el cacho de pan con un buen

embutido y tapé mi boca ocultando la sonrisa para no interrumpirla. Ella parecía no recordar nada—, pero si él no aprovecha la oportunidad habrá otro que te sepa valorar tanto como te mereces. Así que tira para tu habitación y vístete que ya me encargo yo de maquillarte y peinarte como la diva que eres.

Y así lo hice, evité protestar y acepté sus palabras como si estuviesen grabadas en piedra. Me levanté cogiendo ambas cosas para ir a mi cuarto aunque, cuando llegué al umbral de la puerta, me giré para mirarla.

—Gracias Tefi. —Y ese gracias abarcaba mucho más de lo que parecía a simple vista.

—Las que tú tienes. Anda, tira, que tardo mucho en maquillar y me pilla el toro con el tiempo —apremió mis pasos entre risas antes de salir disparada ella también al baño para darse una ducha.

Tras ponerme la ropa interior y secar mi cabello, me mantuve unos segundos de pie junto a mi cama observando el vestido extendido sobre la colcha. Era precioso, no os lo podéis ni imaginar. Sencillo, sí, pero tan bonito... Lo cogí y me lo puse, no sin pasar por la fase en la que todas las personas con una talla grande pasamos al ponernos algo con tela rígida. ¿La romperé? ¿Abriré las costuras sin querer? ¿Me cabrá? ¿Podrá pasar por la anchura de mis hombros y mi espalda sin escuchar ese famoso "crac" que hace la ropa cuando no puede dar más de sí? Y es que, aunque antes de lanzarme a ponérmelo había revisado varias veces la talla, mi cerebro de gorda siempre está presente para recordarme que no soy como las demás, que mis miedos son muchos más de los que la gente piensa y que, en ocasiones, esos miedos que siento y que para muchos son estúpidos para mí calan mucho más profundo.

Mientras bajaba la tela y acomodaba la prenda, la puerta del baño se abrió y cerró para escucharse después la puerta del dormitorio de Estefanía.

Intenté abrocharme la cremallera de la espalda pero me fue imposible, y no sería por la de veces que intenté retorcerme sobre mí misma para hacerlo. Finalmente me resigné y me senté en la cama esperando que mi mejor amiga saliese y me pudiese echar una mano. Mientras esperaba, mi teléfono sonó. Era el grupo donde estábamos todos y que habíamos creado la noche anterior.

Luis
Joder, qué mal me siento.
¿Qué bebí anoche?

Tefi

Hasta el agua de los jarrones.
Me has dejado sin existencias.
Tienes que reponerme el armario de las bebidas.

Max

Entonces quedamos en el bar de
siempre has dicho ¿no?

Tefi

Sí, y dejad que me vista que estoy en
pelotas y así no me da tiempo a nada.
Nos vemos en dos horas.

Luis

Miriam ¿te apuntas tú también al final?

Ella no contestó. Dejé el teléfono a mi lado sobre la cama y no dije absolutamente nada en el grupo porque ya todo lo había dicho Tefi y porque estaba segura de que, si decía algo y la retrasaba más mientras se vestía, esta se presentaría delante de la puerta de mi cuarto como fuese que estuviese vestida para decirme que menos cháchara y más darme prisa.

Cuando finalmente escuché su puerta abrirse de nuevo, salí de mi habitación. Le pedí que me ayudase y ella, más contenta que unas castañuelas por verme por primera vez con un vestido juvenil y no de señora de 60 años, se apresuró a subirme la cremallera y a ajustarme la ropa bajándome un poco más el escote.

—Madre mía, qué portento. Anda que no estás guapa ni nada. Pero el pelo ese suelto no, ¿eh? Que no le queda bien a este vestido. Tienes que recogértelo y mostrar esos hombros sexys que tienes.

—No, no, mejor así que me gusta más. Hace frío y así tapo el cuello.

—Pues si tienes frío te pones una chaqueta o te dejo un cuello de esos de pelito que son calentitos, pero el pelo hoy se queda en forma de coleta. Como una buena potra.

Mi cabello, ese con el que ocultaba mis mejillas abultadas, mi papada, mi cara redonda... El que había sido mi aliado en el disfraz de ninja en las fotografías, esa noche iba a transformarse en una coleta alta con la que no podría protegerme ni taparme de ojos ajenos.

Sin decir dos palabras más, y puesto que ella ya se había vestido para la ocasión con un pantalón vaquero de talle alto y un *crop top* de

encaje negro sin sujetador debajo y que le cubría estratégicamente el pezón, empezó la parte que más le gustaba y a la que ella se refería como chapa y pintura.

Cepilló mi cabello tirante hacia atrás para recogerlo en una coleta alta, pero alta de verdad, con la raya hacia un lado de manera que el flequillo quedaba también asimétrico en mi frente. Después sacó su arsenal maquillístico que contenía de todo, desde productos para el rostro, ojos, labios, cuerpo... Aquello parecía un SEPHORA en miniatura.

Remarcó mis ojos con un buen *eye liner* largo en color negro y una máscara de pestañas con efecto pestañas postizas que, cuando me miré al espejo de mano, me dejó de piedra. Para los labios utilizó un color rojo mate fijo con subtono azul que realzaba el blanco de mis dientes. Parecía que no llevaba mucho maquillaje pero creedme, media tienda tenía en esos momentos en mi cara.

Tefi se maquilló en apenas unos minutos aunque conmigo se tiró, literalmente, una hora. Me dijo que se había maquillado tantas veces que ya sus manos se movían por su cara como si supiesen el camino de memoria.

Cuando terminamos, salimos del apartamento y pillamos un UBER que nos dejó directamente en la puerta del bar de siempre, aquel en donde conocí a Max el primer día que llegué a la ciudad.

Abrimos la puerta y, de manera instantánea, mis manos fueron hacia mi cabello para cubrirme las mejillas. Obviamente y al recordar que esa noche no podría hacerlo, disimulé tocándome el lóbulo de la oreja como si de repente me picase.

Los zapatos me estaban matando un poco, no voy a engañar a nadie a estas alturas, pero no eran tan incómodos como para desear volver a casa descalza. Eso sí, en ese momento mis ojos buscaban más una silla donde sentarme que cualquier otra cosa. Cualquier otra cosa que no fuese a Max, por supuesto.

Unas manos por detrás rodearon nuestra cintura y su voz, a nuestra espalda, nos dio la bienvenida.

—¿Vosotras sois esas dos borrachillas que ayer cantaron Britney Spears delante mía?

—*Oh Baby, baby* —Entonó Tefi poniendo morritos e imitando el baile de la noche anterior, a lo que yo solté de inmediato una carcajada.

—Estamos allí —apuntó con una inclinación de cabeza hacia el lugar a pesar de que su mirada estaba clavada en la mía—, Miriam al final no ha venido.

—Me lo imaginaba... —murmuró Estefanía.

—Vamos, hemos pedido antes de que llegaseis y el cubo con las cervezas nos está esperando.

IV

“Lo más atrayente que puede tener una mujer es confianza en sí misma”
Beyoncé

Nada más llegar a la mesa, Luis nos recibió con una cara de recién salido de la tumba que asustaba. A pesar de la luz se podía percibir cansancio en sus ojos y ojeras bajo ellos, lo que viene siendo una buena resaca de manual, vaya, y no me extraña después de recordar lo que bebimos la noche anterior.

Nos acomodamos en la mesa a la que Max nos dirigió y Tefi no tardó en tomar la palabra.

—Madre mía Luis, estás hecho un pincel, ¿eh? —Max me miró de soslayo y sonreímos cómplices, aunque Luis lo único que hizo fue bufar y apoyar su cabeza sobre los brazos cruzados que tenía sobre la mesa.

—Al menos ya no me duele la cabeza... Cuando me desperté parecía que el tráfico de la calle estaba metido en mi cerebro ¿sabéis la sensación a la que me refiero?

—Yo sí. —Tefi fue la primera en contestar cogiendo uno de los botellines del cubo para quitar la chapa con un movimiento magistral del abridor.

—Yo también tío, yo también —añadió Max chasqueando la lengua. Qué guapo estaba...

—Y yo, y yo —me uní a la conversación con cierta cara de circunstancia, aunque en realidad no sabía del todo a lo que se refería. ¿Estaba cansada? Pues sí, mucho, y eso a pesar de haber dormido bastantes horas seguidas, pero tampoco sentía que me hubiese pasado un camión por encima.

Todos los que aún no teníamos una cerveza en nuestra mano agarramos una del cubo para brindar por la noche pasada, el karaoke, por habernos juntado, por mi nuevo trabajo y por volver a repetir todo aquello otro fin de semana, noche de pijamas incluida. Lo cierto era que lo pasé genial y me divertí como nunca, pero para la próxima intentaría dejar un poco de lado tanta bebida. O quizá no ¿quién sabe? Depende de cómo se diese la noche. O la tarde. O cuando fuese.

—Alex ¿tienes ganas de que llegue el lunes? —comentó Luis antes de dejar el botellín casi vacío sobre la mesa. Pues sí que tenía sed mi nuevo compañero de trabajo...

—Sí —contesté asintiendo un poco nerviosa. Y no, no estaba nerviosa únicamente por el tema laboral, ya me entendéis.

En realidad tenía unas ganas tremendas de que llegase el inicio de la semana y ver cómo era el lugar de trabajo de Tefi y los demás, y por supuesto el mío. Os esperabais que dijese otra cosa ¿verdad? Yo también, al menos hasta hacía apenas unas horas.

Mientras llegábamos al local y tras la conversación con Tefi en donde había salido medianamente a la luz que Max me gustaba, aunque no lo hubiese confirmado a plena voz, me sentía un poco más emocionada por ese nuevo comienzo laboral. La noche anterior me había cogido por sorpresa, tanto que si me hubiesen pinchado en ese momento con una aguja no me hubiese salido ni una gotita chiquitita, chiquitita de sangre. Pero luego estuve pensando que, con lo que ganase, podría ayudar a Tefi con los pagos del alquiler y además dejaría de tirar tanto de mis ahorros. Había sido un golpe de suerte, un supercombo, porque el hecho de que Tefi hubiese dejado de buscar compañero de apartamento debido a mi estancia en la ciudad, me hacía sentir un poco mal.

No voy a ocultar que aún no terminase de creer que Tefi me hubiese calado con apenas un par de cruce de miraditas con Max, ¿tan mal había ocultado las cosas? Aunque ella me conocía mucho mejor de lo que me conocía yo misma, para qué voy a decir que no si es que sí. Precisamente por ello, el hecho de que intentase negar lo que a sus ojos parecía más que evidente, no le frenaba en su teoría de celestina empedernida. Lo que más me preocupaba era que su cariño por mí le cegase un poco y viese actitudes en Max que no eran como ella se pensaba. ¿Y si simplemente me estaba tratando como una amistad y nada más? Con cariño, eso sí, pero nada más allá que eso.

El DJ del local pinchó una canción de *Illenium* que estaba muy de moda últimamente y Tefi no perdió la oportunidad de levantarse para bailarla sola en medio de la pista, no sin antes lanzar un grito de júbilo. Porque ella es así, no necesita nadie más que su propio ser para pasarlo bien. Y porque esa canción era la leche y no dejaba de ponerla a todas horas en casa.

Me giré para mirar sus pasos de baile sin borrar la sonrisa de mis labios hasta que Luis se levantó y avisó de que tenía que ir al baño. Tenía bastante mala cara. Quizá lo de volver a beber para quitar la resaca tenía más pinta de dicho falso que de realidad.

—¿Qué tal pasaste la noche? —La voz de Max me hizo desviar la vista de la pista de baile a sus ojos.

—Bien, bueno, me he levantado con un dolor de espalda de espanto. El suelo está demasiado duro. —Sonreí algo tímida.

—¿Dormiste en el suelo? —preguntó frunciendo el ceño con una suave sonrisa en sus labios. Ay, qué guapo era, por favor—. Si no

había camas suficientes podrías haber venido a mi casa.

Sus palabras me hicieron reír, pero reír en modo cerdita del campo con ruidito incluido. En ese momento sí que deseé que me pasase un camión por encima y no una *simple* resaca. Afortunadamente, los acordes de la música ahogaron el sonido. O eso espero.

—Es que nos pusimos a jugar al juego ese...

—Espera. —Max se levantó y se sentó en el taburete donde Tefi se había sentado, justo a mi lado—. Así te escucho mejor, es que con la música es imposible —sonrió y se inclinó un poco hacia mí—. ¿Qué juego me decías?

—El de los chupitos —logré decir tras aclarar mi voz. Podía oler su perfume a la perfección, amaderado, masculino... Ay Virgen Santísima...—. Es uno de contestar preguntas, y si no quieres contestarlas, bebes un chupito.

—Así que cuando nos marchamos, vosotras seguisteis de fiesta... —asintió repetidas veces, lentamente, sin borrar la sonrisa ladeada de sus labios.

—Fueron Tefi y Miriam, lo prometo. —Reímos a la vez.

—Te queda genial ese peinado.

—¿La coleta? —alcé la mano para tocar en gesto nervioso mi cabello. Mi peor enemiga, la que odiaba con todas mis fuerzas porque dejaba la curva de mi papada a la vista de todos.

—Sí. Estás muy guapa esta noche.

Volví a reír como una imbécil pero me aseguré de que la cerdita Peggy no apareciese de nuevo. ¿Cómo os lo cuento? Me sentía en una nube, una de esas que aparecen justo en la cima de las montañas y que dan la sensación de que podemos tocarlas con las puntas de los dedos. Pues sí, ahí estaba yo, sentada junto al chico que me gustaba, con el estómago revuelto y no por la bebida.

Maldije la hora en la que Tefi me contó que a Max yo también le gustaba a razón de cómo se había estado comportando con respecto a mí, porque lo único que podía pensar en ese momento era si verdaderamente tenía razón, si yo le podía gustar y si ese cambio de asiento se debía realmente a que no me escuchaba bien por la música o a que quería estar junto a mí.

Seguimos charlando un poco más a solas porque nuestro amigo parecía haberse convertido en otro menaje más del baño con lo que estaba tardando, y el DJ no dejaba de poner canciones que a Tefi le chiflaban.

Hablamos de la noche anterior, de lo bien que lo pasamos. Del trozo de pan con el buen embutido. También de lo diferente que acabó la noche para ellos porque, nada más llegar a casa, fueron derechos a la cama a dormir la mona que llevaban encima. Compartimos opiniones sobre la música del local y hasta me contó algunos trucos

que utilizaba en el trabajo.

Tefi, Miriam, Luis y él tenían una clave secreta. Cuando necesitaban un descanso o querían charlar y tomar un café para hacer una pausa en el curro, acudían unos a otros para pedir el archivo Gutiérrez, archivo que obviamente no existía. De ese modo el mensaje real que estaban dando era "te espero en la máquina del café", y por lo visto les había salvado de jornadas de estrés infinito y caras largas de superiores debido a sus malos días. Sinceramente me pareció la mejor forma que había escuchado nunca de invitar a un café a alguien.

Luis se acercó a nosotros por nuestra espalda, su mala cara seguía acompañándole cual fiel amigo.

—Creo que voy a irme a casa, no me encuentro muy bien.

No pudimos decir nada porque la canción terminó, empezó una de pop que Tefi odiaba con todas sus fuerzas, y se acercó a nosotros riendo y dando el último trago a su botellín de cerveza para dejarlo después, vacío, sobre la mesa.

—Cómo me gusta esa canción, joder. Esta no, esta es caca —nos miró feliz hasta que se percató de la cara de Luis—. Hostias ¿estás bien?

—Voy a irme, es que no me encuentro muy bien.

—No hace falta que lo jures... —contestó Tefi. Max nos miró a ambas y en su rostro pude ver un gesto de disculpa.

—Yo te acompaño. —Max se puso automáticamente de pie y comenzó a recoger sus cosas.

—No tío, quédate y sigue, yo pido un taxi.

—¿Para qué tienes un amigo si no es para aprovecharte en estas circunstancias? —Tefi y yo nos miramos sonriendo ante la contestación de Max. Pero eso no quitaba que me diese pena que la noche se acabase ahí porque lo estaba pasando realmente bien—. Anda, coge tus cosas y vamos a mi apartamento. Con un poco de suerte cuando vayas a tu casa ya no tendrás esa mala cara que te llega al suelo, tío.

—Eso espero. —Luis esbozó una suave sonrisa.

Luis se despidió de nosotras y, mientras guardaba la cartera y el teléfono móvil en sus bolsillos, Max también lo hizo.

—Me lo he pasado genial —susurró en mi oreja antes de darme un beso en la mejilla. Solo uno, lo que a mi juicio de emocionada perdida por la idea de que yo también pudiese gustarle a él, me hacía pensar que aquello era más especial que dar dos besos.

Ambos salieron del local y Tefi se sentó junto a mí.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho? Venga cuenta.

—Nada. —Sonreí con las mejillas enrojecidas. Miré a Tefi que me observaba con cara de no creerse absolutamente nada y continué—. Bueno a ver, hemos hablado de muchas cosas y me he reído mucho,

pero nada más.

—Yo os veía muy juntitos hablando, ¿eh? Así, acarameladitos, como dos bombones pegados en una tarde de verano a 35º.

—Prfff anda calla, cuentista. —Reí.

—¿No te ha dicho nada más? ¿No te ha invitado mañana a algo?

—No, la verdad es que no —la miré contrariada.

—Vaya chasco. Yo pensaba que te iba a invitar a tomar algo o a... ¡Claro! Ya sé por qué no lo hizo, porque Luis está en su casa con él. Si no estuviese, otro gallo hubiese cantado.

—O a lo mejor es que no le apetecía quedar conmigo a solas, Tefi. —Yo, autoconvenciéndome de lo contrario a lo que pensaba mi mejor amiga para no llevarme la hostia del siglo.

—Pamplinas. Anda que no conoceré yo a Max. Y a ti. Os conozco a los dos demasiado bien como para saber que algo hay ahí. —Y mientras hablaba, hacía gestos con los dedos—. Pero ninguno dais el paso. El lunes voy a confabularme con el de la electricidad para que detenga el ascensor cuando estéis los dos dentro, a ver si así os animáis, como si fuese una película romántica.

—Ni se te ocurra. —¿Era una locura? Por supuesto que sí. ¿Veía a Tefi capaz de hacerla? Evidentemente.

Tras terminar con las cervezas del cubo, salimos del local y volvimos a casa. Tefi tenía cita al día siguiente con Alba para desayunar y yo necesitaba con urgencia mi cama para recomponer mi columna después de una noche durmiendo sobre el suelo del salón.

Nada más llegar, Tefi se despidió de mí con un gran abrazo y se fue para su dormitorio, no sin antes alzar la voz emocionada por su encuentro del día siguiente y yo sufrir por si algún vecino nos iba a golpear la pared con el palo de la escoba por el volumen de su grito.

Entré en mi dormitorio y me quité la ropa con cuidado. Ese vestido era maravilloso y si en el maniquí me gustaba, puesto lo hacía aún más. Solté después mi cabello y lo atusé para que cayese de modo natural sobre mis hombros, libre. Tras ponerme una camiseta ancha, fui directa a la cama y me cubrí con la colcha. Mi teléfono sonó; era Max y no, no me hablaba por el grupo sino en privado.

Max
Siento no haberme podido
quedar más tiempo. Me hubiese gustado.

¿Podría haber sido yo la que diese en ese momento el gritito de júbilo que había dado Tefi un rato antes? Sí, pero lo ahogué con la almohada.

Alex
A mí también.
¿Cómo está Luis?

Max
Durmiendo como un tronco.

Alex
Pobre, tenía una mala cara...

Max
En cambio tú estabas radiante.

Ay señor, ¡ay señor! Sonreí como una tonta y me tomé unos segundos para contestar.

Alex
Gracias, aunque creo que hay que agradecerle a Tefi, que tiene buenas manos con el maquillaje.

Max
no lo dudo, pero el mérito no es suyo.
Bueno, voy a dejar que duermas.
Que descanses, Alex.

Alex
Igualmente, Max.
Buenas noches.

Dejé mi teléfono sobre la mesita y, nerviosa como estaba, intenté conciliar el sueño cambiando decenas de veces de postura. Que si bocarriba, que si bocabajo, de lado, en modo fetal, bailarina... Solo me faltaba probar de pie como si fuese un árbol y cabeza abajo como los murciélagos. Era imposible, lo único en lo que podía pensar era en Max, en su sonrisa, su perfume, su voz... Y cada vez me ponía más nerviosa. Entonces una idea surgió en mi mente y desvié mi mirada hasta el cajón de la mesita donde había guardado el otro regalo de Tefi que no me había llevado esa noche conmigo al local.

Tras unos segundos me incorporé y lo saqué del cajón. Ella me había casi obligado a que lo cargase mientras me arreglaba para salir, así que allí estaba, reluciente, nuevo y con la batería hasta los topes.

Humedecí mis labios algo dudosa porque no tenía ni idea de cómo

funcionaba aquello, de si hacía ruido o no, de si me resultaría tan magnífico como parecía resultarles a Miri y Tefi o de si, a partir de ese momento, se convertiría en algo *indispensable* en mi vida.

Encendí en la primera velocidad y bajé mi ropa interior. Coloqué el chisme en su posición, o al menos en la que se suponía que era y esperé a sentir... Pero aquello era demasiado raro y no terminaba de convencerme del todo. Claro, no me terminaba de convencer hasta que lo moví y lo coloqué, esa vez sí, donde debía estar.

Un montón de sensaciones recorrieron mi cuerpo desde mi bajo vientre hasta los dedos de los pies y de las manos, como pequeñas descargas eléctricas de placer que se agolpaban en mi piel con más intensidad cada vez. Era tan diferente, tan espectacular que no podría describirlo con palabras.

En mi cama solo estaba yo pero en mi mente... En mi mente no estaba sola. Max me acariciaba descubriendo cada centímetro de mi piel, besando cada rincón de mi ser con lentitud, sin prisa alguna. Sus yemas paseaban por las líneas de mi cuerpo haciéndome cada vez más suya, en todos los sentidos, dejando que mis complejos y malos pensamientos acabasen al lugar más oculto de mi memoria como si fuesen un mal recuerdo del que deshacerse.

Sus labios… ¡oh sus labios! Eran tan suaves, tan excitantes... Subí la velocidad del juguete a medida que mi fantasía iba subiendo de tono y todo comenzó a marchar mucho más rápido de lo que esperaba. En menos de lo que me imaginé, mi mano libre apretó con fuerza las sábanas de mi cama y mi cuerpo comenzó a retorcerse de placer, tan intenso, tan ardiente... Me dejé llevar por el camino de la excitación hasta que un gemido ahogado anunció mi clímax y, después de eso, dejé caer el aparato hacia un lado, aún encendido, e intenté recuperar el aliento mientras mi cuerpo hacía lo propio relajándose y liberándose de la tensión acumulada.

Tefi tenía toda la razón con lo que respectaba al *Satisfayer*. Y sí, también tenía toda la razón con respecto a mis sentimientos por Max.

Quinto Cambio:

Nuevo trabajo

I

“Mientras haya una mujer sometida, no seré una mujer libre”
Audre Lorde

El domingo pasó para mí sin pena ni gloria. No salí de casa porque preferí prepararme mentalmente para lo que acontecería al día siguiente, y lo único de provecho que hice fue mandar por e-mail a Miriam la documentación que me había pedido para poder tramitar el contrato de trabajo.

Tefi estuvo la mayor parte del día fuera junto a Alba, y es que, lo que parecía en un principio una charla durante el desayuno, se había transformado en una jornada completa de paseos, risas, cine y alguna que otra parada en boxes para reponer fuerzas en las tascas de la ciudad.

Alba me caía genial. Desde que la había conocido en el aquel restaurante de carne a la brasa, la había vuelto a ver en varias ocasiones a través de las videollamadas que hacía con Estefanía de vez en cuando.

Por lo que me había contado Tefi, Alba era una chica muy humilde a la que la adolescencia le pasó factura. Las malas compañías y decisiones le llevaron a dejar los estudios demasiado pronto. Se buscó la vida de trabajo basura en trabajo basura pero el poco dinero que ganaba lo empleaba en sus adicciones. No fue hasta que dio con un grupo de ayuda que comenzó a salir del pozo en donde se había metido y, junto a su *madrina*, logró dejar las sustancias ilegales y encarrilar su vida. Hacía más de nueve años que Alba estaba completamente limpia.

Pero lo importante de todo ello no era saber cuáles eran esas sustancias o si tuvo problemas legales o con sus padres después de esos complicados años, lo verdaderamente importante era que Tefi estaba mucho más feliz que de costumbre, que ya es mucho decir, y eso para mí era más que suficiente.

Recordáis mi escasa variedad en cuanto a prendas de vestir se trataba, ¿verdad? Porque si eso era algo que yo ya tenía en cuenta, el mismo lunes por la mañana después de la ducha se me quedó *claro clarinete*.

Según Estefanía no era necesario que me pusiese de punta en

blanco porque mi trabajo requería que estuviese cómoda y, sobre todo, pudiese permanecer horas de pie sin rezar a todos los Santos, Dioses y Diosas de cada religión, fuese monoteísta o politeísta, pidiendo poder sentar mi trasero en una cómoda silla para olvidarme del dolor de pies que me estuviera provocando el calzado escogido. Al menos había una cosa que tenía clara: ¡los tacones a la porra! Minipunto para Tefi por el consejo y minipunto para mis zapatos de suela plana que me iban a salvar de sentir el mismísimo infierno infernal en mis pequeños y más que mullidos pies.

Bien, el dilema de mis pies ya estaba resuelto pero... ¿y la ropa? Eso era harina de otro costal, como se decía en el pueblo.

Arreglada, lo que viene siendo arreglada, o con traje de vestir uniformado como si fuese yo una trabajadora de la Bolsa... ya me había dicho Estefanía que no; descartado el vestidazo que me puse el sábado y cualquier prenda mínimamente elegante que pudiera tener en el armario. Tampoco pensaba irme con mis pantalones de chándal, anchos y desgastados, y mucho menos con las camisetas de propaganda que me había traído de casa, obviamente. Lo que me quedaba era uno de los dos vaqueros que tenía y alguna de las camisetas que había pillado tras mudarme con Tefi.

—Tortuga, o te das prisa o me piro yo —se asomó a mi habitación apoyando su hombro en el marco de la puerta.

A pesar de lo que podáis pensar, mi tardanza no era porque se me hubiesen pegado las sábanas, sino más bien porque estaba tan, pero tan increíblemente nerviosa, que mi cuerpo me había hecho visitar el baño en tres ocasiones esa mañana.

—¿Qué me pongo? —pregunté a Tefi con los cajones de la cómoda abiertos sin apartar la mirada de lo que había dentro.

—No sé, ropa —encogió sus hombros. Me giré para mirarla y la observé sarcástica.

—Verás —me crucé de brazos—, estaba pensando en envolverme con la cortina de la ducha, así, como si fuese una toga romana. El único problema es que es floreada y nunca me ha quedado bien el estampado floral.

—Qué sexy... —contestó tras imitar el gruñido de un tigre.

—Menos risa, tía Marisa —dije poniendo los ojos en blanco. Tefi entró en la habitación.

—Anda, déjame, que tú no sabes... Estás chiquita —comentó aguantando las ganas de reír mientras rebuscaba entre mi ropa doblada—. Estos pantalones y esta camiseta —sacó mis vaqueros claros y una camiseta blanca.

—¿No es mejor la negra? —La camiseta blanca aún no la había estrenado, de hecho, me daba bastante "miedo" ponérmela. Tefi me había enseñado que los colores no iban asociados a los cuerpos y que

cada uno podía vestir con lo que quisiera y el color que más le gustase, pero los viejos hábitos son los viejos hábitos, y en algunas ocasiones vuelven a visitarnos.

—Me gusta mucho más esta. Además, te hace juego porque vas a llevar una bata blanca de esas que son como las de...

—¿Una bata blanca? —No entendía nada.

—Sí tía, como esas de los médicos. Es algo así como el uniforme de los encargados de la sala de reprografía. Y ahora vístete, que llegamos tarde.

A pesar de lo mucho que había tardado en salir de casa, habíamos llegado al trabajo con tiempo de sobra para fichar, ponerme mi *uniforme* de trabajo e incluso entender el funcionamiento de la fotocopiadora sin morir en el intento.

Tefi se despidió de mí tras llamar a la puerta de un despacho y salir zumbando hacia su planta de trabajo, tenía que preparar varios informes para la reunión a la que debía asistir veinte minutos después, eso sí, antes de irse saludó a quién había tras la puerta alzando la voz.

—¡Luego nos vemos pelirroja, que el jefe me *escamocha*! —La puerta se abrió y una cara conocida me saludó.

—Siempre va como las locas... —dijo Miriam negando con la cabeza en un suspiro y viendo desaparecer la figura de Tefi tras el cierre de puertas del ascensor—. Vamos Alex, te estaba esperando. —Sonrió disculpándose con la mano un momento para acercarse a su mesa y coger unos documentos. Esa mañana estaba muy guapa, se notaba que había trabajado en su maquillaje durante mucho tiempo y la admiraba por tener esas ganas de someterse a una sesión de chapa y pintura nada más levantarse de la cama, de buena mañana. Lo único que no me convencía del maquillaje era que hubiese cubierto sus pecas, pero para gustos los colores y si a ella le gustaba así, también estaba perfecto para mí; eso sí, ojalá tuviese yo esa maña para pintarme los ojos cual gata salvaje y no terminar siendo un panda del bosque—. Te acompaño a tu puesto de trabajo.

Anduvimos por el pasillo al que daba su despacho hasta casi el final de este. Nos detuvimos frente a una puerta con el título *"Reprografía"* pegado en vinilo color negro; justo al lado de la puerta había una ventana de cristales opacos cerrada con una pequeña repisa que sobresalía hacia el pasillo. Aquella, supuse, era la ventana por la que atendería a los que se acercasen allí.

—Aquí es donde trabajarás. Les he dicho a todos que esta mañana seguirás con la ventana cerrada mientras te organizas y preparas todo, así que tendrás tiempo de aprender el funcionamiento de cada maquinaria, así como el lugar donde está guardado el material de papelería que te pedirán para reponer lo que les vaya haciendo falta al resto de compañeros. —Miriam acarició mi brazo de manera cariñosa

—. Tranquila, lo harás genial.

Abrió la puerta y me hizo pasar a mí primera. La sala era bastante grande y se podían ver claramente diferenciadas dos mesas de trabajo con un ordenador cada una. En la pared que había justo en frente, nada más entrar, estaba la única ventana de toda la estancia, además de una fila enorme de armarios donde presupuse estaría el material del que me había hablado Miriam. También había una gran mesa central con varias herramientas para encuadernar, grapar y anillar hojas, así como dos fotocopiadoras que parecían contar con bastantes años de experiencia a sus espaldas, una de ellas conectada a uno de los ordenadores. Pero sin duda, lo que más captó mi atención fue que allí no estábamos solo nosotras, sino que Max me estaba esperando, y encima acababa de descubrir algo que no sabía de él: usaba gafas.

—Lo prometido es deuda —soltó como saludo, apoyado en uno de los escritorios y sin moverse del sitio.

—Bueno Alex, te dejo en buenas manos. Max estará contigo esta mañana para enseñarte todo y explicarte cómo funciona el programa de pedidos de material. Si necesitáis algo estaré en mi despacho. —Fue a salir de la sala pero justo antes de poner un pie fuera, se dio la vuelta y volvió hasta mí para entregarle los documentos que llevaba en la mano—. Se me olvidaba. Este es tu contrato, revísalo por si ves algún error en tus datos y fírmalo en todas las hojas. Cuando lo tengas tráemelo para que pueda continuar el proceso de alta. Y bienvenida.

La chica pelirroja, a la que anteriormente identificaba con *Brave* y que ahora, a razón del alisado perpetuo, había decidido cambiarle el apodo cariñoso a Ariel, salió de reprografía y cerró la puerta tras de sí.

Me giré aún con el contrato en la mano y suspiré volviendo a repasar con la mirada el mobiliario. Allí olía a tinta de impresora y a folios, a gomas de borrar, lapiceros y tinta de bolígrafos. Estar allí era como cumplir el deseo de la niña que había en mi interior y que se volvía loca cuando entraba a las papelerías. Me encanta el olor del material de oficina y me lo paso pipa comprando absolutamente de todo cuando tengo la oportunidad, archivadores y fundas de plástico incluidas.

—Bienvenida. —La voz grave de Max me devolvió a la realidad.

—Gracias. —Sonreí acercándome a él—. Así que vas a ser mi profesor particular...

—Sí, soy todo tuyo —me miró con una divertida sonrisa en sus labios y mi estómago se estremeció como respuesta, pero yo disimulé para que no se notase mi nerviosismo, ¡vaya si lo hice! Que una en eso de la ocultación es toda un hacha. Recordad que el arte ninja recorre mis venas, aunque a veces se tome siestas para descansar.

—No me digas eso que te tomo la palabra y no dejo que salgas de aquí hasta que se termine la jornada.

—Pues no me importaría, sinceramente. A veces la informática es algo aburrida —se ajustó las gafas y terminó de acercarse hasta mí.

—Te quedan bien, por cierto. Nunca te había visto con ellas.

—Es que soy como Clark Kent; en mi versión del trabajo llevo gafas, pero cuando me convierto en *Superman* me las quito.

Mi risa de estúpida apareció. Esa risa tonta que todo el mundo tenemos, con sonido estridente de foca asmática o de cerdito, y que hace su aparición como un animal salvaje en el momento que menos esperamos... Que viene siendo aquel en el que nos encontramos delante de la persona que nos gusta, básicamente.

—Pues estás muy guapo. Bueno, y sin gafas también. Me refiero a que tienes unas facciones muy atractivas, vamos, que te pongas lo que te pongas estás tremendo. —¿Sabéis cuando un coche se mete en una zona de barro en la que se va a atrancar y hundir hasta el fondo por mucho que pise acelerador, dé marcha atrás o intente ir hacia delante? Pues ahí estaba yo, que no paraba—. Vamos, que te queda todo bien.

Seguramente Max no lo percibía, pero juro que podía sentir mi ojo temblar mientras aguantaba la sonrisa de *"vamos a calmarnos y a hacer como que no le acabo de decir que me parece que está tremendo"*.

—¿Cómo se usa... eso? —Busqué rápidamente con la mirada hasta apuntar con mi dedo una de las herramientas que había sobre la mesa central.

—¿La grapadora? —preguntó divertido.

—Sí... —alargué la ese del principio asintiendo despacio sin apartar la mirada de ella.

—¿No has usado nunca ninguna? —Y en sus palabras se podía percibir perfectamente la diversión viéndome reaccionar de la forma en la que lo estaba haciendo.

—Sí, pero esta es muy grande. Gigante. —En buscar excusas y salir del paso era una máquina—. No se parece a las que usaba en el colegio. Esta es industrial. No estoy acostumbrada a tener en las manos una herramienta tan grande. —Cuesta abajo y sin frenos iba, a lo Homer en la pista de esquí en aquel capítulo de los Simpson.

—Tranquila, se usa exactamente igual que las pequeñas aunque para reponer las grapas sí que tiene algo de truco. Pero casi mejor que empecemos primero por la fotocopiadora ¿no crees? —levanté la mirada para cruzarla con la suya, pícara y juguetona. Se notaba a leguas que se lo estaba pasando demasiado bien con aquella conversación.

—Tienes razón. Mejor.

Dejé los papeles sobre el que sería mi escritorio dispuesta a leerlos y firmarlos más tarde, y durante el resto de la mañana no dejé escapar ninguna de sus explicaciones, tomando incluso apuntes, ni aparté la mirada de Max.

II

“Todo lo que tenemos es el presente, aprovéchalo”
Margaret Atwood

Vale, estaba casi segura de que me había quedado con todos y cada uno de los detalles que Max me había estado explicando durante toda la mañana.

Aunque había varias máquinas fotocopiadoras, una de ellas, que era la que más se usaba, tenía cierto truco para no jorobar las copias y que el papel quedase atascado en su interior. Era algo parecido a como cuando ponías un videojuego en una consola antigua y, antes de meter el cartucho, tenías que soplar donde tenía las conexiones para que este funcionase. Al menos así me lo había explicado Max. También me había guiado por el maravilloso mundo del almacenaje de la empresa; cajones llenos de pequeños departamentos en los que se separaban las gomas de borrar, las cajas de clips, chinchetas, grapas, anillas... Además, por supuesto, de las fundas de plástico, sobres, carpetas, archivadores y botes varios llenos de bolígrafos divididos por colores. Hasta verdes tenían. Aquello era como una papelería pero a lo grande; demasiado grande a decir verdad, porque aunque por un lado estaban los armarios donde tenía preparado el material que me fuesen pidiendo mis compañeros de trabajo, también existía el almacenaje reserva que tenía que mantener vigilado para que nunca, por nada del mundo, se quedase sin existencias.

Y ahí era donde entraba el famoso programa de pedidos.

Eso era lo único que no me había quedado del todo claro, aunque por la manera que había empleado Max a la hora de explicarme su manejo estaba completamente segura de que el problema no era la dificultad de manejarlo o que yo fuese totalmente nula en cuanto a los conocimientos necesarios para usarlo, sino más bien que mi interés y atención estaban centrados en otra cosa diferente. En alguien diferente, para ser más exactos.

Nuestras miradas se habían cruzado en más de una ocasión, y con esto no me refiero a mirarnos mientras hablábamos; vaya panda de tontos del culo seríamos si hablásemos entre nosotros mirando a la pared. Cuando digo que nuestras miradas se habían cruzado en más de una ocasión me refería al hecho de haber compartido momentos

cómplices, sonrisas, gestos íntimos... Y no íntimos sexuales, que os veo venir y fijo que no soy la única malpensada que habita el mundo, sino íntimos de cercanos.

Cada vez tenía más claro que Max me gustaba, ¡vaya si me gustaba!

Afortunadamente para mí y mi nuevo desempeño laboral, durante toda la mañana nuestra complicidad no fue lo único que ocupó mi tiempo. Además de hacerme una pequeña chuleta con el lugar en donde se encontraba cada cosa y los pasos a seguir para cada maquinaria, también había realizado alguna que otra prueba práctica con la ayuda de Max. Y ese momento sí que fue divertido, tanto, que hizo que el resto de la mañana pasase volando.

Había imitado, o intentado imitar, a parte de sus compañeros de plantilla o, mejor dicho, a parte de nuestros compañeros de plantilla. Con cada uno de ellos me había pedido algo diferente: un bolígrafo, una carpeta, una fotocopia de un archivo importante que necesitaba con extrema urgencia para esa mañana... Y, para mi sorpresa, había logrado tramitar todos los pedidos sin liarla parda o dudar demasiado a la hora de abrir el cajón indicado. Incluso conseguí realizar la copia del informe con increíble éxito. Y sí, el increíble éxito era precisamente que no se me quedase atascado y tuviese que tirar de sus habilidades de manitas para abrir la tapa que daba acceso al interior de la fotocopiadora y resolver el desaguisado.

Había superado el examen teórico y práctico de mi nuevo empleo con una media de ocho. Los dos puntos hasta llegar al diez mejor no ponérmelos, porque era muy capaz de hacerme la cabeza un lío en cuanto tuviese la oportunidad de abrir la ventana para atender los pedidos de reprografía.

Cuando se hizo la hora de comer, alguien tocó la puerta de la sala y yo me acerqué a abrir más nerviosa de lo que en un primer momento creí estar. ¿Era el primer compañero de trabajo que se lanzaba a llamar a la puerta de la nueva? ¿Mi jefe que venía a echarme antes de empezar? ¿O era Miriam que venía a recoger los papeles que no había leído, firmado ni llevado a su despacho, a pesar de haberle dicho que lo haría a lo largo de la mañana? Pues ni lo primero, ni lo segundo, ni lo tercero.

—¡Hola, caracola! —Tefi, apoyada en el marco de la puerta, me miró sonriente.

—Hola —le contesté devolviendo la sonrisa. Era evidente que, el hecho de que fuese ella y no mi primer encargo oficial, me había quitado un peso de encima.

—¿Qué tal la primera mañana de trabajo? He pasado por el despacho de Miriam pero dice su compañera que ha tenido que salir a la asesoría para llevar unos papeles —se quedó parada apenas un

segundo y abrió los ojos en cuanto pareció recordar algo—, ¡ah, sí! También me ha dicho Eva, su compañera —hizo un ademán con las manos a modo aclaratorio—, que te preguntase si habías firmado ya los papeles para que se los acercases antes de parar a comer, así ella se encarga de mandárselos directamente a la asesoría y Miriam no tiene que dar dos viajes.

—Sí, sí, los... los llevo ahora mismo. —Caminé hasta el escritorio y moví los papeles quitando de encima de mi contrato las chuletas varias que había escrito durante la mañana.

—Joder, me encanta cómo huele a tinta. —Tefi entró y cerró la puerta. Justo cuando se giró para acercarse a mí se dio cuenta de que no estábamos solas—. ¡Hombre, pero quién tenemos aquí!

—¿Tefi por aquí? ¿Ya es la hora de comer? —preguntó Max con gesto divertido mirando el reloj de su muñeca.

—Cómo lo sabes. A mí no se me pasa ninguna hora de descanso que tenga que ver con llenar el buche —apostilló mi mejor amiga sentándose en la silla del escritorio desde el que se realizaban los pedidos a la central.

Tras coger la carpeta que me había dado Miriam esa mañana, la abrí y comencé a firmar echando un vistazo rápido y por encima a las condiciones laborales y a mis datos personales. Por lo que pude comprobar todo estaba correcto.

—¿Has visto a Luis? —Max se acercó hasta nosotras apoyando su trasero en el escritorio, justo a mi lado, cruzando los brazos sobre su abdomen.

—No, aunque tampoco he subido a vuestra planta. Pensaba que estarías con él y que no te habría llevado toda la mañana ponerla al día —me miró divertida, alzando una de sus cejas de manera más bien poco disimulada—. Qué bien, ¿no, Alex?

—Sí. —Mantuve mi mirada sobre mi contrato releyendo varios de los párrafos como si no los hubiese leído aún. Tenía la impresión de tener la cara de color rojo encendido como si me hubiese tostado al sol una tarde de verano—. Creo que gracias a él he conseguido quedarme con todo.

—Y si se te olvida ya sabes que puedes llamarme por línea interna a mi mesa y bajaré enseguida. Extensión 790. O si te lías menos también puedes hacerlo por *WhatsApp*.

—Eso, Alex. Por *WhatsApp*. Más privado. —Tefi se lo estaba pasando en grande como espectadora y yo me estaba muriendo de la vergüenza, y no necesariamente por estar tan cerca de Max, sino por el deje divertido y juguetón que empleaba ella durante la conversación. Deje que obviamente estaba relacionado con el hecho de saber que a mí Max me gustaba y de creer que yo le gustaba también a él.

Apunté en un pequeño papel el número de la extensión que me llevaba directamente a Max y lo dejé bajo el teclado del ordenador de mi mesa. Le miré y sonreí, devolviéndome él la sonrisa. A mí esa mañana me iba a dar algo...

—Voy a avisar a Luis para ver si ya está libre. —Max sacó su teléfono móvil y marcó su número. Segundos después se incorporó levantándose de la mesa y se alejó unos pasos de nuestra posición mientras hablaba con él.

Intenté esquivar la mirada de Tefi pero me fue imposible, y es que sentía sus ojos clavarse en mi cara con insistencia. Cuando giré el rostro ella me miró subiendo y bajando las cejas sin borrar la sonrisa de su boca. Yo, como respuesta, puse los ojos en blanco y moví los labios formulando con tremenda claridad, de manera muda, un "para". Tefi alzó las manos a modo de disculpa mientras Max nos daba la espalda, pero en cuanto pasaron unos segundos, volvió a mirarme para repetir su tan característico movimiento de cejas.

—Aún le queda terminar de mandar unos e-mails, pero me ha dicho que podemos ir yendo a la cafetería y que le esperemos allí, que en cuanto termine bajará.

—Perfecto, pues no esperemos más que me muero de hambre. —Tefi se levantó de la silla y caminó hasta la puerta.

Cuando estaba a punto de salir y cerrar con la llave que, a partir de ese momento, era *mía*, recordé que tenía que entregar mi contrato firmado y volví para recoger la carpeta del escritorio. Tras eso me quité la bata blanca y me colgué el bolso para acompañar a mis amigos a nuestra hora de descanso.

Antes de llegar a la cafetería le dejé el contrato a Eva, la compañera de Miriam, en el departamento de recursos humanos.

Cuando entramos, algunos de los trabajadores de la empresa ya habían ocupado mesas y apenas quedaban libres dos de ellas. Tefi se encargó de pillar la más cercana y de preparar sillas para todos nosotros, Luis y Miriam incluidos, aunque fuesen a llegar más tarde.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó Max dejando sus cosas sobre la mesa.

—Lo mismo: dos pepitos de lomo con mayonesa, patatas fritas, ensalada de arroz y una cerveza.

—¿Seguro que no quieres nada de postre? —añadió alzando una ceja mientras yo los miraba observando divertida la escena.

—Si hay natillas, natillas. Si no hay pues… No sé, ¿un flan?

—Vale, si no hay natillas te traigo un flan.

—Tú ve con él, Alex, así ves lo que hay. Yo os espero guardando la mesa.

Dicho y hecho, Max y yo nos pusimos en la cola de la cafetería y esperamos pacientes a que llegase nuestro turno.

Me dediqué por un momento a observar todo lo que me rodeaba. El resto de los trabajadores de la empresa parecían tener el estrés inyectado en las venas y, en cierto modo, ver aquello me causó un miedo terrible. ¿Me pasaría a mí lo mismo? ¿Acabaría agobiada y maldiciendo a diestro y siniestro al llegar a casa como a veces le había pasado a Tefi?

—¿Qué te parece nuestra amada y fabulosa cafetería? —La voz de Max me sacó de golpe de mis pensamientos.

—Bien, muy llena de gente pero bien. —Miré hacia atrás para que pudiese escuchar mejor mi respuesta.

—Pues no has visto nada, morena, porque dentro de quince minutos esto será como plena hora punta en el metro.

Aquello me hizo reír. A esas alturas ya estaba acostumbrada a coger el metro, el tranvía y hasta los UBER, pero no dejaba de sorprenderme lo abarrotadas que podían estar las estaciones en los momentos clave de comienzo y finalización de horarios laborales.

—¿Sabes ya lo que te vas a pedir?

—No tengo ni idea de lo que hay. ¿Algo que me quieras recomendar? Soy toda oídos.

—La tortilla de patatas está bastante decente. No es que sea la mejor que he probado, pero está rica. Aunque debo avisarte de que no le echan cebolla —chasqueó la lengua encogiendo sus hombros.

—¿Tortilla de patatas sin cebolla? ¡Sacrilegio! —La última palabra salió de mi boca algo más alta de lo que hubiese querido, ganándome las miradas de los dos compañeros que tenía frente a mí en la cola.

—Pero aun así admito que está muy buena. —Max se puso de puntillas para ver el resto de las cosas que había en la vitrina del mostrador—. Si quieres otra cosa... Por lo que veo hoy han hecho pizza y empanada. También está el apartado de panadería bastante lleno, así que si te apetece algún bollo o algo así...

Intenté imitar a Max para poder ver lo que él estaba viendo, aunque mi altura nada tenía que ver con la suya y ni de puntillas podía observar lo que había en las vitrinas. Teníamos bastantes de nuestros compañeros por delante nuestra que nos cubrían el campo de visión.

—Tortilla me parece bien.

—¿En bocadillo o en plato?

—¿Puedo pedirla en plato con un trozo de pan aparte?

Max asintió a mi pregunta.

Tras un rato esperando y avanzando en la cola, vimos cómo Luis

entraba en la cafetería junto a Miriam. Tefi les hizo una seña y se acercaron a la mesa para intercambiar un par de palabras y luego buscarnos en la cola, en la que faltaban apenas tres personas por delante nuestra para pedir y que fuese nuestro turno.

—Buf, hoy está el jefe que no veas. Me tiene loco. —Ese fue el saludo que Luis nos dio al acercarse a Max y a mí. Ese y un gesto de cabeza que denotaba lo agobiado que había estado ese día en el trabajo.

—¡Hola de nuevo, chicos! —Miriam agitó la mano con una dulce sonrisa—. Ya le ha llegado a la asesoría tu contrato y todo en orden, Alex. Ya eres oficialmente una trabajadora más de la empresa y… —buscó en uno de los bolsillos de sus pantalones— aquí tienes tu tarjeta de identificación para fichar a la entrada y a la salida. Como nos veríamos aquí he pensado en traerla yo.

—Enhorabuena Alejandra, ahora ya no tienes escapatoria. —Luis volvió a bufar al terminar su peculiar felicitación, a lo que Max no pudo hacer otra cosa que reírse.

Finalmente llegó nuestro momento para pedir y los cuatro, por turnos, fuimos lanzando nuestros pedidos.

Miriam escogió la ensalada de arroz con legumbres y medio pincho de tortilla de patatas, dejando la otra mitad para Luis que completaría su comida con una porción grande de pizza margarita. Ambos añadieron de bebida un botellín de agua. Max encargó el pedido para Tefi y para él un bocadillo caliente de jamón serrano y tomate rallado, además de un trozo de empanada y una cerveza sin alcohol. Por mi parte pedí mi pincho de tortilla y un panecillo.

—¿No vas a pedir nada más? —preguntó Miriam—. Yo de ti pediría algo añadido aunque sea para llevar, que las tardes se hacen muy largas —alargó la *"u"* de muy sin alejar de su rostro la cara de circunstancia. Mis ojos fueron a parar a los de Luis y después a los de Max. Ambos me confirmaron sin decir nada que lo que me había dicho Miriam era rotundamente cierto.

—Está bien... ¿medio bocadillo de jamón para llevar? —pregunté a la encargada de tomar el pedido y tras decirlo en voz alta para que lo fuesen preparando, soltó un "marchando".

Finalmente, y con todo el pedido en bandejas, incluido mi medio bocadillo en una bolsa de papel para llevar, volvimos a la mesa donde Tefi estaba esperando, trasteando con su teléfono móvil.

—Madre mía, ya pensaba que me iba a dar tiempo a terminar el libro con lo que habéis tardado... —Estefanía apartó el teléfono a un lado y cogió su pedido de la bandeja que había traído Max.

—¿Terminaste ya el de *"Elysian"*? —preguntó Miriam abriendo su botellín de agua.

—Sí, es la bomba tía. —Tefi no esperó ni un segundo más para

darle un mordisco a uno de sus minibocadillos de lomo. Cuando tragó, siguió—. Ahora estoy con "*Un Ángel para Roma"* de *Aitana G.L.*, otra maravilla; también te lo recomiendo.

Levanté la mirada sonriendo para cruzarla con la de Max. Qué guapo era, qué bien olía y qué bueno era siempre conmigo.

—¡Ay! Por cierto, ¿qué tal la reunión de esta mañana? —Miriam puso toda su atención en Estefanía. Ella, pilla, sonrió de medio lado con un toque de malicia.

—Pues he conseguido convencer a mi superior para que me dé la oportunidad de crear un estudio de mercado de cara a los próximos seis meses para International Community Management SL. Si consigo hacerlo bien y presentar un plan que pueda reportarles mayores beneficios en inversiones que el que tienen actualmente, me dará el puesto.

—¡Genial! —Luis añadió emocionado.

—Enhorabuena, pronto vas a ser una de las jefazas. —Max le guiñó el ojo.

—Bueno, no cantemos victoria que aún falta mucho para eso. Tengo por delante varias semanas de trabajo a tope pero... ¡creo que me va a salir cojonudo!

—Claro que sí —animé a mi amiga estrechando su mano por encima de la mesa.

—¿Entonces te va a poner a prueba con ello? —preguntó Miriam tras probar su ensalada.

—Sí, dice que si consigo hacerlo bien y defender mi trabajo, puede subirme de categoría. Así que estoy que no me lo creo aún.

—Seguro que sale bien. Te lo mereces. —Sonrió dulce Miriam—. Llevas mucho tiempo detrás de ese ascenso.

Estefanía bufó poniendo los ojos en blanco y el resto nos miramos entre nosotros sonriendo.

—Lo que me ha costado... Pero no celebremos todavía, que aún no soy jefa de departamento. —Y aquello último lo dijo con ligero retintín sin perder la sonrisa.

—Vale, ya habrá tiempo de celebrar en unas semanas. —Max dio un trago a su cerveza y luego un mordisco a su bocadillo de jamón.

Estaba emocionada por la noticia de Estefanía. Yo mejor que nadie sabía lo que había luchado por la oportunidad que tenía delante de sus narices. Si todo salía bien tendría lo que durante años había peleado por tener, y yo no podía estar más orgullosa de ella y de su tenacidad. Era alguien digno de admirar.

—Y hablando de celebrar ¿qué celebras tú hoy? —añadió Tefi mirando a Miriam—. Porque mira que has venido peripuesta hoy a la oficina... ¿Algo que nos quieras contar, Miri?

Nuestra amiga pelirroja negó con la cabeza un poco nerviosa. Yo no

la conocía en el entorno laboral pero si Estefanía decía que ese día iba más arreglada que otras veces, la creía.

—Solo me apetecía arreglarme esta mañana. Me levanté con tiempo de sobra y... ¡ya me ves! —contestó encogiendo sus hombros sin perder la sonrisa.

—Estás guapísima —sentenció Luis. Tefi y yo lo miramos justo cuando terminó de hablar y, tras ello, intercambiamos una mirada entre nosotras.

—Gracias... —Miriam contestó risueña.

—No lo ocultes Miri, yo sé el porqué de tu *peripuestismo* esta mañana.

En ese momento Miriam se quedó quieta y algo asustada mirando a Tefi a la espera de lo que diría a continuación. Ni el maquillaje ni nada, ahora el tono de su rostro era más pálido que la leche.

Me fijé en su aparente nerviosismo, aunque en cuanto Tefi curvó sus labios me dio la impresión de que el gesto de Miriam se relajó.

—Te has puesto así porque eres bruja y sabías lo que me iban a proponer. Te has preparado para salir luego a celebrarlo ¿a que sí?

Finalmente, Miriam se permitió sonreír y soltar el aire que había aguantado en sus pulmones.

—Tienes razón —contestó divertida.

El resto de la hora de la comida estuvimos charlando de manera amena, compartiendo entre nosotros las preocupaciones y el agobio de esa mañana. Había llegado a la conclusión de que la hora de la comida no solo era para llenar el estómago, sino para soltar las piedrecitas de estrés y pesares que habíamos ido metiendo a nuestra mochila imaginaria durante la mañana.

Cuando todos terminamos y recogimos las bandejas de la mesa, salimos de la cafetería y nos metimos al ascensor que iría parando en cada una de nuestras plantas. En la primera parada bajaríamos Miriam y yo, en la segunda parada Tefi y, en la tercera, Luis y Max.

Había llegado el momento de lanzarme sola al abismo y pasar de la práctica al trabajo. ¿Emocionada por ello? Sí. ¿Cagada de miedo? No lo sabéis vosotros bien...

III

“En muchas ocasiones históricas, «Anónimo» fue una mujer”
Virginia Woolf

Durante mi primera tarde de trabajo, fueron pocos los que vinieron hasta la ventanilla de mi *despacho* a pedirme unas copias, impresiones de documentos o material de oficina. Aquello me extrañó un poco porque tanto Max como Tefi me habían dicho en más de una ocasión desde que decidiera aceptar ese puesto, que reprografía era un constante bullicio de gente con tal cantidad de prisa que parecían tener todos un cohete en el trasero. Bueno, lo de trasero lo digo yo, Tefi dijo directamente ojete.

Algo bueno que también ocurrió aquella tarde, además de no estar a tope de trabajo y no tener tanto agobio que quisiera huir de allí lanzándome por la ventana, fue que recibí varios mensajes de Max preguntándome si todo iba bien, si necesitaba su ayuda o si la fotocopiadora rebelde, a la que esa misma mañana bautizamos juntos como Señoritinga, había hecho de las suyas. Como os podéis imaginar, aquellos mensajes me sacaron una sonrisa, y dos, y tres... Y fueron un aliciente para seguir desempeñando mi trabajo con todo el ánimo del mundo.

Al día siguiente llegué de nuevo a la sala de las fotocopiadoras después de fichar en la entrada y despedirme de Tefi que, de nuevo y como las locas, salió corriendo hacia su mesa para seguir trabajando en el proyecto que tenía entre manos y que la catapultaría directa a un más que merecido ascenso en la empresa. O al menos eso era lo que ella no dejaba de repetirse a modo de motivación personal para que las fuerzas no flaqueasen.

Lo primero que hice, aprovechando que aún faltaban cinco minutos para abrir la ventanilla, fue revisar que el almacenaje estuviese bien y no faltase de nada. Que tampoco me llevó mucho tiempo, también lo digo, porque la tarde anterior apenas había entregado un par de bolígrafos, una caja de grapas y un bote de tinta para reponer la de varios sellos que ya estaban relativamente secos. Pobre de mí que aún no tenía ni idea de lo que pasaría cuando abriese la ventana, porque de haberlo sabido me hubiese preparado mucho mejor. Y respirado hondo varias veces, eso también.

Fue quitar el cerrojo del pequeño ventanuco del despacho para levantarlo y escuchar cómo varias personas se organizaban al otro lado e intercambiaban frases del tipo *"yo he llegado antes"*, *"tengo mucha prisa"*, *"mi superior está esperando el informe"* o *"debo tenerlo listo antes de que venga el de correos o mi encargado me corta la cabeza"*, así, a lo Reina de Corazones en Alicia en el País de las Maravillas.

Esa mañana no paré, de hecho, y como todos los empleados, a eso de las once tenía un pequeño descanso de 15 minutos... descanso que me fue imposible disfrutar porque aquello parecía un grifo con goteo constante de gente reclamando mis servicios. Si no era el e-mail con un nuevo documento que tenía que preparar porque en diez minutos bajaba el compañero que me lo había enviado a recogerlo, era alguien que necesitaba material o duplicar documentos para enviar a un tercero y... Bueno, ¿yo qué sé? Demasiada información de unos y de otros de golpe. Esa noche iba a soñar con olor a tinta y con el sonido de Señoritinga sacando una hoja detrás de otra a la bandeja de impresión.

El día siguiente no fue diferente, aunque para ese entonces ya había aprendido de la jornada interior y me había preparado a conciencia. Tenía todo listo, absolutamente todo, hasta lo que me pensaba que nadie iba a pedir nunca pero que el día anterior me habían pedido más de una vez: cartuchos de etiquetas adhesivas. Me había propuesto no perder los nervios y quería conseguirlo hasta el final. A partir de ese momento ya no sería Alex sino la Fría como el Hielo o la Nervios de Acero.

Afortunadamente, aunque con bastante estrés, todo ese día fue sobre ruedas. Eso a pesar de no poder contestar a los mensajes que Max y Tefi me mandaban para asegurarse de que no necesitaba ayuda extra.

Lo mejor de mi nuevo trabajo era precisamente que trabajaba en el mismo lugar que el resto de mis amigos. La hora de la comida se había vuelto el gran momentazo del día para descargar agobios del curro y cargar bien las pilas de ganas y el estómago de comida. Esos ratos sí que valían la pena.

—Sí, un momento. ¿Me has dicho cuatro copias? —Miré el reloj en un descuido para comprobar la hora que marcaba y suspiré al ver que aún eran las cuatro y media de la tarde. Corrí hasta Señoritinga para coger lo que había ya en la bandeja de impresión, lo encuaderné rápidamente y entregué a su dueño—. ¡A ti! —Sonreí contestando a su "gracias".

Una voz conocida apareció abriéndose paso entre las otras. Era Max, aunque estaba casi segura de que no me hacía falta escuchar su voz para saber que él estaba allí; el olor de su perfume era inconfundible.

Levanté la mirada buscándolo hasta que di con él.

—¡Hola! Te he mandado hace un rato el archivo Gutiérrez por correo electrónico, ¿lo tienes ya?

Max se asomó por una de las esquinas de la ventana mientras yo, con cara de no entender nada, repasaba mentalmente los correos que me habían enviado y que había mirado hacía apenas cinco minutos.

—El archivo Gutiérrez. Es muy importante. —Su mirada, que tenía mucho más de pillería que de urgencia, encendió la bombilla de mi cerebro. ¡Claro! Esa era la clave que utilizan entre ellos para tomarse un descanso y charlar un rato.

—Sí, claro, el archivo... El Gutiérrez —disimulé haciendo ver que sabía de lo que me estaba hablando—. Verás, es que ahora mismo no va a poder ser —hice un gesto hacia la cola de cinco personas que tenía esperando a ser atendidas—, estoy bastante ocupada y...

—¿Necesitas un cable? —Justo después de su pregunta, el último de la cola alzó la voz para decir un *"sí, que tenemos algo de prisa"*.

Tras pensarlo apenas una milésima de segundo, asentí con la cabeza y abrí la puerta a Max.

Entró en la sala de reprografía y juntos nos pusimos a atender a los que había esperado. En tan solo quince minutos habíamos liquidado la cola y el resto de nuestros compañeros habían vuelto a sus mesas con lo que habían venido a buscar a la ventanilla.

Sin decir absolutamente nada, Max escribió algo en un papel, lo pegó en la parte de afuera del cristal del ventanuco y lo cerró echando el pestillo.

—Oficialmente estás en tu rato de descanso.

—Pero ¿y si vienen a por fotocopias? —Abrí los ojos algo angustiada. No quería que nadie se quejase de mi trabajo por estar ausente de mi puesto.

—Que se esperen. Te aseguro que ellos no permiten que nadie les joda sus descansos, así que no dejes que jodan los tuyos. —Max se apoyó en la mesa de escritorio. Estaba tan guapo con su barba de tres días, las gafas rectangulares de pasta negra y el pelo alborotado, que no podía apartar la mirada de sus ojos—. Llevas trabajando sin parar desde que entraste aquí, únicamente descansas para comer y porque es obligatorio.

—Ya, si tienes razón, lo que pasa es que los veo agobiados de trabajo y siento la necesidad de quitarles un poco de carga. Y de broncas de vuestros jefes.

—Tienes derechos laborales de descanso, y los descansos en una empresa como esta son de suma importancia si no quieres que te explote la cabeza —me miró con media sonrisa en los labios.

—No queremos llenar reprografía de sesos y sangre, no. —Rompí a reír y él se rio conmigo. ¿Había dicho en voz alta lo de los sesos? Creo

que tenía que dejar de ver películas gore con Tefi.

—¿Quieres un café?

—Mmmh —torcí los labios sopesando su invitación.

La verdad era que no me venía nada mal. Que sí, que el café me quitaba el sueño y posiblemente aquella noche tardase demasiado en dormir y daría vueltas como una croqueta entre las sábanas hasta que mi cuerpo se rindiese y no pudiese más, pero estábamos hablando de un café con Max. ¿Quién decía que no a eso?

—Vale, pero con bastante leche. Y azúcar.

—Eso está hecho.

Salimos de la sala y cerramos la puerta. Caminamos hasta una de las máquinas de café y pillamos un par de ellos, el mío con leche y el doble de azúcar, el suyo solo y con menos azúcar de lo normal. No entiendo cómo puede gustarle el café así, tan amargo, pero supongo que para gustos, los colores.

Me guió hasta una zona de descanso con terraza y salimos allí para que él pudiese fumarse un cigarro.

—¿Tienes ganas de que llegue el fin de semana? —Max bromeó tras ver el estrés de mi trabajo, poniendo el pitillo entre sus labios.

—Un poco... —Sonreí resignada moviendo el café de mi vaso con el palito para que templase un poco.

—Hay algunas semanas más complicadas que otras. Ya lo irás viendo... —encendió el cigarro y dio una primera y profunda calada—. Todo depende del periodo financiero en el que estemos. Los cierres contables de las empresas son terroríficos —añadió tras exhalar el humo de sus pulmones.

—¿Tantas empresas recurren a vosotros?

—Sí. Sobre todo los primeros meses del año. Cuando ven cómo les ha ido el año anterior, sopesan qué pueden cambiar en sus empresas para que generen beneficios, o más beneficios de los que ya dan. El equipo en el que trabaja Estefanía, que es el más numeroso, se encarga precisamente de estudiar los planes que se han llevado a cabo y ver dónde pueden cambiar las cosas para mejorar.

—Joder, creo que me he perdido en la primera frase —fruncí divertida el ceño dando un pequeño sorbo al café.

—Seguro que te pones al día con la empresa en un par de meses. —Volvió a dar otra calada al cigarro sin perder la sonrisa—. Lo bueno es que estamos divididos por departamentos, así que no estamos haciendo un poco de todo sino solo nuestras tareas a modo de cadena. Es una manera de que todo funcione mejor y esté más organizado.

—Y tú... ¿qué haces exactamente?

—Me encargo de la seguridad informática de la empresa y de que nuestro programa interno vaya como la seda. Parte de ese programa interno es el que utilizas tú para pedir a proveedores el material

cuando lo necesitas.

—¿El programa que tengo que utilizar lo creaste tú? —añadí sorprendida.

—Sí y no. —Sonrió dando un trago a su café—. En realidad fue un trabajo en común del departamento informático. Cuando yo entré a trabajar aquí ya se estaba trabajando en él, aunque aún no se había puesto en marcha. Lo terminamos Luis y yo.

—Así que si veo algún problema en el programa y se me vuelve loco, es culpa vuestra ¿no?

Max soltó una carcajada dando otra calada al cigarro y asintió con la cabeza.

—Sí, sería una cagada nuestra. Pero no se lo digas al jefe, avísanos a nosotros y lo solucionamos sin que se entere. —Su entonación sonó divertida.

—Ok, tomo nota —Alcé la mano libre que no sujetaba el café, a modo de juramento—. Prometo no avisar al jefe si, cuando me ponga a hacer el pedido, se le va la pinza al programa.

—Perfecto —añadió exhalando el humo sin perder la sonrisa lobuna de su rostro.

—¿Y qué tal ha ido tu día hasta ahora? —lancé la pregunta tras un par de segundos de silencio.

—Pues sin contar con que el ajo del bocadillo que comí en la cafetería a medio día, me está repitiendo, muy bien —se apoyó en la baranda de la terraza—. Incluso he tenido tiempo de entrar al grupo y contestar los memes que ha mandado Estefanía. ¿Los has visto? —Negó sonriendo para darle después una nueva calada al pitillo.

—He visto el de esta mañana cuando hemos parado a comer. ¿Ha mandado más?

Max asintió divertido y bebió un trago de su café, imitándole yo justo detrás.

—Le encantan los memes. Se tira el día en *Twitter*. —Ambos nos miramos riendo.

Tefi era así, adoraba las redes sociales y todo el mundo que las envolvía. Era la típica que usaba filtros para sus vídeos, pero no filtros de belleza sino los divertidos, esos que te hacían reír porque modulaban la voz o deformaban tu cara haciendo que tus rasgos cambiasen por completo. Esos eran sin duda sus favoritos.

—Hoy está más contenta de lo normal desde que Alba le ha ofrecido quedar esta noche.

—Es verdad, se le ha iluminado la cara.

Y es que ver cómo reaccionaba Tefi al hablar con su chica era una de las cosas más bonitas del mundo. Irradiaba felicidad por cada poro de su piel.

—Por cierto, ¿tienes algo que hacer hoy después del trabajo?

—Creo... creo que no.

Me empecé a poner nerviosa. Sentía la boca de mi estómago como un baile de hadas que no paraban de cantar y revolotear.

Max dio la última calada al cigarro y lo aplastó para tirarlo en la papelera.

—¿Te apetece dar una vuelta conmigo? Conozco un par de lugares por ahí y creo que te debo la visita a uno de ellos.

Le miré curiosa tras dar el último trago al café, dándole vueltas a sus palabras sin caer en el sitio al que se refería Max. A veces tenía la memoria de un pez.

—Veo que no te acuerdas... Mejor, así te pillará por sorpresa.

—¿Me das una pista? Pequeñita, pequeñita —señalé un cachito pequeño con mis dedos.

—No, voy a ser un poco malo y te voy a dejar con la incógnita un par de horas —añadió divertido por la situación y terminó el café, aplastando el vaso de plástico en su mano después, antes de tirarlo a la papelera junto al mío.

—Magnífico, ahora no voy a poder pensar en otra cosa que no sea esto.

Soltó una carcajada abriendo la puerta de la terraza. Mentira cochina; sí que podía pensar en otra cosa, concretamente en él.

—Anda, vamos a nuestros puestos que seguro que tienes ya a cinco esperando en la ventanilla.

—No me lo recuerdes...

Ambos nos miramos cómplices y volvimos a nuestro lugar de trabajo. Faltaba algo menos de hora y media para que se acabase nuestra jornada laboral, y a mí me iba a dar un patatús.

IV

“Los mitos de la belleza hablan de comportamientos, no de apariencias”
Naomi Wolf

—Hasta el potorro. —La voz de Tefi me sorprendió mientras echaba el pestillo a la ventanilla.

Ya había llegado la hora de cierre... Bueno, quizá no del todo, me habéis pillado. Había cerrado cinco minutos antes de la hora para poder revisar la hoja de pedidos y dejarlo todo terminado para cuando Max terminase de trabajar y nos viésemos en la puerta. Ay, no me lo creía, ¿eso era una cita? A puntito estuve de que me diese un ataque de risa de los nervios, pero la entrada de mi mejor amiga me cortó en el momento justo.

—Vaya humos —contesté girándome hacia ella con el bolígrafo y una hoja de papel donde apuntaba todo lo que había que pedir, en la mano—. ¿Qué ha pasado? ¿Hizo algo tu jefe?

—No. Bueno, sí, pero lo normal. —Negó poniendo los ojos en blanco y cerró la puerta para apoyarse contra ella con las manos en sus caderas—. Es por Miriam.

—¿Qué pasa con ella? —Lancé dudando sobre lo que pudiese decirme. Esa mañana habíamos estado con ella como siempre, pero después no la había vuelto a ver. Básicamente como casi todos los días.

Miriam solía volver a casa justo cuando acababa la jornada y ya no volvíamos a hablar hasta la mañana siguiente cuando la volvíamos a ver, por norma general. Había veces que sí que leía y contestaba los mensajes del grupo, pero eso ocurría de manera muy poco frecuente.

Yo no conocía a Miriam igual de bien que Tefi, de hecho y según sus palabras, yo la había empezado a conocer cuando ella había empezado a cambiar su actitud. Sí que era cierto que la Miriam de la hora de la comida no tenía nada, pero nada que ver con la que te podías encontrar el resto del día fuera de horario laboral, pero yo intentaba comprender su cambio de actitud ¿Tenía problemas en casa? ¿La relación con Víctor no iba bien y necesitaba espacio? ¿Había ocurrido algo con su familia que la tuviese descentrada con sus amigos? Podía ser cualquier cosa, aunque para Tefi todo tenía una razón de ser muy clara.

—Pues el gilipollas de su novio, eso pasa. Hoy le he dicho de quedar después del curro a tomar una cerveza, antes de la hora de la cena que he quedado con Alba, y así ponernos al día como hacíamos antes casi todos los días. ¿Adivinas lo que me ha dicho?

—¿Que... no?

—¡Premio! —contestó con fingida felicidad.

—Bueno, quizá tiene cosas que hacer que no sabes o está muy cansada para salir.

—Que no, Alex, que no, que eso me lo puedo tragar una vez, dos, cinco... Pero no todos los días. Que antes de conocerle a él por la aplicación esa del móvil salíamos juntas a tomar algo cinco días de los siete que tiene la semana. —Negó con la cabeza refunfuñando—. Que no es normal. Además, ¿has visto lo pintada que está viniendo esta semana?

Arrugué el ceño sonriendo.

—¿Qué hay de raro?

Yo lo había tomado como algo normal. Desde que había entrado a la empresa, Miriam había venido igual de pintada por las mañanas. Puede que ese fuese su *look*, no como el mío, que tenía que ir a comprar ropa casi con urgencia para tener algo más profesional que ponerme en los cajones.

—Pues que ella lo único que utilizaba era máscara de pestañas y bálsamo labial. Ni pintalabios, ni sombras, ni maquillaje.

—¿Y si le ha apetecido verse así ahora? Las personas cambian. —Intentaba tranquilizarla con mi voz, aunque Estefanía se veía bastante agitada.

—Eso es porque *el del palo por el culo* le obliga a pintarse. La cara seca. Me tiene... ¡Me tiene! —alzó las manos casi como rogándole a una entidad suprema—. Un día voy a plantarme en su casa por la tarde, que seguro que está él con ella, y voy a decirle cuatro cosas. ¿Qué coño? Voy a mandarle a la mierda y le voy a pegar con el palo de la escoba.

—Anda calla —añadí tras soltar una pequeña carcajada.

—¿Qué no? —bufó—. La está amargando, Alex. Para que quede con nosotros hay que rogarle cuando antes era la primera que se apuntaba.

—Pues cuando comemos con ella yo la veo... ¿normal?

—¡Ahí está el problema! —Abrió los ojos haciendo énfasis en el tono—. Por eso sé que el culpable es el imbécil del morro torcido. Cuando está con nosotros y él no está con ella, todo va de puta madre. Cuando ella ya no está en el mismo entorno que el nuestro y está con él, a la porra la Miri de siempre. Él no le deja quedar con nosotros o, por lo menos, le molesta y ella al final cede a sus caprichos. Estoy segura.

—¿Y por qué piensas que él hace eso? No le conocemos, solo lo

hemos visto una vez en el restaurante aquel.

—Con una vez me sobra. No me da buena espina, pero ni una chiquitita.

— A ver, puede ser que tenga muchas ganas de estar con él porque le guste su compañía y disfrute a su lado y… —Mi sonrisa apareció mientras hablaba; menos mal que Tefi no me miró porque del cabreo que llevaba fijo que me metía un corte. En realidad no estaba pensando en Miriam y Víctor sino en mí y en Max. ¡Que íbamos a tener una cita! ¡Una cita!

—¿Disfrutar con el *cara seca*? ¿Pero tú no te acuerdas de lo que le dijo a Luis aquella noche el sobrado de turno? Que si no se esforzaba suficiente, le dijo. *Is qui ni ti isfircis sificiinti.* —Mientras hablaba, ponía cara de burla—. Qué asqueroso. Imbécil. Gilipollas. Estirado.

—¿Necesitas un diccionario para seguir buscando adjetivos? —añadí aguantando la risa.

—No hay palabra en el mundo que defina a ese suela de alpargata. Además, Luis piensa igual. Acabo de hablar con él, que ha tenido que salir antes porque tenía cita en el médico, y me ha dicho que él también piensa que hay algo raro en todo esto.

—Vaya *conspiranoicos* estáis hechos.

—Pues yo hasta que no averigüe lo que pasa, no me voy a quedar tranquila. —Pasaron unos segundos en los que pareció calmar su enfado y aceptar con resignación la situación—. ¿No te resulta un comportamiento muy raro? ¿De verdad que no? —preguntó apenada.

Me acerqué a ella y puse mi mano en su hombro. Para ella sus amigos también éramos su familia, como hermanos, y podía comprender que estuviese pasándolo mal con todo lo de Miriam. La puerta de la sala se abrió tras un par de golpes a modo de llamada, antes de que pudiera contestar a Tefi.

—Hola morena, ¿todo bien? —Max se asomó al interior sin terminar de pasar. Me derretía cuando me llamaba morena.

—Hola —sonreí como una tonta—, sí, es que Tefi ha venido a hacerme una visita antes de volver a casa.

Estefanía miró a Max, luego me miró a mí, luego volvió a mirar a Max y finalmente me miró de nuevo haciéndome un gesto con sus cejas. El cabreo por lo de Miriam no se había esfumado, obviamente, pero si había otra cosa que le gustaba a ella además de luchar y defender a capa y espada a los suyos, era saber que nos estaban pasando cosas buenas, de hecho, creo que había captado demasiado bien la conversación como para entender que en ese momento las mariposas de la boca de mi estómago revoloteaban por toda la sala de reprografía bailando todas las canciones de las ferias de los pueblos a la vez, desde un pasodoble hasta una de *rock*, pasando por la bachata y hasta el reggaetón.

—¿Con ganas de que llegue la noche? —preguntó Max a Tefi entrando y cerrando después la puerta. Todos sabíamos que había quedado con Alba, aunque solo yo sabía que hoy se le iba a declarar con intención de dar un paso más en su relación y formalizarla poniéndose ante todos la etiqueta de "novias".

—*¿Debería preguntarle yo lo mismo?* —Estefanía habló entre dientes dirigiéndose a mí y sin que la pudiese escuchar Max—. Y que lo digas —finalmente alzó la voz divertida al ver que mis mejillas habían subido de tono coral a rojo del infierno abismal.

—Me alegro. ¿La vas a llevar al local que te recomendé?

—Sí, creo que sí. Me lo has puesto tan bien y divertido que…

Los tres sonreímos.

—¿Estás lista? —Max me preguntó desviando la mirada hacia mí.

—Sí… eh… Un segundo. —Rápidamente entré al programa para anotar los pedidos.

—¿No vas a volver conmigo a casa? —El tono de la voz de Estefanía era, cuanto menos, un poema. Había pasado del mosqueo monumental por el *cara seca*, a la picardía y emoción al conocer que volvería con Max a lomos de su moto.

Mierda, ya se me había pegado también lo de *cara seca*.

—No, hoy vuelve conmigo. Le debo una tarde y una visita a un lugar que aún no ha visto —contestó Max por mí de forma enigmática.

—Una cita, ¿eh?

Apagué el ordenador y comencé a empujar nerviosa a Tefi hasta la salida, evitando contestar a su última indirecta más directa que un gancho con la izquierda.

—Venga, vámonos que es la hora y tenemos que fichar —intenté esquivar la mirada de Max, aunque Estefanía se estaba riendo de lo lindo.

—Vale, vale. Pues me voy, pencos —me miró subiendo una de sus cejas—. Te espero en casa.

Fichamos el final de la jornada laboral y llamamos al ascensor. Al haberme quedado hablando durante un rato con Tefi, ya no había casi nadie en la empresa, apenas cuatro empleados terminando sus últimas tareas y unos cuantos ejecutivos en sus despachos. Debido a eso no fue de extrañar que, en el momento de subir al ascensor, solo estuviésemos Max y yo después de que se cerrasen las puertas.

—Al final tuviste razón. Bueno, casi. —Levanté la mirada entrecerrando los ojos y ladeando la sonrisa—. Había cuatro esperando cuando volví del café, no cinco.

Max chasqueó la lengua divertido.

—Menos mal que no aposté nada.

La puerta se abrió y salimos del edificio hasta la zona del aparcamiento. Estaba tan pero tan increíblemente nerviosa, que apenas podía articular palabra. Es más, de haber dicho algo seguro que me hubiese salido en forma de gallo, con la voz quebrada o al estilo Manolo el camionero.

Cuando llegamos a su moto, Max me pasó el casco, se puso el suyo, se subió a ella y la avanzó hacia la acera empujando con sus pies sobre el asfalto.

—Ahora sí, puedes subir. —Sabía que estaba sonriendo porque sus ojos lo hacían, por mucho que parte del casco le tapase la boca.

—Así que te acuerdas, ¿eh? —Mis piernas cortas sí que se acordaban, que por culpa de ellas necesitaba esos diez centímetros de acera para no parecer un pollo sin cabeza subiendo a lomos de la bestia de dos ruedas.

—Por supuesto. Tenía que quedarme con ese dato para que volvieses a subir a mi moto.

¿Minipunto para Max? ¡No! Puntazo máximo; más grande que mi trasero en pompa.

Tras subir a la moto y asegurarse de que me había agarrado su cintura por debajo de la cazadora para no quitarle movilidad, arrancó y comenzamos el camino hacia el lugar que me debía y que, hasta que lo viese con mis propios ojos, sería una sorpresa.

En cuanto nos incorporamos a la circulación volví a tener aquella sensación de la primera vez. Esa libertad, esas ganas de abrir los brazos y disfrutar de la velocidad, ese sentimiento de volar sin tener alas. Nunca me he imaginado conduciendo una moto y casi con toda seguridad voy a seguir sin conducirla el resto de mi vida, pero lo de ir en una como en ese momento lo repetiría hasta quedarme sin fuerzas. Era una emoción indescriptible justo en la boca del estómago, aunque puede que en parte fuese porque la persona con la que iba era Max. Con el *cara seca* seguro que no sentiría esa emoción...

Tras algo más de media hora, varios guiños de Max a través del espejo en cada semáforo en rojo y algunos estallidos de emoción internos reprimidos para no desequilibrar la moto e irnos a la porra, llegamos al sitio prometido: el jardín botánico de la ciudad.

—No me lo puedo creer —solté al levantar la visera del casco sin bajarme aún de la moto.

Max me había dicho que algún día me traería, pero jamás pensaba que fuese a hacerlo de verdad. Supongo que porque el sitio me parecía demasiado bonito y ¿romántico? como para que me quisiese traer. A mí. A Alex. A la chica de la ropa ancha y camisetas publicitarias del supermercado de su pueblo.

—Ya puedes bajarte cuando quieras —dijo acercando de nuevo la moto a la acera.

Me bajé apoyándome en sus hombros y me quité el casco embelesada con lo que desde fuera podía verse.

—Te dije que tenías que venir a verlo, que no te lo podías perder.

—Muchísimas gracias. —Puse una mueca rara con los labios—. Jo, si es así por fuera... ¿Cómo será por dentro? —Y casi con toda seguridad tuve que decirlo con un tono gracioso o la mueca de mi cara se había convertido en un chiste con patas porque de manera instantánea él amplió su sonrisa.

—Mucho mejor —se bajó y dejó los cascos bajo el asiento—. Espero que no tengas ningún tipo de alergia al polen o algo así...

En ese momento pareció caer en la cuenta de que lo que acababa de decir era posible y, lo que en un principio parecía muy bonito, no lo sería tanto si acababa con sarpullido en la piel, la nariz como un pimiento, los ojos como tapones de botellas de butano y más mocos que estando constipada.

Negué con la cabeza.

—Tranquilo, no tengo ninguna alergia. Al menos que yo sepa. Pero serás el primero en saberlo cuando me entere —añadí divertida.

Tras abonar el importe de los tickets en la puerta, accedimos al interior.

El lugar era inmenso, lleno de colores y con un aroma espectacular. Podía percibirse la humedad del suelo y de la vegetación en el propio ambiente.

El jardín estaba dividido en varias zonas, unas abiertas al aire libre y otras en invernaderos preciosos donde las paredes y los techos eran transparentes y parecían de cristal. Aquello era tan bonito que no podía fijar mi mirada en un solo lugar: amapolas, flores silvestres, rosales, arbustos podados con formas diferentes como manos, esculturas, caras... También suelos empedrados con cierto aire rústico y hasta podría decir que medieval, como las calles en cuesta de los pueblos más antiguos, construidos en sitios estratégicos y difícilmente accesibles.

—Te dije que te gustaría.

—Es... es precioso. ¿Y cómo Tefi nunca me habló de él?

Ambos nos miramos y, tras unos segundos de silencio, dijimos a la vez: "por su alergia". Estefanía sí que tenía alergia, al polen, a las gramíneas... Verla en primavera con el florecimiento de las flores era todo un espectáculo. Creo que esa fue una de las cosas que agradeció al irse del pueblo y no estar tan en contacto con la naturaleza.

Dimos un paseo entre los arbustos, siguiendo el camino de la calzada, y a los diez minutos de estar allí las luces automáticas del suelo se encendieron. Si antes era mágico, en ese momento parecía un

lugar encantado.

—Yo les daría una forma diferente —solté al lado de uno de los arbustos.

—¿Cuál? Si se puede saber... —preguntó Max alzando las manos casi como pidiendo permiso.

—Le daría forma de... —valoré unos segundos torciendo los labios pensativa—, de gato.

—Buena forma esa.

—Con las orejitas y todo, no te vayas a pensar.

—Con la cola también, supongo.

—¡Faltaría más! Y con los bigotones —me reí divertida.

—Pues yo creo que pondría varios arbustos juntos y los recortaría poniendo un mensaje secreto en lenguaje binario.

—¿En serio? ¿Qué tipo de mensaje? —le miré ladeando mi sonrisa.

—Eso no te lo puedo decir, tendrás que esperar a que tenga el jardín y lo ponga. Pero cuando lo haga te lo contaré y será nuestro secreto —contestó guiñándome un ojo.

Continuamos el paseo hablando y riendo, incluso me invitó el fin de semana siguiente a jugar unas partidas a videojuegos en su casa, como el que no quería la cosa, y a mí en ese momento me dieron los siete males y no porque no quisiera, sino porque aquello era totalmente nuevo para mí. A pesar de todo, eso de ir de citas sin tener que esconderme para que no nos viesen era una experiencia nueva para mí. ¿Otra cita? Sí, otra cita. Tenía otra cita con Max. Mi labio superior tembló de los nervios.

Entramos en el invernadero principal, el que había en el centro del jardín, y cerramos la puerta tras nosotros. El sonido se opacó y tan solo se escuchaban nuestros pasos contra el pavimento. Me incliné hacia varios maceteros de lirios de varios colores para oler su aroma más de cerca, porque si hay dos aromas que me gusten en el mundo además del de la colonia de bebé, son el de los lirios y el del jazmín.

—Espera, no te muevas —dijo sacando su teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Yo intenté mantener mi postura.

Apuntó con el teléfono hacia mí como si fuese una cámara y seguidamente lo acercó para ver el resultado.

—Perfecta.

—¿Me has sacado una foto?

Max asintió y terminó de acercarse para mostrarme la pantalla de su móvil. Ahí estaba yo, con una luz preciosa y cálida gracias a las pequeñas farolas colgadas de los pilares del invernadero, con mi nariz respingona, sujetando mi cabello con mi mano detrás de la oreja y rodeada de flores de todos los colores.

—Estás preciosa.

—¿Qué dices? —Negué con la cabeza nerviosa. Yo solo podía ver

mi papada y mis dedos rechonchos. Aún me costaba eso de no fijarme en todas y cada una de las partes de mi cuerpo que menos me gustaban.

—Ojalá pudieses verte a través de mis ojos.

¿Acababa de decir lo que acababa de decir? No me dio tiempo a procesar sus palabras cuando sentí su mano en mi mejilla, apartando mi cabello, y su cuerpo acercarse a mí eliminando la poca distancia que había entre los dos. Mi corazón comenzó a palpitar a la velocidad de un cohete de camino a Plutón. Mi cuerpo se tensó y mi boca quedó seca; se me había olvidado hasta cómo había que respirar.

Max pegó dulce sus labios a los míos besándome con mimo, aferrando el agarre su mano en mi cintura y llevando la de mi mejilla hasta mi cuello. Si hubiese algo que nos hiciese crecer alas como si fuésemos hadas, sería ese preciso momento. ¡Max me acababa de besar!

Cuando se separó, abrí los ojos y sonreí algo tímida sin saber muy bien qué decir. Mi edad rondaba la treintena pero en temas amorosos no podía dejar de sentirme como toda una quinceañera, con los nervios bullendo en mi vientre y la sensación de estar tocando el cielo con la puta de mis dedos.

Nos miramos a los ojos sin abrir la boca, sin separarnos, solo sonriendo mientras el tiempo continuaba parado para nosotros. Pero el sonido de varias notificaciones seguidas a nuestros teléfonos móviles nos hizo desviar las miradas hacia ellos para comprobar de qué se trataba.

Tefi
Max, Alex, venid a casa
con urgencia.
Rápido.
Es Miriam.

Sexto Cambio:

Quitándose el disfraz de ninja

I

“Ni mi silencio me protegió, ni tu silencio te protegerá”
Audre Lorde

La pantalla de mi teléfono móvil volvió a iluminarse con una nueva notificación, justo al salir por la puerta del jardín botánico. Tras verlo, me paré en seco para poder leerlo bien. Max hizo lo propio y se giró esperando a que le dijese lo que nos había dicho Tefi, porque aunque él no había sacado el teléfono del bolsillo de su pantalón y no había podido ver si era ella o no, sabía con toda certeza que quien estaba detrás de ese mensaje era, inequívocamente, nuestra amiga.

—Dice que vayamos directamente a casa de Miriam, que ella ya ha salido con Luis para allá.

—Joder. Joder, joder, joder.

Tanto Max como yo nos habíamos puesto nerviosos desde el primer mensaje. Habíamos recorrido el camino empedrado de vuelta mil veces más rápido que cuando entramos. Algo grande había pasado y lo único en lo que podía pensar era en Miriam, en cómo sonreía, en sus graciosas pecas de las mejillas y en las sospechas que Tefi había tenido con ella casi desde que yo había llegado a la ciudad, y de eso habían pasado ya varios meses.

En cuanto estuvimos ambos subidos y con los cascos puestos y asegurados, Max arrancó la moto y emprendió el camino.

Si dijese que Max no había acelerado más de lo normal la moto para llegar cuanto antes a la casa de nuestra amiga, estaría siendo una mentirosa de pies a cabeza. Sí, le pisó a la moto, pero lo justo para acelerar el viaje sin ponernos en peligro, ni a nosotros ni a ninguna otra persona. Durante el viaje no hubo intercambio de miradas por el retrovisor, ni guiños, ni sonrisas. Tampoco me hubiese percatado de ellas porque mi cabeza estaba muy lejos de allí, meses atrás, en la soledad de mi casa.

El estómago me había dado un vuelco al leer las palabras de Tefi porque la última vez que había recibido una comunicación con esa urgencia, la noticia había sido el fallecimiento de mis padres. Mi interior bullía de nervios e incertidumbre mientras mis manos se aferraban a la cintura de Max con fuerza, intentando controlar el

temblequeo que el propio nerviosismo me estaba provocando.

Intenté centrar mi mente en otra cosa, pensar de manera positiva y alejar imágenes y recuerdos que lo único que estaban provocando era que entrase en una espiral de pensamientos negativos que, sobre todo en aquel momento, no servían ni aportaban nada a la situación. Más bien, al contrario.

Llegamos finalmente al edificio donde Miriam tenía la casa alquilada. No me dio tiempo a fijarme en su estado ni en la zona en la que se encontraba porque el azar quiso que Luis y Tefi llegasen casi al mismo tiempo que nosotros. Aunque tampoco es que conociese la ciudad como la palma de mi mano para conocer barrios más allá de aquel en el que vivía con Tefi.

Rápidamente nos bajamos de la moto y no nos molestamos ni en guardar los cascos, sino que los agarramos como pudimos y entramos en el portal.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mirando a Tefi. Ella iba primera subiendo las escaleras, después Luis, seguido de Max y yo a la cola.

—Me ha mandado un mensaje preguntando si se podía quedar esta noche en casa con nosotras y le he dicho que *sí*. —Mientras la conversación continuaba, el número de escalones que nos separaba del segundo piso en donde vivía Miriam, se iba reduciendo—. A los diez minutos me ha llamado, lo he cogido pero no contestaba; a los segundos he escuchado un forcejeo, cristales y gritos.

En cuanto estuvimos frente a la puerta, pulsamos el timbre. Era tal la preocupación que tenía por Miri, que ni me había fijado en lo agitada que había terminado después de subir las escaleras o en lo taquicárdica que me había puesto tras escuchar las últimas palabras de Estefanía sobre la llamada.

Nadie abrió la puerta.

Volvimos a llamar, aunque esta vez fue Luis aporreando la madera y olvidándose del timbre. Fruncía los labios con rabia.

—¡Miriam, somos nosotros! ¡Abre! —alzó la voz con la vista clavada allá donde su puño había golpeado.

—¡Me cago en la puta! ¡O abres o llamo a la policía! —La voz de Tefi sonó justo detrás, y sus palabras evidentemente no iban dirigidas a Miriam sino a quien estábamos seguros de que le acompañaba en ese momento.

Max, el más alto de los cuatro, alzó su mano y mantuvo pulsado el timbre varios segundos hasta que, finalmente, la puerta se abrió. Como todos sospechábamos, al otro lado estaba Víctor.

Su semblante era extraño, se le notaba alterado pero nos mostraba un falso esbozo de sonrisa que le hacía parecer más macabro que tranquilizador. Tefi no le dejó hablar y le empujó para colarse bajo su brazo y llamar a Miriam. Después de ella, entramos los demás.

—¿Dónde está?

—Se encontraba mal y se ha tumbado a descansar. No quiere que la molesten —contestó Víctor.

En ese momento me pude fijar en la casa. Todas las puertas estaban cerradas y podía respirarse un aroma de excesiva limpieza, parecido al que hay cuando acabas de pasar la fregona o limpiar los muebles con algún tipo de producto. Todo demasiado recogido. Ningún signo de rotura de cristales ni del forcejeo al que había hecho mención Tefi.

—Pues me importa una mierda. Voy a entrar.

En ese momento Víctor se alejó de la puerta de entrada y se apresuró hasta la puerta del dormitorio principal.

—He dicho que no quiere que la moleste nadie. —Su voz sonaba seria, tanto que hasta me dio miedo. Tras ello volvió a dibujar esa extraña mueca en sus labios—. Yo le avisaré de que habéis venido. Seguro que se pone muy contenta.

Max y yo nos miramos, aquello no tenía buena pinta. Él iba a hablar pero Tefi le interrumpió.

—Mira, cabrón, te lo voy a decir clarito para que hasta tú me puedas entender. O te quitas de en medio y veo ahora mismo a Miriam, o te reviento la cabeza a hostias.

Víctor apretó su mandíbula, resistiéndose, pero Tefi abrió la puerta de par en par arriesgándose a ser apartada de un empujón.

Miriam estaba sentada en la cama, desmaquillada, con un pijama puesto y abrazándose a sí misma con los brazos. No pronunció ni una sola palabra, pero no hizo falta. Tenía la mirada triste, el ojo amoratado y el labio partido.

—Hijo de puta —susurró Max a mi lado, quedándose petrificado.

Tefi y yo corrimos al interior con Miriam. Luis y Max se quedaron en el marco de la puerta.

—¿Pero qué te ha hecho? —pregunté mirando la herida de su labio sin esperar respuesta alguna.

—Ya os he dicho que se encontraba mal. Yo cuido de ella, ¿verdad Miriam? Se ha caído hace un rato en la ducha y...

No pudo decir más. El puñetazo que le propinó Luis sonó hasta en el edificio de al lado. Víctor se llevó la mano a la mejilla y Tefi alzó la vista; tenía la mirada tan furiosa que podría haber fulminado a Víctor de un plumazo. Y yo también.

El enfado me estaba devorando por dentro de tal forma que ni gritando hasta destrozarme las cuerdas vocales podría hacer que me desahogase. Miriam era una de las personas que habían entrado a formar parte de mi vida desde hacía unos meses, una de las personas a las que podía llamar "hogar". Me había ayudado en el trabajo, se había abierto a mí durante la noche del karaoke y ahora estaba entre mis brazos, temblando, dolorida y con el corazón roto en mil pedazos.

En ese momento me alejé de Miriam y me coloqué delante de Víctor. No solo estaba enfadada con él por lo que le había hecho a Miriam, sino también conmigo misma por no haber dado importancia a los comentarios y sospechas que Tefi había estado lanzando sobre Miriam y la relación que mantenían entre ambos.

—Vete —gruñí frente a él—, vete o te juro por lo más sagrado, por mis padres que están muertos, que el puñetazo que te ha dado Luis no va a ser el único que te lleves antes de salir por esa puerta.

—¿La gorda ya habla? —contestó Víctor pillándome desprevenida.

Estaba mostrando su verdadera cara. Ya no se molestaba en disimular la sonrisa ni tampoco en aparentar fingida tranquilidad. Sabía que le habíamos descubierto y que sus escusas ya no servían. Sabía que, si habíamos ido allí, era porque Miriam nos había avisado.

—¿Estás contenta, puta? ¿Estás feliz de ver a tus amiguitos?

—¡Cállate! —gritó Luis.

—¿Ya tienes ganas de volver a salir con ellos a zorrear y a rozar tu culo con otros tíos? —Víctor escupía las palabras como balas de cañón.

Al igual que antes él me había pillado desprevenida a mí, en esa ocasión yo le pillé desprevenido a él. Alcé la mano y le solté un bofetón. Le di fuerte, con ganas, y lo sé porque una hora después aún notaba cómo la palma de mi mano hacía chiribitas.

Víctor se lanzó hacia mí para agarrarme por el cuello, pero Max reaccionó antes de que pudiese hacerlo y le sujetó por el jersey empujándole contra la pared, manteniendo el puño de su otra mano apretado y preparado para asestarle un nuevo golpe.

—¡Vete! —La voz de Miriam nos hizo girar a todos el rostro hasta encontrarnos con su mirada, y a Max detener sus claras intenciones de partirle la cara a Víctor—. Vete.

Los segundos pasaron lentos hasta que Max soltó el cuello del jersey de Víctor y este salió de la casa de Miriam, escupiendo con desprecio al suelo antes de desaparecer de nuestra vista.

El silencio reinó en la casa de nuestra amiga los siguientes minutos, aunque era interrumpido cada tanto por algún que otro sollozo reprimido contra el hombro de Tefi.

—Te vienes a nuestra casa —dijo Tefi a Miriam mientras le abrazaba.

Luis y Tefi llevaron a Miriam hasta el baño para limpiar la herida de su labio y curarle, mientras tanto, Max y yo metimos en un par de bolsas de plástico parte de la ropa que ella guardaba en los cajones y en su armario.

Estaba completamente a favor de la decisión que había tomado Estefanía. Miriam no podía quedarse en aquella casa sabiendo como sabíamos que Víctor podía volver cuando no estuviésemos allí y

continuar lo que había empezado ese día, o continuado, porque el moratón de su ojo no era reciente precisamente.

Además de la ropa también metimos algunos productos de higiene personal, documentación y todo lo necesario para no tener que volver por allí en varios días.

De camino a casa, Miriam se marchó con Estefanía y Luis en el coche de este, y Max y yo realizamos el trayecto en su moto.

No había pasado desapercibida para mí la reacción que había tenido Max al ver a Miriam. Sus pies se habían pegado al suelo y su cuerpo se había transformado en piedra. No pudo apartar la mirada de la imagen de nuestra amiga y, hasta que Víctor no se puso de nuevo violento, él no consiguió moverse del sitio.

Aún sentía mi corazón palpitar contra mi pecho cuando aparcó y quitó las llaves a la moto. Habíamos realizado el viaje ambos vehículos juntos, uno detrás de otro, guardándonos mutuamente las espaldas. No teníamos ni idea de si Víctor nos había seguido o de si se había esperado, oculto en algún lugar, para comprobar si Miriam marchaba con nosotros o no.

Nunca me había imaginado presenciar una situación así en mi vida y se me encogía el corazón de pensar en lo duro que habría sido para Miriam enfrentarse a ello, día tras día, intentando ocultar a ojos de los demás el infierno que había entre sus cuatro paredes.

Subimos a nuestro apartamento y dejamos las cosas sobre el sofá.

—Ven, Miri, date una ducha caliente —Tefi acarició su cabello pelirrojo—, mientras te preparo una tila, ¿vale?

Miriam asintió y se metió en el baño cerrando la puerta tras de sí.

—Maldito hijo de puta. Es que... me cago en la hostia. Lo sabía, si es que lo sabía.

Tefi hablaba en murmullos para que Miri no pudiese escuchar nada.

—Lo importante es que ya se ha acabado. —La voz de Luis mostraba cierta esperanza.

—Yo no estaría tan seguro. —Max le interrumpió.

—No podemos dejar que vuelva a su casa hasta que no cambie la cerradura. Y mañana tenemos que llevarla a la comisaría. Tiene que denunciar.

Todos estuvimos de acuerdo con ello. Era primordial. No sabíamos si ya había denunciado el maltrato que había sufrido, pero tanto si lo había hecho como si no, tenía que poner todo en manos de las autoridades.

—Que se quede aquí; puede dormir en mi habitación, estará más cómoda.

—No, Alex. Dormirá en la mía, conmigo, mi cama es bastante grande para las dos; y si necesita estar sola yo dormiré en el sofá —me interrumpió Tefi—. Solo serán unos días hasta que todo se calme y

pueda volver a su casa o buscar un nuevo apartamento. Aunque cambiemos la cerradura, me da miedo que vuelva allí. Él podría aparecer.

—¿Cómo vas a dormir en el sofá? Es tu casa. —Para mí tenía todo el sentido que fuese yo quien le cediese el dormitorio. Solo faltaría que Tefi, dueña de la casa, se destrozase la espalda durmiendo en el sofá.

—Anda que no habré dormido la mona en el sofá yo un montón de veces... Ya tengo los músculos a prueba de contracturas.

El sonido del agua de la ducha comenzó a escucharse.

—¿Cómo ha podido hacerle eso? —La voz incrédula de Luis se alzó sobre la de Estefanía.

—Porque es un pedazo de mierda, por eso, y porque no vale ni para tirarlo desde quince pisos para abajo.

Me acerqué a Estefanía y la abracé, pasando mi brazo sobre sus hombros. En ese momento me acordé de su cita especial, esa que en teoría debería de estar ocurriendo a esa hora.

—¿Alba? —pregunté preocupada.

—No te preocupes, la avisé de que había surgido algo con Miriam y lo dejamos para otro día. Lo más importante siempre va primero.

Y es que tanto para Tefi como para el resto de nosotros, nuestra familia, esa que habíamos formado entre todos, era lo más importante.

II

“Lo que pase a cualquiera de nosotras, tiene efecto sobre todas las demás”
Waris Dirie

Max y Luis no tardaron en irse juntos. Los cuatro pensamos que sería mucho mejor para Miriam que esa primera noche estuviese relajada y consiguiese descansar un poco. Aunque solo fuesen unas horas.

En cuanto Miriam salió de la ducha, Tefi le preparó una tila doble para que se la tomase. Lo que más me rompió el corazón fue que ella intentaba sonreír; a pesar de las palizas que había sufrido, porque a la vista estaba que no eran recientes, con nosotras parecía volver a la Miriam de siempre, risueña y alegre, que había conocido aquel día de mi llegada a la ciudad.

No quisimos presionarle ni preguntarle nada, no era el momento. Juntas preparamos algo ligero para cenar, sobre todo porque el estómago se nos había cerrado después de lo ocurrido. En cuanto terminamos de cenar y de recoger todo, nos abrazamos a modo de despedida y marchamos a nuestras habitaciones.

Tal y como había anunciado mi mejor amiga, ella y Miriam durmieron en su habitación. Tenía la certeza de que Miri se sentiría mucho más cómoda con Tefi; se conocían desde hacía años. Por mi parte, me acosté en mi cama y me quedé mirando esa mancha del techo de mi habitación sin saber muy bien cómo acomodarme para intentar conciliar el sueño; mancha que, por cierto, la había hecho Estefanía lanzando un *slime* para ver cuánto estiraba y si conseguía que se pegase a la pared. Spoiler: sí, se pegaba, y sacarlo del *gotelé* era misión casi imposible.

Jamás había vivido algo así. Era la primera vez que presenciaba una situación tan violenta. Es cierto que conocía un caso en el pueblo, aunque nunca vi nada. Se rumoreaba que Doña Milagros, una mujer mayor que asistía día sí y día también a la iglesia, era maltratada por su marido. No tenía ni idea de si ella vivía ajena a los chismes que se contaban y a lo que se hablaba a sus espaldas, pero la verdad era que jamás dio eco a esos rumores y seguía su día a día con normalidad. Se

me encogía el estómago de pensar el infierno que seguramente vivió y seguirá viviendo de puertas para adentro, porque los rumores que corren por los pueblos no suelen estar muy desencaminados de la realidad.

Di muchas vueltas en la cama. Mi cabeza no dejaba de repetir las mismas imágenes una y otra vez: la hostia de Luis, Miriam llorando y gritando para que Víctor se marchase, mi bofetón, Tefi abrazando a Miriam, Max petrificado, Max a punto de soltar un golpe a Víctor... El ciclo se repetía sin cesar, como un pez que se mordía la cola. ¿Cuántas veces habría pasado por la cabeza de Miriam, sin éxito, la idea de pedir ayuda?

A la mañana siguiente, algo más serenas y calmadas después de haber sido arropadas por los brazos de Morfeo, nos juntamos las tres para desayunar sentadas en el sofá.

—Dame una galleta de esas.

Tefi señaló a la mesita que teníamos delante del sofá, en donde había sacado variedad de galletas, pequeños bizcochitos y magdalenas.

—¿De estas? —pregunté señalando unas de chocolate. Mis favoritas.

—No, esas no, las otras.

—¿Estas?

—Sí, esas.

Estefanía cogió las dos galletas que le di y las mojó juntas en el café, algo que le gustaba mucho hacer y que repetía cada mañana como ritual de desayuno. Eso, y comer un bol de cereales que esa mañana ya se había metido entre pecho y espalda.

—Aún tenemos tiempo. —Miriam miró su reloj para comprobar la hora.

Estefanía dejó de masticar y la miró extrañada.

—¿Tiempo para qué? —preguntó con la boca llena.

—Para cambiarnos e ir a trabajar.

—Y unas narices —contestó volviendo a masticar y a tragar las galletas que tenía en la boca—. Alex sí que va a ir, que por cierto... —sacó su teléfono móvil y tecleó en él—, la recogerá Max. Ya le he avisado. Pero tú y yo vamos a ir a comisaría para que pongas una denuncia a ese imbécil.

Miriam se puso en guardia, su cuerpo se tensó. Desde que había pisado nuestro apartamento no habíamos abierto la boca en relación a lo acontecido el día anterior.

—Sí, no me mires así, hay que denunciarle ya. No puede salirse con la suya y destrozarte la vida como si nada.

—Tiene razón, Miri —dije con cariño—, no puedes permitir que te haga más daño y que otras chicas sufran lo que tú has sufrido. Víctor tiene que pagar lo que ha hecho ante la justicia.

—Pero es que él tiene un problema, ¿sabéis? Se pone muy nervioso y se altera porque tiene un trabajo muy agobiante, entonces cuando se pone nervioso yo le pongo más nervioso aún porque le pregunto que cómo está y le agobio más, pero lo hace sin querer. Él no quiere hacerme daño.

Tefi y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

—Que no te siente mal lo que te voy a decir Miriam, pero: ¡y unos cojones! Ese tío sabe perfectamente lo que hace, ¿o no escuchaste lo que le dijo a Alex ayer? Sabía cómo podía hacer daño y fue a joder. Y contigo igual. Ese tío es un machista que te dice cómo vestir, llevar el pelo y con quién ir, y encima se permite darte palizas cuando le sale de las pelotas. Mira, no. —Tefi, enfadada, siguió mojando las galletas en el café a pesar de que estás se habían ablandado y caído al fondo de la taza hacía varios segundos—. Ese tío es gilipollas.

—Eso es porque no le conocéis —Miriam negaba con la cabeza, nerviosa—. Mirad —sacó su móvil y nos enseñó el último mensaje—. Esta mañana me ha pedido perdón y me ha dicho que no lo volverá a hacer. Que le perdone, que fue sin querer.

Puse mi mano sobre la suya para acariciarla e intentar calmarla poco a poco. Era un golpe de realidad. Víctor le había llenado la cabeza de mentiras y falsas promesas, le había realizado un buen lavado de cerebro para convertirla en una mujer sumisa que vivía por y para él, y lo peor era que ella no terminaba de darse cuenta.

—No fue sin querer, Miriam. No lo fue. —Tefi dejó la taza sobre la mesita—. ¿Cuántas veces te ha levantado la mano? —Miriam se calló —. ¿Cuántas veces te ha insultado, menospreciado, ninguneado y obligado a hacer cosas que no querías hacer? —Miriam siguió guardando silencio—. No intentes excusarlo, no te creas sus mentiras Miri. Víctor es un maltratador de manual que ha entrado a tu vida para destrozarte y hacerse dueño de algo que no le pertenece y que solo te pertenece a ti misma; y ese *algo* eres tú.

Ella bajó la mirada clavándola en la taza que tenía sujetada con el humeante café de la mañana. Negarse algo como aquello a sí misma, era un símbolo claro de su extremada dependencia hacia ese tío.

—Él tiene llave de tu casa, ¿verdad? —Tefi la miró y Miriam asintió —. Cuando salgamos de comisaría, llamaremos a un cerrajero para que vaya a cambiar el bombín de la puerta y así evitar que él pueda pasar.

—Es lo mejor Miri, tienes allí todas tus cosas y tienes que sentirte segura en casa —añadí acariciando su espalda mientras ella daba los últimos sorbos a su café—. Y si necesitas que alguien de su testimonio

como testigo, puedes contar conmigo.

—Y conmigo. Y con Luis y Max también; nos lo dijeron anoche antes de marcharse.

Lo que hubiese dado por quitar su pesar de un plumazo, por pedir un deseo y hacer que lo que había sufrido nunca hubiese ocurrido o, al menos, hacer que se olvidase de todo aquello para siempre.

Terminamos de desayunar y me vestí rápidamente con lo primero que pillé. Y cuando digo lo primero que pillé me refiero literalmente a eso, no como ocurre en muchos libros en los que la protagonista dice eso y luego aparece despampanante y preparada para irse de fiesta. Pillé uno de los vaqueros y un jersey calentito en color gris, cepillé mi cabello suelto y me preparé en la puerta de casa hasta que Max me mandó un mensaje como que había llegado.

Bajé la escalera nerviosa. Miriam y Tefi habían salido antes que yo en dirección a la comisaría y habían quedado en que me informarían cuando saliesen de allí. Cuando abrí la puerta, le vi. Allí estaba Max, subido a su moto, con el casco puesto y mirando hacia el portal del edificio para verme salir. Ay por favor, ay por favor... Que el día anterior me había besado, bueno, nos habíamos besado. Se me encogió el estómago de golpe y la risa de tonta apareció en mis labios. Y sí, he dicho risa y no sonrisa, porque aquel esbozo de mis labios también fue acompañado del sonido de risa de niña de quince años en la edad del pavo.

Me acerqué intentando controlar la emoción y cogí el casco que me tendió Max.

Aún recordaba la primera vez que intenté subirme en la moto y la de miedos que pasaron por mi cabeza. Que si cuando me subiese, la moto iba a inclinarse demasiado hacia atrás por el peso y haría un caballito con una megacaída nuestra contra el asfalto de regalo; que si no iba a poder acelerar del todo porque mi peso lo iba a impedir; que si por agarrarme iba a desequilibrarle en plena marcha.... O bueno, directamente que si al subirme no podría controlar el peso de más en la moto y me pediría que me bajase, que no podía llevarme y que llamase a un taxi. Ahora, aunque a veces se cruzasen esos miedos por mi mente, me había dado cuenta de que para nada iba a pasar eso y mi nivel de nerviosismo frente a la bestia de dos ruedas era mucho menor. Aunque bueno, el truco para subir con más facilidad desde el bordillo continuaba, pero eso ya no dependía de mis miedos sino de mis piernas.

—Buenos días.

—Buenos días. —Y mi tic de risa nerviosa volvió a hacer su aparición. Porque si no lo hace, pues no me puedo quedar contenta saludando como una persona normal.

—Sube, morena.

¿Sabéis cuando compráis un helado en verano y el sol hace que se derrita y gotee por todo el cucurucho de galleta? Pues eso me pasaba a mí cada vez que me decía morena, que me deshacía.

Max puso la moto en marcha y nos adentramos a la marabunta de tráfico que a hora punta había en la ciudad. Llegamos al edificio de oficinas y lo primero que hice nada más bajarme de la moto y quitarme el casco, fue mirar el teléfono móvil y las notificaciones.

—¿Han dicho algo?

Negué con la cabeza.

—Si te avisan de algo, mándame un mensaje y bajaremos Luis y yo.

Entramos al edificio y fichamos antes de subir al ascensor. Tuvimos suerte, porque había tanta gente dentro que tuvimos que esperar al siguiente viaje y, cuando nos tocó, éramos los únicos que quedaban por subir.

Nada más pasar al interior, las puertas se cerraron.

—¿Estás bien? —La voz de Max me hizo levantar la mirada.

—Sí, bueno, un poco preocupada.

—¿Cómo tienes la mano?

Ambos sonreímos quitando un poco de peso al drama.

—Creo que bien —abrí y cerré mi mano derecha varias veces—, pero espero que la cara de Víctor no lo esté tanto.

—Tranquila, estoy seguro de que se acordará de Luis y de ti durante un tiempo.

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir. Había llegado mi momento de bajar y me dispuse a hacerlo pero Max me retuvo tirando suavemente de mi brazo y poniendo su mano libre en el sensor de cierre automático.

Cuando me giré, él se inclinó y volvió a besarme de manera suave en los labios. Dulce y pausada. Cuando nos separamos, soltó mi mano y quitó la otra del sensor. Debí quedarme más tiempo del que debía sin moverme y aún embobada mirándole, porque las puertas comenzaron a cerrarse solas. Menos mal que Max reaccionó rápido y volvió a poner su mano en el sensor para que las puertas se abriesen de nuevo. Después de reírnos por mi momento “estatua de piedra”, salí del ascensor y le dije adiós con la mano varias veces hasta que las puertas volvieron a cerrarse.

Tenía en ese momento una sesión de fuegos artificiales en la boca de mi estómago, como el gran castillo de final de fiestas de cualquier verbena de pueblo.

Aún sin poder borrar la sonrisa de mi cara y andando que parecía que estuviese dando pequeños saltitos, me encaminé hasta la puerta de reprografía para empezar el último día de trabajo de esa semana.

III

“Ignoramos nuestra verdadera estatura hasta que nos ponemos de pie”
Emily Dickinson

Entre papeleo, fotocopias y pedidos varios del resto de mis compañeros de oficina, se me pasó la primera parte de la mañana volando.

Me gustaba aquel trabajo. Bueno, "gustaba"; y lo pongo entre comillas porque en las horas clave en las que todos los trabajadores de la empresa sentían la imperiosa necesidad de bajar a por unas copias de última hora o a reponer material de papelería de sus departamentos, quería tirarme de los pelos. Parecerá una tontería lo que estoy diciendo... pero creedme: la empresa es demasiado grande y una única persona en reprografía tiende a ser insuficiente. Lo bueno de todo eso era que aquello se me daba bien, más específicamente tratar con la gente y poner buena cara, así que gran parte del propio desempeño del puesto lo tenía conseguido. Sí, hace falta mucha paciencia, más de lo que me pensaba al aceptar ese cambio de vida con un par de cervezas encima.

A media mañana llegó Tefi. Eran mis minutos de descanso así que hice una pequeña parada para poder hablar con ella y saber cómo había ido todo en la comisaría con Miriam. Ambas me habían tenido en ascuas toda la mañana.

—¿Ha valido tu excusa para tu jefe?

—Sí. Se la ha tragado al completo.

Tefi y Miriam habían hablado esa mañana durante el desayuno de la versión que darían para llegar tarde al trabajo. Ella contaría que había pasado parte de la mañana haciendo teletrabajo desde casa y organizando el material que tenía ya recabado del expediente con el que andaba entre manos. El cliente era tan importante que su superior le había concedido unas horas a la semana de teletrabajo para facilitarle las cosas. Tenía que hacer la presentación en dos semanas sí o sí, así que era primordial que aprovechase hasta el último minuto de su jornada laboral para ello. Y si eso significaba alejarse del follón de la oficina y de las reuniones banales, él no iba a poner ningún obstáculo a Tefi.

Miriam, por el contrario, había planeado decir que había asistido a la asesoría a primera hora para revisar mi contrato temporal y ver cómo iba el tema de la baja que yo estaba cubriendo. Todo muy calculado y muy pensado para que nadie notase lo más mínimo.

—Bueno ¿y qué? —pregunté nerviosa—. ¿Qué tal ha ido todo?

—Mal. Bueno, mal pero bien.

—¿Puedes ser más específica?

—No hemos entrado a la comisaría. Miriam se ha negado, le quiere y no quiere ponerle ninguna denuncia porque dice que todo esto que ha pasado ha sido porque está muy estresado y agobiado en el trabajo, que él no es así. Que si fuese mala persona no le pediría perdón ni se habría arrepentido, y que él sí que lo hizo.

—¿No ha puesto ninguna denuncia ni hablado con la policía?

Tefi negó con la cabeza. Me senté en la silla soltando todo el aire que tenía en los pulmones. Miriam era una chica maravillosa que se había ganado mi cariño en esos meses. Era muy buena, paciente, tranquila, inteligente... No se merecía lo que le había pasado. No se merecía lo que le estaba pasando.

—¿Entonces qué? ¿Habéis venido justo después para acá? Porque habéis tardado mucho. ¿Has hablado con ella para hacerle entrar en razón?

—Espera, no corras. —Tefi hizo un ademán con la mano para tranquilizarme—. He hablado con ella, pero no he conseguido que entrase, ha sido imposible; y aunque nosotros sepamos qué es lo que debe hacer y que ese Víctor de los cojones no se merece ni los buenos días, es ella la que tiene que hacerlo. No podemos obligarla.

—¿Y si denunciamos nosotros como testigos o algo así? A lo mejor conseguimos algo.

—Sí, que ella se rebote contra nosotros y se alíe más con él. Lo mismo hasta niega lo que ha pasado.

—¿En serio?

—Alex, ese tío asqueroso le tiene lavado el cerebro. Le ha comido la cabeza y metido mierda de nosotros. Lo único que le falta es utilizar nuestra denuncia como prueba de "mira, no nos quieren juntos, no quieren que seas feliz".

—Qué desgraciado.

—Eso es poco para definir al... al... —Su voz se perdió buscando el calificativo que mejor le representase, pero no había adjetivo en el mundo para definir a semejante ser, cacho de trozo de carne asqueroso, retrógrado e imbécil, que se había cruzado en el camino de nuestra amiga y le había destrozado la vida.

—¿Y entonces qué es lo que ha ido bien? Porque de momento lo veo todo bastante negro.

—Hemos cambiado la cerradura de su casa, bueno, el cerrajero, así

que de momento sabemos que no va a entrar en su casa cuando ella esté allí.

—Algo es algo...

—Y también he conseguido que se quede con nosotras una semana al menos, para que se relaje un poco y se recupere. Aunque no creo que lo que le pase se borre y pueda recuperarse en una semana, la verdad.

—¿Y no podemos hacer nada más para ayudarla?

—Nos queda una cosa...

Tefi me miró ladeando sus labios hacia un lado en una mueca pensativa sopesando la situación. Algo le rondaba la cabeza, eso estaba más que claro.

—Después de eso hemos parado a un bar a almorzar y hemos estado hablando. Sabía que no la iba a convencer para lo de la comisaría, pero sé que hay psicólogas especializadas en el centro de la mujer para este tipo de situaciones.

—¿Conoces a alguna de ellas?

Tefi había estado tiempo atrás muy unida a ese lugar. Ella pertenece al colectivo LGTBIQ+ y siempre había querido involucrarse en temas de protestas, manifestaciones y charlas. Incluso dio alguna que otra charla en institutos contando su experiencia gritando al mundo quién era y lo que le gustaba, y lo digo de esta forma ya que Estefanía odiaba esa frase tan típica de "salir del armario", porque eso significa que durante años estuvo encerrada y ella siempre se ha sentido y ha sido libre, le dijesen lo que le dijesen los demás, opinasen lo que opinasen de ella.

Lamentablemente este último año le había sido más complicado sacar tiempo para esas cosas debido a que había estado trabajando muy duro, dentro y fuera de su horario laboral, para conseguir el ascenso que tanto se merecía.

—Sí, a una, aunque creo que no sigue en activo allí —chasqueó la lengua y continuó—. La cosa es que leí la última vez que pasé por allí que había un grupo de mujeres que habían sufrido violencia de género, algo así como un grupo de ayuda, un espacio seguro donde expresarse y compartir la carga... No las tenía todas conmigo porque no la veía muy por la labor, pero al final he conseguido que me acompañase hasta allí para confirmar si seguía existiendo ese grupo o no.

—¿Y...?

—Existe. Se reúnen todas las semanas los sábados por la tarde y cuentan con una abogada y una psicóloga, que no es la que conocía, por cierto. —Tefi respiró hondo y continuó tras soltar todo el aire de sus pulmones—. He conseguido que acepte ir mañana por la tarde.

—¡Pero eso es genial! ¿No?

—Sí, a ver, es un paso pequeño, pero tengo la esperanza de que gracias a las otras mujeres del grupo y a la psicóloga que es la que organiza las reuniones y tal, ella se dé cuenta de lo que ha estado sufriendo, de que Víctor es un maltratador, y se decida finalmente a denunciar.

—Seguro que sí. La psicóloga sabrá ayudarle y hacerle ver la realidad.

—No lo sé, Alex, no tengo ni idea. —Tefi se veía visiblemente abatida.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella. Alargué mi mano y la apoyé sobre la suya con cariño, esbozando una tímida sonrisa.

—Tranquila, todo saldrá bien.

La relación que Estefanía y yo teníamos era una amistad fuerte. La una estaba para la otra siempre que lo necesitábamos, y cuando no lo necesitábamos también, que muchas veces no lográbamos expresar con gestos y palabras lo que nos hacía falta, pero el abrazo de alguien que sabías que te quería y que lo hacía de la mejor forma que se podía querer a alguien, era lo mejor que te podía pasar.

El resto de la jornada transcurrió sin problemas. Comimos juntos y, para esa hora, Max y Luis ya estaban al tanto de lo que había pasado; Tefi se había encargado de ello al salir de mi sala de trabajo. No dijimos nada del tema durante la comida, lo que sí hicimos fue hablar de cualquier otra cosa que se nos pasaba por la cabeza, incluso recordando momentos absurdos de las noches de cervezas en el bar de siempre o comentar cosas del trabajo. Cualquier cosa que nos hiciese desconectar de lo vivido la noche anterior.

Max me avisó de que él y Luis debían de quedarse un poco más para terminar lo que estaban haciendo, así que le mandé un mensaje para decirle que volvía a casa con las chicas y que ya hablábamos esa noche o al día siguiente. Me habría encantado despedirme de él con un nuevo beso, aunque fuese corto como el de esa mañana en el ascensor, pero no pudo ser.

A la salida, Tefi y Miriam me esperaban para volver a casa con varios archivadores y carpetas a cuestas.

—No preguntes —dijo Miriam al ver mi cara casi desencajada permitiéndose sonreír un poco.

—No, no; que pregunte, que pregunte. —Tefi me animó con la mano libre a que hablase.

—Está bien —asentí lentamente frunciendo el ceño—. ¿Qué es eso y por qué vais así de cargadas?

—Es mi trabajo de fin de semana. Necesito ordenar y clasificar lo que sirve y lo que no sirve para poder centrarme en lo que necesito saber y tener en cuenta para hacer mi trabajo. ¿No es genial? —Tefi sonrió de manera sarcástica.

—¿Y vas a llevarte trabajo para el fin de semana? ¿Tú?

Si había algo que ella jamás haría, sería llevarse trabajo a casa para hacer en su tiempo libre durante un fin de semana; de lunes a viernes puede, pero ¿un sábado? Jamás. Jamás de los jamases del mundo mundial.

Bueno, hasta ese día.

—Sí. Es que tengo que conseguir ese ascenso, esta vez no lo puedo dejar escapar.

—Mejor dicho, esta vez no te lo pueden quitar —apuntilló Miriam.

Méritos para conseguir ese ascenso tenía demasiados, el problema allí era más que su jefe no confiaba en ella... por ser mujer, claro, porque bien que había confiado en otros compañeros que llevaban menos tiempo que ella en la empresa y que apenas habían conseguido un 10% de lo que ella había conseguido desde que puso el primer pie en las oficinas.

—Bueno, eso —Tefi asintió—, así que este fin de semana toca hincar los codos y dejar todo listo para la semana que viene, porque si consigo presentar el expediente terminado antes de fecha sí que me dan el ascenso. Estoy segura.

—Anda, dadme algo, que os ayudo. —Agarré uno de los archivadores y lo miré asustada por su peso—. Pero, ¿qué llevas aquí? ¿No funcionan las memorias externas del ordenador para evitar cargar con todo esto?

—Sí, pero soy de la vieja usanza. A mí una copia en papel que pueda pintarrajear y subrayar, me da la vida para trabajar.

Miriam puso los ojos en blanco mirando a Tefi.

—Que sí, que luego lo reciclo todo en el contenedor azul cuando ya no lo necesite —Tefi se encogió de hombros y bromeó—, anda que se le va a escapar algo a esta.

Pedimos un UBER para volver a casa del trabajo y sin que sirviese de referente, porque ir así de cargadas en el metro era una verdadera locura y un peligro de narices. ¿Y si se perdía algún documento importante? Que ya había dicho ella que eran copias y los originales estaban a buen recaudo pero... El peligro de que justo se perdiese un documento importante para su presentación, estaba ahí.

Llegamos a casa y subimos cargadas todos los pisos. Aquello fue peor que cuando lo hicimos cargadas con bolsas de ropa el día de mi llegada. Mucho peor.

Entramos a casa y cerramos la puerta detrás. Tefi colocó todo sobre una esquina del suelo, ya que el apartamento no es que fuese enorme y tampoco tenía mucho lugar de almacenaje, para ser sinceros. Ni qué decir que el que tenía estaba ocupado y más que ocupado por nuestras cosas, porque a esas alturas yo ya tenía algunas mías rondando por armarios y cajones.

Picoteamos algo de merendar, vimos una película juntas y uno de esos programas que dan por la tele de preguntas de cultura general en el que participan equipos con varios jugadores. Al nuestro le pusimos entre risas "Las del 53", en honor a los metros cuadrados del apartamento; y debo decir que no nos fue tan mal y que si hubiésemos ido de verdad al programa nos hubiésemos ganado varios miles de euros.

—¡Esa no, tío! —Tefi lanzó un puñado de palomitas a la pantalla plana del televisor—. Estás tonto, de verdad, es la respuesta C; la C, no la A.

—A lo mejor es la A —comenté dando un trago a la cerveza.

—O la B —Miriam me miró de soslayo divertida.

Ambas sabíamos que era la C, pero nos encantaba picar a Tefi porque tenía una manera muy divertida de ver esos programas: hablaba directamente con los participantes y el presentador o la presentadora de turno, como si la estuviesen escuchando de verdad. Aquello me recordaba a mis padres y me ablandaba el corazón.

—Que no, que es la C. ¡Me queréis hacer caso de una vez! Mira, antes habéis dicho la otra y si os hubiese hecho caso, habríamos perdido cinco mil pavos. —Metió varias palomitas a su boca y antes de tragar, habló con la boca llena—. ¿Por qué no me hacéis caso nunca? ¿Qué os he hecho yo?

Miriam y yo ahogamos la risa bebiendo de nuevo de nuestros botellines de cerveza. Hacer rabiar a Tefi de aquella manera sin maldad, era muy divertido.

El presentador, tras unos segundos de suspense en los que los concursantes del programa tenían el corazón en vilo y la posibilidad de llenar sus bolsillos con dos mil euros más, dio finalmente la respuesta correcta. Como era de esperar, la C.

—¡Toma ya! —de la emoción, varias palomitas cayeron del bol al sofá. —¿Veis como tenía razón?

—La próxima vez que salga el número para llamar y apuntarnos, nos apuntamos. —Miriam, sonriente aunque con las marcas de Víctor en su rostro aún visibles, asintió segura de lo que decía.

—Y con lo que nos toque, nos vamos de cena y de fiesta las tres solas —añadí.

—¡No! Con lo que nos toque, nos montamos una empresa las tres y le dan por culo a mi jefe y al ascenso.

—Eso está hecho —apoyó Miriam.

—Las tres juntas —asentí divertida.

—Eso, las tres. Pero hacedme caso, puñeteras, que como perdamos será por culpa vuestra.

IV

“El acto más valiente es pensar una misma, en voz alta”
Coco Chanel

El sábado llegó y, con él, un nuevo fin de semana que prometía ser cuanto menos intenso. Estefanía había logrado que Miriam se apuntase a un grupo de ayuda en el que pudiera escuchar otros testimonios de mujeres que habían sufrido lo que ella. Que habían tatuado en su piel lo que era vivir con un maltratador día tras día.

En el fondo teníamos la esperanza, no solo Tefi sino el resto del grupo de amigos, de que ella se sintiese identificada en esos relatos y quisiera dar el paso que debió de dar desde el primer momento: denunciar ante la policía. Pero claro, desde fuera todo se ve infinitamente más fácil y sencillo, como si tomar esa decisión no fuese duro, como si reconocer que lo que te está pasando a ti y que jamás pensaste que te pudiera llegar a pasar, no fuese como un golpe en las costillas. Por si eso fuera poco, hay ocasiones en las que avanzar y salir del agujero es más complicado porque incluso las víctimas tienen pensamientos negativos recurrentes en los que se echan la culpa, pensamientos que les llevan a preguntarse continuamente el motivo por el cual han bajado la guardia tantísimo como para dar acceso a alguien así, sin escrúpulos. Y no se dan cuenta de que esa manera de pensar, en la que crees que lo que pasa es culpa de la víctima y no del verdugo, está fomentada principalmente por haber vivido sometidas a su maltratador y haber sufrido su manipulación, y que jamás de los jamases la víctima tiene la culpa. Nunca, por mucho que su maltratador se lo haga ver, por mucho que en ocasiones la sociedad lo demuestre con comentarios ignorantes del tipo *"algo habrás hecho para que te pegue", "llevabas demasiado escote", "la falda que tenías puesta era demasiado corta",* o *"no está bien que tengas amigos chicos ahora que tienes pareja"*.

Pero antes de que llegase la tarde y acompañásemos a Miriam a su reunión, sin entrar, solo hasta la puerta para que se sintiese arropada por nosotras, habíamos decidido ir juntas a picar algo a media mañana. ¿Qué mejor que un ratito con tus seres queridos entre tapas de tortilla y patatas bravas?

—Joder, es que me encanta este sitio.

Tefi soltó aquello nada más sentarnos en una de las mesitas de la terraza. No era muy grande, pero a bonito no le ganaba ningún local cercano. Tenía su encanto con una decoración particular que mezclaba cosas tan dispares como plantas aromáticas colgadas de las paredes en tiestos de colores, con figuras y esculturas de esbeltos canes y cajas de madera distribuidas aquí y allá sin más desempeño que el de ser mera decoración. Eso le daba su toque característico, algo que te hacía recordar el local y querer volver pronto para disfrutar de su esencia; ¡y vaya si iba a volver por allí!

—¿Cómo no me habías traído por aquí antes? —pregunté después de que la camarera, con una amplia sonrisa de bienvenida, nos tomase nota de las bebidas.

—Porque han estado cerrados durante un par de meses.

Tefi se encogió de hombros nada más decir aquello y Miriam hizo un ademán con la mano antes de tomar la palabra.

—Resulta que los dueños tienen dos locales, uno en la sierra y este. Turnan los meses de apertura entre uno y otro porque, con cada nueva reapertura, cambian un poco la carta aunque mantienen sus tres platos principales.

—¿En serio? ¿Y eso les trae cuenta? ¿No sería mejor contratar a más gente y tener dos locales abiertos siempre?

Me hizo gracia ver a las dos encogiéndose de hombros a la vez, pero a juzgar por sus gestos, entendían por qué el dueño hacía aquello.

—¿Es una manera jodidamente rara de llevar tus negocios? Sí, pero te aprovechas de la "novedad" de la reapertura con nueva carta para atraer publicidad, clientes fijos y nuevos clientes.

—Tefi tiene razón. Verás, lo nuevo siempre atrae mucho más que lo común y ya conocido, así que se aseguran esa carta bajo la manga.

—Y encima si cocinan de puta madre y hacen la mejor tortilla de patatas de la ciudad, se garantizan que quienes venimos estemos deseando que vuelvan a abrir para lanzarnos de cabeza a consumir en su tasca. Todos ganamos. —Tefi asintió torciendo la comisura de sus labios hacia abajo en un gesto terriblemente gracioso que me hizo reír —. Vaya estrategia de *marketing* más cojonuda. Se me tendría que haber ocurrido a mí.

—¿Y los trabajadores no se mosquean cuando los despiden? —pregunté confusa.

Miriam negó con la cabeza.

—No, porque estos trabajadores son los mismos que luego están en el otro local. Queda un poco retirado de aquí, pero cuando trabajan en ese local les pagan un plus de transporte para costear el gasto extra de desplazamiento.

Tefi y yo la miramos alzando una de nuestras cejas. ¿Cómo estaba Miriam tan enterada de aquello? Ella sonrió amable y retiró el cabello rizado hacia atrás de su oreja.

—Es que el año pasado conocí a uno de los camareros que trabajaban aquí y me lo contó en una de nuestras conversaciones. Se llamaba Sergio, era muy majo; lástima que tuviese que mudarse por temas familiares.

La camarera nos trajo el pedido de bebidas: tres cervezas.

—Vaya, Tefi te está llevando por el mal camino. —Miriam sonrió.

Cuando llegué a la ciudad lo último que esperaba era que para mí fuese completamente normal pedir una cerveza en vez de un botellín de agua o un refresco, sin embargo, tras varios meses había cambiado de parecer. Y eso no significaba que solo bebiese alcohol día sí y día también, sino que no me importaba tomarlo de vez en cuando.

—¿A quién no le va a gustar una cervecita fría de buena mañana?

Tefi se llevó el botellín a los labios tras hablar.

De picar pedimos tortilla, porque en palabras de ambas era un sacrilegio no pedir esa tapa, ¡y tenían muchísima razón! Pedimos dos de esa, una de queso curado y unas patatas bravas. Sí, nos encantaban las patatas; ¿qué podía haber mejor que ellas que las hicieses de la forma en que las hicieses, todo les queda bien?

Probamos aquellos manjares de los dioses, esa tortilla medio cruda por dentro que tenía un aspecto de lo más delicioso y ese queso, fuerte y sabroso, que te dejaba un ligero picor en la lengua. Pero para picor el de la salsa de las patatas bravas; ¿con qué demonios lo hacían? Al menos mi reacción al meterme una a la boca y toser tanto que casi hecho la primera papilla, sirvió para que todas nos partiésemos de risa en medio del local.

Cuando salimos de allí fuimos directamente a casa. Mi teléfono móvil sonó varias veces en el UBER aunque no miré para él e intenté hacer como que no pasaba nada. Porque sabía quién estaba detrás de aquellos mensajes y me ponía roja solo de pensarlo. Tanto Miriam como Tefi me miraron de soslayo y compartieron gestos cómplices, pero ninguna dijo nada... Hasta que cruzamos el umbral, claro, porque en cuanto mis pies pisaron el suelo del salón aquello fue otra historia.

—Qué solicitada estás hoy ¿no?

Tefi me miró con media sonrisa alzando una de sus cejas en gesto divertido. A juzgar por su entonación, ella tenía una idea bastante clara del culpable del tilín-tilín del teléfono.

—Son notificaciones de INSTAGRAM.

—Sí, claro, de "INSTAGRAM"...

Miriam ocultó su risa ante la reacción de Estefanía y caminó hasta la zona de la cocina para echarse un vaso de agua.

Miré a ambas y mis mejillas se colorearon; ya me había convertido de nuevo en la niña de quince años inexperta en el amor y las relaciones románticas.

—¡Max! —alzó la voz Tefi con los ojos muy abiertos.

Miriam casi escupe el agua.

—¿Max? —Miriam tardó menos en recorrer el camino de vuelta hasta el sofá que Tefi en asentir como respuesta a su pregunta—. ¿Max, nuestro Max?

—Sí, sí; *Máximus Prime* —confirmó mi mejor amiga en tono divertido y travieso.

Obviamente Tefi tenía cierta ventaja ante aquello porque había vivido el surgir de nuestro acercamiento desde el primer momento; Miriam, por culpa del cara seca maltratador de las narices, se había perdido demasiadas salidas y quedadas con el resto de nosotros como para percatarse de aquello.

Intenté escabullirme del tema y en ese momento fui yo la que caminó hasta el frigorífico a pillar agua para llenar mi vaso. O cerveza. O vino. O lejía si hacía falta con tal de tener la boca ocupada para no decir nada.

Que no se me entienda mal... Claro que quería compartir lo que estaba sintiendo con mis amigas, por supuesto que me hacía ilusión estallar de felicidad y sentirme arropada... ¡Que Max me había besado dos veces! Pero seguía sintiendo ese miedo interno a abrirme y contar mis sentimientos, porque mi cabeza seguía repitiéndome aquello de que la gente pensaría que a dónde iba yo con alguien como Max, que él se merecía a una chica espectacular y yo no era así ni cerca estaba de ello. Claro, que en ese momento aún no me había dado cuenta de que sí, que yo era espectacular tal cómo era, y que todas y cada una de las personas que habitamos este planeta lo somos, porque todos y cada uno de nosotros tiene algo que lo hace ser especial, único y diferente.

—Venga, mujer, que Miriam se merece saberlo.

—Sí, me lo merezco —asintió curiosa y emocionada.

—Pues...

Dejé el vaso sobre la encimera, lo volví a coger, lo dejé de nuevo y finalmente lo agarré para llevarlo hasta el sofá y sentarme con ellas. Tefi alternó la mirada de Miriam a mí con una sonrisa digna de una plena conocedora del tema, a la espera de que le contase a la pelirroja de bucles infinitos la historia desde el principio.

—Nos hemos besado. Bueno, me besó él.

—¿Que te qué?

A Tefi aquello le pilló por sorpresa, porque ni ella misma sabía de

los últimos avances de mi relación con Max. Miriam, mientras tanto, no se perdía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Ni palabra ni gesto, que el lenguaje corporal muchas veces dice más que la propia voz.

—Sí, en el parque botánico. —Sonreí tímida.

—¡Ay, que me da! Pero, ¿por qué no sabía yo eso?

—¿Tú tampoco lo sabías? —Miriam preguntó a Tefi ocultando sus ganas de reír por lo exagerada que era mi mejor amiga a veces. Tefi negó como respuesta aún con la boca abierta.

—Porque fue hace dos días y había cosas más importantes para hablar que eso.

Las tres intercambiamos una mirada, Tefi rebajó su emoción y Miriam me agarró de la mano en un gesto cómplice y en cierto modo de disculpa; porque ella sabía que la cosa importante tenía que ver con ella y porque esa manía de bombardearse con la culpa de todo como si fuese verdad que la tuviese realmente, aún acechaba en su mente.

—Bueno, cuenta, pero desde el principio, que creo que me he perdido demasiado estos meses...

Y lo hice. Le conté lo que sentí la primera vez que le vi en aquel bar con el cubo de cervezas delante de él a la espera de que llegásemos todos, también de mi primer viaje en moto, de nuestras conversaciones al calor de un vaso de chocolate y unos churros recién hechos; de la visita a su barrio, del mural del edificio donde se encontraban muchos de los vecinos y hasta Calcetines, el gato callejero. También de cómo consiguió mi teléfono móvil y de los mensajes que habíamos compartido a diario desde entonces, de nuestras confidencias, de las promesas de enseñarme a jugar al *Donkey Kong*, de las miradas cómplices cuando quedábamos todos, de lo bien que huele y lo mucho que me gusta estar a su lado, de la cita en el jardín botánico y del momento elegido para besarme por primera vez.

Ver sus caras era como ver una película en modo acelerado, y sus gestos de cariño, palabras de emoción y hasta gritos de alegría o los "ay tía, que me da" de Tefi, eran el aliciente necesario para terminar de soltarme y saber que a su lado era de todo menos juzgada, y que junto a ellas no tenía que temer absolutamente nada, porque aquel par de mujeres tan distintas a mí eran los pilares que necesitaba en mi vida y porque, a pesar de que una de ellas hubiese llegado a mí hacía relativamente poco, tenían parte de mi corazón.

—Me he emocionado —confirmó Miriam nada más terminar de contarles todo.

—Me cago en la hostia con el Max. Pues sí que es un trozo de pan...

No pude evitar reírme con las palabras de Tefi recordando la noche

del karaoke.

—Qué bonito... —Miriam pareció recordar algo en ese momento e hizo aspavientos— ¡Mira el móvil! ¡Que a lo mejor te ha dicho de quedar!

—Eso, penca, míralo y no le tengas esperando. Y cuéntanos lo que te dice ya de paso. —Tefi se acercó y miró por encima la pantalla bloqueada del teléfono que había tenido durante parte del relato en mi mano.

Tras leer sus mensajes en los que me invitaba a jugar a la consola esa tarde en su casa, Miri y Tefi se pusieron como locas.

—Venga, dile que sí —me animó Miriam.

—Es que le va a decir que sí, porque si le dice que no me la cargo.

Obviamente, le dije que sí, pero después de acompañar a Miriam hasta la puerta del local donde tendría la reunión con el grupo de ayuda a mujeres maltratadas. Tras darle al botón de enviar, miré a Tefi.

—Y ahora tú llama a Alba y queda con ella también. Que tienes que preguntarle eso que me dijiste que le preguntarías y que no has hecho... ¿eh? ¿Eh? ¿Eh? —dije dándole con mi hombro en el suyo en cada "eh".

—¿Qué pregunta? —La cara de Miriam se transformó un poco y se debatía entre el miedo y la emoción. A juzgar por su gesto, seguramente hasta se le llegó a pasar por la cabeza algún tipo de propuesta de matrimonio acelerada.

—Que si quiere formalizar las cosas —contestó Tefi sonriente—, ser novias. Que no me van las etiquetas y me parece una chorrada tener que ponerlas... Pero me hace ilusión llamarla novia, ¿sabéis? Es raro.

—Qué tonta eres, pues claro que te hace ilusión. —El miedo en el gesto de Miri desapareció y dejó lugar únicamente a la felicidad y emoción por su amiga del alma.

—Venga, pues queda con ella y luego por la noche, cuando salga de la reunión, pedimos comida china para pasar una noche de chicas y me contáis cómo os ha ido. ¡Pero quiero todos los detalles!

Sabíamos que Miriam tenía miedo por lo que esa reunión significaba para ella, pero su actitud no hacía más que sorprenderme. Era una tía que enfrentaba sus miedos costase lo que costase, y yo no podía más que admirar su fuerza e ímpetu.

Cuando conseguimos deconstruirnos y entender las relaciones entre nosotras como lo que deberían ser en verdad y no como nos dicen que deben ser, compitiendo entre nosotras para ser la que despunta entre el resto, la que merece al mejor chico, el mejor trabajo, las mejores ventajas... Es cuando nos damos cuenta de que, en realidad, la relación entre mujeres debería ser lo opuesto y que lo mejor que podemos hacer entre nosotras es apoyarnos, escucharnos,

acompañarnos y alegrarnos por ver avanzar y mejorar al resto.

Séptimo Cambio:

Desnuda

I

“Tu cuerpo y la forma en la que lo compartes con el mundo deben ser una elección propia”

Lena Dunham

Habíamos acompañado a Miriam hasta el lugar de la reunión, un bonito centro comunitario que reservaba todas las semanas la misma asociación de mujeres para que, las que quisieran, pudieran participar. También se encargaban de dar charlas informativas sobre violencia de género, feminismo e igualdad de oportunidades, y hasta tenían clubs de lectura de libros como *Una habitación propia* de Virginia Wolf o *Mujeres y poder* de *Mary Beard*. Me pareció algo muy interesante, en el pueblo nunca escuché nada parecido; además, aquellas iniciativas podrían ayudar a las mujeres a encontrarse a sí mismas y a entender la relación con otras mujeres desde un prisma diferente.

Después de que Miriam entrase y se despidiera de nosotras hasta la noche, ya que la reunión se componía de varias partes en las que compartían sus experiencias, merendaban, exploraban su creatividad con talleres y charlaban de manera distendida para conocerse mejor, Tefi y yo nos encontramos con Alba en un parque cercano al centro comunitario. Cuanto más veía a esa chica, mejor me caía. Tenía algo especial que te hacía estar feliz a su lado, como un halo raro de tranquilidad. Esa tarde descubrí que era una gran amante de los animales, que ayudaba como voluntaria en un refugio para perritos abandonados y que la cita que había preparado para mi mejor amiga ese día iba a ser muy peculiar, porque la llevaría a conocer el refugio y a su familia peluda de cuatro patas. ¿Puedo ya afirmar que sonreí como una tonta, sumamente emocionada, sabiendo que además de lo que tenía planeado Alba, Tefi le pediría formalizar la relación? Si es que no podían ser más felices juntas, y yo el doble, si es posible, de verlas con esa complicidad y sonrisas permanentes en los labios.

Antes de ir en coche al lugar del refugio de animales, Alba me acercó hasta la puerta del edificio donde vivía Max. Y más nerviosa

que un flan de huevo recién hecho, me bajé del coche a la vez que Tefi bajaba la ventanilla.

—Pásalo bien... —y, cómo no, su movimiento de cejas y sonrisa ladeada no dejó lugar a dudas del sentido de sus palabras.

—¿Qué? ¡No! O sea, sí, pero no así —contesté haciendo ademanes con las manos y mostrando mi nerviosismo.

—Sí, lo que tú digas, pero pásalo bien. Ya me contarás, ya. —Tefi lanzó una sonrisita y Alba ocultó la suya para no ponerme más nerviosa de lo que ya estaba—. Anda, penca, tira para arriba. Vive en el 6ºC de la escalera izquierda.

Asentí a sus palabras y me despedí con la mano dándome la vuelta y caminando hacia el portal. "Piso 6ºC. Piso 6ºC. Piso 6ºC", me repetía sin parar para no confundirme. Cuando di cinco pasos me paré en seco.

—Espera —me giré alzando la voz—, ¿has dicho escalera izqu...? —mala suerte, el coche de Alba acababa de incorporarse al tráfico—. Mierda.

Volví de nuevo a retomar mi camino y aproveché que salía alguien del edificio para entrar sin llamar al interfono. ¿Era buena idea sin estar segura del piso exacto en el que vivía Max? Ni de coña. ¿Podría haber llamado a Tefi o mandado algún mensaje para que me confirmase la escalera correcta? Sí, pero no caí.

Me decidí por la escalera izquierda porque era la que más me sonaba, básicamente, aunque mientras entraba en el cubículo seguía dándole vueltas a si realmente estaba subiendo al lugar correcto o no. Puse el ascensor en marcha pulsando el botón con el número 6 en él y las puertas se cerraron unos segundos después. Tras llegar al sitio y volver a abrirse delante de mí, salí y busqué la puerta del 6ºC.

Me coloqué delante de ella y arreglé mi ropa, mi cabello y hasta los pelitos de mis cejas que, a veces, se despeinaban hacia arriba ellos solitos y me hacían parecer un poco... salvaje, digámoslo así. No había cosa que me diese más rabia que eso. Toqué la puerta del apartamento, que creía que era de Max, y esperé paciente a que me abriese mientras jugaba con la tela del mono en color caqui que estrenaba ese día. Por dentro casi tenía más miedo de haberme equivocado de escalera y que me abriese algún desconocido cerrándome después la puerta en los morros preguntándose quién narices le había molestado a esas horas de la tarde, que de dejarme algún pelo alborotado en mis cejas a lo *Grinch*, también lo digo.

Finalmente, y tras segundos que me parecieron eternos, la puerta se abrió y apareció Max. ¡Bien! ¡No me había equivocado! En cuanto me vio sonrió, y a mí me desarmó por completo. ¿Podía ser más guapo que cuando sonreía? Que, a ver, Max era guapo sonriese o pusiese esa cara de concentración tan graciosa que ponía cuando leía algo en la

pantalla del ordenador o en el teléfono móvil, pero ya me entendéis.

—Bienvenida, morena. Adelante.

Le devolví la sonrisa y aparté el cabello hacia detrás de mi oreja antes de entrar a su apartamento.

El recibidor era realmente un pequeño espacio de cuatro metros cuadrados que servía, a la vez, de distribuidor de la casa. Había cuatro puertas, dos al frente de la principal, una a la izquierda y otra a la derecha. Antes de saber lo que había detrás de cada una de ellas, Max colocó una de sus manos en mi cintura y la otra bajo mi mentón para alzarlo suavemente y besar mis labios.

—Eres preciosa —susurró al separar sus labios de los míos para luego volver a besarme, esta vez de manera más frugal.

Algo en mi interior revoloteó. No había dicho "estás preciosa" o "qué guapa te has puesto", ni mucho menos habló de lo bonita que era la ropa que había escogido y con la que, por cierto, cada vez me sentía mejor llevando, aunque marcase mis curvas y mostrase mi cuerpo escondido durante años bajo ropa ancha y deportiva. Él me había dicho "eres", del verbo ser, vamos, del famoso ser o estar del *to be* en inglés que aprendemos cada uno de los años de primaria. Y hasta del instituto, si me apuras un poco. A sus ojos era guapa… ¡Yo! Sonreí atontada, porque creedme cuando os digo que, en aquel momento, a juzgar por mi cara, podría haber sido sacada perfectamente de una película de adolescentes que han probado la maría por primera vez, sin ser yo nada de eso ni haber probado las drogas en mi vida. Ya os dije al principio de esta historia que en temas de amor soy como una jovenzuela inexperta, y habéis podido confirmar que es la pura verdad. Es posible que mi comportamiento en ocasiones os parezca un poco infantil con los casi treinta años que tengo, pero si pensáis que a partir de cierta edad la gente cambia radicalmente su manera de ser para convertirse en personas maduras y cultas las veinticuatro horas del día, estáis muy equivocados.

—Te voy a hacer la visita guiada que te prometí aunque... —llevó su mano hacia la nuca y rascó la parte posterior de su cabeza alargando sus palabras para sonreír después— tampoco es que sea muy grande, ya lo estás viendo.

—Ya —reí divertida soltando parte de los nervios que tenía, aunque inmediatamente me callé, me puse seria y abrí mucho los ojos—, no digo que no sea bonita, es... es preciosa, pero me refiero a que no es muy grande. Pero, pero es perfecta, ¿eh?

Max soltó una carcajada, bastante divertido por mis palabras, y no dijo nada más, simplemente puso su mano en mi espalda, colocándose a mi lado, y me fue señalando cada una de las puertas.

—Esa —señaló, de las que estaban frente a la entrada, la de la derecha—, es mi dormitorio. Esa —señaló la que estaba frente a la

puerta de la entrada, pero a la izquierda—, es la segunda habitación, la que utilizo como despacho y para trabajar desde casa cuando tengo que hacerlo. Esa de ahí —apuntó a la puerta que quedaba en el lateral derecho del cuadrado que formaba el distribuidor—, es el baño, y esta de aquí —me invitó a entrar en la estancia de la puerta que quedaba opuesta a la del baño, en el lado izquierdo del recibidor—, es el salón cocina.

No me sorprendió ver que aquella habitación, que a todas luces sería la más grande de toda la casa, fuese parecida a la del departamento donde vivía con Tefi. La zona de la ciudad en la que vivíamos estaba bien comunicada, era céntrica y con muchos servicios cercanos, y la densidad de población que la ocupaba era bastante grande en comparación con otros barrios del extrarradio. Por ese motivo, las viviendas solían ser de tamaño pequeño y la renta que se pagaba por ellas, bastante alta.

La zona de la cocina no estaba tan bien delimitada como en el caso de nuestro apartamento, sino que ocupaba un pequeño lado de la pared con cuatro muebles bajo la encimera, un fregador estrecho de un seno, un frigorífico de tamaño mediano y una vitrocerámica de dos fuegos. El resto del espacio lo ocupaba un sofá de tres plazas, una televisión colgada en la pared, varios cuadros, una estantería con muchos libros y videojuegos, y una mesa con tres sillas.

No tenía muchas cosas, pero a mí me parecía bonita. Se podía "respirar" a Max, y no solo literalmente porque olía a su perfume, sino también en cada rincón donde había algo que lo hacía suyo: sus videojuegos favoritos, cuadros con láminas de los personajes de cómic que más le gustaban, un cojín en el sofá con el escudo del Capitán América bordado en la tela...

—¿Quieres tomar algo? Tengo refrescos, agua, vino... He pillado unas cervezas de camino a casa porque no me quedaban y se me olvidó pillarlas ayer, así que es probable que no estén frías del todo.

—¿Tienes cubitos?

Max se giró con la cara desencajada por mi pregunta. Si algo no estaba frío se le ponían cubitos, ¿no? Negó repetidamente con la cabeza y hasta chasqueó su lengua.

—¿Cubitos con la cerveza? Eso es un delito equiparable al de robar un banco y que te pillen con las manos en la masa.

Mi cara de no saber dónde meterme debió de ser un poema porque terminó esbozando una sonrisa.

—Menos mal que Estefanía no te ha escuchado, porque de esa no sales viva. —Abrió la puerta del frigorífico y sacó el pack completo—. Mejor las meteré un rato al congelador.

Y eso hizo, las metió al congelador cerrando después la puerta de este.

—Pues entonces... ¿vino con coca cola?

Soltó un inicio de carcajada y me miró sorprendido.

—¿*Kalimotxo*? ¿Me estás pidiendo tú, señorita, un vaso de *kalimotxo*? Mis mejillas se encendieron. No era experta en bebidas alcohólicas más allá de: a) la cerveza, y b) el *kalimotxo*, que me hizo vomitar varias veces en mi adolescencia. También conocía los cubatas, pero eso ya era demasiado fuerte para mí. No me pongáis esa cara, que he vivido toda mi vida en un pueblo de unos quinientos habitantes y mis experiencias son algo escasas.

—Bueno... digamos que, si está suave y no sabe mucho a vino, está pasable. —Conocedora máxima y su elaboración, me llamaban. Obviamente, es una ironía como una catedral de grande.

Max apoyó su trasero en la encimera y cruzó sus brazos mirándome con interés y una sonrisa ladeada.

—Así que eres de las que toma leche con café en vez de café con leche...

Sonreí divertida y sopesé con mi cabeza hacia un lado y hacia otro arrugando la nariz, antes de contestar.

—Sí, podría decirse que sí...

Max se ocupó entonces de sacar dos vasos y llenarlos con vino y coca cola.

Me llamó la atención una de las ilustraciones de los cuadros en las que se podía ver la portada de la primera grapa de Capitán América que se publicó, según ponía en la parte inferior junto al nombre del dibujante, en marzo del año 1941.

—¿Es original? —pregunté curiosa.

—No, no —esbozó una sonrisa acercándose a mi lado y entregándome uno de los dos vasos—, es una copia. No tengo ni idea de lo que valdrá el original bien conservado, pero estoy seguro de que más de lo que yo gano en tres meses.

—Joder —susurré y aquello le hizo reír.

—¿Te gustan los cómics?

—Sinceramente... —me di la vuelta para tenerle cara a cara, cogí el vaso y puse una mueca con mis labios, pensativa—, no he leído ninguno en mi vida. Pero tienen pinta de ser entretenidos... Aunque no tienen el encanto de los libros.

Max alzó una de sus cejas ampliando la sonrisa y haciendo evidente que no tenía ni idea de a qué me refería, así que decidí explicarme.

—En los cómics te dan ya la imagen hecha, no tienes que imaginar cómo van vestidos los personajes, sus caras, los lugares... En los libros tienes esa libertad de formarte el mundo en tu cabeza y de hacer que te imagines, como quieras realmente imaginarte, lo que te cuenta en el texto quien lo escribe. —Me encogí de hombros—. Qué le voy a hacer, yo soy más de libros.

—Eso es genial, yo también leo mucho. Como verás —miró a su repleta estantería—, me gusta la ciencia ficción y la fantasía. Tengo algunos en físico, pero la mayoría los leo en formato electrónico.

—Ocupan demasiado espacio en las estanterías, ¿eh?

—Y que lo digas...

Ambos sonreímos cómplices. Casi podía escuchar música romántica de fondo. Necesitaba relajarme con urgencia.

Llevé el vaso a mis labios para probar la mezcla que había preparado y me sorprendí haciendo un viaje mental hacia mi adolescencia. Hacía años que no había vuelto a probar aquello y hacerlo de nuevo era como revivir aquellos años con Tefi, escondidas en cualquier rincón del pueblo bebiendo como borricas. ¡Ay la juventud, divino tesoro!

—Por cierto, ¿cómo está Miriam? Luis no ha dejado de preguntarme si sabía algo más de ella. Estefanía no ha podido contarle casi nada.

—Está bien, bueno, bien dentro de lo que cabe. En realidad, creo que está peor de lo que muestra.

—Ya. Si para nosotros ha sido duro saber algo así, para ella vivirlo ha tenido que ser horrible. —Y, en ese momento, Max pareció quedarse algo callado y pensativo. Dio un trago al vaso y los pensamientos que cruzaron su cabeza parecieron disiparse porque volvió a sonreír de nuevo—. ¿Al final ha ido a la reunión?

—Sí, la hemos acompañado nosotras. Estaba bastante nerviosa antes de entrar. Nos ha dicho que no quería contar nada, que solo iba a ver cómo era aquello. Se niega a denunciar y tampoco podemos obligarla, solo nos queda esperar que esto sea algo que la ayude a entender que tiene que hacerlo.

—Seguro que sí, ya lo verás.

Max me abrazó con cariño. Es que era un trocito de pan con un buen embutido, como decía Tefi, pero omitiendo el doble sentido sexual porque no conocía esa parte de su anatomía.

—Oye —alcé la mirada y sonreí traviesa; me encantaba tenerle tan cerca—, ¿tú no me ibas a enseñar a jugar a no sé qué videojuego?

—¿Así que quieres descubrir a mi amigo *Donkey Kong*, morena?

—Oh sí, te voy a dar una paliza —entrecerré los ojos, desafiante, sin borrar la media sonrisa de mis labios.

—El modo de dos jugadores para *Donkey Kong* es cooperativo —me miró divertido.

—Pues entonces voy a ser la más cooperativa del mundo. Se va a cagar el resto de cooperativos —contesté intentando aparentar saber de lo que estaba hablando.

Y él se rio y me estrechó más fuerte entre sus brazos.

—Anda, coge el mando, que inicio una.

—Eso, vamos a *cooperativizar*.

Yo solo había jugado en toda mi vida a los *Sims* y a *Pokémon*. ¿Eso se parecía en algo a aquello?

Jugamos, ¡vaya que si jugamos! Yo llevaba al sobrino de *Donkey Kong*, un tal Diddy Kong, y era algo así como un juego de plataformas en el que teníamos que conseguir el mayor número de plátanos, al estilo *Super Mario* con las monedas. Pero yo soy horrible, del latín inventado: *horrípilus horripilantis*. Vamos, que pasé más tiempo muerta que viva, pero fue muy divertido; sobre todo cuando movía el mando como si literalmente pudiese hacer saltar con él a Diddy, pegando botes en el sofá y cagándome en todo cada vez que me quitaban un corazón de vida.

Creo que no nací para los videojuegos o, por lo menos, me faltaba demasiado por entrenar en lo que a destreza se refiería. Eso, o tenía dislexia *botonil,* porque siempre me equivocaba con el dichoso botón que había que pulsar.

Y mientras jugábamos, ahí estábamos nosotros: riendo, sentados uno al lado de otro, dándonos en el hombro retándonos a hacerlo mejor, abrazándonos con mimo... Incluso hubo un momento en el que intentamos jugar recostados en el sofá, apoyándome en él y él abrazándome y colocando un brazo sobre mi hombro. Solo con recordarlo, estoy al pelo de un calvo de sufrir un *parraque*.

Los *jijis* y los *jajas* llevaron a los arrumacos, los abrazos, los mimos... Y a nuestros amigos Donkey y Diddy los mandamos pronto a descansar, porque a lo único que podían prestar atención mis ojos era a él, a su sonrisa, a su mirada, a sus caricias... Y surgieron los besos, y de los dulces y melosos pasamos a los pasionales en los que nuestras lenguas se apuntaron a formar parte.

No sentía que volaba, directamente estaba flotando en el espacio exterior. Su mano subió de mi rodilla a mi cintura lentamente, reconociendo mi cuerpo por primera vez. Cada curva y redondez, dibujando un mapa de mi piel con la punta de sus dedos. Se separó momentáneamente de mis labios para mirarme, pero yo volví a acercarlo de nuevo a mi boca para devorar la suya con más intensidad de la que yo misma esperaba. Sus besos sabían dulces y excitantes, a vino y *Coca-Cola*. Me estaba dejando llevar. ¡A la mierda la Alejandra tímida!

Bajé con mi mano por su cuello y su hombro, para deslizar después mis dedos por su brazo hasta llegar a la palma de su mano, esa que descansaba sobre mi cintura. La agarré y la deslicé un poco más arriba, hasta mi pecho. Max me hacía perder la cabeza, olvidarme de miedos y complejos; Max me hacía ser yo, en toda mi esencia y deseo.

Y pensaba disfrutar de aquella sensación entre sus brazos hasta que mis pulmones se quedasen sin aire que respirar.

Dejé que mis manos volaran por su cuerpo mientras acariciaba mi pecho con sutileza por encima de la tela, y lo hice disfrutando de él y tocando su torso cubierto. Era tal la necesidad mutua de contacto, que pronto se deshizo de su camiseta y la dejó caer al suelo. En ese momento mi mirada se clavó en su piel y no pude evitar que mis ojos repasasen con descaro su pecho desnudo; pero él levantó mi mentón de nuevo, con cariño, y me besó profundizando el roce y llevando su mano hasta la cremallera trasera del mono.

—¿Puedo? —susurró separándose de mis labios y mirándome a los ojos.

Recorrí con la yema de mis dedos la línea de su mandíbula hasta acariciar sus labios hinchados y húmedos, y asentí con seguridad.

El sonido de la cremallera, descendiendo lentamente y aflojando el mono, se mezcló con el de nuestras respiraciones aceleradas. Bajó entonces uno de los tirantes mientras recorría con besos mi cuello y dibujó un húmedo recorrido hasta mi hombro, para después hacer lo mismo con el otro. Cerré los ojos y sonreí notando pequeñas cosquillitas provocadas por su respiración en mi piel desnuda. Volvió a pedirme permiso para desabrochar la parte superior de mi ropa interior y volví a decir que sí, porque en ese momento me sentía tan bien que no existía otra palabra en mi vocabulario que no fuese esa.

Minutos después, ambos estábamos desnudos, piel con piel, percibiendo la calidez de nuestro cuerpo y ajenos a cualquier cosa que no fuese lo que estaba sucediendo en aquel apartamento. Tras recorrerme al completo con sus besos, su lengua y sus dientes, haciéndome casi tocar el cielo entre jadeos, Max sacó un preservativo, se lo colocó con cuidado y volvió a ponerse sobre mí para saborear de nuevo mis labios y la piel de mi cuello.

Nos unimos en uno solo, acompasando la respiración a nuestros movimientos. Mentiría si dijese que durante todo ese tiempo no sentí vergüenza al estar tan expuesta a su mirada, pero Max sabía cómo hacerme sentir hermosa a pesar de cada complejo que me acompañaba cada día de mi vida: de las estrías, de los michelines, de la forma de mi pecho, del tamaño de mis muslos o incluso de la redondez más pronunciada de mi trasero. Me hacía aceptarme, y nada tenía que ver con que le gustase, sino con cómo me valoraba por lo que yo era. Por cómo yo era.

Los jadeos y gemidos acallaron el sonido del videojuego que, de fondo, había quedado encendido. Nuestros cuerpos se comunicaron entre mordidas, caricias y besos pasionales, arañando nuestra piel y recorriendo cada centímetro una y otra vez, hasta que Max no pudo más y se dejó ir en un gemido gutural. Besó mis labios sin salir aún de

mi interior, recuperando apenas la respiración.

—Aún no hemos terminado —susurró sonriendo travieso.

Nuestros cuerpos dejaron de ser uno y bajó con su mano hasta colocarla entre mis piernas. Comenzó a acariciarme primero lentamente, acelerando sus movimientos y haciéndolos más directos e intensos a medida que la excitación y el deseo abrasaba mi cuerpo. Clavé mis dedos en su espalda en un gemido desgarrador cuando estallé de placer y ahí sí que toqué las estrellas, ¡vaya si las toqué! Las estrellas, los planetas del sistema solar y hasta Plutón, que después de años creyendo lo contrario resulta que no era un planeta.

Volvimos a besarnos de nuevo, despacio, cubiertos el uno con el otro y tumbados en el sofá del salón, dejando que la pantalla de inicio del juego fuese el testigo presencial de lo que entre nosotros había surgido y de lo mucho que me moría por sus huesos.

II

“Solo quiero que se me recuerde como una persona que quería ser libre”
Rosa Parks

—¿Seguro que no te puedes quedar un rato más? Te aseguro que soy bueno cocinando; vale, más bien decente, pero puedo pedir comida china si no te fías de que no queme la cena.

La sonrisa de Max se dibujó en sus labios en una mueca divertida, contagiándome con ella. Ajusté los tirantes del mono y le pedí si podía subirme la cremallera de la espalda; él se colocó detrás mía y la subió sin rechistar, acariciando con mimo mi cintura.

—¿Eres decente cocinando? Oh, vaya. Entonces no puedo perderme probar tu plato estrella un día de estos.

—No tengo plato estrella, pero soy muy bueno haciendo pasta y tortillas.

—Oh, por favor —coloqué una mano en mi pecho y cerré los ojos exagerando un enamoramiento repentino—, creo que ya me has ganado para siempre.

Ambos reímos. Me coloqué los zapatos y él la camiseta.

—Me encantaría quedarme, pero Miriam sale dentro de media hora y queremos ir a por ella al centro comunitario.

—Cierto.

El silencio de Max, justo después de eso, me hizo girarme curiosa para observar su gesto. No sabía por qué, pero siempre que salía el tema de Miriam desde la noche en la que la sacamos de su apartamento, él reaccionaba distanciándose del tema, como si por algún motivo quisiera pasar de puntillas sobre él.

No es que no se preocupase por Miriam, de hecho, todo lo contrario. Había estado bombardeando desde esa noche el grupo de *WhatsApp* con mensajes preguntando qué tal estaba y con charlas variadas para distraerla. Pero estaba claro que no se sentía cómodo hablando de Víctor y de lo que ella había sufrido.

—¿Puedo... preguntarte algo? —dije, curiosa, intentando descifrar su expresión.

—Claro —sonrió, cambiando su gesto, y apartó un mechón de mi

cabello hacia detrás de mi oreja.

—¿Qué te pasa con todo esto de Miri? ¿Hay algo que yo deba saber? —Max se puso automáticamente en guardia de nuevo, como todas y cada una de las veces anteriores—. A eso me refiero. ¿Está todo bien?

Esquivó mi mirada y caminó hasta su frigorífico, abrió el congelador y sacó el pack de cervezas que había metido allí cuando llegué al apartamento. Con dos botellines abiertos, uno de ellos dejado sobre la mesita para que pudiera cogerlo yo, se sentó en el sofá y dio un trago al suyo para luego centrar los ojos en el cristal del mismo.

—Supongo que me ha traído recuerdos que esperaba no despertar nunca. Lo que le ha ocurrido a Miriam, lo viví cuando era pequeño.

Al principio no entendí lo que quiso decirme, a veces soy algo lenta sacando conclusiones, aunque creo que a estas alturas no sorprenderé a nadie diciéndolo, pero poco después mi cabeza comenzó a realizar conexiones de momentos que había vivido con Max: la conversación frente al mural de su barrio en la que me habló de su madre pero no de su padre ni de la relación que ambos mantenían, cuando me dijo que sus padres estaban divorciados, su reacción cuando vio a Miriam llena de moratones...

—¿Tu padre…? —pregunté y alzó la mirada—. ¿Él... pegaba a tu madre?

Max asintió sin afirmar nada a plena voz y yo no supe muy bien cómo reaccionar a aquello. En ese momento, entendí muchas cosas que se me habían escapado por completo.

—¿Por eso te quedaste petrificado la otra noche cuando ocurrió todo?

—Sí. Fue como revivirlo de nuevo.

Dio un nuevo trago a la cerveza y yo hice lo mismo con la mía, posando mi mano libre sobre la suya animándole a hablar de ello y a abrirse conmigo. En realidad, no tenía ni idea de si aquello que me estaba contando ya lo sabía el resto del grupo, o de si yo era la primera persona a la que confesaba esa parte de su pasado; pero independientemente de cuál de las dos opciones fuese la real, sabía que aquello estaba siendo muy duro para él.

—Al principio no era consciente de lo que pasaba. Mi madre me acostaba temprano para que cuando llegase mi padre yo estuviese durmiendo y no escuchase nada. Pero no siempre conseguía dormir antes de escuchar la puerta de casa cerrarse después de él.

Entrelazó sus dedos con los míos y me acarició con ellos la mano antes de seguir.

—Cuando comenzaba a escuchar insultos, tapaba mis oídos y me encerraba en el armario o me escondía bajo la cama. Luego llegaban los gritos de mi madre. Muchas veces me daba tanto miedo salir de

allí que me quedaba durmiendo escondido.

Max vivió aquello siendo solo un niño. Traté de imaginarlo y solo de intentarlo me rompí por dentro. Era horrible, no solo lo había sido para su madre, sino también para él. Una experiencia atroz que le había marcado de por vida.

—Un día mi padre no volvió a casa y no volví a verle. Cuando crecí un poco más, mi madre me contó que él había conocido a otra mujer y que se había ido con ella. Supe de él después de cumplir los 16; me lo crucé por la calle, aunque dudo que él me reconociese. Traté de investigar un poco y descubrí que había estado en la cárcel durante años.

—Joder... Lo siento mucho.

—No te preocupes, no es tu culpa —esbozó una pequeña sonrisa y retiró su cabello alborotado hacia atrás—. Nunca supe el motivo, pero tampoco me interesa. No es una persona que quiera en mi vida o con la que me interese tener contacto, por mucho que pudiese ser esporádico. Él para mí está muerto.

En ese momento pareció recordar algo y su rostro cambió repentinamente al de una disculpa, apretó mi mano con cariño y dejó la botella rápidamente sobre la mesita para hablar, pero le detuve rápidamente con un ademán y una sonrisa en mis labios.

—Tranquilo, te he entendido. No te preocupes. —Mis palabras le calmaron apenas un poco y su cuerpo pareció destensarse—. Es un horror que pasases por todo eso, no te lo merecías; ni tu madre ni nadie.

—Pero, por desgracia, es algo que sigue pasando, mira a Miriam. Me jode que no pudiese hacer nada aquella noche. Tenía que haberle dado un puñetazo, como hizo Luis, o haberlo sacado de allí a patadas.

—Hiciste lo más importante que había que hacer: apoyar a Miriam y ayudarla a salir del infierno. Ese tal Víctor es un imbécil que, por no merecer, no se merece ni que hablemos de él.

Le miré con cariño y me acerqué más a su lado.

—Está bien, Max. Miriam es una tía muy fuerte. Todo va a salir bien.

Se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos con cariño, acariciando mi cabello y mi espalda sin decir ni una palabra más. Y yo sonreí, porque lo que acababa de hacer era muy importante para mí; había confiado tanto que había compartido una parte oscura de su niñez, acercándome un paso más a su vida y a su propio mundo.

Besó mis labios de nuevo, repasando mi mejilla suavemente con su dedo pulgar, y finalmente deshizo el abrazo.

—Como no te deje ir ya, creo que Tefi me va a matar.

—Oh sí, cómo lo sabes.

Ambos rompimos a reír.

—Podemos quedar mañana si quieres. ¿Almuerzo a las doce? —Lancé entrecerrando los ojos e intentando ocultar las ganas inmensas que tenía de que me dijese que sí.

—Claro. Nos vemos mañana, morena. Te haré mi especialidad de la casa: pasta al pesto con parmesano de anacardos —chasqueó la lengua y me arrancó una carcajada.

—Espera, ¿has dicho parmesano de anacardos? ¿Un parmesano que no es queso? ¡Eso es un delito!

Vaciamos los botellines de cerveza mientras terminamos de vestirnos y adecuar el sofá; los cojines habían acabado en el suelo y la funda casi descolocada por completo. Después de despedirnos, salí de su apartamento y tomé el ascensor. Estefanía y Alba me estaban esperando abajo.

Adecué mi cabello, en la medida de lo posible, para que no gritase a los cuatro vientos "acabo de tener sexo", y estiré mi ropa quitando las arrugas. Nada más salir a la calle, el viento fresco del final de la tarde me golpeó en la cara. ¡Acababa de acostarme con Max! ¡Yo! Ahogué las ganas de gritar de alegría y caminé hasta las chicas que me esperaban en el interior del coche charlando como si nada.

—¡Hola caracola! —Tefi se giró en el asiento y me miró con gesto sensual—. ¿Te gusta mi nuevo aroma *oh de dog*?

Alba se aguantó la risa. Conocía tan bien a Tefi que podía poner la mano en el fuego asegurando que había estado mascullando esa broma durante todo el viaje de vuelta a casa de Max desde el refugio de animales.

—Oh sí, es divino —añadí a lo diva, como si aquel perfume fuese el más caro del mercado.

—Tú, sin embargo, no hueles a *oh de dog*... —Mi mejor amiga olisqueó el ambiente y el color carmesí subió rápidamente a mi mejilla —. ¡La madre que te parió! ¡Tú has tenido sexo con Max!

—¿Qué? ¡No! —¡Ni que mi mono de tirantes fuese a gritar que había estado más tiempo en el suelo que puesto sobre mi cuerpo!

—Sí, claro, ¡anda que no te conoceré yo bien! ¡Si mira cómo te has puesto de roja!

—Eso es porque me pones nerviosa tú, que no paras de preguntarme siempre lo mismo. ¡Cotilla!

—¡*Quitilli, quitilli*! —me hizo burla sin poder aguantarse la risa. Tefi se pasó a la parte de atrás del coche entre los dos asientos delanteros y se acomodó a mi lado—. Al menos confiésamelo, penca, que sé que ahí arriba no todo ha sido jugar a la consola… O bueno... a lo mejor sí... ¿Has usado mucho su *joystick*?

Alba rompió a reír.

—¡Pero qué cochina! —fruncí mi gesto, pero luego comprendí que tarde o temprano acabaría contándoselo así que...—. Bueno sí, sí. Max

y yo nos hemos acostado, ¿contenta?

—Mucho. —Tefi asintió emocionada y amplió su sonrisa.

—Anda, poneos el cinturón, que arranco —Alba nos interrumpió, contagiada por nuestras risas, y puso en marcha el coche en cuanto nuestros cinturones estuvieron colocados.

Nos adentramos al tráfico y la conversación pareció detenerse, aunque las miradas entre nosotras y los gestos cómplices no hicieron más que empezar. Tefi me preguntó cómo fue mi cita con Max con una mirada y yo le contesté que muy bien con un asentimiento. Luego ella volvió a utilizar el lenguaje no verbal para preguntarme qué tal estaba Max desnudo y yo le contesté dándole en el brazo ofendida, aunque, más que ofendida, estaba avergonzada. Ella siempre había sido más lanzada que yo en cuanto a hablar de sexo. Riéndose por lo bajo, bajó la ventanilla trasera con la manivela, sacó la cabeza y gritó a pleno pulmón.

—¡Lo sabía!

Tardamos un poco más de lo esperado en llegar a la puerta del centro comunitario. El tráfico los sábados por la noche era un verdadero asco, sobre todo en aquella zona de la ciudad en la que había más *pubs* y bares por metro cuadrado, que bancos en los que sentarse a descansar.

Nada más aparcar, Miriam nos saludó y se acercó al coche para subirse. Tefi se cambió a la zona delantera, y, de nuevo, sin bajarse del coche, sino colándose entre los dos asientos de delante; Miriam entró por la puerta de atrás y se sentó a mi lado.

—Hola chicas —saludó nada más subirse y colocarse el cinturón.

—Hola guapa —contestó Alba justo antes de poner en marcha el coche de camino a nuestra casa. Después de saludar ella, lo hicimos también Tefi y yo.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté curiosa.

Pude fijarme en que su rostro parecía más apaciguado, mucho menos angustiado que los dos días anteriores, en los que era tocar el tema y transformar su rostro.

Durante el viaje de camino a casa, nos contó que no había ido con la actitud necesaria, porque pensaba que aquello no le iba a aportar ni ayudar en nada y se había equivocado. Que hubo un momento en el que hicieron un corro con sillas y muchas de ellas tomaron la palabra y explicaron lo que vivieron y cómo salieron de aquel pozo; incluso nos aseguró que varias mujeres llevaban más de un año yendo a las reuniones porque, para ellas, era una manera de recordar quiénes son y de ayudar a otras que estuviesen pasando por lo mismo que ellas.

También hicieron pintura expresiva, algo así como pintar sobre lienzo lo que te inspirase en ese momento, con los colores que quisieras usar. Era una manera de transmitir, sin palabras, las emociones y el estado anímico de cada una. Por lo visto esa actividad no acababa ahí; el miércoles siguiente habría una pequeña exposición con esos cuadros y otros realizados en la reunión anterior, y podían invitar a quienes quisieran a verla.

La merienda cena había sido muy divertida. Prepararon, entre todas, bizcochos y café en la zona de la cocina y compartieron juntas un momento distendido para conocerse un poco mejor.

—Jo, pues en realidad tiene muy buena pinta todo lo que hacen allí. —Tefi estaba sentada con los pies sobre el asiento, abrazándose las rodillas, y con el cinturón puesto.

—Sí. Además, cuando entras es... —Miriam buscaba las palabras exactas para definirlo—, raro. Me sentí mejor.

—Pero eso es genial Miri —alargué mi mano y apreté la suya en un gesto cariñoso. Ella me miró con una sonrisa.

—¿Has conocido a alguna tía guay? —preguntó Tefi mientras Alba daba el último giro con el coche.

—¿Sabes? Sí, hay muchas chicas simpáticas y agradables, pero he hablado sobre todo con una que se llama Andrea. Es muy jovencita, tiene veinte años, y lleva cuatro meses yendo a las reuniones. Me ha ayudado mucho hoy.

—Si te ha caído tan bien de primeras es porque debe ser una buena tía. —Tefi se desabrochó el cinturón justo cuando Alba paró.

—Bueno, ¿qué hay de vosotras? ¿Cómo han ido vuestras citas?

Tefi se inclinó hacia Alba.

—Cariño, haz como que no escuchas esto... —comentó en voz baja antes de girarse a Miriam—. Pues no sé, la verdad, creo que Alba me gusta cada vez más, no sé por qué será... Y bueno, ¡ya somos oficialmente novias!

—¡Genial! —Alzamos la voz Miriam y yo a la vez.

—Pero vamos a seguir hablando de eso en casa con una buena botella de vino —contestó Tefi.

—Sí, y te contaremos de nuestra cita con los perretes. Me ha dicho Estefanía que te encantan —sonrió Alba sacando la llave del contacto.

—Y Alex te tiene que soltar un bombazo que te vas a quedar con el culo torcido —volvió a tomar la palabra mi mejor amiga.

—¿En serio? —Miriam me miró sorprendida y curiosa a la vez—. ¡Pero no me dejes así! ¡Cuéntame!

—Aquí no, arriba, que no quiero que nos miren como si estuviésemos piradas cuando escuches lo que te va a decir y chilles. Aunque bueno, ¿a quién vamos a engañar? Un poco piradas sí que estamos.

III

“Cuando trataron de callarme, grité”
Teresa Wilms Montt

Tras subir al piso, alargar el momento de mi confesión ofreciendo todo lo que se me ocurría para tomar y morirme de vergüenza en el proceso, Tefi lanzó la bomba.

—Alex se ha tirado a Max —sonrió con gesto travieso sin dejar de asentir lentamente a la cara de sorpresa de Miriam.

—¿En serio?

Miriam giró su rostro y me observó buscando confirmación. Obviamente y después de ruborizarme, le dije que sí.

Saqué varias bolsas de patatas fritas, unos refrescos y unas servilletas. Ahí empezó toda una retahíla de preguntas, cada cual más comprometida que la anterior. Si habíamos quedado para acostarnos o había surgido durante la cita, cómo había estado, si me había gustado... Hasta cómo era Max "en la cama".

—¿Qué? Soy lesbiana, pero tengo curiosidad por saber qué tal funciona mi Maximiliano.

Alba le dio en el brazo a Tefi para que dejase de preguntar ese tipo de cosas, aunque en realidad fue más un "¿no ves que le da vergüenza?", que otra cosa.

Como buena amiga respondí a sus preguntas, aunque preferí no dar detalles concretos porque me gustaba que aquello quedase entre Max y yo, y porque tampoco era necesario. Ellas en realidad lo que querían saber era si había estado cómoda, si había disfrutado y si mi relación iba por buen camino. El resto de cosas quedaban en un tercer o cuarto plano.

Bueno, vale, quizá para Tefi no, pero es que ella es un caso aparte.

Les hablé de nuestra partida al *Donkey Kong* y de las veces que acabé muerta, de lo mucho que me gustó su apartamento que, aunque pequeño, tenía todo lo necesario y estaba bastante limpio y ordenado.

—Eso es porque sabía que ibas tú. —Tefi metió en su boca una patata frita—. Si lo hubieses pillado por sorpresa —continuó con la

boca llena—, a lo mejor hubieses visto ropa por el suelo, latas vacías sin tirar a la basura y cosas así.

Miriam negó con la cabeza.

—Qué va, Max siempre ha sido muy limpio —añadió—, ¿no te has fijado nunca en cómo de ordenada tiene su mesa en el trabajo?

—Cierto. —metió otra patata en su boca—. Yo en cambio la tengo toda llena de papeles y carpetas.

Alba se rio y nos contagió a las demás, menos a Tefi que, frunciendo el ceño, continuó hablando.

—¿Qué? No me miréis así. Tengo mi orden dentro de mi propio desorden. —Negó con la cabeza y continuó comiendo.

Seguí hablando sobre lo bien que me lo había pasado y lo mucho que quería volver a verle a pesar de haberme despedido de él hacía menos de una hora. Todas coincidieron en que me brillaban los ojos cuando hablaba de él y en lo feliz que parecía estar. Y tenían razón.

No me solía abrir con gente que no conocía. De hecho, en mi vida me había rodeado siempre de las mismas personas para evitar salir de mi zona de *confort*.

Las pocas veces que había dado el paso de dejarme llevar, conocer gente e ilusionarme con el amor, me había salido el tiro por la culata. Siempre había pensado que aquello era porque estaba gorda, porque no podía gustar a nadie, porque se avergonzaban de ir de la mano conmigo por la calle e incluso porque les daba asco pensar en mí desnuda o en ropa interior. Pero, aunque hubiese gente así, porque la había, personas que dan más importancia a lo que piensen los demás que a sus propios sentimientos y actúan en consecuencia a ello siempre, la realidad era muy distinta; y todos ellos me lo habían hecho ver desde que había llegado a la ciudad.

El problema era que yo me odiaba, no me daba valor a mí misma. Me quería tan, pero tan poco, que solo podía ver las cosas negativas de mi ser y de mi propia existencia. Cuando me miraba al espejo en lo único en que me fijaba era en mis complejos, en los michelines de mi barriga, en las estrías de mis pechos, de mi cintura y de mis muslos, en la piel y la grasa que colgaba de mis brazos cuando los levantaba, en la papada que me salía bajo la barbilla... hasta en lo abultados que tenía los cachetes que de pequeña solían apretarme a modo de saludo las vecinas y amigas de mi madre en el pueblo. Y aquello era algo que se retroalimentaba, que me impedía ver más allá y que me llevaba a pensar que era lo único que veían los demás.

Ahora era diferente, y no porque llegase un príncipe azul a rescatarme para decirme que yo era maravillosa y una reina, o para demostrarme que valía más que las cicatrices de vida de mi piel, sino porque yo había aprendido a quererme tal y como era, con mis defectos. Me había aceptado y había comprendido que sí, que estaba

gorda, pero que mi valía no se medía por la talla de mi pantalón.

—Me alegra tanto escuchar eso… —contestó Miriam cuando terminé de relatar nuestra cita—. Max es un tío maravilloso.

—En todos los sentidos por lo que veo, no solo en el plano amistad... —Tefi me miró con picardía.

Alba comprobó que aún me sentía como pollo sin cabeza hablando de aquello, y volvió a darle en el brazo a mi mejor amiga.

—Pobre, no hagas que se ruborice —me guiñó un ojo.

—¿Y tú qué tal tu cita? —Miriam preguntó tras girar su mirada a mi mejor amiga y agarrar mi mano con cariño.

Tefi se puso seria.

—He descubierto una cosa que no sabía.

—¿El qué? —preguntó Miriam intrigada.

—Que ya sé qué ha visto Alba en mí. Mi espíritu animal es un perro....

Miriam y yo nos miramos descolocadas, pero por el gesto de Alba llevando la mano a su frente y ocultando la risa, lo mejor de aquella deducción de Estefanía estaba por llegar.

—Porque soy una perra, sorprendente, curvilínea y elocuente. —Tefi tarareó la canción de Nathy Peluso e incluso la bailó sentada en el sofá con la bolsa de patatas fritas en la mano.

Alba, Miriam y yo nos comenzamos a reír al verla. Segundos después, ella también sonrió y se llevó una patata más a la boca.

—Ha estado genial. Hemos sacado a pasear a un montón de perretes del refugio.

—Y limpiado catres —añadió Alba.

—Sí, eso también. Pero el olor a caca de perro se queda en nada cuando los ves correteando por el campo y felices —nos miró segura de sus palabras—, creo que esta tarde he recibido más lametones que en toda mi vida.

—Ay, qué monos. —A Miriam se le iluminó la cara—. Me encantaría ir a echar una mano. Tienes que darme la dirección para que os visite.

—Eso está hecho, toda mano voluntaria es bienvenida. Hay muchas cosas que hacer y poca gente que se moleste en prestar ayuda. —Alba sonrió agradecida—. Le pediré a mis compañeros que te manden toda la información detallada.

—Perfecto —contestó Miriam.

—Oye, Alex... quería preguntarte... —comenzó a hablar Tefi.

—Oh no, no le preguntes más por el funcionamiento de Max en la cama, por favor. —Alba interrumpió salvándome de aquello por un momento.

—No es eso, aunque a lo mejor tendría que preguntártelo otra vez a ver si me das más detalles... —me miró con los ojos entrecerrados y

recibió otro pequeño toque cariñoso de Alba en el brazo—. Vale, vale, ya me callo sobre eso... A lo que iba. Que estaba pensando en cómo verías tú lo de tener un perrete en casa. ¿No sería maravilloso que nos recibieran con lametazos en la cara? Piénsalo.

—Pero no la pongas en ese compromiso, cielo, que a lo mejor se siente obligada a decir que sí por estar yo delante.

Alba se revolvió en su asiento un poco incómoda, pero yo la miré tratando de tranquilizarla.

Siempre me habían gustado los animales. En el pueblo era muy común que la gente tuviese animales para guiar al ganado y guardar las fincas. Incluso había gatos que entraban y salían continuamente de sus casas y que al final eran un poco de todos los vecinos. Por cierto, aquí haré un pequeño inciso: si tenéis un gato, no le dejéis salir de casa. Protegedle, porque su vida depende de ello y en la calle hay muchos peligros.

—No sé, podría estar bien —contesté esbozando una ligera sonrisa.

En realidad, me hacía ilusión tener un compañero de cuatro patas en casa, aunque tenerlo requería meditar mucho el asunto. Un animal no es un peluche o un capricho que puedas querer hoy y mañana no. Adoptar o acoger un animal es una responsabilidad para toda su vida.

—Eso es un buen comienzo. —Tefi me señaló contenta y se recolocó sentada sobre el sofá con las piernas cruzadas. Su estómago rugió de hambre—. Oye, ¿y si pedimos algo de cenar?

El fin de semana no pudo ir mejor. Al día siguiente volví a quedar con Max y almorzamos juntos en una cafetería cercana. Para mi sorpresa, todo fue como la seda.

Durante la noche anterior y ya tumbada en la cama, me había comido la cabeza muchísimo acerca del siguiente encuentro. ¿Sería incómodo verle después de haberme acostado con él? ¿Estaría muerta de vergüenza al pensar que me había visto desnuda? ¿La conversación fluiría como siempre lo había hecho entre nosotros? Y aunque por dentro deseaba con todas mis fuerzas que mis miedos se quedasen precisamente en eso, en miedos irracionales que no se hacen realidad, no podía dejar de fustigarme pensando que la sensación de que todo marchaba bien con Max eran solo imaginaciones mías y que la historia que había vivido con mi primer novio se volvería a repetir con él. En cambio, todo esa mañana fueron risas, gestos románticos y miradas cómplices. A Max no le avergonzaba pasear conmigo con su brazo sobre mis hombros, tampoco que le viesen besándome en público, y hasta me llegó a preguntar por qué no dejaba de mirar alrededor cuando me acercaba a él. Cuando le dije el porqué, y le conté que algo en mi interior me decía que los demás nos estaban juzgando, él se

limitó a contestarme: "no me importa lo que digan los demás ni si nos miran o no; yo solo tengo ojos para ti".

Y sí, puede que la concepción de mí misma haya cambiado mucho y ahora me quiera, me acepte y me ame como debería haberlo hecho siempre, pero ese temor que me ha acompañado durante toda mi vida es algo que lo seguirá haciendo, porque esa sensación no es una cosa que se vaya de un día para otro, y porque lo realmente importante es saber convivir con ello y anteponerte cada vez que la idea cruce tu mente.

La semana siguiente fue una locura en el trabajo. A Tefi le quedaban apenas unos días para presentar el informe de su proyecto y estaba tan nerviosa por ello que había acabado con las existencias de chocolate y dulces varios de nuestro apartamento.

Miriam y yo la habíamos ayudado en la medida de lo posible, sobre todo porque ni ella ni yo teníamos ni idea de mejorar la inversión de una empresa para aumentar los beneficios. A mí me sacas de la economía del *Monopoly* y ya me pierdo. Pero independientemente de eso, nos habíamos quedado con ella hasta tarde cada día para que su presentación fuese todo un éxito, para dejar a su jefe a cuadros y que consiguiera ese ascenso que llevaba persiguiendo desde hacía años.

Esta vez la iban a convertir en jefa de departamento, estaba segura. ¿Cómo no hacerlo? Era una trabajadora incansable que se desvivía por su trabajo, que sabía cómo mejorar la fiscalidad de sus clientes y sacar el mayor beneficio a sus empresas; además, tenía un carisma innato con el que conseguía todo lo que se proponía. Fuese lo que fuese. Costase lo que costase alcanzarlo.

(Añado un espacio de tiempo)

Ese viernes se había despertado con más nervios de lo habitual. No había podido pegar ojo y la habíamos escuchado teclear con el ordenador en el salón desde los dormitorios, y eso que teníamos las puertas siempre cerradas o casi cerradas. Tefi se jugaba mucho con aquello, no porque su jefe fuese a despedirla según el resultado, sino porque si no conseguía el ascenso, quizás se afianzase su idea de no continuar en la empresa; Tefi estaba cada vez más segura de dar ese paso si las cosas no salían como en teoría debían de salir.

—Tranquila, verás como todo sale bien —animé a Tefi sacando de la alacena una bolsa de galletas de desayuno.

—Tu superior no va a poder negarte el ascenso. Con todo lo que has trabajado, estaría loco si lo hiciera.

Miriam le colocó un café recién hecho delante. La pobre Tefi tenía unas ojeras que le llegaban hasta los pies.

—Gracias chicas —bufó atacada de los nervios—. Espero no cagarla, ¿os imagináis que digo alguna parida? Ya sabéis, como cuando en vez de decir volar dices follar o algo así.

Miriam soltó una carcajada.

—¿Quién dice follar en vez de volar?

—¿Para qué dirías la palabra volar en tu presentación? —añadí divertida.

—No sé, es un ejemplo. —Volvió a bufar dando un gran trago al café—. Joder, estoy cagada de miedo.

—Cagados se van a quedar todos en la reunión, porque vas a demostrar lo que vales. —Miriam se llevó una galleta a los labios.

—¡Claro que sí! Y cuando salgas de allí con tu ascenso, vamos a ir a celebrarlo todos juntos.

—Y vas a invitar tú —añadió Miri aguantando la risa. Tefi le miró frunciendo el ceño en un gesto divertido—. A ver, un ascenso de puesto también lleva a un aumento de sueldo. ¿Con quién mejor gastar esa subida de salario que con tus amigos?

Miriam echó una mano por encima de mis hombros y me acercó a ella, sonriendo a Tefi y casi posando como si estuviésemos a punto de hacernos una foto. Tefi bebió lo que le quedaba de café y posó el vaso con fuerza sobre la encimera de la isla.

—¿Sabéis qué? Tenéis razón. Lo voy a petar en esa reunión y voy a dejar a mi jefe impresionado. Y si aun así, no me da el puesto... él se lo pierde. Soy buena en mi trabajo.

—¡Muy buena! —añadí.

—Y si no te valora, es porque no tiene ni puta idea —sentenció Miriam antes de vaciar ella también su vaso de café—. Y ahora vámonos que se nos hace tarde.

Tefi miró la hora en su teléfono móvil.

—¡Ay, joder! ¡Que la lío antes de tiempo.

IV

“La igualdad es una necesidad vital del alma humana”
Simone Weil

—La voy a cagar, pero mucho: nivel *armageddon*.

—Anda, calla, pesada. Siempre dices eso y luego te sale todo bien; como cuando éramos adolescentes, que antes del examen decías que te iba a salir fatal y luego sacabas como mínimo un notable.

Miriam rompió a reír.

Tefi se había tirado todo el viaje de ida al trabajo dándole vueltas a la presentación. Mientras Miri se afanaba en adelantar vehículos que entorpecían nuestro camino, yo miraba por el espejo retrovisor del asiento del copiloto a mi mejor amiga que, con los papeles en las manos y moviendo la boca sin pronunciar palabra alguna, repasaba una y otra vez la primera parte de la presentación.

Ella tenía un dicho: si la primera parte sale bien, el resto va rodado; y así lo hacía siempre. Lo mejor para que un discurso fuese sobre ruedas era ganarse al público en los primeros minutos, porque lo más complicado era atraer la atención y que se centrasen en lo que estabas contando. Yo no estaba de acuerdo en eso, pero si ella que tenía más experiencia lo decía... sería verdad.

Claro, había que tener en cuenta que Tefi tenía mucha labia. Lograba convencer con su carisma y eso era un atributo bastante importante a tener en cuenta. Yo, en cambio, en las relaciones sociales y, sobre todo, con gente que no conocía, me sentía tan pequeñita como aquellos seres de la serie *Los Diminutos* que veíamos de niñas antes de ir al colegio.

—Es que lo sé. ¿Sabes los días que te levantas con una mala sensación en el cuerpo? —bufó bajándose del coche y siendo la primera en la comitiva de tres, de camino a la puerta del ascensor.

—Bueno, tú confía en ti —le sonrió Miriam dándole al botón de llamada.

Miri tenía una voz dulce y calmada, era la más tranquila de las tres... Porque sí, yo suelo ser tranquila, pero por que me cuesta abrirme a los demás. En cuanto me suelto, la tranquilidad se queda un

poco lejos de la realidad.

Al contrario que Tefi, que lograba a veces poner algo nerviosos a los que la rodeaban con su hiperactividad, Miriam conseguía tranquilizar y calmar al resto. Hablar con ellas era como tener una dosis de cafeína y valeriana al mismo tiempo, y aquello en cierto modo me encantaba. Tan distintas y, a la vez, tan iguales.

Subimos al ascensor y los minutos hasta llegar a mi planta se esfumaron como el tiempo de un pestañeo; yo fui la primera en bajar junto a mi amiga de cabello rojo como el fuego y bucles infinitos.

—Luego nos cuentas, ¿vale? Y no te pongas nerviosa.

Estefanía bufó.

—Claro, eso es muy fácil decirlo, maja.

Fruncí el ceño sonriendo con una mueca de circunstancia. Sí, era demasiado fácil decirlo, pero no sabía cómo más podía ayudarla. No era demasiado buena dando ánimos, me costaba hasta dármelos a mí misma...

—Seguro que saldrá genial. —Miriam agarró mi mano—. Nosotras confiamos en ti. Eres una gran profesional y les vas a dar una paliza a todos.

Estefanía de repente sonrió y colocó una de sus manos sobre la cintura y la otra sobre el sensor del cierre de puertas.

—Gracias chicas, y perdonad que haya estado tan cortante.

Hizo un gesto para que nos acercásemos y nos abrazó a ambas abarcando nuestros cuerpos con sus brazos. Tras despedirnos y salirnos de nuevo del ascensor, la puerta se cerró y nuestra amiga subió a su piso en donde, si todo salía bien, haría la presentación de su vida y su jefe le reconocería el trabajo realizado y el desempeño de tantos años en la empresa.

Cada diez minutos, aproximadamente, miraba la pantalla de mi teléfono móvil. Hasta ese momento, solo había recibido notificaciones de mensajes de Max que me alegraban el momento de mis pequeños descansos entre fotocopia y fotocopia, y varios de correos electrónicos de spam y estafas varias del estilo "ayúdame, he recibido una herencia de mi tataratatarabuelo de más de 15.000.000€, pero necesito una cuenta bancaria de fuera del país para ingresarlo, así que si me ayudas, te doy la mitad". Pero ninguno de Estefanía para contarnos qué tal había ido todo.

No fue hasta la hora de la comida, cuando nos volvimos a juntar todos como cada día, que pudimos saber algo de ella. Max se acercó a mí, me dio un beso corto en los labios y agarró mi mano de camino a la mesa; nuestra mesa, para ser más exactos, porque siempre nos

sentábamos en la misma.

—¿Qué tal la mañana? —me miró con media sonrisa.

—Nerviosa —contesté de manera automática. Al menos no había liado nada por estar más descentrada de lo normal, porque fácilmente podría haber entregado carpetas cambiadas a varios de mis compañeros por no fijarme bien.

—Me he cruzado con ella cuando veníamos de camino a la cafetería, iba al despacho de su jefe. Parecía que estaba tranquila —añadió confiado.

—Oye, ¿y si le hacemos una fiesta sorpresa? —Luis habló en voz baja.

—Creo que lo mejor es esperar un poco antes de organizar nada. Miriam contestó. Había estado bastante callada desde la salida de su despacho. Como trabajábamos en la misma planta, habíamos quedado juntas para llegar a la cafetería, al igual que hacían siempre Luis y Max.

—Sí, no vaya a ser que la cosa no haya ido bien.

Mi chico (¡mi chico!) escudriñó el gesto de Miri para ver la reacción a sus palabras y, gracias a eso, yo pude ver un atisbo de tristeza en sus ojos.

—¿Está todo bien? —pregunté alargando mi mano y colocándola sobre la suya. Solo faltaba que hubiese pasado algo más con Víctor, como que hubiese intentado volver a contactar con ella por teléfono o algo así.

Miriam alzó la mirada, con bastantes dudas en su semblante, y miró a la puerta de entrada de la cafetería para asegurarse de que Estefanía aún no había entrado.

—No he recibido ninguna orden desde arriba —sentenció como contestación a mi pregunta.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Luis que, al igual que Max y yo, tenía la mirada puesta sobre ella.

—Que no me han pedido que ponga en marcha ninguna modificación de contrato aún. —Se acomodó mejor en la silla y se inclinó sobre la mesa; nosotros hicimos lo mismo—. Normalmente, el jefe del departamento me pasa a mí las modificaciones de contratos para que las tramite con la asesoría laboral, ya sabéis, cambios de categoría, despidos, contrataciones... —hizo un ademán con la mano —, pero en esta ocasión, aún no me han dicho nada.

—¿No la han ascendido? —pregunté frunciendo el ceño, algo incrédula.

Miriam se lo pensó unos segundos y, tras ello, negó con la cabeza.

—Al menos, de momento. En teoría debería de haber recibido notificación a lo largo de la mañana, como siempre ha ocurrido, sobre todo porque la asesoría realiza los trámites laborales hasta las tres de

la tarde.

—A lo mejor es porque han estado ocupados. Los viernes siempre andan a tope de trabajo, ¿no? —El semblante de Luis, alzando una de sus cejas, nos representaba un poco a todos.

Miriam se encogió de hombros.

Tefi entró en ese momento a la cafetería. Había pasado más de media hora de nuestro descanso para comer, pero con los nervios que teníamos todos por saber lo que finalmente había ocurrido, no nos entraba ni una patata frita. Nuestro apetito estaba en busca y captura.

Se sentó en la silla libre que le dejamos y posó su bolso sobre la mesa del comedor, llenando sus pulmones y exhalando el aire acumulado más lento de lo normal.

—Perdonad que haya llegado tarde, chicos. —Tefi apartó el cabello de su frente y esbozó una tímida sonrisa. Aquello no pintaba nada bien.

—¿Qué tal la presentación? —Max fue el primero en preguntar, aunque cualquiera de nosotros podría haber sido el que lanzase aquellas palabras porque todos y cada uno estábamos nerviosos por saber la respuesta.

—Bien, en realidad ha ido muy bien. La estrategia que he preparado es arriesgada, bastante, pero ya la hemos probado en otros clientes y ha salido genial. Al cliente le ha gustado la propuesta diferente y, basándose en mis estudios de previsión a seis meses y a doce, la ha aceptado.

—¡Toma ya! —Luis, emocionado, casi salta de la silla.

—Entonces, ¿por qué traes esa cara?

La pregunta de Miriam detuvo los vítores silenciosos de Luis.

—Mi jefe me ha llamado a su despacho a última hora, acabo de salir de allí. He estado esperando su llamada toda la mañana, pero los viernes aquí son… Horribles —puso los ojos en blanco.

Luis nos miró a todos con el típico gesto os lo dije.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunté temerosa de saber la respuesta.

—Que hice un magnífico trabajo, que soy una de las mejores trabajadoras, pero que no puede ascenderme porque la junta no lo cree conveniente.

—¿Qué cojones? —Max soltó las palabras como si fuesen balas.

—Según él, no tengo la imagen para ser jefa de departamento. Necesitan a alguien que aparente ser más profesional y dinámico, que sea uno más en las reuniones de empresa... Que mi manera de ser no encaja con lo que esperan en alguien de esa categoría.

—¿Y te lo suelta así? ¿Sin temblarle el pulso? —Miriam respondió

atónita.

—¿Qué le has contestado? —la miré, cabizbaja.

—Que lo entendía. —Todos nos miramos entre nosotros los siguientes segundos en silencio, sin entender muy bien lo que estaba pasando—. Que a juzgar por los últimos ascensos, mi imagen no correspondía con la que "la junta" —usó sus dedos a modo de comillas — buscaba, porque yo no tenía una polla entre las piernas y no les reía las "machistadas" como sí que se las reían mis compañeros trepas. Que les podía dar un mensaje de mi parte y que también se lo aplicase él de paso, que está cortado por el mismo patrón que el resto: que son una panda de incompetentes y que tomen ese mensaje como mi renuncia porque me piro de la empresa. Que si no saben valorarme ellos, ya habrá otros que lo hagan, y que a ver quién de mis compañeros trabaja como yo lo hice durante años y logra convencer a los clientes como lo he estado haciendo presentación tras presentación. ¡Ah! Y que les den por el culo y se vayan a la mierda, eso también se lo he dicho antes de cerrar la puerta.

Si ya nos habíamos quedado en silencio mientras hablaba, en ese momento más aún. De no ser porque estábamos en una cafetería y porque un montón de compañeros de trabajo, excompañeros ahora para Tefi, charlaban de manera distendida sin controlar el volumen de sus voces, podría haber rodado una bola de ramas secas de esas del Oeste por entre las mesas; incluso grillos se habrían escuchado de fondo.

—Pues muy bien que has hecho. —El primero en romper ese silencio fue Max.

—No saben lo que han perdido. —Miriam, que, aunque se olía que no había ascenso, no se imaginaba que Tefi hubiese renunciado, la miró compungida torciendo sus labios en un gesto resignado.

—Pero, ¿no ha sido un farol? —Lanzó Luis aún sin terminar de creerlo. Max negó con la cabeza como respuesta—. Pues tu superior se habrá quedado de piedra.

—¿Sabéis? Cuando he cerrado la puerta al irme, me he agobiado mucho, y aún lo estoy un poco la verdad... Pero me había prometido el ascenso y yo he dado todo lo que podía dar. Si me quedo aquí, nunca podré ascender, no si siguen esos cafres en la junta; y parece que han firmado un contrato de por vida los muy capullos, así que...

—¿Qué vas a hacer ahora? —Luis volvió a preguntar. El pobre había pasado de la euforia a la tristeza en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues echar currículums, buscar ofertas de trabajo en donde sea... Y si lo que encuentro no es de lo mío, seguiré buscando hasta que pueda optar por un trabajo de lo que he estudiado. Ya he estado así antes y no pasa nada. —Tefi nos miró a todos y sonrió—. Estoy bien, chicos, de verdad.

—Yo pagaré tu parte del alquiler hasta que encuentres trabajo y cobres el primer sueldo —dije devolviéndole la sonrisa.

—Y yo tu parte de los gastos —añadió Miriam.

—Sí, claro. —Negó sarcástica Estefanía.

—Pues claro que sí. Me estoy quedando en vuestro apartamento y no me estáis cobrando nada, qué menos que aportar en esto.

Tefi volvió a negar.

—Chicas, tranquilas, tengo ahorros. Puedo cubrir mis gastos.

—Pero queremos ayudarte como tú nos has ayudado a nosotras. —Miriam contestó y yo asentí a sus palabras.

—Sí, así que como nos dices tú: "anda, calla". Para eso estamos las amigas, ¿no?

A regañadientes, porque si yo soy terca, Estefanía no se queda atrás, dio su brazo a torcer y aceptó nuestra ayuda. Ella siempre había estado ahí para nosotras: conmigo cuando perdí a mis padres y me mudé a su casa sin poder aportar mucho al inicio de mi vida en la ciudad, y con Miriam, que la había acogido en el apartamento todo el tiempo necesario hasta que tuviese la confianza necesaria de volver al suyo sin que sintiese miedo por Víctor tras cruzar el umbral de su puerta.

Ahora nos tocaba a nosotras estar ahí para ella. Porque lo necesitaba, porque lo merecía y porque ella era parte de nuestra familia.

Octavo
Cambio:

El último adiós

I

“Si hay algo que he aprendido en la vida, es el poder de usar mi voz”
Michelle Obama

Para mi sorpresa, dejar el trabajo no le había afectado o causado un duro trago a Tefi. Lo había aceptado desde el primer momento, es más, sabía que era una idea que tenía ya más que estudiada y meditada. Conociéndola, hasta habría hecho una lista de pros y contras con la que valorar la situación. Ella era muy de estudiar todo al dedillo, de no tomar decisiones tan importantes como las del ámbito laboral tan a la ligera. Aunque si hablamos de otro tipo de situaciones que puedan contener diversión, juerga y risas, no necesitaba pensar absolutamente nada porque la respuesta estaba clara: "me apunto".

Enfrentarse a la realidad de un cambio tan grande como el de dejar el trabajo sin tener una segunda opción, no es nada sencillo; muchas personas pasan años y años desempeñando un empleo que no les hace felices y con el que les cuesta horrores levantarse de la cama por las mañanas, únicamente por tener algo seguro a lo que agarrarse y con el que ganar un sueldo a final o principio de mes.

Pero ella había dado carpetazo y salido de la empresa a la que había entregado varios años de su carrera profesional, habiendo realizado una última presentación cojonuda ante su cliente (excliente, mejor dicho), y demostrando que ella podría haber sido una de las mejores jefas que hubiese tenido su departamento.

Así hace las cosas Tefi, a lo grande.

Mentiría si dijese que no salimos ese viernes por la noche a celebrar los ovarios que había demostrado tener mi mejor amiga ante su superior, aunque todos nosotros supiésemos de sobra desde hace años que los tenía. Nos divertimos, sí, y también bailamos y nos pedimos varias tandas de chupitos, pero lo del alcohol es secundario; nosotros lo pasaríamos bien hasta con un cubo de palomitas. Unos meses atrás, pensaba que "montarse la fiesta" era pillar un litro de vino para tomarlo con Tefi en un rincón escondido del pueblo, pero ahora sabía

que la fiesta se puede montar en cualquier sitio y de cualquier forma, siempre que las personas con las que estuvieses fueran las adecuadas.

Cuando el reloj dio las cuatro de la mañana, todos recogimos nuestros bártulos y salimos de *nuestro* bar para volver a casa. Luis pilló un taxi, Miriam y Tefi un Uber, y yo me fui a la casa de Max para pasar la noche con él. Sí, sí, no os preocupéis que él estaba completamente sobrio cuando agarró la moto; ya se preocupó de beber alcohol solo al principio de la noche y pasar la segunda mitad a base de agua y refrescos. Y yo también, que solo faltaba que en una de las curvas mi ebria falta de equilibrio hiciese que me cayese de la moto como un saco de patatas.

Abrí los ojos y parpadeé un par de veces antes de frotarlos con relativa insistencia para confirmar que la decoración de mi cuarto había cambiado, que el pantalón que había tirado en el suelo seguramente no me cabría ni en uno solo de mis muslos y que la cama se sentía rara. Aquella no era mi habitación, obviamente, sino la de Max. Habitación que no había visto por dentro la primera vez que visité su apartamento. La primera vez que dormí con él descubrí que la decoración de su cuarto era un tanto peculiar. Lo que más me llamó la atención fueron algunas manualidades que sus sobrinos habían hecho en el colegio, además de una bola de cristal, en la que si la agitabas podías ver cómo nevaba sobre un bonito rascacielos. Siempre que tenía oportunidad le daba la vuelta y la posaba de nuevo sobre el mueble, quedándome embobada observando caer los pequeños copitos blancos hasta posarse delicados en la base.

Me giré lentamente para comprobar que seguía durmiendo, seguramente por sentir extraño el colchón o porque estaba durmiendo con Max después de un encuentro bastante tórrido del que me acuerdo a la perfección y en el que me hizo tocar el cielo varias veces, tenía la sensación de ser un kebab porque no podía desenliar la tela que me oprimía; eso, o un burrito, que sobre gustos no hay nada escrito.

Mis intentos infructuosos de bajarme de la cama lentamente y sin despertarle, casi como si fuese la actriz protagonista de un *remake* de *Misión Imposible*, no surtieron efecto. Segundos después, la mano de Max se posó sobre mi brazo (bueno, sobre la sábana que me apretujaba el brazo y me impedía moverlo), y su voz grave y mañanera me dio los *buenos días*.

—Ey —susurró.

Aproveché que ya había abierto los ojos y que no me sentiría culpable por sacudir mi cuerpo como si me hubiese alcanzado un rayo, y me giré hacia él liberando por fin mis brazos del yugo textil de

la sábana asesina.

—Buenos días —sonreí tapando mi boca de manera disimulada y observando su cara de sueño.

No tenía ni idea de la hora que era, pero muy tarde no debía de ser. Mi reloj interno siempre me despertaba bien temprano, independientemente de la hora a la que me hubiese tumbado en la cama. Secuelas de haber vivido toda mi vida en el pueblo y abrir los ojos cada mañana con el canto del gallo de mi vecina.

—¿Has dormido bien?

Asentí a su respuesta. Tenía unas ganas inmensas de darle un beso y repetir lo que habíamos hecho unas horas antes, pero por nada del mundo iba a dejar que oliese tan de cerca mi aliento mañanero con el que podía derrumbar bosques enteros de un soplido.

—Necesito ir al baño —continué ocultando mi boca algo tímida.

Max asintió sin perder la sonrisa, se movió en la cama quedando con la espalda pegada al colchón, alargó la mano hasta la mesita y cogió el móvil para trastear con él mientras yo volvía.

Levantarme de la cama siguió sin ser tarea fácil. Si pensabais que después de mi noche con él me había vestido, estabais equivocados.

Efectivamente, bajo la sábana estaba desnuda, y no es que me apeteciese mucho que me viese de esa guisa a plena luz del día. Y es una gilipollez, lo sé, porque Max ya me había visto sin ropa que cubriese mi cuerpo en más de una ocasión, nada le iba a sorprender o a asustar porque le gustaba tal y como era, hasta con mis rollitos en la espalda y mis muslos con piel de naranja. Pero he tenido complejo sobre mi cuerpo desde que tuve uso de razón o, bueno, desde que mi entorno comenzó a verme como una gorda que necesitaba dieta y no como una niñita rellenita y graciosa a la que agarrar los mofletes; y quitarse todos esos años de sentir vergüenza por mi físico, no era tarea fácil.

Alegué que tenía frío para taparme con la sábana como si fuese una capa de invisibilidad, sin enseñar de mi cuerpo más que mi cabeza, y salí de la habitación en dirección al baño.

Nada más entrar, cerré la puerta con pestillo, hice pis porque no podía aguantarme más y busqué el tubo de pasta de dientes para adecentar el aliento de dragón que me gastaba. Pero el nudo que había hecho en mi cuello para tener las manos libres no era lo bastante fuerte, así que apenas unos segundos después de ponerme frente al espejo y untar mi dedo con una porción de dentífrico, este se deshizo y la sábana cayó al suelo. Una de mis peores pesadillas se materializó frente a mí al instante.

La última vez que me había visto de esa forma fue en una ocasión viviendo ya en la ciudad, donde casi tomé conciencia de mi cuerpo por primera vez, pero después de aquella seguía sin permitir

observarme delante de un espejo salvo para cepillar mi cabello. Sin embargo, la suerte (o más bien, mi inutilidad para anudar la tela), había querido que aquello ocurriese de nuevo y que mis ojos se clavasen en mi piel desnuda, en las curvas de mi cuerpo y en mis pechos caídos.

Me observé con cautela y cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, algo en mi mente hizo *clic*. La voz de mi cabeza no me gritaba con insistencia que me tapase, que me cubriese y que me metiese en el último rincón del mundo para que nadie me pudiese encontrar; lo que no paraba de decirme era "esa eres tú y tu cuerpo es perfectamente válido". Y sí, claro que había cosas que no me gustaban de mi físico, la belleza es subjetiva y cada uno tenemos nuestros propios ideales, pero había logrado entender que todos éramos únicos y que, aunque cargásemos con una mochila llena de inseguridades y complejos que afloraban cuando menos lo esperábamos, todos y cada uno de nosotros teníamos un cuerpo aceptable y que debía ser respetado por el resto, independientemente de nuestra talla. Sencillamente eso.

Un rato después y tras "lavarme" los dientes con el dedo y un poco de pasta, salí del baño con la sábana tapándome, pero no por el cuello a modo de capa sino rodeando mi cuerpo y anudada por encima de mis pechos.

—¿Todo bien? —preguntó sentado en la cama y con el ceño fruncido.

Debí de estar bastante más tiempo del que pensaba en el baño...

—Sí, todo bien —sonreí segura de mis palabras.

Se levantó de la cama, se acercó a mí y me dio un beso tenue en los labios antes de dirigirse también al baño. En cuanto la puerta se cerró, aproveché para vestirme, aunque tardé un poco en encontrar mi ropa interior.

Desayunamos, entre bostezo y bostezo sentados en el sofá, un par de tostadas con aceite y sal y dos cafés cortados recién hechos. Todo por obra y gracia del saber hacer de mi chico motero.

Se notaba que habíamos dormido demasiado poco porque la mañana la pasamos básicamente tirados en el sofá, viendo varios capítulos de una serie de la que me enteré solo de la mitad de lo que ocurrió y acariciando nuestras manos de manera distraída entre arrumacos y besos varios. Aunque a decir verdad... ¿qué mejor manera de pasar una mañana de sábado que entre besos, abrazos y caricias furtivas? Pues ya os lo digo yo: ninguna.

Después de la comida, que se resumió en varios sándwiches y un buen, caliente y suculento *postre*, Max me volvió a llevar a casa para pasar la tarde con las chicas. Miriam nos había pedido durante la fiesta de la noche anterior si podíamos acompañarla a la reunión del grupo de ayuda y quedarnos la tarde allí con ella. Nosotras, por supuesto, habíamos dicho que sí.

Tras una ducha reparadora y una pequeña siesta que agradecí como agua de mayo tras meses de sequía, nos vestimos y fuimos juntas en metro hasta el edificio comunitario.

Una de las cosas que llamó mi atención nada más cruzar el umbral de aquel espacioso salón de actos, fue la cantidad de mujeres de todas las edades y colores de piel que había, y es que la violencia de género no discrimina y afecta a todas las mujeres, independientemente de su procedencia o estatus social. Pero hubo una cosa que me hizo sonreír, y fue acordarme de las palabras utilizadas por Miriam al comentar la sensación rara al entrar. Sí, era rara, pero yo, al igual que ella, también parecía sentirme mejor.

Nos acercamos hasta la mesa de bienvenida en donde había café, refrescos, zumos y agua para todas; después de la caminata desde la boca del metro, agradecí poder tomar algo. En otra mesita más pequeña, había multitud de folletos de la asociación y de la Consejería de Igualdad con información para las mujeres, así como páginas y teléfonos de interés para utilizar en caso de ser necesario.

Una mujer de unos sesenta años, de amplia sonrisa y piel aceituna, se acercó hasta nosotras.

—Bienvenidas, chicas —colocó su mano en el brazo de Miriam y centró su atención en ella—; me alegro de volver a verte. —A continuación, nos miró de nuevo a todas—. En unos minutos vamos a empezar con el "Espacio Seguro", si queréis acompañarnos estáis invitadas.

Tefi y yo contestamos al unísono un amable "gracias".

—Gracias Marta. Sí, contad con nosotras.

Cuando se alejó, Miriam se giró hacia nosotras.

—Ella es la psicóloga que guía el grupo de ayuda. El "Espacio Seguro" es la actividad de grupo de ayuda en donde ponemos las sillas en círculo y charlamos contando nuestras experiencias. Por eso quería que vinierais conmigo, porque hoy quiero ser una de las que se ponga en pie y lo cuente.

Aquello nos dejó un poco bloqueadas, porque el paso que iba a dar nuestra amiga de cabello rojo como el fuego, era enorme, como saltar el río Nilo de una sola zancada. Tefi y yo nos miramos asintiendo a sus palabras y encaminándonos con ella al rincón del salón en donde la reunión iba a tener lugar.

—¡Miriam!

Una voz cantarina detuvo nuestros pasos e hizo que nos girásemos. Era una chica muy joven de cara redonda y figura esbelta, de piel blanca como la nieve y cabello negro y lacio hasta la mitad de la espalda.

—¡Hola Andrea! —Miriam la abrazó y luego la acercó hasta nosotras—. Esta es Andrea, la chica de la que os hablé la semana pasada.

Tefi y yo la saludamos con un par de besos en las mejillas.

Al llegar hasta el círculo de sillas, todas ocupamos una de ellas. Intenté negarme a sentarme dentro del círculo porque sentía que invadía el espacio seguro del resto al no haber sufrido el mismo tipo de violencia, pero las demás me hicieron ver que no solo duelen y afectan los golpes y que la violencia machista abarca mucho más que los moratones, así que finalmente accedí y ocupé uno de los lugares junto a Miriam, sentándose en el otro Tefi.

Tras la presentación de Marta, una mujer rubia y madre de dos hijos tomó la palabra. Contó lo difícil que le había sido tomar la decisión de romper su matrimonio. Para ella lo más importante eran sus hijos; durante años pensó que les afectaría para mal el divorcio y que podría ocultar lo que pasaba tras la puerta de su habitación, que su dolor era lo de menos si a cambio sus hijos eran felices.

Relató uno de los episodios en el que su ahora exmarido, volviendo borracho, le había recriminado que la cena no le gustaba y le había soltado un tortazo delante de su hijo menor. Ese fue el desencadenante de su decisión de romper el matrimonio, porque no podía permitir que sus hijos crecieran viendo aquello y de mayores replicasen el comportamiento de su padre con otras mujeres.

También habló Andrea, que contó cómo su novio le había estado vigilando el móvil y controlando a quién llamaba y las llamadas que recibía, hasta quién la seguía en redes sociales y a quién ella daba "me gusta" en las publicaciones. Llegó un momento en el que para ella era normal darle su teléfono cuando quedaba con él para que pudiera revisarlo antes incluso de saludarla.

Varias mujeres más tomaron la palabra y las experiencias que relataron me encogieron el corazón, pero ni después de atender a todas estuve preparada para escuchar el relato de Miriam.

Apretó nuestras manos en un gesto cariñoso y se puso en pie cuando una mujer, de algo más de treinta años y pelo castaño, se sentó tras hablar.

—Hola, me llamo Miriam. Es la segunda vez que vengo a estas reuniones y la verdad es que no sé por dónde empezar...

Sonrió nerviosa y se giró para mirarnos mientras jugaba con sus manos de manera inquieta. Nosotras, tras devolverle la sonrisa, le animamos con un gesto a que siguiese hablando.

—Conocí a un chico a través de una de esas aplicaciones para encontrar pareja. Estuvimos hablando varias semanas por ahí; era encantador y atento. Me daba los buenos días todas y cada una de las mañanas y, cuando sabía que salía de mi trabajo, me preguntaba qué tal me había ido la jornada. —Bajó con la mirada a sus manos y volvió a subirla sin mirar ningún punto fijo—. Me sentía tan bien... Era aquello que siempre había querido... Bueno, que queremos todas. Era guapo, atento, detallista y cariñoso.

»Decidí conocerle en persona tiempo después, en un lugar alejado de mi casa y concurrido. Nunca sabes a quién te puedes encontrar en estos sitios y siempre he preferido ir sobreseguro. —Cogió aire llenando sus pulmones y lo expulsó lentamente—. Cuando lo vi por primera vez, no me lo podía creer. No las tenía todas conmigo porque hay gente que miente y te manda fotos de otros, pero él no lo había hecho; y era casi más guapo en persona —rompió a reír y nos contagió la risa al resto.

»Al principio fue maravilloso. Seguíamos quedando para tomar algo, hablábamos hasta las tantas de la noche... Pero después comenzó a sugerirme cambios, ¿sabéis? Nada drástico, pero sí dejando caer cosas como "en esta foto con el pelo liso estás muy guapa; me gustaría verte así más a menudo" o "quizá deberías ponerte esta chaqueta; no quiero que mi princesa se resfríe". Todo muy sutil, ocultando la verdadera intención que había detrás de ello.

»Pero yo seguí sin ver nada raro. Para mí era el comportamiento normal de un novio entregado a la relación que ama con locura a su pareja y que la quiere cuidar por encima de todas las cosas. —Miriam se aclaró la voz y continuó—. Cuando quería quedar con mis amigos siempre sacaba planes para nosotros dos solos, aunque el plan fuese ver una película en el sofá de mi casa. A mí me apetecía muchísimo quedar con ellos como he hecho siempre, pero él me decía que no entendía por qué yo no sentía la necesidad de estar con él, como él sí que la sentía de estar conmigo, que estábamos al principio de la relación y que teníamos que conocernos mejor y aprovechar cada momento, que si es que yo no le quería tanto a él como él me quería a mí. Y cedía. Cedía porque pensaba que tenía razón, que yendo con mis amigos le estaba rompiendo el corazón y que era nuestro momento de conocernos más.

»Cuando llegó mi cumpleaños, me sentí entre la espada y la pared. Yo siempre lo había celebrado con todos mis amigos, pero este año era diferente y ahora tenía pareja... Logré convencerle de que él también viniese, al fin y al cabo, iba a presentarlo oficialmente como mi pareja ante los míos y supongo que aquello, a sus ojos, era como marcar el territorio.

»La celebración fue un poco incómoda porque él no se esperaba que

fueran dos amigos míos, pensaba que solo iban mujeres. Me arreglé como le gustaba verme, con el cabello liso y la ropa que él mismo había elegido en mi última salida de compras, porque desde que lo conocía en persona, siempre que iba de compras él venía conmigo para ayudarme a elegir... a su gusto, claro. Fuimos a su restaurante favorito a pesar de que soy vegetariana y no me siento bien rodeada de olor a carne cocinada, porque él odia la comida vegetariana y me hizo sentir culpable de que no pudiese comer nada "decente" para cenar.

»Cuando salimos de allí, lo primero que hizo fue decirme que no entendía cómo salía con ellos, que eran todos raros... —volvió a girarse y a mirarnos de manera culpable, y luego de nuevo miró al resto del grupo—, que la morena tenía cara de bollera, que la del pelo castaño podría haber sido perfectamente una estatua porque no aportaba nada a la conversación, que el del pelo rizado era un inmaduro *nerd* y que el de la moto tenía cara de ser un mindundi que nada tenía en la vida, además de otras cosas que prefiero no decir. Aquellas palabras se me clavaron en el alma, las escupió como una ametralladora sabiendo que, para mí mis amigos son una de las cosas más importantes de mi vida. Entonces me pidió perdón y se disculpó diciendo que había tenido un mal día en el trabajo y que no había estado de humor en toda la noche. Y le creí, le creí como una tonta estúpida; y no solo esa vez, sino todas las demás veces que vinieron después.

»Comencé a dejar de salir con mis amigos por estar con él y a verlos casi únicamente en el trabajo. Antes quedábamos todas las semanas varias veces y, a partir de ese momento, apenas nos veíamos una vez cada quince o veinte días. Él empezó a sospechar de cada notificación de mi teléfono móvil y siempre se cabreaba si mis amigos me llamaban o si llegaba algo más tarde de lo normal a casa, aunque fuese porque ese día había tenido que quedarme una hora más en el trabajo.

»Entonces, fue cuando llegó el primer golpe. Me negué a enseñarle uno de los mensajes de Estefanía, una de mis amigas, que me preguntaba si todo andaba bien con él, porque sabía que si lo veía se pondría furioso y le cogería aún más manía de la que ya le tenía. Sin pensarlo dos veces, me soltó un puñetazo y me empujó contra la puerta de mi dormitorio para meterse después al baño. Antes de eso solo hubo empujones, pero en aquella ocasión, saltó la barrera.

Mi corazón hizo *crac*. No podía apartar la mirada de la espalda de Miriam y las lágrimas se agolpaban en mis ojos amenazando con inundar el salón de actos. Agarré la mano de Tefi y la miré de soslayo; ella no reprimió sus lágrimas y, a partir de ahí, yo tampoco.

—Aquello se convirtió en una espiral: había algo que no le gustaba,

me golpeaba, me pedía perdón y vuelta a empezar. Logró que yo me sintiese culpable de quedar con mis amigos, de contestarles las llamadas, de ponerme un escote o de cualquier cosa inofensiva que se me pasase por la cabeza y no encajase en sus planes. Le disculpé cada una de las veces porque sabía que su trabajo era estresante y yo "le sacaba de los nervios con mis tonterías". Pero nada disculpa ese tipo de comportamiento.

»Una tarde le pregunté si podía salir con mis amigos, que tenía muchas ganas de verlos fuera del trabajo como antes. Él me miró casi fulminándome con la mirada, pero para mi sorpresa dijo que sí, así que llamé a Estefanía para preguntarle si le apetecía quedar; antes de que me descolgase el teléfono, dijo que él también iría. —Negó levemente—. Pero yo no quería que me acompañase, quería volver a sentirme libre con ellos, sin ataduras, como me había sentido siempre; eso no le gustó. Se volvió loco. Comenzó a darme puñetazos y a empujarme, tiró platos contra la pared y en ese momento me di cuenta de que no había dado a colgar y mi amiga lo estaba escuchando todo.

»Le pedí que parase, se lo rogué con todas mis fuerzas, pero él siguió hasta que me partió el labio. La sangre le asustó mucho porque hasta ese momento solo me había dejado moratones que podían ocultarse con la ropa o el maquillaje, pero ninguna herida abierta. —Carraspeó y continuó mientras Tefi y yo secábamos nuestras lágrimas —. Me metió en el baño a empujones gritándome que si había visto cómo lo había puesto, que si estaba contenta. Pidió que me duchase y le hice caso, solo quería que aquello acabase y sabía que Estefanía había escuchado todo, así que me preparé para lo que iba a llegar... Porque sabía que ni ella ni el resto de mis amigos dejarían eso pasar.

»Cuando salí del baño, él ya había recogido todo lo que había destrozado y volvió a pedirme perdón, incluso se puso de rodillas. Ahora ya no sé si lo hizo para evitar que le denunciase o si le movió otro motivo igual que el resto de veces.

»Me encerré en mi habitación y, poco después, la puerta de casa sonó. Sabía quién estaba al otro lado y solo en ese momento me permití romper a llorar porque tuve la certeza de que aquello había acabado.

El silencio inundó el gran salón, el resto de mujeres visiblemente emocionadas la miraban desde sus asientos. Nosotras, con el corazón en un puño después de escuchar el tormento que nuestra amiga había vivido y que no conocíamos, nos levantamos de las sillas y nos fundimos con ella en un abrazo.

Esa tarde fue una de las más duras que viví jamás. Ninguna mujer debería sufrir lo que Miriam y el resto del grupo había sufrido. Absolutamente ninguna.

II

“He tenido que equivocarme miles de veces y sufrir mucho para entender que las heridas se transforman en fortaleza y que el amor propio te hace invencible”

Jedet

Aquello fue como una catarsis para Miriam. Todas aquellas vivencias y emociones que habían estallado en el salón comunitario como un volcán en erupción, las había llevado guardadas en su interior durante meses. Aunque Tefi se había percatado de que algo no iba bien y de que ella había cambiado su comportamiento, jamás se me pasó por la cabeza que tuviese razón y que lo que nuestra amiga pelirroja estaba viviendo era una relación de maltrato, pura y dura. La idea de que fuese real me causaba terror.

Cuando salimos al exterior, pasadas las siete y media de la tarde, Miriam se detuvo unos segundos en la puerta y respiró hondo. Pude ver en su rostro el gesto más claro de liberación que he visto en mi vida. Era una mujer fuerte y valiente por enfrentar sus miedos y, sobre todo, por permitir que otros la ayudásemos. Muchas veces es más difícil dejar que los demás conozcan tus debilidades que afrontarlas en solitario, porque mostrar esa parte más frágil de nosotros mismos nos hace, en cierto modo, vulnerables.

Juntas nos encaminamos hasta un bar cercano y nos sentamos en una de las mesas de la terraza. Las tardes frescas comenzaban a quedar bastante lejos, así que las tres pedimos un batido de frutas y helado para pasar la ola de calor que anunciaba, a bombo y platillo, un próximo verano de altas temperaturas.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté a Miriam en cuanto la camarera tomó el pedido y se metió en el local para prepararlo.

—La verdad es que mucho mejor. —Su sonrisa iluminó su rostro; y podría haber iluminado la calle si no fuese porque la noche aún no había caído—. Muchas gracias por acompañarme, chicas, necesitaba hacer esto y contaros todo lo que no os había podido contar hasta ahora.

—No tienes que agradecer nada. ¿Desde cuándo se agradece a los

amigos por ser amigos?

Tefi contestó poniendo los ojos en blanco sin perder la sonrisa de sus labios. Tras unos segundos cómplices, abrí la boca.

—Las gracias te las tengo que dar yo a ti por tenerme en cuenta para lo de hoy...

—¿Y eso por qué? —me miró curiosa.

—Porque no hace mucho que nos conocemos y...

Miriam me detuvo.

—Desde que llegaste, has estado siempre ahí. Estefanía me habló mucho de ti durante estos años, pero hasta que no te he conocido no me he dado cuenta de que todas las cosas que me había contado de ti eran ciertas. Solo quiero tener en mi vida buenas personas que me ayuden a crecer, y tú eres una de ellas.

Mientras habló, la miré sin apenas poder reaccionar. De hecho, me dejó sin palabras.

—Somos un equipo —añadió Estefanía—. Las tres. Bueno, y el otro par también.

Todas nos reímos.

La camarera trajo el pedido y lo dejó sobre la mesa. Nos moríamos por unos batidos de fresa y plátano, aunque Tefi fue más allá y pidió, como añadido, sirope de chocolate, nata y virutas de chocolate negro por encima.

—Por cierto, quería contaros también otra cosa...

Ambas miramos a Miriam sin sacar la pajita de entre nuestros labios, dando buena cuenta del contenido de la copa de cristal.

—He decidido que no quiero volver a mi antiguo apartamento, no quiero tener cerca nada que relacione con él, y menos el lugar en donde ocurrieron... cosas.

—Tranquila, es normal —asentí dándole la razón.

—Estos dos últimos días he estado buscando apartamentos, pero cuestan demasiado. Los alquileres están por las nubes —exhaló dando un sorbo a su batido—. Tengo que mirar en la periferia si quiero encontrar algo que no se suba demasiado de precio, valorar lo que me gasto de menos con lo que me gastaría de más en combustible... En fin, hacer números; pero no puedo volver a ese apartamento para otra cosa que no sea sacar mis cosas de allí.

Tefi la miró entrecerrando los ojos.

—A ver, que a lo mejor esto que voy a decir es un disparate... Si no hay nada que te convenza, y puede que no lo haya en mucho tiempo... ¿Por qué no buscas con tranquilidad, sin prisa, y te quedas de manera indefinida en nuestra casa? Es decir, sé que no hay habitaciones suficientes, pero podemos hacer parte del salón como tu cuarto, poner tu cama, una cómoda... Y si te falta sitio, puedes usar parte de mi armario para guardar tu ropa. Hay gente que vive en estudios donde

todo es la misma zona menos el baño, podríamos hacer nosotras lo mismo en casa y así estarías más cómoda que en mi cama con mis patadas o en el sofá cama que está más duro que una piedra.

Y vaya si tenía razón en lo del sofá cama.

Miriam se quedó callada sin apartar la vista de Estefanía. Por un momento vi en sus ojos un brillo diferente al que había tenido contando su desesperante búsqueda de piso, así que decidí animarla porque... ¿por qué no? El apartamento era pequeño y tendríamos que seguir turnos para entrar al baño y usar la ducha sin que nos quedásemos con el termo eléctrico vacío, pero lo cierto era que me encantaba compartir piso con ellas.

—Me parece una gran idea —añadí. Miriam me miró y sonrío.

—¿En serio?

—Pues claro que lo dice en serio, Alex no miente. Yo sí, a veces —dijo Tefi para dar un sorbo a su batido lleno de nata.

La sonrisa de Miriam se ensanchó un poco más.

—Te diría de comprar una cama nueva, pero ya sabéis —hizo un gesto con sus dedos sobre su nariz para decir que estaba a dos velas—, ando bastante *canina* para más gastos —puso los ojos en blanco—, así que tendremos que traer tu cama al piso.

—¿Traerla? —pregunté.

—Claro —contestó mi mejor amiga—, y la subiremos a casa.

—¿Nosotras? ¿Cinco pisos sin ascensor? —Mis ojos se desorbitaron y casi escupí el batido que acababa de beber.

Si ya me costaba llegar a la puerta de casa un día normal sin arrastrar la lengua por las escaleras, ¡no quería imaginarme cargando con un colchón de viscoelástica! Tefi se calló y ladeó la cabeza de un lado a otro sopesando aquello. Que cinco pisos con el peso de una cama de dos personas, no era algo para tomar a la ligera.

—Bueno, vale, solas no. Llamaremos al par para que nos echen una mano y les invitamos a comer como premio.

Miriam y yo nos reímos por su ocurrencia.

—Muchas gracias, chicas. —La voz de Miri, apenas unos segundos después, sonó sincera.

—¿Podemos brindar ya por el primer día como compañeras de piso oficiales?

La pelirroja y yo alzamos nuestros batidos y chocamos las copas de cristal, ya por la mitad, con la de Estefanía.

A medida que la tarde avanzaba entre comentarios cómplices y charla distendida, fui dándome cuenta de algo muy importante. Mis amigas habían logrado soltar, no sin un esfuerzo titánico, aquel lastre que llevaban a los hombros y que les impedía avanzar: Tefi un trabajo que la ahogaba y Miriam una pareja tóxica que la estaba hundiendo en lo más profundo del abismo; pero, ¿y yo?

Yo también tenía algo de lo que desprenderme, no literalmente sino de manera emocional, algo que me había perseguido incluso antes de tomar el tren que me había llevado a la ciudad. Una cosa en la que seguía pensando casi a diario y a la que tenía que poner remedio sí o sí.

—Chicas, ¿os puedo pedir algo?

Miriam y Estefanía me miraron intrigadas, dejando las copas ya vacías sobre la mesa de la terraza.

—A ver, pide por esa boquita de piñón que tienes —soltó Tefi divertida.

—¿Me acompañaríais al pueblo?

Mi pregunta las dejó silenciadas y la expresión de mi mejor amiga, que hasta hacía unos segundos era jocosa, se transformó en compasiva. Ella sabía lo que mi petición representaba.

—Claro que sí, Alex, cuenta con nosotras —contestó Miriam.

Y aquello no podía quedar allí, no si se trataba de mí dando un paso adelante y de Estefanía acompañándome en el proceso, así que, de nuevo, mi amiga tomó la palabra y se puso de pie.

—Eso está hecho, nos piramos ya mismo.

—¿Ahora? —pregunté alzando la mirada mientras seguía sentada en la silla, no porque no quisiera ir, sino porque me había pillado completamente por sorpresa aquel cambio de rumbo.

—¡Claro! Y así enseñamos a Miriam el pueblo en donde crecimos y le damos envidia con nuestros rincones de borrachas y las viejas del visillo que tenemos como vecinas —miró a Miriam y susurró en tono divertido—: son una especie en extinción.

Miriam soltó una pequeña carcajada y también se puso de pie.

—Si te animas a ir ahora, podemos ir en mi coche. Siempre nos saldrá más barato que pillar el tren.

—¿Ves? Miriam sí que sabe. Alex, viaje de chicas, no puedes decir que no —añadió encogiéndose de hombros.

Mi mirada saltaba de una a otra como una bola de pimpón en pleno juego. Aquella decisión que había tomado, por mucho que pareciese disparatada, cada vez parecía apetecerme más.

—¿Qué nos dices, Alex? —Miriam miró a Estefanía antes de continuar—. ¿Nos ponemos en marcha?

Estefanía entrecerró los ojos en modo retador, con media sonrisa dibujada en sus labios, y yo no pude decirles que no; ni a Tefi, que ansiaba visitar sus raíces, ni a Miriam, que se alegraba por desconectar de todo y, por supuesto, tampoco a la parte de mí que necesitaba con todas sus fuerzas hacer lo que no había hecho aún: visitar la tumba de mis padres para poder decirles adiós.

En cuanto llegamos al apartamento, cargamos nuestras mochilas con ropa para el día siguiente y algo de comida; si quedaba algo decente en la casa del pueblo que llevarse a la boca, serían latas de conserva.

—Que no hace falta, que mis padres están a dos cuadras de tu casa, tía. Que si nos hace falta comida, mi madre nos da.

—Ya, pero ¿y si no están? ¿Y si no tienen? —lancé preocupada metiendo un kilo de arroz en mi mochila junto a mi ropa interior limpia, mi cepillo de dientes y una camiseta que ponerme al día siguiente como repuesto de la que llevaba.

—Pues entro y cojo lo que sea de los armarios. —Tefi agitó el llavero entre sus dedos.

—O podemos comprar algo allí, ¿no? —La voz de Miriam sonó desde el baño.

—Mañana es domingo y hoy llegaremos a las tantas. En el pueblo no tienen abierto 24 horas —contestó Tefi metiendo las llaves en la mochila y también su monedero.

—¿En serio?

—Sí —añadí divertida.

En la ciudad estábamos tan acostumbrados a tener todo abierto cada uno de los días de la semana, fuese fiesta o no, que se nos olvidaba por completo que en otros lugares no era así ni parecido.

Cuando todo estuvo listo, salimos de casa cerrando la puerta tras nuestros pies y nos pusimos en marcha rumbo al lugar de donde había salido meses atrás.

Al salir de la ciudad, y cuando el tráfico se hizo menos denso, saqué el móvil de mi pantalón y escribí un mensaje a Max.

Alex
¡Ey!
Mañana no podremos vernos
Ha surgido algo

Max
¿Todo bien, morena?

Alex
Sí, pero Miriam, Tefi y
yo estamos de camino al pueblo.

Max
¡Vaya! Si lo hubiese sabido, os hubiera seguido con la moto para probar aquellos famosos churros.

Solté una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó curiosa Tefi, bajando la visera del copiloto para verme por el espejo.

—Estoy hablando con Max, dice que hubiese venido a probar los churros.

—¡Pues que se jorobe! Que esta vez es un viaje de chicas —contestó metiendo una patata frita en la boca y luego otra en la boca de Miriam, que no apartaba la vista de la carretera.

Alex
Creo que tendrás que esperar para probarlos, pero prometo que iremos juntos. Dice Tefi que es un viaje de chicas.

Max
Perfecto, y podemos pasar un fin de semana juntos allí.¿Ha tenido ella la idea?

Alex
Claro, me encantaría :) Sí, fue de repente

Max
No me extraña nada...

Tefi asomó la bolsa de patatas entre los asientos para que yo pudiese coger y saqué una para probarlas.

—Dile a Max que te hemos secuestrado, que él, que sabe de cosas de informática, pague un rescate por ti. No sé, un millón de euros que robe a una gran compañía, aunque, si no lo consigue, también puede traer una caja entera de cervezas y me lo pensaré. —Tefi metió otra patata en su boca, aguantándose la risa.

Miriam soltó una carcajada. Sin poder contener la diversión yo tampoco, seguí escribiendo a Max.

Alex
Dice que me han secuestrado,
que tienes que enviar al menos
una caja de cervezas para que me suelten.

Max
¿Solo? Eso por ti me parece
demasiado poco.
Dile que por ella puedo pagar
con un pack de seis.

La que soltó una carcajada entonces fui yo.

—Dice que le parece demasiado poco una caja de cervezas, pero que por ti puede pagar un pack de seis —solté observando la reacción de Miriam, que no dudó en reírse con una pedorreta de por medio.

—¡Será cabrón! Dile que me he cabreado, que ya no le quiero. Que se olvide de mí *pa'tos los siempres*.

Volví a teclear en mi móvil.

Alex
Que dice que ya no te quiere

Max

Dile que yo a ella sí la quiero
Y que cuando volváis me presento
con una caja de cervezas en vuestra
casa y os invito a cenar a las tres.

Levanté la mirada del móvil y la conecté con los ojos de Tefi a través del espejo de la visera del copiloto.

—Dice que él sí que te quiere y que cuando volvamos traerá una caja de cervezas y nos invitará a cenar a las tres.

Mi mejor amiga chasqueó su lengua y volvió a meterse otra patata en la boca.

—Cómo sabe que mi punto débil es la comida... Si es que tengo que querer a ese penco, aunque diga que no.

El resto del viaje marchó bien y cantamos casi todas las canciones de la radio a coro, desafinando y con las ventanillas bajadas para que nos escuchasen hasta los pájaros. Debo decir que fue muy divertido y que me ayudó a no pensar en lo que estaba por venir, porque, que supiese que aquello era lo que tenía que hacer, no lo hacía menos complicado para mí.

Cruzamos la entrada del pueblo e indiqué a Miriam por dónde tenía que pasar para llegar a mi casa. Algunas vecinas mayores, sentadas a esas horas de la noche en los portales de sus casas tomando el fresco, se quedaron mirando aquel coche en el que íbamos y que ninguna conocía. A la mañana siguiente seríamos la comidilla del pueblo... puede que incluso lo fuésemos ya antes de que el reloj de la iglesia tocase las doce de la noche.

Llegamos a mi casa y aparcamos justo frente a la puerta. Afortunadamente, Carmina no estaba en la calle, lo que nos daba algo de margen para entrar dentro sin que nos parase a saludar antes de meter tan siquiera la llave en el bombín de la puerta. Y, conociéndola, no nos dejaría ir hasta que no se enterase de todo lo que había vivido en la ciudad desde que me fui del pueblo.

—¿Tienes la llave a mano?

La voz de Tefi me hizo girar y apartar la mirada de la puerta de casa, mientras ellas sacaban las mochilas del maletero.

—Sí, la llevo aquí.

Saqué la llave del bolsillo de mi pantalón y abrí la puerta. Hacerlo fue como si la cáscara de un huevo que estuviese a punto de partirse por la mitad, se terminase de abrir en dos. El olor, el ambiente cargado, los muebles... Todo. Absolutamente cada rincón me inundaba de recuerdos pasados.

—¿Estás bien?

Miriam agarró mi mano tras preguntarme y estrechó sus dedos con los míos.

—Sí —asentí dejando que fuese Tefi quien cerrase la puerta una vez estuvimos las tres dentro.

Encendimos las luces y abrimos un poco las ventanas para airear las habitaciones. Se notaba que aquella casa había estado cerrada durante meses. Después, preparamos mi dormitorio para que pudiésemos dormir todas juntas en la misma habitación; que podría parecer una tontería, pero saber que estaban a unos metros de mí, me tranquilizaba.

—¿Quieres visitar a tus padres ahora? —pregunté a Tefi mientras sacaba mantas de mi armario. En la ciudad puede que empezase a hacer calor, pero la temperatura en el pueblo era otra historia.

Tefi miró la hora.

—No, es muy tarde. Mejor mañana por la mañana les llevo un buen desayuno y les doy la sorpresa.

Esa noche no hicimos mucho más que hablar, contar historias de nuestra adolescencia y quedarnos dormidas en la cama las tres juntas, apelotonadas y tapadas como rollitos de primavera por un cargamento de mantas de todos los colores, formas y grosores.

A la mañana siguiente, un ser muy especial nos dio los buenos días:

el gallo de mi vecina. No fallaba, ese gallo cantaba todos los días a las seis y media o siete de la mañana, era mejor que el típico despertador a pilas programable de las mesitas de noche. No hubo un día en toda mi adolescencia que se me hiciese tarde para ir al instituto gracias a él.

—La madre que me parió... —La voz gruñona de Tefi protestó.

—¿Eso ha sido un gallo? —Miriam preguntó adormilada.

—Bienvenida al pueblo, Miri —respondí y, tras ello, las tres nos reímos casi sin ganas.

El desayuno era una de las comidas más importantes del día, así que mi mejor amiga se ofreció a traernos unos churros para desayunar, dar envidia a Max en la distancia y aprovechar para llevar también el desayuno a su casa y visitar a sus padres. Los churros no eran cereales de chocolate, pero se les podía llamar también "desayuno de campeones". Miriam y yo preferimos quedarnos allí, sobre todo porque había muchas cosas que hacer y solo teníamos ese día para terminarlas antes de volver a la ciudad para trabajar al día siguiente.

Antes de dormir, había tomado la decisión de recoger por fin la ropa de mis padres del armario y donarla a quienes la pudiesen necesitar. Quería intentar poner fin a aquella fase del duelo de la que no lograba desprenderme.

Miriam y yo sacamos toda la ropa de los armarios en silencio, organizando cada prenda en montones para donar o para deshacernos de ellas si estaban en malas condiciones. Todo marchaba bien; mi mente lo único que me pedía era no llorar, no centrar mi atención en otra cosa que no fuese coger ropa, doblarla y amontonar, una y otra vez, pero era imposible. El olor del suavizante, de su ropa de cama, del perfume de mi madre sobre el tocador...

Cuando rompí a llorar, Miriam se acercó inmediatamente hasta mí y me abrazó.

—Ay Alex... —susurró acariciándome el cabello—. Les echas mucho de menos, ¿verdad?

Asentí. No podía hablar. Llevaba meses sin llorar de aquella manera tan desesperada.

—Tranquila, desahógate. Yo estoy aquí contigo, ¿vale? Llora todo lo que necesites.

Y así hice, porque fue romper a llorar y no poder parar durante un buen rato. Cuando logré calmarme un poco, Miriam me llevó hasta la cama en donde ambas nos sentamos una al lado de la otra.

—Se fueron muy pronto —dije limpiando mis lágrimas con el dorso de mi mano—. No es justo.

—Lo sé, lo sé... —apretó mi mano con cariño—. La vida no es justa.

Y aquello, dicho precisamente por Miriam, se me clavó en el alma.

La vida tampoco había sido justa con ella.

—Lo único que podemos hacer es afrontar las cosas, intentar vivir con ello.

—Sí, pero es difícil saber que ya no los voy a volver a ver.

—Pero ellos estarán ahí, contigo —esbozó una dulce sonrisa—. Estoy segura de que nunca nos terminan de dejar del todo si seguimos recordándoles.

Sonreí tierna tras sonarme la nariz.

—Entonces nunca van a dejarme sola.

Casi dos horas después, cuando ya habíamos terminado de empaquetar la ropa y de meterla en bolsas, limpiado la habitación y organizado todo, la puerta de la entrada volvió a abrirse. Estefanía se había llevado la llave de casa para poder entrar sin llamar por si no la oíamos, ya que el timbre estaba roto.

—¡Alex! ¡Mis padres me han dicho que te dé muchos besos de su parte y que te pases a verlos antes de irnos! —Sus pasos se acercaron por el pasillo—. ¿Qué? —se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Tenéis hambre?

El sonido de nuestros estómagos contestó por nosotras.

Entre unas cosas y otras, desayunamos tarde... y mucho, que nos metimos casi tres docenas de churros entre pecho y espalda, y no churros de los que venden en la ciudad que son finos y con forma de estrella, sino churros de pueblo, de los que en la urbe llaman porras.

Mandamos varias fotos de nosotras comiendo al grupo de los cinco y quedamos en que, más adelante, todos iríamos al pueblo a pasar el día junto al riachuelo y les enseñaríamos nuestras fotografías de adolescentes, hechas con carrete de toda la vida, de los que no sabes cómo han salido hasta que no se revelan.

Así fue que, cuando llegó la hora de la comida, ninguna teníamos hambre como para ponernos a hacer el arroz que habíamos traído en la mochila. Decidimos descansar en el salón viendo en la televisión una de esas películas de las tardes de los domingos, que era todo un drama y que se llamaba *La niñera asesina*.

—¿Queda algo más por hacer, pequeñaja? —preguntó Tefi durante la pausa publicitaria.

—Sí, quiero ir a verlos antes de irnos.

—Iremos juntas —concluyó cómplice.

El camino hasta el cementerio lo hicimos en coche, ya era duro ese momento como para que nos fuesen parando cada pocos metros para

preguntarme qué tal estaba. Es reconfortante que en los pueblos sean tan cercanos, pero muchas veces no era interés sino puro cotilleo, y no estaba de humor para averiguar por cuál de los dos motivos me paraban en cada ocasión.

Una vez aparcó el coche, caminamos por el cementerio en busca de la lápida de mi familia. Fuimos las tres en fila, una al lado de otra, disfrutando en cierta forma de la tranquilidad de aquel lugar y de la brisa que corría en el cementerio a esa hora del medio día.

Cuando llegamos al lugar exacto, me detuve de golpe y miré en silencio la inscripción de los dos nombres y de la fecha del fallecimiento. Allí estaban juntos, como habían estado toda la vida desde que se conocieron. Me incliné y acaricié la piedra unos segundos para volver a ponerme en pie después.

—Hola titos —saludó Estefanía. Así era como ella los llamaba—. Siento no haber venido antes.

—Hola papá; hola mamá. —El sonido de mi voz, bajo y sin fuerza, se escuchó casi como un susurro.

De repente me vi abrazada por Tefi y por Miriam.

—Siempre estarán contigo —dijo Miriam a mi oído y yo apreté su mano con cariño en un intento de no volver a llorar como había llorado esa mañana.

No dijimos nada más, o al menos eso pareció mientras nos abrazábamos. Yo, sin embargo, seguí hablando en mi interior donde solo ellos podían escucharme.

"Siento no haber venido antes a veros. Lo intenté, de verdad que lo hice, pero no podía. Me duele mucho veros aquí y no poder escuchar más vuestras voces ni reírnos con las bromas de papá mientras comemos. Os echo tanto de menos...

Mi vida ha cambiado mucho desde que ya no estáis. Mamá, me he mudado a la ciudad como tú querías, ¿te lo puedes creer? Y he hecho amigos y hasta tengo novio. No os preocupéis por mí, estaré bien, lo prometo.

Os quiero mucho, con toda el alma. Sois mi vida entera. Y aunque ya no pueda veros ni abrazaros, vosotros siempre estaréis conmigo allá donde vaya; porque como dice una buena amiga, mientras os recuerde, siempre estaréis a mi lado".

Y, allí, en aquel domingo y al abrigo de ese abrazo, pude por fin decirles adiós o, más bien, hasta luego. Porque, aunque la vida me había dado uno de los mayores mazazos que puede dar, también me había otorgado la oportunidad de comenzar en un nuevo hogar; y porque, ahora sí, mamá, iba a salir a volar.

Epílogo

Habíamos quedado con Luis y Max para hacer la pequeña mudanza a las doce del mediodía. Esa mañana iba a ser tranquila, Miriam y yo nos habíamos propuesto descansar y limpiar bien la casa o, al menos, la zona donde de ahora en adelante descansaría su cama y la cómoda donde guardaría la ropa, pero Tefi tenía otros planes muy diferentes.

Se había empeñado en sacarnos de casa a las diez de la mañana para pillar las mejores prendas de ropa de la tienda antes de que fuesen manoseadas y escogidas por otros clientes. Cosas de ella, no intentéis buscar el porqué, sobre todo porque normalmente los sábados no venía ningún cargamento de ropa que ver antes de nadie. Pero a ella le hacía ilusión y la casa, al fin y al cabo, no estaba tan sucia como para necesitar una limpieza extra antes de meter la cama, así que decidimos hacerla feliz y, por qué no, darnos también algún que otro caprichito textil nosotras también.

—Va a quedar cojonudo, es que ya lo estoy viendo.

—La verdad es que tienes razón, Miriam es muy buena dibujando planos; yo no llego más lejos de hacerlo con los *Sims* —las tres sonreímos sin dejar de caminar por la avenida principal—. ¿No has pensado nunca dedicarte al interiorismo o algo así?

—¿Yo? Qué va. Además, solo soy buena con el estilo que me gusta.

—Muy buena —corrigió Tefi.

—Y que lo digas —confirmé con una sonrisa cuando nos detuvimos frente a la puerta de la tienda que meses atrás había visitado con Estefanía.

La persiana aún estaba echada, pero según la hora de apertura debían estar casi al abrir. Nos apoyamos en la fachada y miré el reloj para volver a confirmar que sí, efectivamente, Tefi me había levantado a las nueve de la mañana un sábado para ir a comprar ropa. Ropa. A las nueve de la mañana. Yo a esa hora lo único que quería era seguir durmiendo hasta que me doliese la espalda, y más después del día terrible de trabajo que tuve justo la jornada anterior.

Poco después, un sonido agudo nos sorprendió para seguidamente ver subir de manera automática la persiana del establecimiento. Tardamos en entrar lo que tarda un helado en derretirse en plena ola de calor, casi un abrir y cerrar de ojos.

—Vale, tenemos que organizarnos —se giró para mirarnos al tiempo que Miriam y yo compartimos una mirada de soslayo—. ¿Por qué no buscamos durante nuestro lado y luego nos juntamos para probarnos ropa y hacer el debido pase de modelos para ver lo que nos llevamos y lo que no? Y que sea ropa de verano, que llega el calor y

hay que renovar el armario. —Ella siempre tenía la misma táctica.

—Las cómodas —añadió Miriam.

—Cierto —asentí dándole la razón. Yo tampoco tenía armario, pero era más de tener ropa doblada que colgada en perchas.

—Nos vemos en la zona de probadores en... ¿veinte minutos?

—¿Veinte minutos? —pregunté a Tefi sorprendida.

—¿Necesitas más? ¿Media hora? —intentó averiguar cuánto necesitaba a juzgar por mi expresión.

—No, es decir, ¿no es mucho? —alcé una de mis cejas.

—Para Estefanía no —negó Miriam aguantando la risa.

—Bueno, hacemos una cosa; buscamos por veinte minutos y, si necesitamos más tiempo, pues luego vamos juntas. Y si encontráis algo de mi gusto, ya sabéis, elegante y guerrero, me avisáis.

—A la orden, capitana —contestó nuestra amiga pelirroja.

Tras acordar aquello, paseé por la zona donde había ropa de mi talla. Pronto comenzaron a llegar más clientes a la tienda, ya que esta era muy conocida y tenía la ventaja enorme de tener tallas para todo el mundo en todas las prendas de la tienda, lo que hacía sentir a cualquier cliente que *era normal* y que no necesitaba nada especial por tener la talla de pantalón que tuviera.

Al contrario de lo que hice cuando entré allí por primera vez, me decidí por echar un vistazo a las prendas de ropa con más colorido, nada de prendas anchas ni deportivas.

Cuando pasé por delante de uno de los espejos de la tienda, me fijé en lo que había cambiado estéticamente en esos meses. Los pantalones vaqueros que llevaba puestos, las sandalias de cuña y la blusa rosa floreada con cuello de pico que dejaba ver mi profundo escote, habían sido escogidos por mí sin pararme a pensar si escondían mis michelines, caderas o muslos; y tengo que admitir que me sentía preciosa vestida así.

Sonreí al espejo y seguí con la búsqueda de algo que poder probarme delante de mis amigas. Un par de vestidos sueltos para verano, tres blusas de diferentes cortes, un mono de pierna larga, unos *shorts* vaqueros... No podía creer la cantidad de cosas que había que me gustaban y que me apetecía probarme delante del espejo.

Un buen rato después, algo captó mi atención. Una chica joven de unos dieciséis años miraba las perchas, iba vestida con un pantalón elástico de deporte en color negro y una camiseta ancha en color rojo; al parecer, no encontraba nada que le gustase, descartando incluso algunas de las prendas que yo llevaba colgadas del brazo. De repente, alzó su mirada y se cruzó con la mía. La forma en la que me miró y admiró cómo iba vestida, observando cada detalle de mi blusa, me

hizo recordar mi primera visita a aquella tienda y a la chica de talla grande preciosa y empoderada con la que me había cruzado y que rompió mis esquemas en cuanto a la ropa que una gorda podía llevar y la que no. Esa chica podía ser perfectamente mi yo del pasado, y una extraña sensación me hizo saber que tenía que hacer algo.

—Esta te quedaría perfecta —dije acercándome a ella y señalando una camiseta con hombros abullonados en color burdeos.

La chica sonrió tímidamente.

—No creo.

—Yo de ti me la probaría por si acaso, lo mismo te sorprendes. Y también uno de estos —señalé el perchero de al lado donde varios pantalones vaqueros azul claro se clasificaban por talla.

La voz de Tefi, a lo lejos, llegó hasta nosotras.

—¡Lentorra! ¡Que a este paso llegan antes estos que nosotras a casa!

—¡Ya voy!

Me despedí de la chica y la dejé con la camiseta en las manos, valorando si cogerla o no. Poco después, cuando nos cruzamos con ella en la caja, pude ver cómo metía la blusa y el pantalón dentro de la bolsa después de que la pagase. Quizá ese había sido el punto de inflexión para esa chica. Quizá yo había sido un poco *Tefi* para ella. Quizá, a partir de ese momento, a ella también le daría igual la opinión de los demás y vestiría con la ropa que más le gustase.

Quizá, y solo quizá, había conseguido ayudar a alguien a romper con las ataduras del cuerpo perfecto que nos impone la sociedad.

Agradecimientos

A Ediciones Valkiria por haber confiado en mi novela y en mí como escritora.

A Lucía Utrera, mi primera editora, por haberme acompañado durante el proceso de edición y guiado en este viaje.

A María R. Box, mi segunda editora e ilustradora de la portada de *Soy Diferente*, que supo entenderme desde el primer momento y captar a la perfección lo que buscaba para plasmarlo después en la cubierta. Contigo todo ha sido fácil y ha resultado un verdadero placer trabajar mano a mano a tu lado.

A todas mis compañeras autoras de Ediciones Valkiria por su amistad y por acogerme desde el principio como una más.

A mis padres y hermanos por estar a mi lado.

A Samuel Fernández, mi compañero de vida, que me ha animado y ayudado durante los meses en los que mi idea tomó forma y que creyó más en mí que yo misma, celebrando mis éxitos como si fuesen propios y tendiéndome una mano cuando mi ánimo decaía. Sin tus consejos y tu cariño no hubiese sido posible. Gracias por ser mi guía y mi faro de luz cuando la oscuridad acecha. Esta novela también es un poco tuya. Y ya sabes, hasta Plutón y vuelta dieciocho mil quinientas veces.

A *Sugary Pale*, mi Tefi particular, porque gracias a ella y a su apoyo abrí mi perfil en Wattpad y me animé a subir esta novela que hoy ve la luz en papel. No puedo estar más contenta de haberte encontrado aquel agosto de 2014 donde todo empezó. Gracias por ser una verdadera amiga y estar a mi lado a pesar de que nos separen kilómetros de distancia. Algún día llegará el abrazo, lo sé, y ese día celebraremos juntas todo lo que conseguirás y estás consiguiendo. Te mereces todo lo bueno que el universo te envíe.

A María Julia Marín, mi Juli, por ser tu amistad la que me inspiró para construir la relación entre Alejandra y Estefanía durante su infancia y adolescencia. Para mí eres más que una amiga, eres parte de mi familia.

A mi grupo de amigas desde la infancia por su apoyo y palabras de aliento. No pude tener mejores compañeras en mi niñez y adolescencia que vosotras, chicas. ¡Por muchos años más!

A mis gateras alumbreñas por compartir conmigo la ilusión de esta meta conseguida. Sois unas mujeres maravillosas.

Y a ti, que has comprado mi libro apoyándome para que siga consiguiendo mi sueño. Espero que el camino recorrido por Alex te

ayude para continuar con el tuyo.

[1] **Palabras en idioma Caló**
Currelando: trabajando
[2]**Palabras en idioma Caló**
Chavea: muchacho
[3] **Palabras en idioma Caló**
Parné: dinero